LOS SECRETOS NUNCA PASAN DE MODA.

ESCÁNDALO EN EL UPPER EAST SIDE



GIGI WALDORF

NOVELA

NEWTON COMPTON EDITORES

Newton Compton Editores

Este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos son fruto de la imaginación de la autora y están al servicio de la ficción. Cualquier parecido con personas reales, en vida o fallecidas, es pura coincidencia.

Título original: *Murder on the Upper East Side*
© 2026, Gigi Waldorf
© 2026, de la traducción por Laura Moreda Caballero
© 2026, de esta edición por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán
Todos los derechos reservados

Primera edición en formato digital: septiembre de 2026

Newton Compton Editores es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.
Pl. Urquinaona, 11, 3.º 1.ª izq. Barcelona, 08010 (España)
www.newtoncomptoneditores.com

Gruppo editoriale Mauri Spagnol S.p.A.
www.maurispagnol.it

ISBN: 979-13-87788-61-2
DL: B 9.921-2026

Diseño de interiores: David Pablo
Diseño de cubierta: India Minter (S&S Art Dpt.)
Imágenes de cubierta: © Shutterstock Images
Composición y conversión a formato digital: Brioworkx

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telemático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.*

Gigi Waldorf

Escándalo en el Upper East Side

Traducción de Laura Moreda Caballero



Newton Compton Editores
Barcelona, 2026

Para la ciudad, mi primer amor.
Besitos

Prólogo

Viernes 12 de junio de 2026
Ocho minutos antes del asesinato

Llevo mucho tiempo planeando el asesinato de Madison DuPont. Durante el último año en Prescott pensaba casi todos los días en ello. Cuchillo, pistola, anticongelante. Me imaginaba las diferentes formas de hacerlo. Al verdadero estilo de *Miss* Scarlet.

Luego llegó la graduación y pensé que ahí terminaría todo. La manipulación. El chantaje. La crueldad. Pero no fue así. Ella no se detuvo.

Tiene que morir y he planificado el final perfecto para su historia. Madison DuPont va a exhalar su último aliento esta noche, aquí mismo, en el Club Lenox, durante la gala del centésimo aniversario de la Academia Prescott. Es la ocasión perfecta para el deceso de la exreina de la mejor escuela secundaria privada de Nueva York.

El discurso de bienvenida está a punto de finalizar. Madison se encuentra frente a uno de los dos atriles de la biblioteca revestida de madera del Club Lenox, rodeada por una multitud de unos setenta antiguos alumnos, profesores y trabajadores.

Tras ellos, los paneles de las vidrieras victorianas policromadas con vistas al patio arrojan un brillo casi mágico sobre sus esmóquines y vestidos de noche. Con su mejor voz de anfitriona, Madison anima a los presentes a tomar otro cóctel Belvedere en lo que esperan a que se sirva la cena. Mientras se acerca la copa de Martini a los labios, con su melena larga y roja reluciente bajo las cálidas luces del techo, todo mi cuerpo vibra de emoción. Si tengo que esperar toda la noche para dar el próximo paso, lo haré. Pero espero que no lleve tanto tiempo. Le ofrece una sonrisa triunfadora

a la muchedumbre y yo le devuelvo el gesto. Me pregunto si cuando la vida abandone su cuerpo mi expresión se reproducirá tras sus párpados. Si sabrá que he sido yo.

Durante los minutos que suceden al discurso, Madison conversa con sus admiradores, algunos de los cuales la odian casi tanto como yo. Espero impaciente. Me recuerdo que puede llevar un tiempo. Pero mi momento llegará.

Entonces, antes de lo que esperaba, anuncia que tiene que ir al baño.

–No he tenido un momento a solas desde la recaudación de fondos de Henry. Necesito refrescarme.

Aún tiene la copa de Martini medio llena en la mano.

Se me corta la respiración. Ha llegado el momento.

Madison sale de la biblioteca con el vestido color melocotón aleteando tras ella y atraviesa el pasillo hasta los baños. Aunque soy casi incapaz de contener la emoción, la sigo e intento actuar con normalidad. Me detengo en el salón, que ahora está repleto de invitados charlando en las mesas y rellenando sus copas, para apoyar las manos levemente sobre el respaldo de una silla y mirar con detenimiento el pasillo hasta que veo que la puerta del baño de mujeres se cierra a sus espaldas.

Es la hora del espectáculo. Mientras espero un par de minutos a que Madison se haya asentado, introduzco la mano en la pequeña bolsa que he traído y compruebo que tengo todo lo necesario. Mis dedos encuentran el pequeño mando negro que robé de la mesa de recepción unas horas antes y apago las luces.

El gentío prorrumpe inmediatamente en gritos ahogados de confusión. En el comedor, un vaso de agua se hace añicos y una silla repiquetea al caer contra el suelo. Un hombre cerca de mí se golpea con una mesa y profiere una maldición. Atravieso a toda prisa el pasillo que conduce a los baños, sin esperar a que se me adapten los ojos, y doy algún traspié en la oscuridad.

En el vestíbulo del aseo de mujeres hay una vela prendida en el interior de un tarro sobre un tocador antiguo. Huele a gardenia. Emite la luz suficiente para que pueda ver la copa de Martini de Madison, que está apoyada sobre un posavasos de cerámica junto a

una jarra de cristal con agua de pepino y una bandeja de porcelana con muestras de perfume. Exhalo un largo suspiro. Por suerte, su copa sigue medio llena.

–¿Hola? –llama Madison desde la sala contigua, que está equipada con lavabos de mármol y tres cubículos con puertas de tiradores de latón. Ya había estado aquí antes, por supuesto, y conozco todos los detalles de la sala. Las puertas de los cubículos se extienden por completo hasta el suelo clásico de baldosas. En el interior debe de estar muy oscuro–. ¿Hay alguien ahí?

No respondo. Tengo que actuar deprisa. Cojo el frasco de veneno de mi bolsa, lo vacío en su bebida y la remuevo. A pesar de que llevo las manos enguantadas, tengo cuidado de no tocar la copa.

–¿Hola? –dice Madison de nuevo, esta vez más alto–. No consigo encontrar el maldito pestillo. ¿Hay alguien que pueda ayudarme?

Sonrío, me deslizo de nuevo hacia el pasillo y la puerta se cierra de manera silenciosa detrás de mí. En el salón, un empleado del Club Lenox grita algo sobre un generador de emergencia. Lo he desactivado, por supuesto. En silencio, oculto el mando en la mano y desaparezco entre el gentío. Luego enciendo las luces.

–Ay, gracias a Dios –musita la mujer que está a mi lado. Es una antigua alumna de mayor edad, diría que graduada en el setenta y dos o el setenta y tres. Mientras se aferra al codo de su marido y los invitados de la gala exhalan un suspiro colectivo de alivio, yo espero.

La fiesta vuelve a la normalidad y la ansiedad me comprime el pecho. Aún hay muchas cosas que podrían salir mal. Puede que Madison se deje la copa en el baño. Quizá la vacíe en el lavabo y le pida una nueva a un camarero.

Pero la etérea e impenetrable Madison DuPont emerge del servicio de mujeres entre tambaleos. Tiene la mirada descentrada y la copa de Martini, que ahora está vacía, se le cae de la mano y rueda por la alfombra. Se araña el cuello y jadea.

La ansiedad se desvanece y en su lugar aparece una sensación de puro y dulce alivio.

«Te lo has bebido todo.

Buena chica».

6 de septiembre de 2016

Instagram

Imagen: las escaleras de entrada y la icónica fuente de la Academia Prescott.

TheUpperEdge: Ahh, otro precioso día otoñal en el Upper East Side. Los hijos de la élite adinerada de Nueva York se han ataviado con sus chaquetas gris oscuro, cintas y perlas para recibir con aplomo el nuevo año escolar. Los recién llegados se apresuran a subir las escaleras hasta las pesadas puertas de roble mientras los alumnos de segundo y tercer curso deambulan por la amplia acera entre vendedores de flores y carritos de fruta. Pero todos los ojos están puestos en los alumnos de último curso de este año, que se congregan como la realeza junto a la fuente. Contemplad a sus majestades: Elle Harrington y Theo Fitzgerald, juntos como si fueran uña y carne. Luego está Madison DuPont, que vuelve a mandar a paseo a Bash Beaumont. (Todo el mundo sabe que Madison no va detrás de los chicos de instituto, ni siquiera aunque se trate del encantador y querido Bash).

Pero ¿quién es esta joven belleza con chaqueta de Prescott y falda a cuadros grises y rojos que camina a paso ligero por la manzana 1000 de Park Avenue? Tiene los rizos demasiado encrespados. Los zapatos son muy corrientes (cualquier cosa que contenga «almacén» en el nombre no es de diseñador). Pero la chica nueva es guapa, lista, avispada. Si juega bien sus cartas, puede que se convierta en uno de nosotros antes de que el semestre haya terminado.

Bienvenidos de nuevo, Prescott. Va a ser un año para recordar.

1

6 de septiembre de 2016

Hannah Miller estaba teniendo una mañana muy poco memorable. Es decir, una mañana que deseaba poder olvidar. En primer lugar, el tren de la línea 6 era un expreso que se había saltado su parada y la había dejado a diez manzanas al norte de su nuevo instituto. Luego su hermana pequeña, Ami, se había pasado todo el paseo parloteando sin parar sobre una cuenta de cotilleos anónima que había descubierto ese fin de semana. Según contaba, la persona que publicaba era sin duda un estudiante de último curso de la Academia Prescott que lo sabía absolutamente todo sobre los que iban a ser sus nuevos compañeros de clase.

Hannah apretó los labios y, en ese mismo momento, hizo el juramento de pasar todo lo desapercibida posible. Su beca dependía de que mantuviera una media de notable alto y no se metiera en problemas. Y tenía objetivos que excedían los requisitos de su ayuda financiera: entrar en el prestigioso programa de comunicación de la Universidad de Pensilvania para estudiar Periodismo. Se había puesto tantísimas veces su sudadera de Annenberg Scholar (una preciada posesión desde los trece años) que casi se había desintegrado. Su mejor amiga, Grace, también deseaba de todo corazón acudir a la UPenn para el curso preparatorio de ingreso a Medicina, así que dentro de un año serían compañeras de piso. Comenzarían un nuevo capítulo de sus vidas juntas. La Academia Prescott era el medio para un fin, tan solo un año de su vida que tendría que pasar entre la prole de los miembros de la alta sociedad neoyorquina y los magnates de los negocios mientras sus padres ahorraban para sus estudios universitarios y ella se labraba el

historial académico que requería cualquier admisión a la Ivy League cuando carecías de un estatus heredado o una enorme enorme donación. La clase de donación que sus padres jamás podrían permitirse.

La madrastra de Hannah, Yoko, era abogada de inmigración; su trabajo los había llevado hasta Nueva York a finales del verano. Su padre, Brian, era el recién nombrado director de desarrollo de un museo de Bellas Artes del centro de la ciudad. Ganaban lo suficiente para cubrir el alquiler de un apartamento de tres habitaciones en el Soho, que tampoco era un gasto nimio, pero ni se acercaba a lo que costaría matricular a dos hijas en Prescott pagando la tasa completa.

Yoko se había decantado por Prescott para las dos chicas, y entre las muchas escuelas secundarias de la ciudad era una de las pocas que ofrecía becas basadas en una combinación de necesidad económica y méritos a estudiantes en cualquier punto de su carrera académica.

–La familia de esta chica… –Ami golpeó la pantalla del móvil con un dedo– tiene cinco yates. Cinco. Y este chico… –se deslizó hasta una nueva publicación y volvió a señalar– se graduó en mayo del año pasado. Ahora está haciendo el primer año de carrera en Princeton y solo tiene quince años.

Hannah apartó la mirada del Instagram de Ami. El estómago se le revolvió en señal de protesta. Si no hubieran conseguido las becas, se habrían matriculado en un instituto público del centro, y quizá habría sido lo mejor. Pero ahí estaban, caminando a paso ligero por la acera de Park Avenue, con unos zapatos planos nuevos que le apretaban los dedos gordos de los pies, unas manchas de sudor que comenzaban a formarse bajo las axilas de la blusa y una chaqueta que abrigaba demasiado. Era alta; su cuerpo, una acumulación de líneas largas y ángulos afilados que se veían compensados por los rizos castaños que flotaban tras ella en olas salvajes. Normalmente no le importaba sobresalir en una multitud (tanto literal como figuradamente), pero ahora mismo prefería mimetizarse con el resto.

–Se llama The Upper Edge. –Ami seguía parloteando sobre la cuenta de Instagram–. Y, sea quien sea quien la lleve, es básicamente el susurrador de Prescott. He estado poniéndome al día

con las antiguas publicaciones. Son cotilleos de primera y bastante crueles. Pero en plan divertido.

–Y precisamente por eso pretendo pasarme todo el día sin mirar el móvil. –Estaban a dos manzanas de las puertas de Prescott–. Y tú deberías hacer lo mismo.

Ami le dedicó una mueca exagerada. Era de ascendencia japonesa de parte de madre y, al igual que Yoko, era bajita y tenía una lustrosa melena negro azabache. Las hermanas no se parecían demasiado, pero aquella expresión era típica de los Miller.

Hannah le devolvió la mirada asesina a su hermana y aceleró el paso. Que le den al tren expreso, no tenía ninguna intención de llegar tarde el primer día.

Cuando Hannah llegó a la entrada, la jerarquía de la Academia Prescott se reveló como una flor que se abre. Los de primer año ya estaban ocultos en el interior del edificio. Los de segundo y tercero, en la acera o recostados contra las verjas. Y los de último curso (o al menos las abejas reina y sus reyes) en torno a la fuente, una construcción enorme y circular que ocupaba todo el patio delantero.

Quedaban cuatro minutos para que sonara el primer timbre. Hizo una pausa y se apoyó contra un saliente frío de piedra. «Tú puedes. Solo tienes que respirar».

Ami iba rezagada una manzana por detrás y seguramente seguía sin soltar el móvil. Hannah inhaló hondo y escudriñó a sus nuevos compañeros. Entre el conjunto de rostros mayoritariamente blancos había un puñado de jóvenes afroamericanos, latinos y asiáticos. Todos llevaban una versión del uniforme de la academia, pero sus accesorios dejaban entrever que eran de familias acaudaladas: pendientes de perlas heredados, bufandas grises de cachemira y mochilas de cuero desgastadas de Goyard y Smythson.

Tragó saliva con fuerza.

–Eh, tú. Ricitos. –En la sombra de la fuente, pero a la vista, se encontraba la chica más espectacular que Hannah hubiera conocido nunca. Tenía unos hombros y muñecas delicados, las piernas muy largas y una melena ondulada y pelirroja que le caía hasta la mitad de la espalda. Sus ojos separados brillaban y eran de una tonalidad

cálida marrón canela. En vez de llevar la falda a cuadros de Prescott, había conjuntado su chaqueta con unos pantalones pitillo gris oscuro y tacones de diez centímetros. Una sonrisa amable iluminaba su rostro mientras le hacía un gesto a Hannah, con unos dedos largos y pálidos, para que se acercase.

Hannah se llevó la mano al pecho. «¿Yo?».

La chica se rio y asintió.

Hannah echó un vistazo por encima del hombro y vio que Ami estaba llegando a la puerta. Debería volver, asegurarse de que cruzaba las puertas, pero… su hermana pequeña era social, optimista y valiente. Ami estaría bien.

Así que Hannah apretó los dientes y caminó hacia la pelirroja mientras le devolvía la sonrisa.

–Madison DuPont –dijo y le extendió una mano esbelta. Su manicura de color oro rosa estaba impecable–. Bienvenida a Prescott.

Hannah se vio envuelta de inmediato en el resplandor dorado de Madison. Aceptó la mano que le había ofrecido.

–Hannah Miller.

–Sé quién eres. Seré tu enlace estudiantil.

–¿Enlace?

La sonrisa de Madison se volvió seria. Cogió a Hannah de los hombros y le dio la vuelta para colocarla frente a las anchas puertas de entrada.

–Prescott no es cualquier instituto. Es la academia privada número uno de Nueva York y, sin la posición social adecuada, tus logros académicos no tendrán sentido. Cualquiera puede graduarse con sobresalientes en todo si se lo propone. Lo que cuenta para llegar lejos es a quién conoces. Y, por suerte para ti, estoy aquí para asegurarme de que conoces a las personas apropiadas.

Hannah asintió dubitativa mientras asimilaba sus palabras. Estaría en Nueva York durante tan solo doce meses antes de regresar a Pensilvania para ir a la universidad. Hacer amigos no era una de sus prioridades, ni tampoco ningún ascenso social hasta las estratosferas que Madison tuviera en mente…, pero Prescott le resultaría aburrido enseguida si no conocía a una sola alma megaprivilegiada.

–Vamos. –Madison señaló a sus amigos, que le dirigían a Hannah miradas de curiosidad desde donde estaban en la zona de la fuente más a la sombra–. Te los presentaré y luego tenemos que entrar. –Arrugó la nariz–. El señor Harris es un estirado en lo que respecta a la puntualidad.

Los amigos de Madison, igual de guapos (y seguramente igual de ricos que ella), la saludaron con la mano. Quizá su primer día en el último curso no resultaría tan poco memorable, a fin de cuentas.

La sensación de adentrarse en la sala Kingsley se asemejaba más a entrar en un auditorio de Harvard que en el de un instituto. Las paredes estaban paneladas con roble dorado; las ventanas eran altas, arqueadas y cubiertas con pesadas cortinas. Los asientos al estilo de un anfiteatro estaban tapizados en terciopelo granate. «Toto, me parece que esto no es Pittsburgh, ¿sabes?».

Los chicos de último curso habían adornado sus camisas Oxford con gemelos de plata de ley grabados con las iniciales de la academia en letra cursiva. Llevaban mocasines de cuero italiano y peinados caros. Las chicas tenían delicadas pulseras de diamantes y rebecas de cachemira con sus iniciales. Decoraban las asas de sus bolsos de Celine con pañuelos atados de Hermès de los armarios de sus abuelas.

Hannah se enrolló en los dedos las correas de la mochila, de lona resistente comprada en Target, y bajó la mirada hacia sus sencillas bailarinas negras. Esa mañana, cuando salían por la puerta, su madrastra les había asegurado que los uniformes eran lo mejor del colegio privado.

–Puede que los otros sean ricos, pero todos iréis vestidos de la misma manera. –Era evidente que las cosas habían cambiado desde que la señora Hiroto-Miller había acudido a un instituto privado en los ochenta.

–Después de hoy, nos dividirán en los grupos de los seminarios para la primera hora –explicó Madison, que colocó cuatro dedos sobre la muñeca desnuda de Hannah y la sacó de su ensimismamiento–. Pero la primera mañana al inicio del curso nos reúnen a todos, el rebaño regresa con su maestro.

Madison señaló con el mentón la parte delantera del auditorio, donde se encontraba un profesor con las manos entrelazadas tras la espalda. Parecía demasiado joven como para ser el maestro de nada.

–Ese es el señor Harris, da Inglés Avanzado y es el orientador principal de los de último curso –dijo una chica con una piel impecable color caramelo y el cabello castaño recogido en una coleta alta y reluciente. Se situó entre Hannah y Madison. Hannah había saludado brevemente a Elle Harrington en el exterior junto a la fuente, pero las presentaciones eran poco más que un borrón. Ahora se fijó de verdad en Elle. Llevaba la falda plisada a la altura reglamentaria (cinco centímetros por encima de la rodilla); la blusa planchada, un lazo de grogrén atado al cuello y la coleta alta sujeta con dos pinzas de oro. Mientras que la belleza de Madison era etérea y natural, la de Elle estaba pulida hasta lograr la perfección; no tenía un solo pelo o pliegue fuera de lugar.

Madison señaló al profesor, el señor Harris.

–A algunas de las chicas les parece mono, pero no te dejes engañar por su aspecto juvenil. Sigue las normas a rajatabla y no reparte sobresalientes. En mi opinión, es un pesado.

Elle se rio.

–Además, es bajo. Y debería afeitarse.

–No puede afeitarse –dijo Sebastian Beaumont, a quien todos llamaban Bash y que, al parecer, se encontraba ahora junto a ellas mientras se ajustaba un Rolex clásico en torno a su ancha muñeca–. De lo contrario la señora Caldwell, la directora, lo confundiría con uno de los alumnos. –Sus labios se curvaron en una mueca de desdén.

Por el contrario, Bash (tonificado y atlético) aparentaba más años de los que tenía y parecía preparado para conquistar Wall Street. Llevaba el cabello casi negro muy corto y los zapatos relucientes. Un pañuelo de bolsillo de color granate asomaba por su chaqueta. Las frecuentes sesiones con un entrenador privado le habían esculpido los abdominales y pectorales, así como los bíceps que marcaba bajo las mangas de la camisa y que eran la envidia de todos los chavales de instituto.

Hannah se encontró con sus ojos oscuros.

–Eres preciosa, aunque aún estás sin pulir. –Recorrió el cuerpo de Hannah de arriba abajo con la mirada, provocándole un escalofrío en la columna vertebral. «Puaj»–. Me imagino que Prescott se encargará de hacerlo enseguida.

Hannah tragó saliva. Resultaba innegable que Bash Beaumont era elegante, atractivo y estaba en forma, pero le daba repelús.

–Bash, Bash, Bash. –Theodore Fitzgerald, conocido por todos los alumnos de Prescott como Theo y solo por Elle como Teddie, le colocó una pesada mano en el hombro a su mejor amigo–. Hannah acaba de llegar. Relaja esos humos o la acabarás espantando.

Madison resopló, un sonido sorprendentemente ordinario para una chica tan refinada. Podía comportarse como quisiera y eso solo provocaría que los demás la envidiaran aún más.

–Es que Bash es un tiburón, querido Theo, él siempre las espanta.

Elle entrelazó su brazo con el de Theo. Era un joven alto y de una belleza clásica; si lo vieras en la calle, podrías confundirlo con una estrella de cine. Unos mechones rubio platino le enmarcaban las cejas pálidas; tenía los pómulos altos y las pestañas largas. Unas delicadas pecas le adornaban el puente de la nariz y llevaba una montura atemporal de Oliver Peoples, que le dotaba de un aire de distinción que debería estar fuera del alcance de cualquier chico de diecisiete años. Hannah reprimió una sonrisa. Era muy apuesto, pero no estaba disponible. No cabía duda: Elle y Theo eran el rey y la reina de la Academia Prescott. Por lo que Theo estaba más que vedado.

Hannah volvió a dirigir su mirada a Madison. Ella estaba en su propia categoría. La de una diosa dorada e inmortal.

Elle se volvió hacia Bash.

–Hablando de depredadores, ¿a cuántas de nuestras hermosas compañeras te has llevado a la cama este verano?

Una sonrisa taimada se extendió por su rostro.

–Un caballero nunca habla de eso.

Madison resopló y la sonrisa del chico se ensanchó.

–Por suerte para vosotros, no soy un caballero. Mientras Elle y Theo veraneaban en París y Madison era la envidia de Niza,

Sebastian Beaumont ha disfrutado de un verano de placer aquí mismo, en el Upper East Side. Anoche el recuento llegó a catorce. Y hablo solo de las mujeres de Prescott, claro.

–Qué asco. –Elle se aferró con más fuerza al brazo de Theo y una expresión fugaz se reflejó en el rostro de Bash.

Luego la sonrisa reapareció, como si jamás se hubiera marchado. Al otro lado de la sala, apoyada en uno de los asientos del pasillo cerca de la parte trasera, había una chica bajita y con curvas con el pelo rubio y corto al estilo *pixie.* Varias capas de colgantes y cadenas de Van Cleef Alhambra le colgaban del cuello y se derramaban sobre su escote. Llevaba la falda remangada, por lo que dejaba a la vista varios centímetros de piel suave y bronceada entre la parte superior de los calcetines largos y el dobladillo de la falda. Levantó la mano y saludó a Bash agitando los dedos.

–¿Gemma Phipps? ¿En serio, Bash? –dijo con desdén Elle.

Bash rio y le devolvió el saludo a Gemma.

–Aún no –respondió–. Pero el año es joven y estoy en busca de la número quince.

A Hannah le subió la bilis por la garganta. La necesidad de proteger a esa chica que no conocía, Gemma Phipps, la sobrecogió. Sí, era evidente que vestía de esa forma para resaltar sus curvas, pero Bash le parecía un mujeriego asqueroso. Seguro que Gemma se merecía algo mejor.

–¡Sentaos! –En la parte delantera de la sala, el señor Harris se situó tras un alto podio de caoba y dio tres palmadas breves.

–El zar de la clase ha hablado –bromeó Theo–. Será mejor que obedezcamos.

Hannah se dio la vuelta para seguir a sus nuevos compañeros de clase (llamarlos amigos le parecía prematuro) hasta una fila vacía de asientos cerca de la parte delantera del auditorio. Pero, antes de que pudiera sentarse, una mano le acarició la parte baja de la espalda y ella se giró.

–¡Hannah Miller! –exclamó una voz alegre–. Me había parecido que eras tú.

–¿Oliver? –Hannah sonrió, sobrecogida por el alivio al ver una cara familiar en aquel mundo nuevo y desconocido. Antes de que la

aceptaran en Prescott, Oliver Morgan había sido su compañero de clase en un programa preuniversitario en Pittsburgh durante el verano. Había mencionado que acudiría a un instituto de Nueva York, pero la ciudad contaba con gran cantidad de escuelas privadas, y si había mencionado que se trataba de Prescott (lo mejor de lo mejor) lo había olvidado.

–¡Sentaos! –bramó de nuevo el señor Harris. Se quitó unas gafas finas de carey y las colocó sobre el podio mientras observaba al grupo de alumnos de último curso.

–Ven. –Oliver señaló dos asientos vacíos varias filas más atrás–. Siéntate conmigo.

Se despidió con la mano de Madison, Elle, Theo y Bash y se volvió para seguir a Oliver por el pasillo.

–Oliver Morgan –lo llamó Bash antes de que se hubieran alejado mucho–. No me suena haberte visto en el club este verano. Imagino que han vuelto a rechazar tu membresía otra vez.

Oliver se tensó, pero, antes de que pudiera preguntarle qué había hecho para ofender a la realeza de Prescott, él la guio hasta los asientos.

–Ignóralos –dijo con la voz tirante y las mejillas sonrojadas.

Ella abrió la boca para preguntar, pero se lo pensó mejor.

–Había oído el rumor de que a lo mejor te unías a la academia este año –afirmó Oliver, en un intento deliberado de cambiar de tema–. Los comentarios no han cesado.

–¿Comentarios?

–En la última publicación. En The Upper Edge.

Hannah arqueó las cejas.

–Es una cuenta de cotilleos que lleva alguien de Prescott –continuó Oliver–. La gente manda mensajes privados y The Upper Edge difunde las historias. Todo el insti está un poco obsesionado. Ya lo verás.

Ah, sí. La cuenta de Instagram con la que había estado embobada Ami esa mañana. La culpa le inundó el pecho. Apenas le había dirigido una sola mirada a su hermana pequeña después de llegar a la entrada de la academia.

Decidió que iría a verla después de la primera clase, tomó asiento y se volvió hacia Oliver.

–¿Comentarios sobre mí?

Oliver asintió, sus rizos dorados se balancearon y se le formaron unos hoyuelos juveniles en las mejillas. Tenía un iPhone de último modelo con una funda con espejo personalizada de CASETiFY apoyado en la rodilla. Encendió la pantalla y abrió Instagram. Bajo una publicación donde se veía la fuente de Prescott, había una serie de comentarios que especulaban sobre la identidad de las dos nuevas incorporaciones al Upper East Side: las alumnas becadas Hannah y Ami Miller.

–Increíble –musitó. En serio, ¿a quién le importaba?

El señor Harris le dio un golpecito al micrófono y la sala quedó en silencio. Oliver le dio la vuelta a su móvil. Durante los siguientes diez minutos escucharon un discurso sobre las nuevas normas para ese año y las breves presentaciones de todos los profesores de los seminarios de último curso, así como una discusión sobre la clase de temas que conducirían a los alumnos hasta Harvard o Yale, y los que los mandarían a un colegio universitario. Mientras el señor Harris recitaba del tirón la asignación de las salas para cada grupo de los seminarios, una oleada de susurros recorría el auditorio. ¿De verdad a sus compañeros les importaba tanto la ubicación de sus clases?

Hannah levantó la vista de su regazo, donde se había estado examinando las uñas. Se las tenía que cortar. A su alrededor, todos habían sacado los teléfonos, tenían las cabezas agachadas y murmuraban.

–¿Qué pasa? –le susurró a Oliver.

–Año nuevo, drama nuevo. –Ladeó la pantalla para que ella pudiera verla.

6 de septiembre de 2016

Instagram

Imagen: un plano corto de dos manos entrelazadas; la chica lleva una pulsera de Cartier. Un gemelo de Prescott se asoma bajo la chaqueta de la muñeca del chico.

TheUpperEdge: En la Academia Prescott hay muchos pasos en falso y muchísimos secretos. De hecho, acabo de enterarme de uno tan oscuro y serio que podría hacer pedazos a una de las parejas más icónicas de Prescott. Si es que sale a la luz.

Tengo que comprobar algunos datos, pero volveré. Os había prometido un año para recordar, ¿verdad?

Atentos a esta cuenta, chicos y chicas.

2

Viernes 12 de junio de 2026
Diez años después

La gala del centésimo aniversario de la Academia Prescott tendría lugar en el Club Lenox, un establecimiento de élite solo para miembros fundado en 1896 por Augustus Willem Lenox, el tatarabuelo de Sebastian Beaumont. Lo que comenzó como un local privado solo para hombres al que acudían banqueros, dignatarios extranjeros y futuros presidentes de Estados Unidos era ahora un hotel de moda y club lujoso escondido tras una verja sin señalizar de hierro forjado en East 73rd Street.

Habiendo transcurrido una cuarta parte del siglo XXI, ahora la membresía para el Club Lenox aceptaba mujeres (en pocas ocasiones) y el chef formado en Burdeos añadía al menú, que por lo demás era tradicional, algún plato de *sashimi* o de *gnocchi* caseros. Pero poco había cambiado en ciento treinta años. Aún se seguían usando llaves de latón en lugar de tarjetas. Los diez cuartos para huéspedes de la segunda planta seguían sin contar con televisiones ni puertos USB, de hecho, el club evitaba por completo tener presencia en internet. No tenían página web, no aceptaban reservas *online* y las cámaras y los dispositivos inteligentes estaban prohibidos en las instalaciones. Sin excepciones.

Hasta el día anterior, Hannah Miller había planeado evitar a toda costa el Club Lenox y la gala de aniversario de su *alma mater*. No había mantenido el contacto ni con uno solo de sus compañeros de clase, a excepción de Oliver Morgan, con quien podía tomarse un café en cualquier momento. Los dos vivían en el centro y trabajaban en los medios de comunicación: Hannah escribía para *Culture Vault*,

una conocida web de política y cultura, y a Oliver le iba bastante bien con un canal de YouTube dedicado a los inmuebles de lujo y a construir una marca personal. Hannah no comprendía del todo a qué se dedicaba su amigo, pero se había hecho famoso en el ámbito de estilo de vida y se alegraba por él.

Pero la mañana del día anterior recibió un mensaje de su jefe:

JEFE

Te has estado guardando información, Hannah. Llevamos años intentando acceder al Club Lenox. Quiero un artículo de seguimiento extenso al de los ultrarricos. 5000 palabras para el lunes, por favor.

Intentó escabullirse, pero fue en vano. *Culture Vault* ya había pagado su entrada de precio desorbitado y había confirmado su asistencia. El «artículo sobre los ultrarricos» se había publicado hacía tres semanas, el mismo día en que el marido de Madison DuPont, Henry Alcott Winslow, un ultrarrico de Nueva York donde los haya, anunció que se presentaba a alcalde. El breve artículo, una denuncia poco velada de los antiguos compañeros de clase de Hannah, se había vuelto viral y había provocado de forma involuntaria un aluvión de críticas negativas contra la campaña a la alcaldía de Winslow.

No tenía ninguna gana de pasar una velada socializando con los mismos excompañeros a los que acababa de tocar las narices. Pero a su jefe le importaba una mierda el orgullo de Hannah, así que ahí estaba, en East 73rd Street, acercándose a la discreta puerta del club por primera vez en una década. Se tiró de la cintura del vestido negro y apretó los dientes.

La puerta se abrió y la recibió el mayordomo del club, un hombre mayor vestido con esmoquin que extendió la mano para que Hannah le entregara la entrada. Mientras comprobaba su nombre en la lista, echó un vistazo tras él, más allá de la mesa de recepción y hacia el interior del local. La noche era joven, pero el Club Lenox ya desprendía el calor de unos sesenta cuerpos apiñados en el salón de

la primera planta, el comedor y la biblioteca de paredes paneladas en madera. Entre ellos reconoció a unas pocas caras conocidas de su época en Prescott: Alex DuPont y Beatrice Whitmore charlaban junto a la chimenea, y la señora Caldwell le dirigió un saludo educado desde su asiento frente a una de las mesitas con tapa de mármol del salón. Hannah se obligó a adoptar una amplia sonrisa y le devolvió el saludo. «Ya no hay vuelta atrás».

Justo en ese momento, el mayordomo se aclaró la garganta y señaló una gran bolsa de terciopelo negro que colgaba de un gancho junto a la puerta. Ella la miró desconcertada.

–Su teléfono, señorita Miller. Se lo devolveremos cuando finalice la velada.

Puso un gesto de desagrado. Se había olvidado de la política del club de no permitir los dispositivos y tendría que tomar nota a mano.

Dejó caer el móvil dentro de la bolsa con un suspiro, luego dejó atrás al mayordomo y se adentró en la sala principal.

A los pocos minutos de entrar, Hannah se vio transportada de vuelta a diez años antes, a la Academia Prescott. A diferencia de entonces, ahora parecía estar a la altura: con un corte de pelo y un peinado caros, un vestido de Vera Wang (que había alquilado en Rent the Runway, pero contaba igual) y el maquillaje recién aplicado. Pero en el interior se sintió exactamente como la Hannah Miller flacucha, la estudiante becada que cogía el metro para ir al instituto mientras a sus amigos los llevaban sus chóferes privados desde sus áticos.

Si es que habían sido amigos en algún momento.

El club olía a gente de dinero, justo como hacía diez años. Mientras Hannah se dirigía hacia el bar, inhaló los sutiles aromas del abrillantador para madera, las flores recién cortadas y el *whisky* escocés de buena calidad. Las paredes de la sala estaban paneladas con la misma madera de roble oscura y, a intervalos regulares, colgaban fotografías en blanco y negro del antiguo Nueva York (Central Park en invierno, la Quinta Avenida en torno a los años veinte).

La decoración no era lo único que había permanecido inmutable. En el extremo opuesto del salón, cerca de las puertas de la

biblioteca, se encontraba Theo Fitzgerald junto a una mesita de centro redonda con un esmoquin gris ceniza de Ralph Lauren y una corbata de seda rosa. Estaba charlando con dos chicos de su año. «Hombres». Ahora todos tenían veintitantos años, pero no pudo evitar la sensación de que de alguna forma la última década se había desvanecido en el momento en que había atravesado las puertas del club.

–Un vaso de vino blanco –le dijo a la mujer del chaleco negro hecho a medida y la corbata de seda que se hallaba tras la barra de caoba oscuro–. Cualquiera que esté abierto.

La camarera frunció el ceño.

–Esta noche, el Club Lenox se ha asociado con Belvedere para ofrecer una selección de cócteles distintivos. –Deslizó hacia Hannah un menú impreso en papel con el membrete personalizado de «CL». «Martini Lenox, Velvet Hour, Empire Mule».

–El Martini me vale. –Tomó nota mental de parar después de dos copas. No tenía un buen historial con el vodka.

Mientras la camarera se ponía manos a la obra, Hannah sacó su cuaderno y anotó unas cuantas observaciones sobre el salón para su artículo. La barra era una estructura curvada de caoba con un reposapiés de latón y taburetes de cuero de color verde intenso. Por detrás, expuestas sobre estantes de cristal escalonados, había botellas de alcohol de primeras marcas y varias del *bourbon* de la marca privada del club, la parte trasera de estas se reflejaba en un espejo antiguo, marcado por el paso del tiempo. Sobre el espejo colgaba un gran reloj esférico con manecillas negras y pesadas, que parecía haber pertenecido al club desde su fundación en 1896. Una línea musical de *jazz* veraniego sonaba a poco volumen.

La iluminación era tenue y cálida: provenía de candeleros de latón en las paredes, veladores y elegantes lámparas de ámbar en el techo. En la zona de asientos principal, los invitados estaban reunidos alrededor de mesas de centro, cada una de ellas adornada con un jarrón de latón que contenía lirios. En la esquina había un piano Steinway de media cola, a la espera de que alguien se sentara a tocarlo. En la pared que daba a la calle, un fuego ardía a poca altura en el interior de una chimenea de ladrillo a pesar del calor de

la noche de junio; el sutil aroma de las brasas calientes fluyó a través de la sala hasta Hannah. Media docena de invitados de la gala estaban sentados en sillones orejeros de respaldo alto y en un sofisticado sofá de cuero marrón que rodeaba la chimenea mientras se ponían al día y bebían de sus cócteles exclusivos.

Más allá del salón, visible a través de una amplia arcada, se hallaba el comedor. Desde su posición en la barra, Hannah alcanzaba a ver que habían vestido las mesas con varias capas de manteles de lino bien planchados: una primera capa de color gris, una blanca por encima y servilletas con un ribete rojo oscuro. En el centro de cada mesa había velitas flotando en el interior de cuencos de cristal de Murano. Por encima de la estancia colgaba una enorme lámpara de araña y suspendidos de los delicados brazos dorados había unas gotas de vidrio soplado del mismo tono azul intenso de los centros de mesa.

–Su bebida –dijo la camarera en voz baja y Hannah se sobresaltó. Tenía frente a ella el Martini sobre una servilleta monogramada con las iniciales «CL», tan gruesa que casi parecía de tela. Guardó el cuaderno y el bolígrafo en su bolso de mano.

–Que sepas que tenemos vino –dijo una voz tras Hannah, que ya se había acercado la copa de Martini a los labios. Se dio la vuelta. «Mierda». Allí a su lado se encontraba Bash Beaumont con un impoluto esmoquin de Armani y corbata de nudo francés verde bosque, que seguro que había escogido para que hiciera juego con la decoración del club.

–¿Cuánto tiempo llevas ahí? –preguntó Hannah.

Respondió con una sonrisa burlona. Hannah le sacaba un par de centímetros gracias a los tacones y le sorprendió descubrir que Bash no era demasiado alto, un hecho en el que no había reparado en el instituto cuando solo llevaba zapatos planos y él parecía alzarse de forma imponente. Sin embargo, estaba tan en forma como siempre, le habían confeccionado la chaqueta a medida de forma experta para que marcara los contornos de sus bíceps y su pecho; estaba claro que había seguido con su entrenador.

–Belvedere es la última marca con la que se ha asociado Madison –afirmó–. Agradecemos su patrocino, pero no te dejes amedrentar

por mis empleados.

Ella resopló. Tenía guasa que dijera eso precisamente uno de los mayores *bullies* de Prescott.

–Me sorprendió recibir la invitación.

Bash ladeó la cabeza.

–Lo que ocurrió en último curso no tuvo mucho que ver con nosotros dos, ¿no?

–Supongo que no –asintió ella–. Aunque imagino que habrás leído mi artículo.

Bash rio; un sonido fuerte y gutural.

–Personalmente, me pareció brillante. Puede que no me creas, pero no soy el mismo chico que era en Prescott. Me he reformado.

Hannah arqueó las cejas. Tenía razón: no le creía nada. Pero si volvía a sacar a relucir una letanía de malas conductas con su anfitrión, seguro que conseguía que la echaran a la calle y, por desgracia, necesitaba estar allí hasta el final de la noche.

–¿Dónde está tu coanfitriona? –preguntó en vez de seguir con el tema.

La mirada de Bash ascendió hasta el reloj circular que había sobre la barra.

–Madison llega elegantemente tarde, nada nuevo. Henry tenía un evento de la campaña esta tarde. Me imagino que llegarán juntos, con tiempo de sobra para el discurso de bienvenida. –Sus ojos pasaron del reloj de la pared al Rolex Oyster Perpetual de su muñeca, una versión renovada del modelo clásico que llevaba en el instituto. Como si fuera a ofrecerle otra respuesta–. Que está programado para dentro de quince minutos.

–¿Va a venir Henry Alcott Winslow?

Cuando Hannah publicó «Los multimillonarios de Nueva York: que muerdan el polvo», había anticipado una oleada de fuertes críticas de parte de sus excompañeros de clase, las cuales llegaron en el momento justo, pero no le importó. Llevaban años sin moverse por los mismos círculos. Pero lo que no pretendía era poner el foco en Madison DuPont el mismo día en que su marido multimillonario anunciaba que se presentaba a la alcaldía. No es que le tuviera ningún aprecio a Henry Alcott Winslow y a su insignificante

plataforma de centro-derecha, pero Winslow era conocido por su apoyo a varios medios de comunicación de Nueva York y no tenía intención de enfadar a uno de los mayores patrocinadores de la revista para la que escribía.

Por suerte, él aún no había retirado la financiación, pero su presencia esa noche podría suponer una complicación para su artículo de seguimiento. El enfoque de la historia serían los establecimientos elitistas y la riqueza multigeneracional, pero, por lo que sabía, Winslow era un miembro del Club Lenox. Tendría que andarse con cuidado, y el decoro no era lo que su jefe tenía en mente.

–Nos bendecirá con su presencia, si tenemos suerte –se mofó Bash con un humor socarrón, pero antes de que Hannah pudiera preguntarse por el posible conflicto existente entre dos de los hombres más ricos de Nueva York (o incluso antes de que pudiera importarle), otro rostro le llamó la atención.

Elle Harrington apareció desde el comedor, aún más guapa y refinada que cuando tenía diecisiete años. Llevaba un vestido hasta el suelo de Carolina Herrera, su diseñadora preferida ya en la adolescencia. El vestido de gasa metalizada dejaba a la vista un hombro desnudo. Le resplandecía la piel bajo las luces ambarinas y sus rizos marrón oscuro estaban recogidos en un moño. Hizo una pausa para alternar la mirada entre Hannah y Bash, luego chasqueó la lengua. Puede que a Bash el artículo le pareciera brillante, pero resultaba evidente que Elle Harrington no estaba de acuerdo. Levantó el mentón en un gesto brusco para que Bash se acercara hasta ella.

–Disculpa. –Bash apoyó una mano sobre el hombro de Hannah y luego se marchó.

Hannah se pasó los siguientes diez minutos dando sorbitos a su Martini y evitando a sus compañeros de clase. Evidentemente, habían acudido antiguos alumnos de varios años; vio a Alex, el hermano pequeño de Madison, charlando con un par de chicas de su año, y, durante unos pocos minutos, estuvo sumida en una conversación con un hombre mayor que se presentó como Frederick Tillinghast, de la promoción de 1964.

En la biblioteca, el reloj de pie marcó las siete. ¿Ni siquiera había pasado una hora? Dios. Se suponía que los discursos de bienvenida debían tener lugar ahora, seguidos de una cena a las siete y media, luego una subasta, después los postres, los bailes y demás, hasta la medianoche. Pero, por supuesto, Madison DuPont llegaba tarde y estaba retrasando el evento.

Hannah suspiró y deslizó su copa de Martini vacía por encima de la barra.

–Un Sauvignon Blanc.

Esta vez la camarera extendió el brazo para abrir la nevera de los vinos sin proferir palabra.

Justo en ese momento, la pesada puerta del Club Lenox se abrió de par en par. Esperaba ver a Madison entrando como si nada; pero lo que vio la dejó completamente boquiabierta. La que se encontraba en la puerta era su hermana pequeña, Ami, que se suponía que estaba en Japón. Hannah agarró su bebida y se apresuró hasta la entrada, donde Ami estaba dejando el móvil en la bolsa de terciopelo.

Envolvió a su hermana en un abrazo, con cuidado de no derramarle el vino por la espalda de su vestido azul claro.

–¿Qué estás haciendo aquí? –susurró–. ¿Cuándo pensabas decirme que habías vuelto a Nueva York?

Ami sonrió.

–He aterrizado hace literalmente dos horas. Quería darte una sorpresa.

–Pues sí que me has pillado por sorpresa. ¿Pero no ibas a pasar otros tres días en Kioto?

–Se suponía que sí. Hasta que alguien me compró una entrada para la gala y me la envió a Japón.

–¿No será papá ese alguien? –Hannah sonrió con suficiencia–. Yoko y tú lleváis un mes fuera y me ha estado llamando tres veces al día. El pobre se está volviendo loco sin ninguna de las dos en casa. –Hannah vivía en un piso de dos habitaciones en la zona limitante entre Williamsburg y Bushwick con un compañero de piso que había conocido por internet y que nunca veía, pero Ami, que había terminado la carrera hacía solo dos años y ganaba bastante menos

que el salario mínimo como asistente de moda en una revista sin alma del centro de la ciudad, aún vivía con sus padres.

Ami se encogió de hombros.

–El caso es que mamá me convenció para que acortara el viaje, así que aquí estoy.

–¿Quieres…? –empezó a preguntar Hannah mientras señalaba la barra con la cabeza, pero, antes de que pudiera continuar, la puerta volvió a abrirse de par en par, y esta vez Madison DuPont y su marido multimillonario traspasaron el umbral. Durante un momento, sus ojos se encontraron con los de Madison, y su mirada gélida le provocó un escalofrío. Cogió a Ami del brazo y tiró de ella hacia un lado.

Madison iba ataviada con un vestido de alta costura de estilo romántico, con varios metros de seda color melocotón y rosas de tul. El largo cabello pelirrojo le caía en ondas hasta la mitad de la espalda. A su lado estaba Henry Alcott Winslow, de anchos hombros y mandíbula definida. Le sacaba quince años (Madison había cumplido con éxito su propósito de solo establecer relaciones con hombres mayores que ella), pero iba bien afeitado y seguía teniendo aspecto juvenil. Hannah retrocedió tres pasos más; con un poco de suerte la presencia de Winslow esa noche sería breve y se ahorraría un encuentro incómodo.

Poco después, Bash y Madison estaban besándose en las mejillas y guiando a todos los presentes a través del salón y más allá de las amplias puertas francesas para llegar a la biblioteca. Era una sala íntima, más larga que ancha y con el espacio justo para alojar a unos setenta invitados de pie hombro con hombro. En la pared de la izquierda, tres estanterías de techo a suelo contenían una seleccionada colección de primeras ediciones, traducciones y volúmenes clásicos encuadernados en cuero. Una larga escalera rodante fijada a unos rieles de latón permitía que los miembros del club accedieran a las baldas superiores.

Madison y Bash asumieron sus puestos ante un par de atriles de madera delante de la pared que conducía al patio. Tras ellos, intercaladas con los paneles de madera oscura, había una serie de ventanas policromadas que añadían un necesario toque de color a la

sala apagada y creaban una barrera visual entre el interior del Club Lenox y el patio que estaba al otro lado. Todos los invitados estaban agrupados en la estrecha habitación. Hannah y Ami encontraron un hueco en medio de la multitud.

Bash comenzó por dar la bienvenida a los antiguos alumnos de Prescott. Continuó con algunas bromas sobre haber rechazado las solicitudes de membresía de ciertos compañeros a lo largo de los años y la mirada de Hannah recayó sobre Oliver, que debía de haber entrado sigilosamente algo tarde. Si aún le importaba aquel manido desprecio, no hizo muestra de ello.

En ese momento, Madison tomó el mando y les recordó a todos por qué se habían reunido allí esa noche: para celebrar el centésimo aniversario de la Academia Prescott y para recaudar dinero para un complejo de deportes acuáticos y un ala de ciencias de última generación.

–Durante mis años en Prescott no fui una gran deportista o académica. –El público se rio con nerviosismo–. Pero el instituto fue mi hogar durante mis años de formación y siempre formará parte de mí. Espero que abráis vuestros corazones y vuestras carteras durante la subasta de esta noche para asegurarnos de que la Academia Prescott sigue siendo la número uno en Nueva York para la próxima generación y todas las venideras.

–Tuve la suerte de pasar el Día de los Fundadores en Prescott el pasado mes de enero, esta vez como donante –intervino Bash–. Me complace informaros de que las viejas tradiciones siguen vigentes. Adornaron el busto de Elias Prescott con una camisa hawaiana horrenda para la ocasión y vi que las palabras de ánimo que encontraron en el juego de varias décadas de antigüedad, cartas escondidas, hicieron que se les saltaran las lágrimas a dos estudiantes de segundo. No puedo decir que lo valorara todo lo necesario mientras fui estudiante y, desde luego, tampoco les saqué provecho a todos los recursos académicos. –Más risas nerviosas de los invitados–. Pero Prescott es de cabo a rabo el refugio de la tradición y la erudición que ha sido siempre, y le debemos…

El repiqueteo de unos tacones sobre la madera llamó la atención de Hannah y se dio la vuelta para mirar hacia atrás, a través de las

puertas francesas de la biblioteca, que estaban completamente abiertas para permitir que entrara el aire desde el salón. Una mujer bajita con un vestido negro sencillo y una torera verde ajustada paseaba con seguridad desde la barra hasta la biblioteca, con un vaso de *whisky* en la mano. Hannah tardó un instante en reconocer a su excompañera de clase: Gemma Phipps. Esa noche, «la zorra de Park Avenue» (puso una mueca al recordar el cruel apodo) tenía un aspecto refinado y sutil. Llevaba el maquillaje impoluto y su larga melena rubia recogida en un moño francés. Pero ¿qué estaba haciendo allí? Gemma no se había graduado en Prescott y, gracias a The Upper Edge, su último año había sido incluso más desagradable que el de Hannah.

–Ay, madre –murmuró Ami.

Justo lo mismo que había pensado Hannah. ¿Por qué narices pagaría Gemma el desorbitado precio de la entrada para apoyar al instituto que la había destrozado de aquella forma?

Con unas zancadas rápidas y decididas, Gemma atravesó el salón y se unió al gentío en la biblioteca.

–Zorra simplona –musitó Elle, lo bastante alto como para que se oyera por encima del discurso de bienvenida. Pero, si el comentario llegó hasta Gemma, esta hizo caso omiso.

El discurso se extendió cada vez más, Bash y Madison intercambiaron recuerdos y bromas, y la mente de Hannah empezó a divagar. Durante el tiempo que pasó en Prescott había acudido a muchos eventos así en los que el aburrimiento se entremezclaba con la riqueza apabullante y grandes cantidades de alcohol. Al fin, a las ocho menos veinte, los dos anfitriones finalizaron y recibieron un cálido aplauso.

Bash se inclinó desde su posición en el atril para dirigirse a un hombre que portaba un pulcro delantal blanco. Luego volvió a alzar el micrófono.

–Sé que vamos un poco tarde, pero el chef Bernard acaba de informarme de que se servirá el primer plato en breve. Sé que todos estamos empezando a tener hambre.

–¡Pero antes –lo interrumpió Madison, que se inclinó con aire juguetón hacia el micrófono de Bash–, mientras nuestros camareros

hacen su magia, id a la barra a por otro cóctel Belvedere, por favor! –Levantó su copa de Martini, que aún seguía llena, y recibió más aplausos. Sonrió y le dio un delicado sorbito.

Bash puso los ojos en blanco y se bajó de la plataforma, luego atravesó la sala para llegar hasta Theo. Los dos hombres chocaron las manos y Theo tiró de él para acogerlo en un fuerte abrazo. Estaba claro que los dos amigos seguían teniendo una relación estrecha. Elle ocupó su lugar sobre la plataforma y le otorgó una sonrisa de felicitación a Madison.

A medida que la multitud salía de la biblioteca y regresaba al salón, Hannah inspiró hondo. Algunos extrajeron talonarios de los bolsillos de sus chaquetas y de sus relucientes bolsos de mano. Otros enfilaron hacia la barra.

Estaría allí atrapada durante varias horas más y evitar a Madison todo ese tiempo sería casi imposible.

–Tengo algo que –le dijo a Ami–. Te veo ahora.

Ami siguió la mirada de Hannah hacia el atril, donde se encontraban Madison y Elle.

–¿Te vas a ofrecer como cordero sacrificial ante Elle Harrison y Madison DuPont?

Hannah suspiró.

–Espero que no. Pero tengo que calmar los aires.

–Buena suerte. –Ami se encogió de hombros y se retiró hacia el salón. Hannah avanzó hacia la parte delantera de la biblioteca y esperó. Cuando Madison terminó de conversar con uno de sus antiguos compañeros de clase, Hannah dio un paso al frente a regañadientes.

–Madison… –comenzó, pero tanto ella como Elle se volvieron para lanzarle sendas miradas gélidas. Sí que iba bien la cosa.

–Sobre el artículo… –empezó de nuevo Hannah–. Sé que salió en un momento desafortunado, pero tenía que…

–¿Oyes a alguien hablar? –preguntó Elle–. Te juro que estoy oyendo un zumbido horroroso.

Madison se giró hacia Elle y le dio la espalda a Hannah. La estaba ignorando.

–Voy a ir al servicio –murmuró Madison–. No he tenido un momento a solas desde la recaudación de fondos de Henry. Necesito refrescarme.

–¿Quieres que te acompañe? –preguntó Elle.

–No, no tardo nada. –Le dio un trago a su bebida–. ¿Nos vemos en la barra? Cuando me termine este voy a necesitar otro.

Madison salió de la biblioteca sin volver a echarle un solo vistazo a Hannah y atravesó el pasillo en dirección a los baños con la copa de Martini en la mano.

«Vaya, no podría haber ido mejor». Hannah, que se negaba a permitir que aquel desprecio la afectase, le ofreció una amplia sonrisa a Elle y luego se encaminó hacia el comedor, donde los camareros, vestidos con chaquetas con una sola hilera de botones, camisas de algodón impecables y pantalones planchados, colocaban finas ralladuras de trufa en pequeños platillos de aperitivo y reorganizaban los carteles con los nombres para acomodar las ausencias y las apariciones de último minuto. Olía a lino recién lavado y a peonías blancas, las cuales estaban distribuidas con gusto sobre las mesas más grandes y los dos aparadores de roble de la sala. Empezó a rodear las mesas en busca de la tarjeta con su nombre, preparada para moverla a escondidas si la habían sentado con Ellen, o, peor, con Henry.

Las luces del comedor parpadearon y Hannah se detuvo frente a las tarjetas del señor Albert Thorton y la señora Blythe Thorton, promoción de 1957. Levantó la vista hacia el enorme candelabro de oro y vidrio de Murano. Volvió a titilar y, de pronto, todo el club se vio sumido en la oscuridad. Algunos gritos de sorpresa se alzaron desde el salón y una mujer a su lado se tropezó contra una mesa y tiró al suelo de madera un vaso de agua, que se hizo añicos. Eran las 19:50 h en pleno junio y aún era completamente de día en el exterior, pero las gruesas cortinas de las ventanas delanteras del Club Lenox siempre estaban echadas, de acuerdo con el lema del club «Preservamos la privacidad». Y tanto que resultaba privado, y oscuro como boca de lobo. Hannah perdió el equilibrio y trató de agarrarse al respaldo de una silla. En algún lugar a su izquierda, otra silla cayó al suelo.

–¿Qué cojones está pasando? –refunfuñó alguien.

–¿Se ha ido la luz? –dijo otra voz.

–Corred las cortinas –sugirió alguien–. ¿Sigue habiendo luz en el resto de la manzana?

Durante el transcurso de noventa segundos, dos minutos como mucho, se produjo el caos en el club. Los invitados se tropezaban, las bebidas se derramaban. Bash pidió que mantuvieran la calma, pero nadie le prestó atención. Justo cuando alguien (supuso que se trataba de un miembro del personal, pero no pudo ver de quién se trataba) anunció algo sobre un generador de emergencia ubicado en el sótano, las luces volvieron a encenderse.

Hannah parpadeó.

–Ha sido… entretenido –comentó para nadie en particular.

La mujer que había tirado el vaso de agua le dirigió una mirada desdeñosa y luego siguió limpiándose el vestido con las manos. Por todos lados, los empleados del Club Lenox se pusieron manos a la obra para fregar las bebidas que se habían derramado y levantar las sillas volcadas. En el salón, un jarrón con flores se había caído al suelo y un camarero se apresuró a reemplazarlo.

De pronto, un grito penetrante atravesó el club. Hannah se puso tensa.

Lo siguieron un segundo chillido y varios gritos ahogados.

–¿Pero qué coño…? –musitó Hannah.

–¡Aquí! –gritó alguien desde el salón–. ¡Ayuda!

Hubo un arranque de movimiento y Hannah siguió a los otros a través de los amplios arcos en dirección a la conmoción.

–¡No os acerquéis! –gritó una mujer.

Hannah avanzó hacia delante.

–Disculpa –murmuró y se abrió paso a través del gentío. Todos a su alrededor se empujaban para tener mejores vistas o retrocedían, con expresiones de perplejidad.

–Creo que está…

–¿Hay algún médico?

–Mierda, joder, ¿dónde están nuestros teléfonos?

Cuando Hannah llegó hasta la fila delantera, lo que vio la dejó sin aliento.

En el pasillo que transcurría entre el salón y los servicios, yacía tirada Madison DuPont sobre la oscura y ornamentada moqueta, con la seda color melocotón extendida a su alrededor. Tenía los ojos en blanco y un leve hilo de vómito le bajaba desde la comisura de la boca hasta la barbilla. Uno de sus pálidos brazos estaba extendido y señalaba con los dedos la copa vacía de Martini que había rodado justo fuera de su alcance.

No hacía falta ningún médico.

Madison DuPont estaba muy pero que muy muerta.

9 de septiembre de 2016

Instagram

Carrusel de imágenes: la estudiante de último curso de la Academia Prescott Gemma Phipps vestida con lencería y posando seductora para la cámara. En el espejo tras ella se ve reflejado al fotógrafo, de perfil y con la cara oculta en gran parte por el teléfono que sostiene en las manos. Lo único que se percibe con claridad es que lleva gafas, chaqueta de Prescott y los gemelos a juego.

TheUpperEdge: ¿Creéis que podéis ayudarme a resolver un pequeño misterio? Parece que una de nuestras compañeras se lo ha pasado de miedo durante las vacaciones de verano y tengo las fotos que lo demuestran. Pero ¿quién se encuentra detrás del móvil, sacando el tipo de fotos que no le enviarías a mamá ni a papá?

@PrescottPeach Menuda guarra.

@BrunoPluto [*emoji* de palomitas] Las típicas groserías de la zorra de Park Ave.

@Alice_in_the_City @EllesBells ¿Lo has visto? ¿Ese es THEO?

@EllesBells @Alice_in_the_City QUÉ DICES ¿eres gilipollas o qué te pasa?

@CarinRutherford Eh. ¿No será ese Theo Fitzgerald? [*emoji* de unos ojos]

@Oliver_hates_olives madre madre madre

3

9 de septiembre de 2016

Los almuerzos en Prescott (que se realizaban en el comedor Pembroke durante el invierno y en el bonito patio de piedra tras el instituto cuando hacía buen tiempo) siempre eran un campo de minas. El invisible pero inamovible plano de distribución de los asientos se respetaba a rajatabla, las opciones alimentarias se analizaban de forma minuciosa y relacionarse con otras mesas solo estaba permitido cuando los de último curso eran los primeros en ponerse en pie.

Hannah tardó tres días completos en comprender las normas, las cuales quedaron hechas añicos poco después, durante el primer viernes del año escolar, cuando The Upper Edge filtró seis fotografías de Gemma Phipps exhibiendo su amplio escote y trasero redondeado, que solo estaban levemente ocultos tras un sujetador con bordes festoneados, un tanga rojo de encaje y unas ligas.

Estaba claro que esas fotografías se habían tomado con la idea de que fueran privadas y probablemente estaban destinadas al chico que sostenía el móvil de Gemma y disfrutaba de su sensualidad en persona. Pero alguien había encontrado un sobre con las fotografías impresas en la sala Kingsley durante el primer día del seminario de los de último año. (¿Y por qué querría alguien imprimir fotos hoy en día?, te preguntarás. Parece que la pobre Gemma quería evitar el riesgo de que esas fotos aparecieran en las pantallas de sus 253 compañeros de la Academia Prescott, sus padres y el resto de Nueva York). Pero cuando el sobre se deslizó de su

nuevo bolso Jacquemus (el gran Bambino, hecho en exclusiva en color rosa chicle) o cuando alguien lo extrajo de este, esa misma persona fotografió sus hallazgos y le envió las imágenes a The Upper Edge. Entonces lo privado se hizo público y se acabaron las contemplaciones.

«Menuda zorra».

«La guarra de Prescott: el título de su *sex tape lol*».

«A los nuevos ricos les encantan las sesiones de fotos, puaj».

Los comentarios no se limitaron a Instagram. La Academia Prescott había juzgado a Gemma Phipps desde el mismo momento en que atravesó las pesadas puertas de roble en su primer año (una alumna nueva de primero cuyos padres habían ganado una fortuna vendiendo tecnología de casas inteligentes) y su afición por la ropa provocativa y los labios rosados y carnosos pronto le valieron la reputación de la zorra de Park Ave, a pesar de que no había noticias de que Gemma se hubiera enrollado con un solo chico o chica de Prescott.

Los profesores hicieron todo lo posible esa mañana (Hannah vio que el señor Harris hablaba con Gemma con tono apaciguador tras el seminario de último curso y luego advirtió al señor Briar, su profesor de Biología Avanzada, rodeándole los hombros con el brazo en el pasillo) pero, para cuando terminó la tercera clase del día, Gemma Phipps había huido a su casa.

Para la hora del almuerzo, la atención se había centrado en el chico que aparecía de fondo en las fotografías y sostenía el móvil. Chaqueta de Prescott, gemelos, gafas de diseñador… ¿Era…, podía ser… Theodore Fitzgerald? ¿Teddie, el novio de Elle Harrington?

Los rumores empezaron a circular y el patio perdió su orden habitual. Los de primer año inclinaban las cabezas junto a los de tercero y examinaban con los ojos entrecerrados y los ceños fruncidos las dos imágenes en las que aparecía el chico. Los de cuarto estaban sentados sobre las mesas, encorvados sobre sus teléfonos y rellenando

alegremente la sección de comentarios con salidas ocurrentes.

En el banco bajo el viejo arce en medio del patio estaban sentados Elle y Teddie, con las espaldas rectas como dos tablas y las manos entrelazadas, haciendo un esfuerzo por mostrarse impertérritos y unidos. Theo no llevaba ni un solo pelo de su carísimo peinado fuera de lugar. El relicario de oro en forma de corazón que colgaba en medio de la gargantilla de perlas de Elle estaba perfectamente situado en el hueco de su garganta.

Hannah se levantó con timidez de su puesto en la mesa donde había pasado los últimos tres días almorzando con Madison DuPont y sus complacientes seguidores, en concreto Bruno Álvarez e Ethan Astor, la pareja más mona de tercero.

Ethan era blanco y de constitución delgada; unos relucientes ojos verdes asomaban tras una mata de pelo castaño ondulado. Su familia se dedicaba al negocio de los muebles a medida, lo cual en Prescott le había granjeado el apodo medio cariñoso, medio despectivo de Ethan Allen[1].

Su novio, Bruno, tenía la piel color oliva y el cabello negro a la altura de los hombros, y resultaba evidente que pasaba casi tanto tiempo levantando peso en Chelsea Piers Fitness como Bash con su entrenador privado. Bruno era un estudiante internacional de Argentina, se rumoreaba que su padre tenía un alto cargo en algún cártel de droga (parecía que los rumores mutaban cada semana), lo que le había aportado un aura de intriga y peligro que Bruno usaba de forma bastante efectiva en su beneficio entre la élite de los ricos. Puede que no fuera uno de ellos, pero se las había arreglado para obtener su respeto.

Hannah miró alrededor del patio con la esperanza de ver a Oliver, a pesar de las advertencias de Elle y Madison de que se mantuviera alejada de su amistad veraniega si quería dar buena impresión en Prescott. La división entre los ricos generacionales y los nuevos ricos le resultaba desconcertante.

Hannah no veía una gran diferencia entre la empresa de inmuebles residenciales de lujo de la familia Morgan y Beaumont Capital, el imperio de la familia de Bash, cuyas ramas comerciales y residenciales llevaban controlando el negocio de los bienes inmuebles de Nueva York desde el principio de los tiempos (o al menos desde mediados del siglo XIX). La riqueza de una familia se remontaba varias generaciones, la otra, solo una; pero ambas acumulaban más dinero del que Hannah hubiera visto jamás de cerca hasta esa semana. Una cosa estaba clara: a los estudiantes de Prescott les importaba sobremanera el origen del dinero de sus padres y determinaba toda la jerarquía social del lugar.

Oliver no estaba por ningún sitio. Así que la mirada de Hannah se posó en Ami, que estaba sentada al otro lado del patio con Alex DuPont, el hermano menor de Madison. Alex estaba en tercero, un curso por encima de Ami, y, aunque no era un enlace estudiantil oficial, había asumido la tarea de ayudar a que su hermana se sintiera cómoda en la escuela, siguiendo el ejemplo de Madison. Hannah le estaba agradecida a Alex. Parecía un chico amable, pero también le preocupaba que Ami se involucrara con los DuPont. Mientras que Hannah se enorgullecía de cultivar un nivel sano de escepticismo en lo que se refería a los favoritos de la alta sociedad con los que ahora compartían mesa en los seminarios, estaciones de rellenado de agua filtrada y campos de tiro con arco, Ami había quedado cautivada por Prescott al instante: no apartaba los ojos del Instagram y ya estaba planeando ir de compras por el circuito *vintage* del Upper East Side en busca del cárdigan de cachemira perfecto. Que su hermana pequeña estuviera tan deseosa de obtener la aprobación de parte de «la gente adecuada» hacía que le doliera un poco el corazón.

–Hola. –Hannah se dejó caer con despreocupación junto a Ami y Alex en la pared de piedra.

–Hola, Hannah. –Alex era alto, esbelto y pelirrojo como su hermana, pero, aunque no cabía duda de que era guapo, le

faltaba aquel atributo etéreo que elevaba a Madison a otra esfera y la diferenciaba de sus compañeros de clase, que eran en su mayoría superricos y apuestos (o, como poco, vestidos y peinados de forma impecable). Podría decirse que Alex DuPont era Kristoff de *Frozen*, pero sin llegar a ser Flynn de *Enredados*, si se tenía en mente a los príncipes de Disney.

Hannah le sonrió y saludó con la cabeza.

–Alex.

Se volvió hacia Ami, que estaba tan centrada en su teléfono que o bien no le importaba la llegada de su hermana o bien la había pasado por alto.

–¿Hola? –lo intentó Hannah de nuevo–. Tierra llamando a Ames.

Ami alzó la cabeza de golpe.

–Un alumno de segundo ha ampliado y recortado la imagen del chico misterioso, pero está borrosísima. Ni siquiera se distingue si lleva una montura de Oliver Peoples o de Persols.

Hannah puso una mueca de perplejidad.

–¿Desde cuándo sabes tanto sobre gafas de diseñador?

Ami se sacudió el cabello negro hacia atrás.

–Desde que se ha convertido en algo importante.

Hannah suspiró y se volvió hacia Alex.

–¿Tú qué opinas?

El chico se encogió de hombros.

–Es Prescott. El escándalo de moda nunca dura demasiado porque siempre hay grano nuevo para el molino de los rumores. –Echó un vistazo al otro extremo del patio hacia Elle y Theo, que seguían sentados en el banco bajo el arce, una reina y un rey que carecían por completo de súbditos–. Pero no lo sé. Quizá esta vez sea diferente. Si el de las fotos de verdad es Theo…

Hannah tragó saliva. Si de verdad se trataba de Theo, se merecía que lo destronaran. Pero ¿y si Prescott estaba sacando conclusiones precipitadas? Vale, sí, el chico borroso de la foto se daba un aire a Theo y había oído cuchicheos de Ethan y Bruno sobre que la pareja de moda de Prescott había

pasado una cantidad de tiempo inusual separada durante el verano, pero lo único que indicaban la chaqueta y los gemelos era que el fotógrafo de Gemma era un estudiante de Prescott, y Theo no era el único alumno con montura de diseñador; de hecho, algunos chicos llevaban gafas sin graduación simplemente como complemento.

–Es él segurísimo –dijo Ami con una convicción inmerecida, y señaló, sin discreción alguna, al otro lado del patio–. Mírale los hombros. Los tiene caídos. Y está inquieto.

Era cierto. Mientras que Elle estaba sentada completamente recta bajo el árbol, con la cabeza alzada y las piernas cruzadas con delicadeza a la altura de los tobillos, Theo parecía languidecer bajo presión. Quizá sí que era culpable de haberla engañado. En el breve periodo de tiempo que llevaba conociéndolo, Theo le había parecido el más bondadoso de los cuatro; entre Madison, Elle, Bash y él. El que estaba menos absorto en el drama de la élite. ¿Pero qué sabía ella? Los chicos buenos también ponían los cuernos. Las apariencias engañan.

–¿Podéis ser menos discretos? –Madison estaba de pronto frente a ellos, bloqueándole la vista. Hoy llevaba colgado del hombro y sin esfuerzo el bolso tipo cartera de cuero desgastado más grande que Hannah hubiera visto. Seguro que había sido una compra de dos mil dólares, pero Madison lo llevaba con la indiferencia de quien lleva una bolsa de tela reutilizable de Trader Joe.

Hannah levantó la vista de inmediato hacia Madison.

–Estoy preocupada por ellos. ¿Crees que deberíamos ir a hablar con Elle? Para mostrarle nuestro apoyo…

–Ni de broma. –La expresión alegre de Madison se tornó en una sonrisa altiva–. Hasta que Elle no decida separarse de forma consciente de ese infiel de poca monta, no haremos nada parecido. Tú no harás nada parecido.

Hannah se amedrentó. Madison no planearía darle la espalda a su mejor amiga hasta que esta dejara a Theo,

¿verdad? Le parecía muy exagerado. ¿Y qué derecho tenía Madison a decirle lo que debía o no hacer?

Se puso en pie y Madison se adelantó para bloquearle el paso. Hannah era alta, medía uno setenta y tres, pero los tacones de diez centímetros que llevaba Madison todos los días hacían que quedara por encima de ella.

–Hannah –dijo despacio, como si fuera una niña que debiera aprender a seguir instrucciones–, Elle no necesita una amiga ahora mismo. No mientras esté ahí sentada con Theo como una esposa sumisa. Hasta que no tenga agallas y él aprenda a arrastrarse, las cosas van a cambiar un poco por aquí. Como tu enlace de Prescott, este es un recordatorio amable de que me harás caso si sabes lo que te conviene.

Hannah contuvo una sonrisa burlona. El enlace estudiantil de Ami, una chica callada llamada Sybil, había llevado a su hermana a la oficina de orientación para que cogiera el horario la primera mañana y luego la había acompañado diligentemente a todas las clases hasta que Ami le había indicado con amabilidad que ya podía apañárselas sola. Madison se tomaba la tarea más como una dictadora social que como una guía turística.

–¿Y si no lo hago? –preguntó Hannah.

A su lado, Ami ahogó un grito. Madison entrecerró los ojos y Hannah esperó la llegada de la inevitable amenaza: que se quedaría sola, que la expulsarían del grupo antes de que terminara su primera semana en Prescott. Quizá sería lo mejor.

Pero, en lugar de eso, los labios de Madison se curvaron en una sonrisita de diversión.

–Tienes más sangre en las venas que la mayoría de los alumnos que vienen a Prescott, Hannah Miller. Qué interesante.

Las dos chicas se miraron fijamente, ninguna de las dos quería ser la primera en romper el contacto visual.

–Nunca he sido la clase de persona que sigue a un líder –dijo Hannah, y su voz no dejó entrever los nervios que se

acumulaban en su estómago.

–Qué interesante –dijo de nuevo Madison–. Ya veremos qué tal te va.

¿La estaba desafiando? Antes de que Hannah pudiera responder, Madison giró sobre sus talones y se encaminó hacia el instituto.

Hannah exhaló un largo suspiro. ¿De verdad acababa de plantarle cara a Madison y había ganado? ¿O la incapacidad de Hannah de mantener la boca cerrada se volvería en su contra? Se ajustó la falda del uniforme y cuadró los hombros.

–No me puedo creer que hayas hecho eso –susurró Ami.

Se encogió de hombros. O bien se había ganado el respeto de Madison o había prendido fuego a uno de los pocos contactos que había hecho en el instituto nuevo. Solo el tiempo lo diría.

Miró a Alex, pero él ya había encendido su móvil y había empezado a deslizarse por las publicaciones. Estaba claro que los cambios de humor de su hermana eran algo habitual en casa de los DuPont.

–Yo también me voy ya –le dijo a Ami y se dirigió hacia las puertas.

Le vibró el teléfono y lo sacó de la mochila mientras caminaba, algo preocupada de que pudiera ser un mensaje de Madison redoblando el desafío. Pero era de Grace, la mejor amiga de Hannah en su ciudad natal. Le había estado mandando gran cantidad de mensajes con actualizaciones continuas de la primera semana del último curso en el viejo instituto de Hannah. Los mensajes le provocaban nostalgia, pero también los esperaba con ansias.

GRACE

Perdona que ayer no te cogiera el teléfono. Jillian ha tenido drama con Cade… otra vez. ¿Videollamada esta noche?

Hannah respondió deprisa.

HANNAH
Sí, porfa. Aquí todos son unos sobrados. Necesito una dosis de drama normal.

GRACE
Jaja. La tendrás. Pero también quiero saberlo TODO sobre el insti privado. ¿De verdad viven los alumnos en áticos y los llevan al cole sus chóferes?

Hannah atravesó las puertas del edificio. Antes de que pudiera responder (sí y sí) estuvo a punto de chocarse de bruces con Bash Beaumont, que justo en ese momento doblaba la esquina que conducía hasta la sede principal de la administración. Los dominios de la señora Renee Caldwell, la directora del centro, así como sus otros directores y decanos. Junto a Bash estaba Beatrice Whitmore, otra alumna de último curso de Prescott y amiga de Bash desde la infancia. Se trataba de una chica alta y delgada, con la piel color ébano y los ojos de un marrón intenso. Llevaba el cabello rizado natural peinado hacia atrás y sujeto con una cinta de tela del color gris oscuro de Prescott. Igual que Madison, ella también prefería los pantalones de pitillo a las faldas de cuadros grises y rojos.

–¿Qué pasa, estás evitando la histeria del patio? –preguntó Bash.

–Vengo de allí. ¿Y tú qué?

Beatrice respondió primero.

–No, gracias. ¿Y ver a los más codiciosos de Prescott señalando con el dedo y tildando de guarra a Gemma Phipps de forma descarada mientras Elle y Theo se sientan ahí como

dos monarcas caídos en desgracia que no saben que han perdido la corona? Qué triste.

–Alguien debería rescatar a Elle –musitó Bash.

–Sabes que solo puedes hacerlo tú –afirmó Beatrice–. Si lo hace cualquier otro, Madison tendrá su cabeza en una pica antes de última hora.

Bash puso los ojos en blanco.

–Se sale con la suya porque todo el insti se lo permite. –Se volvió hacia Hannah–. Déjame que lo adivine, ¿te ha dicho que ignores a Elle?

–Algo así. –Hannah se cruzó de brazos. Se sentía mal por Elle, pero quizá se lo merecía. En tan solo cuatro días que llevaba en Prescott, Elle la había tratado con sarcasmo y antipatía en más de una ocasión, dejando bien claro que el estatus de Hannah como estudiante becada la situaba en una zona gris no deseable dentro de la jerarquía de Prescott. No era de familia adinerada ni nueva rica. Tan solo formaba parte de la aburrida clase media. También era cierto que los amistosos consejos de Madison iban entrelazados con alambre de espino: esa misma mañana se había referido a su mochila como «trágica» y a su peinado como «cuestionable».

–No permitas que Madison te amedrente solo porque seas del programa.

–¿Del qué? –preguntó Hannah.

–Del programa –repitió Bash–. Ya sabes, una alumna becada.

Hannah arqueó las cejas.

–Se supone que debería sonar elegante –dijo Beatrice–. Es como solemos abreviar alumno del Programa de Becas del Fundador. Pero todo el mundo sabe que significa que no pagas la matrícula al completo. Perdona.

Pero no parecía sentirlo demasiado.

–Ya lo pillo –respondió Hannah.

–Deberías saber –añadió Bash– que la mayoría de los estudiantes de Prescott se creen superiores a los del

programa. Pero unos pocos puede que quieran adoptarte como mascota.

–Madison es mi enlace estudiantil –dijo Hannah–. Deduzco que uno de los requerimientos es que pase tiempo conmigo.

–Sí, es para inflar el currículum –afirmó Beatrice–. Pero Madison te ve como a un espécimen fascinante; estás tan lejos de ser rica que ni siquiera puedes fingir que encajas. Es el único motivo por el que te sigue hablando.

A Hannah se le escapó una carcajada seca.

–Bueno, pues me temo que eso está a punto de acabarse. Antes en el patio la he enfadado y, a pesar de sus defectos, creo que a Elle le vendría bien tener a un amigo cerca. –Posó la mirada en Bash–. ¿Vienes?

---

[1] Ethan Allen es una conocida marca estadounidense de muebles. *(N. de la T.)*

4

Viernes 12 de junio de 2026
19:54 h

–¡No la toquéis! –La señora Renee Caldwell, la directora de la Academia Prescott, estaba de pie junto al cuerpo de Madison e indicaba a Hannah y al resto de la multitud que retrocedieran. Ahora tenía sesenta y tantos años y resultaba igual de majestuosa que siempre. Su abundante melena plateada caía en cascada por la espalda de su vestido bermellón y llevaba los labios pintados a juego. Abrió su bolso de mano y luego frunció el ceño y se volvió hacia Bash.

–Imagino que habrá algún teléfono fijo con el que puedas llamar a la policía.

–Claro. –Bash giró sobre sus talones y se abrió paso a empujones entre la gente hasta la barra. Su expresión era impasible.

El gancho junto a la puerta, de donde antes colgaba la bolsa de terciopelo que contenía los teléfonos y otros dispositivos, ahora estaba vacío. Alguien había escondido los aparatos electrónicos. Los ojos de Hannah se elevaron al instante hacia el techo, donde revisó las esquinas: tampoco había cámaras. El lema del club flotó una vez más en su mente. «Preservamos la privacidad». Qué conveniente ahora que se había cometido un asesinato en las instalaciones.

Madison DuPont estaba muerta. Y, a juzgar por el vómito que goteaba de sus labios, parecía evidente que la habían envenenado. La reina ha muerto. Ahora, la gala era una tragedia y el Club Lenox, la escena de un crimen.

Elle Harrington estaba llorando de rodillas, tan cerca del cuerpo de Madison como le permitía la señora Caldwell. En la biblioteca, Theo

le rodeaba los estrechos hombros a Alex DuPont con el brazo. El hermano menor de Madison estaba completamente recto, parecía que tenía la mirada fija en las vidrieras policromadas, un diseño victoriano que contenía un vertiginoso caleidoscopio de dorado, azul Klein y bosque verde. Bruno Álvarez e Ethan Astor, los que antaño fueron los seguidores de Madison y que habían roto hacía tiempo, se habían reunido; no de manera romántica, sino porque compartían un propósito. La pareja estaba registrando la zona cercana a la puerta principal, tras la mesa de recepción y bajo la barra, seguramente en busca de la bolsa perdida con los móviles. El mayordomo del Club Lenox parecía haber abandonado su puesto de forma conveniente. Quizá en ese momento estaba guardando bajo llave los dispositivos en una sala trasera del club.

Algunos de los invitados estaban conmocionados, con los ojos puestos en el cadáver de su antigua compañera de clase. Otros habían buscado asiento en el salón y conversaban en susurros con las cabezas inclinadas sobre las mesitas de mármol, tras dejar a un lado los jarrones de lirios. En un sillón orejero de cuero junto a la chimenea, estaba sentada lloriqueando en silencio contra un puñado de servilletas monogramadas Alice St Clair, a la que Hannah recordaba como una de las muchas aprovechadas que seguían a Madison durante el último curso. Tenía el mismo aspecto ratonil de siempre, pero había aumentado de peso desde el instituto y su nariz y su barbilla, que ya eran entonces afiladas, ahora resultaban aún más puntiagudas y sobresalían de su rostro redondo y rosado.

Varios de los profesores de Prescott presentes revisaron minuciosamente a la multitud mientras repartían botellas de Acqua Panna de detrás de la barra y compartían palabras de consuelo con exalumnos conmocionados. Hannah divisó a la señora Clara Briar, la que fue su profesora de Biología Avanzada, y al señor Paul Harris, su antiguo profesor del seminario de último curso, entre los miembros de la facultad que comprobaban el bienestar de los invitados. Resultaba fascinante que incluso en un momento trágico todos asumieran sus roles.

Mientras el señor Harris se acercaba a Alice con una botella de agua mineral y un trapo limpio de la barra, Hannah se encontró con

su mirada. Le dirigió una sonrisa leve y cálida, pero tenía los ojos vidriosos. Él también parecía a punto de llorar. Con un asentimiento, se volvió hacia Alice y presionó el paño contra sus manos, cambiándoselo por el montón de servilletas. Ella, agradecida, enterró el rostro en la tela seca.

–¿Dónde está Winslow? –le preguntó en voz baja Hannah a Oliver Morgan, que se había abierto paso a empujones para llegar junto a ella. Oliver vestía unos llamativos pantalones de esmoquin color verde esmeralda de Dolce & Gabbana, que Hannah sospechaba que había escogido para ir a la contra de la decoración en tonos rojo oscuro y verde bosque del club. La chaqueta a juego colgaba descuidada del respaldo de una silla cercana. Se había levantado el cuello de la camisa y había abierto los dos primeros botones, dejando a la vista una cadena de diamantes. En los pies calzaba unos mocasines negros de terciopelo y llevaba unas gafas naranja chillón de Tom Ford. A medida que había ido madurando después del instituto, Oliver se había decantado por el paradigma «¿Europeo o gay?», pero la realidad es que no era ninguna de las dos cosas. Oliver era un pansexual orgulloso y le iba de maravilla como *influencer* de estilo de vida. En su veintena, su aspecto proyectaba que los ricos de siempre de Nueva York podían irse a paseo.

–Se ha escabullido durante los discursos –dijo–. Supongo que apoyar a Madison no es su fuerte.

–Entonces, ¿no sabe que está muerta?

Oliver se encogió de hombros.

–Alguien debería llamarlo.

Hannah miró hacia la barra. Bash seguía hablando por el teléfono fijo del club, seguramente con la policía. Volvió a echar un vistazo al gancho vacío junto a la puerta y luego a Bruno e Ethan, que se habían retirado a una mesa en el comedor donde se suponía que ahora todos deberían estar tomando el segundo plato. Estaban sentados en silencio en un par de sillas elegantes tapizadas en tono marfil.

El mayordomo había regresado y ahora miraba con detenimiento a través de la pequeña mirilla de la puerta delantera.

–¿Nos podría devolver los móviles? –gritó Hannah en su dirección.

Su voz desapareció entre el escándalo.

Empezó a avanzar a través del gentío.

–Disculpe. ¿Dónde están nuestros teléfonos?

Justo en ese momento, el mayordomo dio un paso atrás y abrió la puerta delantera del club con un ademán ensayado. Quienes entraron fueron un hombre y una mujer con trajes grises planchados y corbatas azul marino que mostraban sus placas doradas. Los seguían cuatro agentes uniformados. El grupo lo cerraba una mujer alta con pantalones de vestir y una cazadora negros con un logo que Hannah reconoció: pertenecía al departamento forense. Había llegado la policía de Nueva York.

Los agentes uniformados hicieron retroceder a la multitud mientras la médico forense y los inspectores avanzaban hasta el cuerpo de Madison. Una mano fría se deslizó sobre la de Hannah, que se sobresaltó. Ami estaba a su lado con el vello de los brazos de punta.

–Las cosas se ponen serias –dijo Ami con la voz tensa.

–Joder, y tanto. –Hannah se puso de puntillas para intentar discernir qué hacían los inspectores, pero habían acordonado el pasillo donde se encontraba el cadáver de Madison y dos de los policías estaban colgando una cortina negra del techo con una cinta de carrocero plateada para sellar la escena.

Unos minutos más tarde, llegó un equipo de paramédicos y Bash intentó relajar el ambiente haciendo que una antigua alumna de la promoción de 1962 se sentara al piano mientras él se colocaba tras la barra junto a sus empleados y tomaba pedidos. Corrieron las bebidas. El club se llenó con parloteos nerviosos mientras los inspectores y la forense trabajaban.

Veinte minutos después, habían quitado la cortina improvisada y los paramédicos sacaron el cuerpo de Madison en una camilla cubierto con una sábana. La forense caminaba a su lado con los labios apretados.

La sala quedó en silencio. Los invitados se hicieron a un lado y tres camareros se apresuraron a apartar las mesas y despejar un camino a través del salón. De pronto, Elle se lanzó hacia delante, en

dirección a la camilla, y se aferró a la sábana que cubría el cuerpo de su mejor amiga.

–¡No os la podéis llevar! –gritó sin aire–. Ni siquiera he podido despedirme. Necesito…

–Elle. –Alex estaba a su lado y la sostenía de los hombros con firmeza mientras les imploraba en silencio a los agentes que no la detuvieran–. No pueden dejar su cuerpo aquí, Elle. Tienes que permitir que hagan su trabajo. –Su voz sonaba sorprendentemente estable para un hombre que acababa de perder a su única hermana.

Elle se dio la vuelta entre sollozos y enterró la cabeza en el hombro de Alex. Hannah no podía apartar la vista de la camilla. En el lugar donde Elle había movido la sábana, ahora quedaba visible la mano de Madison. El diamante gigantesco de su anillo de compromiso relucía con estridencia bajo las luces ambarinas del club.

Elle permitió que la condujeran hasta un sillón de respaldo alto de la biblioteca. Alex le elevó los pies sobre un escabel de terciopelo, y los paramédicos continuaron con su breve viaje a través del club. Cuando la camilla atravesó la puerta, el mayordomo se apresuró a echar los dos pestillos y la cerradura de seguridad. Uno de los agentes uniformados asintió en su dirección, indicando que podía retirarse, y asumió su puesto frente a la puerta. ¿Los estaban encerrando?

–Disculpen. –Los dos inspectores de homicidios se habían dirigido hacia la parte delantera de la barra. Tras varios carraspeos y aplausos, toda la multitud (tanto invitados como empleados) se apiñaron en el salón.

–Soy la inspectora Raina Wellesley –dijo la primera inspectora, una mujer menuda de piel pálida y cabello amarillo mantequilla, recogido de forma pulcra en un moño–. Y este es mi compañero, el inspector Randall Crews. Venimos del distrito 19 y, durante las próximas horas, pediremos su cooperación en nuestra investigación inicial del asesinato de su compañera y antigua alumna Madison DuPont.

–Entonces, no cabe duda de que ha sido un asesinato, ¿cierto? –preguntó una exalumna que lucía un vestido de Dior con una

enorme falda de tul–. En plan, ¿la ha matado alguno de los presentes?

–Vamos a proceder con una investigación por homicidio –dijo el inspector Crews. Era un hombre negro, bajo, fornido y musculoso, con un bigote bien recortado y unas gafas de montura de alambre. Al igual que su compañera, aparentaba estar entre los treinta y tantos y los cuarenta y pocos años.

Todo el salón se llenó de gritos ahogados, como si fuera información nueva. Pues claro que habían asesinado a Madison.

–La han envenenado, ¿verdad? –Todas las cabezas se volvieron hacia Theo Fitzgerald, que se encontraba en la parte trasera, apoyado contra el arco que separaba el salón del comedor–. Desde luego es lo que parecía. ¿Nos lo pueden confirmar?

En ese momento, la sala estalló en murmullos y todos empezaron a exigirles más información a los inspectores. Bash avanzó hasta la parte delantera mientras pedía silencio a gritos.

El inspector Crews se aclaró la garganta.

–Los hallazgos de la forense son, de momento, preliminares. Se trata de una investigación en curso, me temo que no podemos hablar de la causa de la muerte, pero sí que la consideramos una muerte sospechosa de criminalidad.

–Por supuesto que la han envenenado –murmuró Beatrice, en voz lo suficientemente alta como para que la oyeran la mayoría de los invitados–. Todos hemos visto su copa en la moqueta. Y había vomitado.

Beatrice tenía razón; todos habían visto que le goteaba vómito de la boca, la copa caída de Martini, que aún seguía medio llena cuando entró en el servicio de mujeres. No cabía duda de que la habían envenenado.

–Deberían decírnoslo y punto –dijo Oliver con el ceño fruncido–. Por el amor de Dios, si todos hemos visto el cuerpo.

–Nuestra investigación –lo interrumpió la inspectora Wellesley, que tenía una voz sorprendentemente potente para ser una mujer tan menuda– se encuentra en las primeras etapas. Y, como tal, pasaremos las próximas horas tomando declaración a los testigos. El

señor Beamont ha sido tan amable de otorgarnos el acceso a uno de los cuartos de huéspedes de la planta superior.

Oliver cogió la chaqueta de su esmoquin de la silla donde la había dejado antes y se la volvió a poner.

–Acaba de bajar un poco la temperatura –musitó.

–Sentimos tenerlos retenidos –continuó el inspector Crews, aunque no parecía sentirlo en absoluto–. Pero es imperativo que realicemos los interrogatorios mientras la noche sigue estando fresca en la memoria de todos los presentes.

–¿Son declaraciones o interrogatorios? –preguntó alguien. Hannah se giró en busca del origen de la voz. Tyler Marsden: era un año menor que ella y cuando estaba en tercero se le conocía como el bromista de la clase. Ahora tenía algo de tripa, estaba claro que el *lacrosse* era cosa del pasado, pero, por lo demás, no había cambiado demasiado–. Porque ella ha dicho que tomarán «declaración a los testigos», pero usted acaba de decir que realizarán los «interrogatorios». O sea, ¿debería llamar a mi abogado o no?

–Hablaremos con ustedes en calidad de testigos de un crimen –dijo con rapidez la inspectora Wellesley–. Y, si las conversaciones nos conducen a realizar un arresto relativo a la investigación, será nuestro deber informar al sospechoso en tal caso. Y, llegados a ese punto, cualquier sospechoso bajo nuestra custodia tendrá derecho a solicitar un abogado antes de someterse a más interrogatorios. ¿Queda claro?

Se escuchó gran cantidad de murmullos. Hannah resopló y luego se inclinó hacia abajo para presionar los labios contra la oreja de Ami.

–Dicho de otra manera, no compliquéis las cosas y teniéndonos aquí hasta el amanecer llamando a vuestros putos abogados. Gracias.

Ami hizo una mueca.

–De todas formas, tampoco tenemos los móviles.

–Agradecemos su cooperación –dijo el inspector Crews–. Sé que todos quieren volver a casa lo antes posible, así que haremos todo lo que esté en nuestra mano para que no se alargue. –Escaneó la multitud en busca de alguien y luego hizo una seña para que se

acercara. Edward Beaumont, el hermano mayor de Bash y también antiguo alumno de Prescott, se adelantó para unirse a los inspectores frente a la barra.

Cuando ellos estaban en último curso, Edward cursaba primero de carrera en Yale. Había hecho varias apariciones a lo largo del año, durante las vacaciones y festivos, en las que, además de avivar siempre las llamas de la rivalidad fraternal con el Beaumont de menor edad, normalmente le rompía el corazón a alguna chica de Prescott. Igual que Bash, llevaba el pelo negro muy corto, pero tenía unas entradas muy pronunciadas para ser un hombre de solo veintinueve años. Era de constitución esbelta, pero sin ser musculoso, y era varios centímetros más alto que su hermano menor. Su rasgo más notable era su nariz, que formaba una pronunciada pendiente hasta su estrecho mentón, lo que le otorgaba el aspecto de un villano apuesto y siniestro.

–El señor Beaumont nos echará una mano para ir indicando a los testigos que suban a la planta de arriba y se dirijan a la habitación donde tomaremos declaración –dijo el inspector Crews–. Por favor, colaboren con él todo lo posible.

Después de la última indicación, los inspectores se volvieron hacia la escalera tras la mesa de recepción que ascendía al segundo piso del club. Una mano rodeó el brazo de Hannah y ella ahogó un grito; no le hacía daño, pero sí que la sujetaba con firmeza.

–Hannah. –A su lado se encontraba Edward Beaumont con una sonrisa pícara. Sí que se movía deprisa.

–Edward. –Hannah sacudió el brazo con la intención de zafarse de su agarre. Él le apretó el brazo con más fuerza–. ¿Qué coño haces?

Se inclinó cerca de su oreja. Habló en voz baja, pero con aspereza.

–Tienes que venir conmigo. Los inspectores quieren hablar contigo la primera.

Edward tiró de ella sin demasiada delicadeza hacia la estrecha escalera que conducía a la segunda planta, donde el club albergaba diez cuartos de huéspedes. Durante la noche de la gala, habían

dejado las habitaciones desocupadas a propósito para preservar la privacidad de la ceremonia.

–No lo dirás en serio –dijo Hannah, alzando la voz–. ¿Por qué me tienen que interrogar la primera? ¿Qué les habéis dicho Bash y tú?

–No te hagas la sorprendida –siseó Edward–. Hace tres semanas publicaste un artículo que vapuleaba a tus antiguos compañeros de clase y, qué casualidad, justo salió el mismo día que Henry anunció su candidatura a la alcaldía.

–Fue pura coincidencia –contestó ella, y permitió que la guiara hasta las escaleras. Hacía diez años desde la última vez que había estado dentro del Club Lenox y, durante las pocas fiestas a las que había acudido como invitada de Bash Beaumont, nunca había puesto un pie en los cuartos de huéspedes. Estaba enfadada, pero también sentía cierta curiosidad. Sería un buen detalle que añadir a su artículo de seguimiento, aunque imaginaba que con la muerte de Madison la forma del artículo cambiaría un poco.

–Seguro que sí –respondió Edward poco convencido y en voz más alta ahora que se habían alejado de los demás invitados.

–Sí que lo fue –insistió Hannah–. Tampoco es que espere que sepas nada sobre periodismo, pero los redactores de *Culture Vault* no escogen las fechas de publicación ni escriben los titulares de sus artículos. Además, me enteré de que Winslow se presentaba a la alcaldía a la vez que todo el mundo. ¿Qué creen los inspectores, que el equipo de Winslow me llamó para darme el chivatazo?

–No tengo ni idea —gruñó Edward, tiró de ella hacia el final del pasillo e introdujo una pesada llave de latón en la cerradura de la puerta de la Habitación Caraway, la *suite* en esquina del club–. Pero sí que sé que se la tienes jurada desde hace tiempo a los residentes del Upper East Side y que tu rencor hacia Madison viene de lejos. Todo el mundo vio vuestra tensa interacción minutos antes de que muriera. Seguro que le echaste algo en la bebida.

–Anda ya. –Hannah lo fulminó con la mirada–. Elle fue la última persona en hablar con Madison, no yo. Si le hubiera echado algo a su bebida ahí mismo frente a los atriles, ¿no crees que alguien lo habría visto?

–Te equivocas respecto a Elle –dijo él e hizo girar la llave con fuerza–. Era la mejor amiga de Madison. Y en cuanto a lo demás: díselo a los inspectores.

Después, Edward abrió la puerta de par en par. La estancia no era demasiado grande para tratarse de la *suite* de un hotel; el club se había construido bajo los principios de calidad y tradición, no opulencia y tamaño. Un retrato al óleo del hombre que daba nombre al cuarto, el antiguo miembro del club, Reginald G. Caraway, colgaba sobre la cama. Justo enfrente había una chimenea operativa y una selección de buen gusto de reliquias de gran valor sobre la repisa. Encima de la mesilla de noche descansaba doblada con pulcritud una copia del día del *New York Times*. La ausencia de ciertos elementos en el cuarto (no había teléfono, ni puertos USB en la base de las lámparas, ni un enorme televisor de pantalla plana, o de cualquier clase) decía tanto sobre el Club Lenox como los que estaban presentes.

En un hueco entre el dormitorio y el baño había un gran escritorio de caoba y dos sillas de cuero mullido, en las que ya se hallaban sentados los inspectores Wellesley y Crews, con las manos entrelazadas sobre el prolijo escritorio que solo contenía una pluma estilográfica en un porta bolígrafos de latón, tres hojas de papel con las iniciales del club y un menú de servicios encuadernado en cuero.

Edward volvió a salir al pasillo y cerró la puerta con un golpe. Hannah se encogió sin querer.

–Gracias por hablar con nosotros –dijo el inspector Crews, que separó las manos y las apoyó sobre su regazo. La inspectora Wellesley se levantó y cruzó la estancia hasta el lateral de la cama, donde había una silla de madera con un cojín rojo oscuro. La arrastró con torpeza por encima de la moqueta y la colocó frente al escritorio para Hannah.

–Por favor, tome asiento.

Hannah, que no tenía otra alternativa, se sentó.

–Como hemos mencionado en la planta de abajo –dijo la inspectora–, el Club Lenox permanecerá cerrado mientras realicemos los interrogatorios. Nadie podrá entrar o salir hasta que hayamos terminado de tomar declaraciones.

Hannah no recordaba que hubieran dicho nada respecto al cierre del club cuando se habían dirigido a los invitados de la gala, pero tenía grabada a fuego la imagen del mayordomo asegurando la puerta delantera y el agente uniformado posicionándose frente a ella.

–Por ese motivo intentaremos ser breves –dijo Crews–. Comencemos.

Encendió un dispositivo de grabación y lo colocó en la mesa que los separaba. Hannah dedujo que los policías estaban exentos de la política de no usar aparatos electrónicos.

–Soy el inspector Randall Crews del departamento de policía de Nueva York. Es viernes 12 de junio de 2026 y son las nueve menos diez de la noche. Nos encontramos en la Habitación Caraway del Club Lenox, ubicado en el número 32 de la East 73rd Street. También están presentes Hannah Irene Miller y mi compañera, la inspectora Raina Wellesley. Este interrogatorio se está grabando solo en audio. Señora Miller, ¿le importaría indicar su nombre? ¿Y podría confirmar que está aquí de forma voluntaria y está dispuesta a hablar con nosotros?

Hannah arqueó las cejas. ¿Había aceptado hablar con los inspectores de forma voluntaria? Suponía que había dado su consentimiento de forma tácita al permitir que Edward Beaumont la condujera hasta allí y al permanecer en la sala cuando él se había marchado, cuando podría simplemente haberlo seguido de vuelta al pasillo. En cualquier caso, ya era demasiado tarde para cambiar de opinión.

–¿Soy sospechosa? –preguntó.

–Por el momento solo vamos a tomar declaración de las personas presentes en el club esta noche –dijo la inspectora Wellesley.

Hannah se mordió el interior del labio. Podía negarse a hablar con ellos hasta que tuviera a un abogado a su lado; los inspectores habían hecho lo posible por descartar las preocupaciones que había planteado la multitud antes, pero ella conocía sus derechos. Aunque solicitar un abogado la haría parecer aún más sospechosa cuando era evidente que ya la tenían en el punto de mira. ¿Por qué la habrían llamado la primera si no?

Reflexionó al respecto. Era cierto que Edward y el resto de personas que conformaban el «uno por ciento» se habían tomado su artículo como una ofensa personal y el posible móvil para un asesinato, pero la policía de Nueva York no se encontraba dentro de ese uno por ciento. Y sí, en teoría había tenido la oportunidad de envenenar la bebida de Madison, pero también la habían tenido Elle, Bash y varios compañeros de clase más con los que había hablado Madison tras el discurso de bienvenida; de hecho, incluso Henry Alcott Winslow, antes de que se escabullera. Por no mencionar las personas con las que se pudiera haber cruzado en el baño de mujeres.

Si aceptaba hablar ahora de forma voluntaria, podía hacer que los demás lo tuvieran todo en cuenta y así dejar de estar en el candelero. Desviar sus sospechas al comienzo de la noche podría ser su mejor jugada. Y, si el interrogatorio iba por mal camino, se marcharía y listo.

–De acuerdo. Me llamo Hannah Irene Miller y estoy dispuesta a hablar de forma voluntaria.

–Señora Miller…

–Llámeme Hannah, por favor.

–Hannah –continuó el inspector Crews–, fuiste alumna becada en la Academia Prescott durante el curso 2016-2017. ¿Es correcto?

–Sí. –Hannah se preguntó cómo era posible que los inspectores hubieran reunido tanta información sobre ella tan deprisa. El cuerpo de Madison no llevaba frío ni una hora y media y ya sabían su segundo nombre, su estatus de becaria y las fechas en las que asistió a Prescott. Toda la información estaba disponible en internet, pero la facilidad con la que el inspector Crews afirmó los hechos pareció confirmar lo que se temía: ya se habían enfocado en ella.

–Y, durante esa etapa, ¿cómo describirías tu relación con la víctima, Madison DuPont?

–Éramos amigas –dijo Hannah con cuidado–. Madison me acogió bajo su protección mi primer día de clase. Me presentó a sus amigos y me mostró la vida en Prescott.

–¿Y seguisteis siendo amigas durante todo el año escolar? ¿Hubo algún momento de tensión en vuestra relación?

A Hannah se le encogió el estómago. ¿Qué habían desenterrado exactamente los inspectores durante esa hora desde que Bash llamó al 911?

–Seguimos siendo amigas durante todo el curso –respondió con voz firme–. Como saben, fui una alumna becada. En la Academia Prescott nunca faltaban los conflictos personales, pero, a menos que provinieras de una familia adinerada, no contabas. Me libré de la mayoría de disputas pasando desapercibida.

La inspectora entrecerró los ojos.

–Pensaba que habías dicho que Madison y tú erais amigas. Desde luego ella no pasaba desapercibida para nada.

–Claro –balbuceó Hannah. Inspiró hondo. «Recomponte»–. Lo que quería decir es que como estaba becada resultaba casi invisible. Madison y yo podíamos estar juntas en una fiesta toda la noche y, mientras que Madison aparecería en *Page Six* a la mañana siguiente, nadie recordaría mi asistencia.

–Parece la clase de amiga que suscitaría envidia en la mayoría de la gente –comentó Crews.

–Quizá a algunas personas. –Los ojos de Hannah viajaron más allá del inspector y se posaron en una estrecha estantería para objetos de colección que contenía un conjunto de artefactos que los huéspedes del club parecían haber dejado allí a propósito. Un pequeño elefante de piedra, una pipa antigua y, aunque resultara incongruente, una pelota de goma rosa–. Pero yo prefería que fuera así. Madison era divertida, pero siempre la estaban observando; en el instituto, en público, incluso los medios de comunicación. Yo jamás quise eso.

–¿Y alguna vez hubo tensión entre vosotras? –repitió el inspector Crews–. Parece que Madison sabía salirse con la suya. Que podía ser una abusona.

Hannah abrió más los ojos. Los inspectores sabían muchísimo sobre ella y sobre Madison.

Se recompuso.

–Madison DuPont fue la primera persona que me hizo sentir bienvenida en Prescott y siguió siendo mi amiga durante toda mi

etapa allí. Tras el instituto, perdimos el contacto. Fuimos a universidades diferentes.

–Pero las dos permanecisteis en Nueva York –dijo la inspectora–. Madison asistió a Columbia y tú estudiaste Periodismo en la Universidad de Nueva York.

–Es cierto –afirmó–. Pero los barrios de Morningside Heights y Greenwich Village serían dos mundos distintos para el caso. Al fin y al cabo, Madison y yo no teníamos demasiado en común.

–Una opinión que sostienes a día de hoy –dijo la inspectora Wellesley–. «Los multimillonarios de Nueva York: que muerdan el polvo», vaya título.

Puso una mueca.

–Yo no escribí el título. Pero sí, sostengo lo que dije en el artículo. Aunque no iba sobre Madison.

–Por supuesto que no –dijo Crews–. Solo sobre gente como ella en general. Causó bastante revuelo en medio de la campaña de Winslow.

–Salió en un momento inoportuno –dijo, apretando los dientes–. Pero no era algo sobre lo que tuviera control.

Su mirada se posó en un carrito de bar discreto que tenía a su derecha. Ese *whisky* de marca propia tenía un aspecto de lo más apetecible en ese momento.

–Lo comprendo –dijo la inspectora–. Mi hermana es periodista. No obstante, entenderás por qué ha disgustado a los Winslow y a los DuPont. ¿Has tenido noticias de Madison o de alguien involucrado con la campaña de Winslow desde que se publicó el artículo?

–No directamente. Llevo años sin estar en contacto con Madison, hasta esta noche. Intenté limar asperezas tras el discurso de bienvenida, pero ella dejó muy claro que no deseaba hablar conmigo. Esa fue toda la interacción que tuvimos.

–Ajá. –El inspector Crews asentía con la cabeza–. ¿Y viste que alguien más se acercara a la señora DuPont cuando finalizó vuestra conversación?

–No. Pero Elle Harrington estuvo con nosotras en la biblioteca y me imagino que pudo cruzarse con alguien en el pasillo o el baño de

mujeres. Literalmente cualquiera de los presentes podría haberla seguido.

–Ajá –asintió Wellesley.

–¿Y qué hay de su marido, Henry Winslow? –preguntó Hannah–. Se marchó antes de que finalizaran los discursos. Es un poco raro, ¿no?

–Gracias, Hannah. –El inspector Crews apagó la grabadora–. Eso es todo por ahora.

–¿Hablarán con él? –preguntó Hannah, pero ninguno de los dos respondió.

Sintiéndose fuera de lugar, Hannah se levantó y abandonó la estancia. La cabeza le daba vueltas; la mezcla del Martini y el vino le había sentado mal. Mientras atravesaba el pasillo para llegar a las escaleras, reprodujo el interrogatorio mentalmente. Podría haber salido mejor (y cierto era que al final había sonado un poco desesperada), pero tampoco había sido un desastre, ¿verdad? Lo que no conseguía quitarse de la cabeza era lo deprisa que los inspectores parecían haberse puesto al día sobre el pasado de Madison y el suyo. No era posible que hubieran investigado a fondo el entorno de la Academia Prescott alrededor del año 2016 en su trayecto en coche hasta el club. El cual habría sido muy breve, ya que acudían desde el distrito 19, que correspondía al Upper East Side.

De pronto, todo encajó. Los inspectores Wellesley y Crews no formaban parte de la élite adinerada de Nueva York, pero sí que se codeaban con ellos. Esos inspectores protegían y servían a su comunidad; los robos eran probablemente los delitos más comunes en el Upper East; los residentes eran víctimas, no delincuentes. El uno por ciento de Nueva York financiaba el distrito 19. Por supuesto que los inspectores lo sabían todo sobre los DuPont y los Winslow, y seguro que también sobre los Beaumont, los Harrington, los Fitzgerald, etcétera.

En cuanto a ella, debían de haber hecho una búsqueda rápida para rellenar los huecos. «Parece la clase de amiga que suscitaría envidia en la mayoría de la gente». «"Los multimillonarios de Nueva York: que muerdan el polvo", vaya título». Ni siquiera habían sido

preguntas, sino más bien frases introductorias ideadas para que Hannah quedara como una mujer que seguía guardando rencor por los agravios sufridos en el instituto y que no dejaba de pensar en vengarse. No cabía duda: esos inspectores ya se habían formado una opinión sobre ella; igual que sus excompañeros.

Hannah llegó hasta la base de las escaleras y un mar de cabezas se volvió en su dirección. Poco a poco, un camino se abrió frente a ella. Alice St Clair la miró con recelo, retrocedió dos pasos y se tropezó con Alex DuPont. Él se irguió y luego sus ojos se encontraron con los de Hannah y le lanzó una mirada pétrea. Incluso el señor Harris le dirigió una mirada de preocupación. Nadie quería acercarse demasiado a la asesina Hannah Miller, que era exactamente como se veía reflejada en sus ojos. Estaba claro que todo el mundo se había enterado de que era la primera a la que habían llamado para que hablara con la policía. Le tenían miedo. De verdad la creían capaz de cometer un asesinato.

Y, aunque los inspectores no la habían acusado abiertamente de nada, era obvio que ellos también lo pensaban.

«Cojonudo».

Alguien la rozó al pasar junto a ella de camino a las escaleras y declaró de manera educada:

–Disculpe, señora Miller.

Se volvió justo a tiempo para ver que Renee Caldwell se dirigía hacia la sala de los interrogatorios. Seguro que la directora de la academia no se encontraba en los primeros puestos de la lista de sospechosos, pero probablemente los inspectores querían su ayuda para poder rellenar algunos otros huecos sobre Hannah y Madison como estudiantes. Lo que significaba que haber dicho que Madison DuPont y ella habían seguido siendo amigas iba a jugar en su contra.

Estaba a punto de parecer muy pero que muy sospechosa.

28 de septiembre de 2016

Instagram

Imagen: Elle Harrington y Theo Fitzgerald sentados en mesas diferentes durante el almuerzo en el patio de Prescott.

TheUpperEdge: ¿Problemas en el paraíso de Prescott? Tch, tch, Theo Fitzgerlad.

@Margaret_Kens Elle tiene que mandarlo a paseo pero ya.

@Alice_in_the_City Ay, quizá lo arreglen [*emoji* de corazón].

@Oliver_hates_olives Justicia para Gemma. El infiel es Theo.

@BrunoPluto @Oliver_hates_olives venga yaaaaa esa sucia perra sabía exactamente lo que estaba haciendo.

5

30 de septiembre de 2016

Eran las ocho en punto de la tarde del viernes y la velada otoñal anual de los Harrington, cuyo objetivo era señalar el regreso a la ciudad tras pasar el verano en Martha's Vineyard o en el extranjero, estaba dando comienzo en su ático de la Quinta Avenida. Hannah no se esperaba recibir una invitación de Elle (ni que sus padres le permitieran acudir), pero allí estaba, saliendo del ascensor revestido de madera y adentrándose en un vestíbulo privado con paredes de mármol. Enfrente del ascensor colgaba un pequeño retrato de aspecto antiguo de alguien llamado Claude Louis Harrington Devereaux. La placa mencionaba que había sido embajador de Francia hacía casi un siglo.

Desde que Hannah, Beatrice y Bash se habían unido a Elle bajo el roble del patio de Prescott tres semanas antes para mostrarle su apoyo de forma tácita y concederle a Theo el beneficio de la duda, al menos de momento, Elle había ido integrando a Hannah cada vez más en el instituto, mientras que Madison les daba de lado. Aun así, Hannah se sorprendió cuando Elle le entregó esa mañana una invitación formal, una carta impresa en cartulina de color crudo. Había sido en el último minuto, sí, Elle se había debatido hasta el último momento sobre si incluir a una alumna del programa en una reunión familiar tan cargada de tradición y del cálido resplandor de esas fechas, pero, al final, había optado por hacerlo.

Así que ahí se encontraba, adentrándose en el apartamento más grande, y a la vez sutil, que hubiera visto nunca. El hogar de los Harrington con vistas a Central Park, que ocupaba el último piso entero de un edificio de viviendas de antes de la guerra, estaba

dispuesto para la clase de entretenimiento clásico que incentivaba las conversaciones discretas, no los selfis.

Bash Beaumont estaba sentado sobre el reposabrazos de un sofá de damasco azul pálido en el salón de recepción, dándole tragos a un *whisky* de malta y recibiendo miradas de desaprobación del mayordomo de los Harrington. No era la persona favorita de Hannah en Prescott, pero, ahora mismo, una conversación con él le parecía mucho más apetecible que vagar a solas por la fiesta. Para disgusto de Ami, y de Hannah, a la hermana menor no la habían invitado, así que al llegar se sintió perdida.

–Bash –dijo, y se deslizó hasta el cojín desocupado a su lado, con la esperanza de no parecer muy fuera de lugar con su sencillo vestido negro y el cárdigan gris topo que Ami había insistido que le cogiera prestado.

–Señorita Miller –respondió él, levantó el vaso y echó un vistazo hacia abajo desde donde estaba encaramado en el sofá. Ella se ajustó el cárdigan para cubrir su modesto escote, sintiéndose de pronto muy agradecida por el préstamo de Ami–. Permite que te dé la bienvenida a tu primera velada en el Upper East Side.

Los ojos de Hannah viajaron por toda la estancia. Varias parejas adineradas de mediana edad se relacionaban con la selecta lista de invitados de Prescott de Elle. La reunión era íntima, pero parecía que el apartamento estuviera lleno. Una joven pianista con un vestido azul Klein tocaba suavemente el piano de cola en una esquina y sobre las mesitas antiguas la luz brotaba de los quinqués. Todo el mundo estaba bebiendo: *whisky* escocés, Martini de ginebra seco, vino tinto.

–¿Quiénes son? –señaló a los adultos reunidos bajo un par de cuadros paisajísticos con marcos dorados del siglo XIX.

Bash le dio un sorbo a su vaso y luego asintió primero en dirección a la señora Cynthia Harrington, apellidada Kingsley de soltera, una mujer menuda de piel olivácea que portaba un vestido de noche de Gabriela Hearst con corte por debajo de la rodilla, unos zapatos de tacón bajo de Ferragamos y un collar de perlas naturales sin ironía alguna.

–¿Kinsgley? ¿Como la sala Kingsley? –preguntó Hannah, recordando el lujoso auditorio de Prescott.

–Por supuesto –respondió Bash con una sonrisa de suficiencia.

Llevaba la larga melena negra en un moño, sujeta con una peineta de carey. No resultaba difícil discernir el origen de las tendencias perfeccionistas de Elle. A su lado había un hombre blanco, alto y afeitado, con una chaqueta de esmoquin azul marino, pantalones de tiro alto y zapatos de salón de charol. El señor Andrew Harrington. Luego Bash recitó del tirón los nombres de los amigos más cercanos de los padres de Elle y unos pocos miembros del patronato de la fundación de la señora Harrington.

–Y, por supuesto, conoces a todos los de Prescott.

–¿Dónde está Madison? –preguntó Hannah.

Bash se encogió de hombros.

–Elle está en la biblioteca, así que Madison estará fuera en la terraza con Bruno e Ethan. Es una guerra fría. Pero terminarán por hacer las paces. –Puso una expresión de aburrimiento con los ojos en blanco, tan típica de un adolescente que no parecía casar con su pañuelo de bolsillo granate o los músculos marcados bajo la chaqueta cruzada de Brunello Cucinelli.

–Pues sí que están tardando. Pensaba que eran mejores amigas. –Hannah se asomó por detrás de Bash para echar un vistazo a la biblioteca, una estancia acogedora con estanterías de madera de nogal repletas de volúmenes encuadernados en cuero. Elle estaba sentada en un butacón desgastado junto a la chimenea, que habían encendido por primera vez desde la primavera, siendo el centro de atención. Theo estaba sentado rígido a sus pies. Elle llevaba un vestido retro de Carolina Herrera de su madre, una prenda de seda color crema con ribetes azul marino. Junto a ellos, también a los pies de Elle, estaban Beatrice Whitmore y otras tres chicas del grupo del seminario del último curso del señor Harris, del que ahora Hannah formaba parte. Los grupos llevaban formados desde el primer año y ella era la única incorporación nueva.

Bash rio y sus labios se curvaron con desdén.

–La Academia Prescott pertenece a los dominios de Elle; Madison tiene el resto de Nueva York. El acuerdo se mantiene en la mayor

parte, pero, cuando ocurre algo que pone en peligro el trono, el ambiente se enrarece. Madison cree que le está haciendo un favor a Elle al impulsarla hacia la soltería ahora que la reputación de Theo está en riesgo, pero Elle cree que Madison se está metiendo donde no la llaman.

–¿Y tú qué opinas? –preguntó–. Theo y tú sois muy amigos.

Bash volvió a encogerse de hombros.

–Dice que él no es el de las fotos y Gemma Phipps no es su tipo. Pero, en cualquier caso, da igual lo que Theo haya hecho o dejado de hacer. Su reputación está bajo tela de juicio.

A Hannah le daba vueltas la cabeza. ¿No había afirmado Bash que se había acostado con catorce chicas durante las vacaciones de verano? No parecía que nadie le hubiera colocado una letra escarlata en su chaqueta de Prescott. Aunque también era cierto que Bash no estaba saliendo con Elle Harrington.

–¿Pero por qué…? –Antes de que Hannah pudiera terminar de hacer la pregunta, un ajetreo en la biblioteca le llamó la atención.

Como se trataba de un asunto de los Harrington, no pillarían ni muerto a ninguno alzando la voz o montando una escena, así que el ajetreo se limitaba a que Elle se había levantado de su asiento junto al fuego de forma abrupta y Theo se marchaba enfadado hacia el lado opuesto de la sala y asía un ejemplar firmado de una biografía del presidente del Tribunal Supremo John Roberts, que parecía bastante claro que no pretendía leerse. Beatrice se puso en pie y le colocó una mano a Elle en el hombro y luego fulminó con la mirada a las otras chicas del seminario, que se escabulleron de la biblioteca.

–¿Qué está pasando? –preguntó Alice St Clair, una chica de rostro redondo y ratonil de su clase mientras se alejaba apresuradamente de Elle y se dirigía al salón.

Alice se desplomó sin aliento en el sofá junto a Hannah y Bash. Sus ojos oscuros pasaron del uno al otro de forma furtiva, luego se inclinó y dijo, casi en un susurro:

–Theo acaba de romper con Elle. Enfrente de todo el mundo.

–Ay, Dios. –Bash dejó su vaso de *whisky* ya vacío sobre un posavasos de azulejo marroquí y se encaminó a grandes zancadas y con aire decisivo hacia la biblioteca.

–Entonces, ¿sí que ha sido infiel? –le preguntó Hannah a Alice en voz baja. Se le encogió el estómago. ¿Se había equivocado al confiar en las aseveraciones de Elle sobre que Theo no era el de las fotos y al concederle el beneficio de la duda?

Alice no fue capaz de reprimir una sonrisa amplia y nada cautelosa.

–Es posible. O quizá Theo se haya hartado de aguantarla.

–¿A qué te refieres? –Nadie podía negar que Elle era bastante perra, pero Hannah tenía que asumir que Theo lo sabía antes de salir con ella…

–Theo quiere a Elle –continuó Alice–. O al menos lo hacía. Pero Elle lo trata como una mierda. Tenía todo el futuro de los dos planeado, pero el mes pasado se fue con Elizabeth Romero una semana a Mallorca en vez de ir al norte del estado para apoyar a Theo cuando su familia empezó la construcción de Orchard & Vine.

–¿Orchard & Vine? –Echó un vistazo tras Alice. A través de las puertas abiertas de la biblioteca pudo ver a Bash junto a Theo, echándole lo que parecía una reprimenda severa, una imagen extraña si se tenía en cuenta que Theo le sacaba media cabeza a Bash. Elle y Beatrice no estaban a la vista y Hannah se imaginó que se habían retirado al cuarto de Elle.

Alice asintió.

–Va a ser el nuevo negocio de Concord Hospitality, en el valle del Hudson. Con comida hecha con productos locales, muy íntimo, ubicado en la finca al norte del estado de los Fitzgerald. Ha sido muy duro para Theo. –Su voz desprendía compasión.

Concord Hospitality era el grupo de restauración de los Fitzgerald que dirigía la familia desde hacía tres generaciones. Se esperaba que Theo siguiera los pasos de sus padres. La Concordia, un establecimiento francoestadounidense de comida *gourmet*, había abierto en la esquina de la East 87th Street con Lexington a finales de los setenta y seguía aceptando reservas solo a través del servicio de asistente personal. En las décadas siguientes, el grupo abrió tres restaurantes más en la ciudad: una *brasserie* estadounidense moderna en Tribeca, un espacio para eventos formales cerca del Rockefeller Center y un bar de cócteles oculto en el West Village.

–¿Por qué ha sido duro? –preguntó Hannah.

Alice respondió en voz aún más baja.

–Como los Fitzgerald han estado yendo y viniendo de Hudson, Theo ha pasado mucho tiempo solo este verano. Sí que es verdad que Elle y Theo pasaron una semana juntos en París con los Harrington, pero, cuando Theo la necesitaba, ella tenía otras prioridades. Es como que le encanta la idea de compartir una vida con Theodore Fitzgerald, pero no siempre estoy segura de que él le guste tanto. –Alice se irguió en el sofá y su pequeña boca se crispó–. Y, tras estas últimas semanas y toda la especulación sobre las fotos de Gemma Phipps, creo que Theo se ha hartado finalmente. A lo mejor ya no le parecía que estar con Elle Harrington mereciera la pena.

En ese momento, Madison entró como si nada desde la terraza con un vestido morado oscuro por debajo de la rodilla de Oscar de la Renta. Sus ondas pelirrojas le caían sueltas por la espalda.

–¿Dónde está Elle? –le preguntó a Alice con brusquedad–. ¿Y qué haces aquí cotilleando? ¿Por qué no has venido a buscarme de inmediato?

Alice se puso en pie y respondió entre tartamudeos.

–Lo siento. Creo que se ha ido a su cuarto con Beatrice.

–Increíble. –Madison le lanzó una mirada gélida a Hannah y luego las pasó de largo con descortesía y caminó hacia la parte trasera del ático.

–Será mejor que… –Las palabras de Alice se apagaron y corrió tras Madison. Aunque parecía poco probable que le permitieran atravesar el umbral del cuarto de Elle.

Ahora que estaba a solas, Hannah se levantó y se acercó hasta el mayordomo de los Harrington, un hombre mayor llamado Charles Stewart, que hacía las rondas con una bandeja de plata. Mientras cogía una copa de vino tinto creyó advertir un destello de desaprobación en su mirada, pero el empleado mantuvo los labios apretados. Todos los demás estaban bebiendo y Hannah podía tomarse una copa sin que sus padres sospecharan nada. Al fin y al cabo, el último Año Nuevo se había sentido completamente sobria tras beber una copa de champán.

Deambuló hasta la terraza que rodeaba la casa. Estaba ocupada por un par de amigos de los Harrington, pero ahora no había nadie de Prescott presente. De los respaldos de las sillas colgaban fulares de cachemira, un guiño al frío otoñal que probablemente se asentaría antes de que concluyera la fiesta. Pero no tenía intención de quedarse hasta entonces. Le había agradado que la invitaran, pero Elle se encontraba en medio del drama de una ruptura y Hannah aún seguía en la lista negra de Madison, así que le dio un buen trago a su vino, luego otro, y sacó su móvil.

HANNAH
Las cosas se están poniendo un poco raras por aquí. ¿Quedamos en la puerta de los Harrington para dar un paseo?

Hannah puso su teléfono sobre una mesita de teca para patio y esperó a que Oliver Morgan le respondiera. No tuvo que esperar mucho.

OLIVER
¿Qué está ocurriendo Chez les Harrington? The Upper Edge lleva sospechosamente mudo toda la noche.

HANNAH
Theo ha dejado a Elle y ahora están todos manos a la obra. Así que es la señal para que me marche. ¿Vienes o no?

OLIVER
Vaya, drama de primera. Sí, ahora te veo. Llego en unos quince minutos.

HANNAH
Genial. Avísame cuando estés llegando y te veo en la entrada.

Diez minutos después, Hannah se había terminado el vino y regresó al salón. Theo Fitzgerald se había ido. Elle había retomado su puesto en el mismo butacón de la biblioteca, donde ahora el fuego ardía levemente. Al otro lado de la chimenea, en una silla a juego, estaba sentada Madison DuPont.

Hannah se volvió para escuchar a la pianista. Sentía lástima por Elle y se propuso ser más permisiva con ella la próxima semana en el instituto, sin importar lo mal que se comportara, pero ya había tenido suficiente del duelo de las reinas y de sus jugadas ofensivas por una noche. Le echó un vistazo a su móvil a la espera del mensaje de Oliver. Llegaría en cualquier momento. Quizá le apeteciera ir a comer tacos o *dumplings*. Las brochetas de codorniz, los minibocados de *croque-monsieur* y las magdalenas especiadas que les habían ofrecido estaban buenas, pero no eran una comida en condiciones.

En ese momento, se abrieron las puertas del ascensor. Oliver se adentró en el vestíbulo de los Harrington y caminó hasta el salón con un conjunto de ropa que en teoría era formal, pero resultaba mucho más llamativo (y naranja) que cualquier otra cosa que portaran los invitados de la fiesta.

Hannah fue hasta él a toda prisa.

–Pensaba que íbamos a quedar fuera.

–Relájate, no te agobies. Nos iremos en un minuto. Pero antes me gustaría decirle algo a *mademoiselle* Elle.

–¿Estás seguro? Creo que deberíamos…

No parecía buena idea. Pero Oliver asintió y Hannah señaló la biblioteca.

Oliver no había dado más de dos pasos cuando Madison se levantó y caminó hacia ellos de forma enérgica.

–¿Qué narices haces aquí? –siseó y le bloqueó el paso. Luego se volvió hacia Hannah–. ¿Le has invitado tú?

–Eh… –empezó a decir Hannah, pero Madison no le permitió continuar.

–Os tenéis que marchar los dos, ahora.

Antes de que Hannah pudiera responder, Bash se había situado a su lado. Repasó a Oliver con los ojos, recorriendo su chaqueta cruzada naranja de Sebastian Cruz Couture de arriba abajo y posando la mirada en su collar con diamantes incrustados. Sin decirle una sola palabra a Oliver, se volvió hacia Madison.

–Esta noche nuestra chica se encuentra en un estado frágil y todos tenemos que mantener la calma –dijo con tono conciliador–. Por el bien de Elle.

–Solo íbamos a… –Hannah señaló el vestíbulo con un gesto débil.

–A marcharos, imagino –dijo Bash. Cualquier camaradería que hubieran compartido antes en el sofá había desaparecido. Ahora todos estaban dándole apoyo a Elle y Hannah había alterado el orden de las cosas al introducir una distracción naranja chillón en las recatadas y majestuosas habitaciones de los Harrington, cuando era evidente que, en ese momento, deseaban lo contrario.

Oliver clavó los pies en el suelo.

–Había pensado que podría quedarme a tomar una copa y decirle unas palabras a nuestra anfitriona. Parece que a Elle no le vendría mal un poco de frivolidad esta noche. –Hannah cayó en la cuenta de que, a pesar del odio que mostraba Oliver hacia la élite de Prescott, estaba desesperado por que lo aceptaran. Incluso los asentimientos vacilantes que le habían mostrado a ella, a él se los habían negado durante años.

–Ni de coña –siseó Madison, en voz tan baja como para que no la oyeran otras personas, pero con un temblor cargado de veneno–. Elle no es tu anfitriona y lo último que necesita es que otro nuevo rico de mierda le arruine aún más la noche. Lo único que vas a hacer es recordarle a Gemma.

Hannah puso una mueca de desaprobación, pero el rostro de Oliver permaneció impasible.

En un destello de crepé morado oscuro y tirabuzones pelirrojos relucientes, Madison se volvió hacia Charles, que colocó rápidamente

la bandeja de plata con las bebidas sobre una mesa auxiliar y sujetó a Oliver con firmeza del codo.

–Venga por aquí, señor Morgan.

–Yo… –empezó a protestar Oliver, e intentó zafarse del agarre del mayordomo, pero enseguida se dio por vencido–. Vale, tranquilo. Ya me voy.

El mayordomo lo soltó y Oliver caminó de vuelta hacia el vestíbulo con la espalda bien recta.

Madison se giró hacia Hannah.

–Qué osadía la tuya –dijo entre dientes–. No tengo claro si es de admirar o si eres una suicida.

–Supongo que tendrás que seguir aguantándome para descubrirlo –musitó Hannah. Luego, sin esperar a que Bash o Madison tuvieran la oportunidad de responder, se apresuró hasta el ascensor y pulsó el botón.

1 de octubre de 2016

Instagram

Imagen: Un vídeo de Gemma Phipps caminando por la acera en dirección a La Concordia, con un vestido veraniego de tirantes y unos zapatos de cuña gruesa. El sol se refleja en su corta melena rubia.

The UpperEdge: Mirad lo que me acaban de mandar por privado. Pero si es nuestra Gemma Phipps en la East 87th Street, a pocos pasos del restaurante insignia de los Fitzgerald en Carnegie Hill. Sé de buena tinta que la foto se tomó a mediados de agosto; pocas semanas antes de la íntima sesión de fotos que ha puesto el Upper East Side patas arriba. Nuestra chica parece ir poco arreglada para el restaurante, pero algo me dice que ese vestido no le duró mucho puesto…

@WhoIsElizabeth No me puedo creer que tuviera el descaro de comer en La Concordia mientras Elle estaba conmigo en Mallorca.

@Ty_Mars @WhoIsElizabeth «Comer en La Concordia», muy buena esa [*emoji* de risa y de llanto].

@WhoIsElizabeth @Ty_Mars Qué asco das.

@Alice_in_the_City @WhoIsElizabeth Theo ni siquiera estuvo esa semana en la ciudad, ¿recuerdas? Los Fitzgerald estuvieron en Hudson.

@SebastianB Calmaos un poquito, gente. Ni siquiera sabemos de cuándo es la foto. @TheUpperEdge dice que quizá de mediados de agosto. Eso no demuestra nada.

6

Viernes 12 de junio de 2026
21:27 h

Hannah se encontraba en la base de las escaleras asimilando la escena que tenía lugar en el salón del Club Lenox. Docenas de rostros la contemplaban con desconfianza desde sus puestos junto a la barra, la chimenea y las sillas adicionales que habían sacado los empleados para ofrecer más asientos. Peggy Walton Hale, egresada en el 87 y conocida editora en una de las editoriales más importantes de Nueva York, la miró con los ojos entrecerrados antes de retomar su conversación con Lillian Cho, promoción del 2014, fundadora de una exitosísima empresa emergente de *fintech* y la primera alumna del programa de becados de Prescott en llegar a ser multimillonaria. Todos estaban bebiendo, pero resultaba evidente que el ambiente se había enrarecido. Había zapatos tirados bajo las mesas y dos miembros del personal circulaban con cestas de suaves fulares de cachemira.

La conmoción inicial tras la muerte de Madison se había desvanecido cuando todos comprendieron que nadie se iría pronto a casa. Las expresiones de desdén en los rostros de sus antiguos compañeros indicaban que Hannah tenía la culpa. Era la primera a la que habían hecho llamar para interrogarla. Y, si alguno de los presentes no conocía de la existencia de su artículo antes, ahora ya sí. Mientras estaba en el piso superior se había corrido la voz. Los inspectores sospechaban de ella. Y ahora también lo hacían todos los demás.

Solo le quedaba una salida. Antes de que la arrestaran por el asesinato de Madison DuPont, Hannah tendría que averiguar quién

había sido el verdadero asesino.

Estaba lejos de ser una periodista de investigación, pero su formación profesional le había enseñado a prestar atención, escuchar y hacer buenas preguntas. Podía hacerlo, ¿verdad?

Dio dos pasos al frente, luego otros dos y después rebasó la mesa de recepción para adentrarse en el salón. Sus antiguos compañeros de clase y los otros exalumnos del instituto cambiaron de postura, alejaron las sillas sutilmente de ella o sintieron la repentina necesidad de releer el menú del bar. La asesina Hannah Miller. ¿Qué otra opción tenía? Mientras el club permanecía cerrado a cal y canto, ella llevaría a cabo su propia investigación.

Una mano se posó sobre su hombro. Se giró, pensando que se encontraría con Edward Beaumont mirándola de forma amenazante otra vez.

–Oliver, joder. Me has asustado.

–Perdona, parecía que necesitabas que alguien te rescatara. Ven. –Hizo un gesto hacia la puerta abierta de la biblioteca, más allá del salón, y ella lo siguió agradecida.

–¿Qué ha pasado ahí arriba? –le preguntó cuando se acomodaron en un banco junto a la ventana con cojines de terciopelo en un rincón vacío de la biblioteca. En la pared a su derecha colgaban mapas enmarcados con retroiluminación del Manhattan del pasado en tonos cálidos sepia–. ¿Estás bien?

Hannah cogió una larga bocanada de aire. La sala olía levemente a madera de cedro, libros viejos y a abrillantador de cera de abeja un tanto dulce. Tras el salón atestado, se sintió aliviada en la biblioteca semivacía. Pero apenas podía relajarse.

–Ya se han decidido. Los inspectores conocen a los DuPont, los Winslow, los Beaumont…, a todas las familias poderosas que están hoy aquí representadas. –Hizo un gesto que abarcó gran parte del club–. No van a tomarse a la mayoría de los invitados de esta noche en serio como sospechosos en el asesinato de Madison. Y yo hace poco que critiqué de forma muy pública a la misma gente que financia su distrito. Además, tengo la mala suerte de que me vieron hablando con Madison momentos antes de su muerte: agitó su copa de Martini y me mandó a la mierda.

Oliver hizo un mohín.

–Sí que es mala suerte.

–No van a confirmar cómo murió porque obviamente todos somos sospechosos, pero Madison se llevó su bebida al baño de mujeres. Vi que iba con la copa por el pasillo. No hace falta ser un genio para deducir que alguien la siguió y metió veneno en su bebida. Solo que no fui yo.

–Claro que no. –Oliver le dio un golpecito comprensivo en el hombro.

Hannah suspiró.

–Gracias por creerme. Significa mucho para mí.

–Hannah. Tienes mi apoyo.

Ella sonrió.

–En cualquier caso, ahora están hablando con la señora Caldwell y seguro que están salivando con todos los cotilleos del instituto que esté dispuesta a compartir. Lo cual es completamente irrelevante, pero me va a hacer parecer muy culpable.

–Joder. –Oliver se terminó el resto de su Empire Mule y dejó la copa de cristal húmeda justo encima de un libro de aspecto antiguo que descansaba sobre una mesa cercana.

–No pasa nada –dijo con los dientes apretados–. No he matado a Madison, pero alguno de los presentes sí. Mientras los inspectores realizan su investigación, yo llevaré a cabo la mía. Voy a descubrir la verdad.

Oliver la envolvió con el brazo y la atrajo hacia sí. Hannah aspiró la colonia especiada que se había pegado a su llamativo esmoquin verde chillón. Bajo la chaqueta, aún tenía la camisa desabotonada a la altura del cuello, dejando a la vista un pecho depilado y una cadena de oro con incrustaciones de diamantes.

–Estoy seguro de que puedes hacerlo. Ya sabes que aquí no soy bienvenido, pero te ayudaré en lo que pueda. Justicia para Hannah.

–Gracias. Otra vez. –Durante un momento, cerró los ojos y se dejó llevar por el apoyo de su amigo.

A su izquierda, había dos hombres y una mujer, a los que Hannah reconoció a duras penas como miembros de la clase de Alex DuPont, apiñados en un sofá. Justo por encima de ellos colgaba un cartel

escrito con una caligrafía cuidada: «La biblioteca es un espacio para el silencio y la actividad intelectual». Sus susurros exagerados llegaban con facilidad a oídos de Hannah.

–¿Llegó a tener algún amigo de verdad? –La mujer agarró su collar de perlas naturales en un gesto tan acertado que casi debía de ser intencionado[2]. Aunque quizá le estuviera dando demasiada importancia–. Todo el mundo actúa como si estuviera triste, pero es puro teatro.

–Bueno, nadie quiere parecer culpable, ¿no? –preguntó el hombre de rizos castaños bien definidos.

–Madison era una zorra –dijo el hombre con un bigote rubio bien recortado–. Ya lo he dicho. En el insti se portaba como si fuera de la puta realeza y el resto permitíamos que nos pisoteara. Pero lo peor de todo es que no dejó de hacerlo tras la graduación.

–Exacto –asintió la mujer, que vibraba como un diapasón–. Actuaba como si se hubiera ganado una plaza en Columbia cuando todos sabemos que mamá y papá se la compraron. O eso o ella misma sobornó al decano de admisiones.

–O lo chantajeó –soltó el de rizos–. Ya conoces su *modus operandi*.

El del bigote negó con la cabeza con desaprobación.

–Siempre alardeaba de sus éxitos, pero ni siquiera tenía un trabajo en condiciones. ¿Qué hacía con su sofisticado título universitario y todo ese dinero? Nada.

–No me gusta hablar mal de los muertos, pero… –La mujer se enrolló las perlas alrededor de un dedo delgado–. Es un hecho que todos los invitados de esta noche la odiaban. Sobre todo, los que fingían ser amigos suyos. Como Hannah Miller.

Hannah sintió que los ojos de la mujer se posaban en ella y enterró su cabeza aún más en el hombro de Oliver para tratar de fingir que no había oído nada.

El siguiente en hablar fue el de los rizos.

–Si no ha sido Hannah, apuesto a que ha sido Alex. Ya sabéis que Madison siempre lo mangoneaba.

–¿Su hermano? –siseó la mujer. Hannah se arriesgó a echar un vistazo en su dirección. Qué interesante.

El del bigote frunció el ceño.

–Pues más vale que lo descubran pronto. Tengo entradas para ver *Tristán e Isolda* mañana y necesito mi sueño reparador.

De pronto, Edward Beaumont se encontraba frente a Oliver y Hannah mientras se aclaraba la garganta. Hannah se enderezó. Había estado demasiado ocupada escuchando a escondidas para percatarse de su llegada.

–Acompáñame, Oliver. Los inspectores quieren hablar contigo.

Oliver Morgan siguió al mayor de los hermanos Beaumont a través del salón y por la estrecha escalera que ascendía hasta el segundo piso del Club Lenox. Fuera lo que fuese lo que les hubiera dicho la señora Caldwell a los inspectores, debía de haberlo dejado en mal lugar. Al fin y al cabo, no le había dicho ni una palabra a Madison desde que esta llegó al club hasta que se desplomó de rodillas en el pasillo. Pero quien la hubiera matado había tenido la sensatez de apagar las luces, así que ahora todos eran sospechosos.

O quizá los inspectores simplemente estaban reuniendo testimonios que señalaran a Hannah como culpable. Oliver y ella habían mantenido una amistad esporádica después de Prescott, algo que la señora Caldwell podía o no saber. En cualquier caso, la directora sí que les habría hablado a los inspectores de la habilidad de Hannah de hacer malabares con sus distintos grupos de amigos durante su año en Prescott, saltando de fiesta en fiesta con Madison y Elle para luegorefugiarse en la seguridad de la compañía de Oliver cuando las cosas se caldeaban.

–Por aquí. –Edward abrió la puerta de la Habitación Caraway y se apartó a un lado.

Oliver examinó a los inspectores, que estaban sentados en sillas de cuero tras el enorme escritorio de madera de caoba. Tomó asiento enfrente mientras ellos se presentaban, presionaban el *play* en la grabadora y le pedían que indicara su nombre.

–Oliver Nicholas Morgan. Y, sí, hablaré con ustedes. –Cuadró los hombros. No tenía absolutamente nada que ocultar… mientras los

inspectores se ciñeran al pasado.

La inspectora Raina Wellesley fue la primera en hablar.

–Intuyo que Hannah Miller y usted son buenos amigos.

Oliver tragó saliva.

–Hemos seguido en contacto.

–¿Qué nos puede decir de la relación de Hannah con Madison DuPont?

Suspiró.

–Es fácil de responder. No tienen ninguna relación, no desde que terminó el instituto. La verdad es que están equivocados con Hannah. Madison no le importa una mierda y, en realidad, tampoco fueron muy amigas en Prescott.

–Qué interesante –intervino el inspector Crews–. Porque la señora Miller nos dijo que por aquel entonces eran buenas amigas. ¿Diría que Hannah ha tergiversado su relación?

«Joder, joder, joder». Solo intentaba ayudar, pero de alguna forma lo había empeorado todo aún más.

–No, a ver. Eran amigas, pero no era una amistad de verdad. Madison usaba a la gente y Hannah era una ingenua; un nuevo y fascinante espécimen con el que Madison podía jugar. El caso es que Hannah pasó página hace años. Y desde luego que no la ha matado.

–Ajá –musitó la inspectora Wellesley–. Vaya esmoquin. ¿Es de Dolce & Gabbana?

Oliver asintió, algo sorprendido ante el brusco cambio de tema.

–Me lo tomaré como un cumplido. Y, sí, es de D&G.

–Desde luego destaca mucho en un lugar como el Club Lenox.

Él apretó los labios. ¿A dónde quería ir a parar?

–Me dedico al estilo de vida. Mis seguidores son millonarios hechos a sí mismos o gente que aspira a serlo. Hay más de una forma de exhibir tu éxito en el Upper East Side.

La inspectora sonrió.

–Por supuesto. Me imagino que siempre destacó entre los alumnos tradicionales de Prescott.

Oliver se acomodó en su silla. Sabía a dónde querían ir a parar con esas preguntas, pero podía controlar el discurso.

–Mis padres fundaron Morgan Row en 1996, dirigida a compradores ambiciosos que buscaran elegancia asequible en el Upper East Side. Para principios de los dos mil, ya ganaban más de doscientos millones anuales en ventas de residencias de lujo. Morgan Row representa el futuro de Nueva York; no el pasado. –Se detuvo para ajustarse el collar de diamantes que llevaba al cuello–. Algunas familias como los Beaumont no soportan nuestro éxito, a pesar de que Beaumont Capital sea una agencia inmobiliaria con clientes residenciales y comerciales, o de que su recaudación anual sea casi el doble que la de Morgan Row.

Oliver suspiró profundamente.

–Pero sí, respondiendo a su pregunta, cuando llegué a Prescott o se reían de mí o me ignoraban. Encajar nunca iba a ser una opción. Así que opté por lo contrario.

–Ya veo –dijo Crews–. Y Madison DuPont, ¿cómo le trataba en el instituto?

–Como a una mierda. –Se encogió de hombros con indiferencia–. No voy a fingir lo contrario. En ese momento me molestaba, pero fue hace diez años y la verdad es que Madison tampoco era la peor. Ese título lo ostenta Sebastian Beaumont.

–En cualquier caso, Madison tenía mucho control sobre su grupo de amigos –dijo la inspectora Wellesley–. Por lo que sabemos, era la cabecilla.

–Una simplificación excesiva y repugnante de las complejas dinámicas adolescentes –contraatacó–. ¿Pero qué más da? Jamás necesité su aprobación y ahora aún menos. Morgan Row prospera más que nunca y yo tengo unos seguidores acérrimos en YouTube.

El inspector echó un vistazo a su móvil y leyó en voz alta.

–Oliver Morgan es la voz de referencia en lo que se refiere a los inmuebles de lujo para los neoyorquinos y aspirantes a serlo que planeen hacerse con el Upper East Side de una forma elegante. –Levantó la vista–. Cuánto texto. ¿A qué se dedica exactamente?

Oliver apretó los labios. No debería haber mencionado su canal; la conversación se estaba adentrando en un terreno que era mejor evitar.

–A los videoblogs –afirmó con sencillez–. Hago visitas virtuales de propiedades de lujo para mis seguidores, les presento a los residentes y sus gustos, y comparto consejos para que hagan crecer su marca personal.

–Ha ganado bastante fama. Un millón cuatrocientos mil suscriptores, aunque veo que ha bajado. Este artículo menciona casi dos millones hace unos meses. ¿Qué ha pasado?

–No tengo ni idea –dijo entre dientes–. Internet es un espacio volátil.

Oliver, ahora inquieto, recorrió la parte inferior del escritorio con los dedos, que rozaron un clavo, y lo empezó a toquetear. De golpe, se abrió un cajón que contenía una baraja de cartas muy desgastada y varias impresiones fotográficas tomadas en un cóctel en el club a finales de los setenta. Fascinante. Cerró el cajón a toda prisa.

–Una pregunta más –dijo la inspectora Wellesley–. Con anterioridad a esta noche, ¿cuándo fue la última vez que interactuó con Madison DuPont, ya fuera en persona u *online*?

–Para que quede claro, hoy no he tenido interacción alguna con Madison DuPont. En Prescott no tenía tiempo para mí y eso no ha cambiado.

Los inspectores se miraron entre sí y luego a él de nuevo.

–¿Y cuándo fue la última vez que hablaron? –repitió ella.

Oliver miró el techo, concentrado, y luego mantuvo contacto visual con la inspectora que lo estaba interrogando. No tenía sentido mentir sobre el comentario; era público.

–Me crucé con Madison, brevemente, en uno de los eventos de la campaña de su marido a finales de mayo. Luego dejó un comentario en mi canal como una semana después. Antes de eso… creo que la última vez que la vi fue en el quinto aniversario de nuestra graduación. Como he dicho, no nos movemos en el mismo ambiente.

Dos semanas antes

Oliver dejó el teléfono sobre la encimera de mármol con vetas doradas de su cocina con un golpe.

–Menuda zorra –gruñó en la sala vacía. Solo en ese día había perdido otros dos mil seguidores. Su cuenta estaba sufriendo una

importante hemorragia y tenía que parar. Buscó el contacto de Madison DuPont y aporreó el botón de la llamada con un dedo tembloroso. El timbre sonó tres veces. «No va a contestar la muy cobarde». Pero entonces oyó una voz melódica y que aún le resultaba familiar.

–Oliver Morgan. Qué recuerdos.

–Madison. –Inspiró hondo–. Me viste la semana pasada.

Ella no respondió. Él temblaba de ira, pero tenía que mantener la voz firme y la situación bajo control antes de que ella pudiera perjudicarlo aún más. Se deslizó hasta el comentario que ella había escrito en una publicación reciente, una visita virtual de un espectacular apartamento de tres habitaciones en un rascacielos en la East 76th Street. Los compradores, una pareja de casi cincuenta años que se había trasladado hacía poco desde Los Ángeles, habían decorado el espacio con bonitos tonos naturales de estilo playero, pero con los suficientes toques del viejo mundo para señalizar de forma sutil su intención de echar raíces. Él se dedicaba a las finanzas; ella era ejecutiva en uno de los principales servicios de *streaming*. Era la clase de pareja que los seguidores de Oliver aspiraban a ser; y vivían exactamente donde sus seguidores deseaban poder comprar una vivienda.

Leyó el comentario de Madison en voz alta:

–«Sabéis que este canal es un anuncio andante, ¿no? La agencia era Morgan Row. Es decir, la empresa de Keith y Michelle Morgan, los padres de Oliver Morgan. Qué poquita objetividad».

Se produjo una pausa al otro lado de la línea y luego la voz de Madison se endureció.

–Es la verdad y lo sabes. Solo muestras propiedades que pertenecen a los clientes de Morgan Row. Te haces llamar «*influencer* de estilo de vida», pero eres un señuelo para la empresa familiar.

Oliver se enfureció.

–Llego a acuerdos con los compradores después de que se hayan mudado y hayan puesto los apartamentos de lujo a su gusto. Vale, sí, encuentro a la mayoría de mis socios a través de Morgan Row, pero cuando los pisos ya se han vendido.

Era un acuerdo que beneficiaba a ambas partes. Oliver conseguía acceder a propiedades asombrosas que hacían babear a sus seguidores. Y a los compradores, nuevos ricos y muchas veces recién llegados a Nueva York y que solían verse excluidos de la alta sociedad de la que deseaban formar parte, el canal de Oliver les proporcionaba una especie de tarjeta de visita: un anuncio de que habían llegado al Upper East. Y de que se merecían que se los tomaran en serio.

–Además –continuó– sabes que Morgan Row representa a los compradores, no a los vendedores. A mis seguidores les ofrezco acceso a un estilo de vida, no los redirijo a ningún anuncio de bienes inmuebles.

–No tengo tiempo para discutir la semántica del asunto. En resumidas cuentas, das una imagen falsa de ti mismo. Mis acuerdos con las marcas son públicos. Tu falta de transparencia me parece repugnante.

–Anda ya –se mofó él. Era cierto que en los vídeos no indicaba que Morgan Row fuera el agente de los compradores, pero eso se debía a que no llevaba un canal sobre bienes raíces. Su canal iba sobre el estilo de vida, no de anunciar los pisos. Además, jamás había ocultado su relación con la empresa de sus padres. Era información que estaba disponible de forma pública.

–Les das mala fama a los *influencers* –soltó Madison.

–¿De eso es de lo que se trata? –Oliver se rio–. ¿Crees que como los dos estuvimos en la misma promoción de Prescott la gente nos relaciona como *influencers*? Es adorable, en serio, me siento halagado.

–Di que eres el embajador de la marca de la empresa emergente de tus papis y te dejaré en paz.

–Así que admites que tienes la culpa que de que haya perdido seguidores –increpó–. Menuda clase tienes, Madison.

–Y no he hecho más que empezar.

Durante la última década, Madison se había vuelto una *influencer* de Instagram superpopular; amasaba una cantidad obscena de dinero obtenido gracias a sus acuerdos con las marcas. Cuanto más

pensaba Oliver en ello, menos probable le parecía que de verdad se sintiera amenazada por cómo llevaba él su canal de YouTube.

Lo más probable era que se hubiera enterado de la reciente conversación que había mantenido con Bash.

–Compartimos seguidores –dijo ella con frialdad–. Y lo sabes.

–Estás loca.

–Ni se te ocurra llamarme loca –siseó–. Modifica tu marca o a partir de ahora puedo hacer que se te pongan las cosas muy feas.

A Oliver le palpitaban las sienes; estaba a pocos segundos de perder la calma. Se clavó las uñas recién arregladas en la palma de la mano.

–Aquí hay gato encerrado –dijo con firmeza y frialdad–. Imagino que has hablado con Bash.

Se produjo una larga pausa y Oliver esperó. Tenía razón, seguro que sí. Eso era lo que asustaba de verdad a Madison.

Cuando ella volvió a hablar, esta vez su voz sonaba alegre.

–Adiós, Oliver. Ha sido un placer.

Luego la línea se cortó.

–Mierda. –Golpeó la isla de la cocina con el puño. El gran cuenco de cristal que contenía limas para los cócteles se agitó.

¿Debería actuar en base a la información que le había proporcionado Bash? Si lo hacía, seguro que su carrera en YouTube quedaba arruinada. No podía hacerlo, ¿verdad?

Pero la oportunidad de darle a Madison donde más le dolieraera demasiado buena como para dejarla pasar. Si escogía usar el poder que le había entregado Bash, podría quitarse a esa zorra de encima para siempre.

17 de octubre de 2016

Instagram

Imagen: Gemma Phipps sentada a solas en una mesa de la biblioteca de la Academia Prescott, comiéndose el almuerzo de una caja de bento traída de casa.

TheUpperEdge: Cuando rompes la pareja favorita de Prescott, te esperan un montón de almuerzos solitarios en la biblioteca. ¿Alguien quiere hacerle un favorcillo a la pobre Gemma?

@NicholasVon_K jajaja

@Ethan_ASTOR ¿Quién ha permitido que la zorra de Gemma mancille la biblioteca? ¡Es un lugar de aprendizaje!

@BrunoPluto @Ethan_ASTOR LOL acabo de ir a dejar un libro. Aún apesta a fragancia de zorra en la sección de biología.

@MsMadz Es hora de que te pires de Park Ave, @Gemma_is_Dolce

---

[2] En inglés «*clutch your pearls*», «agarrarse las perlas» es un modismo que significa que una persona se comporta como si estuviera más escandalizada de lo que realmente está, sobre todo para mostrar que un acto le parece reprochable. *(N. de la T.)*

7

20 de octubre de 2016

Un par de semanas después de la fiesta en casa de los Harrington, donde había tenido lugar la dramática ruptura entre Elle y Theo, Hannah volvió a ganarse el favor de ambos pilares de la realeza de Prescott. Haber sido considerada con Elle había dado sus frutos, igual que plantarle cara a Madison. Sus obligaciones como enlace estudiantil de Hannah, las cuales nunca se había tomado demasiado en serio, habían terminado varias semanas después del inicio del curso, pero la consideraba lo bastante intrépida como para querer tenerla cerca. Por ahora, al menos.

La «guerra fría» de las chicas, como la había apodado Bash, había terminado, al menos durante esa semana. A las tres y media del jueves Madison y un selecto grupo de invitados (Elle, Bruno, Ethan y Hannah) se acomodaron en un ala privada de la casa de los DuPont en Carnegie Hill.

El ala contenía cuatro estancias: una habitación, un rincón de estudio, un salón y un baño *en suite*. Alex DuPont se las tenía que arreglar con una habitación grande y un baño privado en el extremo opuesto del apartamento. Allí era donde se encontraban entonces Ami y él, jugando a la videoconsola de última generación de Alex (que permanecía oculta con mucho gusto tras unos armarios con paneles cuando no se utilizaba, por supuesto).

Hannah cogió una tosta con queso de cabra a las finas hierbas y pera en rodajas de una mesa larga y baja en la sala de estar de Madison, donde Inez, la empleada doméstica de los DuPont desde hacía años, las había colocado con maestría sobre una bandeja de pizarra. Además de las tostas, Inez había preparado galletas de

mantequilla con parmesano; una bandeja de fruta con higos, rodajas de naranja sanguina y semillas de granada; y pequeños platitos de cerámica templados con almendras Marcona y aceitunas Castelvetrano. Y esos eran solo los tentempiés salados. Los canapés dulces (*financiers* de almendra y mantequilla dorada y gajos de mandarina recubiertos de chocolate negro) descansaban sobre una bandeja de cerámica. De alguna forma, Inez lo había montado todo en los quince minutos desde que Madison le había enviado un mensaje avisando de que se llevaría a unos pocos amigos a casa.

Bajo los platos y las bandejas había un camino de mesa de lino antiguo, ligeramente arrugado. Hannah lo examinó, así como el fular de cachemira que colgaba olvidado de la pantalla de una lámpara y un ejemplar firmado de *Cielo nocturno con heridas de fuego*, que tenía varias esquinas dobladas y reposaba, abierto por la mitad, sobre el tocadiscos de Madison. Estar rodeada de cosas bellas y caras era una forma de vida. Cuidarlas tan poco era una decisión en parte estética y en parte adolescente.

Hannah mordió la tosta e intentó que no se cayera ninguna miga sobre la alfombra marroquí desgastada (y seguro que antigua) que había en el suelo a sus pies. Estaba bueno, sí, pero en secreto echaba de menos los Doritos sabor *Cool Ranch* que le esperaban en la despensa de su casa.

–Entonces…, ¿creéis que se ha ido de verdad? –preguntó Bruno antes de clavar los dientes en una rodaja de naranja sanguina. Le goteó por la barbilla e Ethan se inclinó para limpiarle a modo juguetón la cara a su novio con una servilleta.

Tras varias semanas poniendo buena cara, la amante de la lencería favorita de Prescott llevaba tres días sospechosamente ausente en el instituto. Los rumores habían llenado los comentarios en la última publicación de The Upper Edge, y el más popular era que Gemma Phipps había abandonado Prescott y se había matriculado en un instituto público del centro.

Elle cuadró los hombros y contempló con el ceño fruncido su móvil, que estaba protegido con una carcasa negra de cuero de Smythson con las iniciales EMH (Eleanor Mabel Harrington).

–Quizá. Necesito saber a qué instituto va. Así podré sacar el registro de inscripciones.

–¿Y cómo vas a hacer eso? –Bruno mordisqueaba una almendra.

Elle lo fulminó con la mirada.

–Tengo mis métodos.

–¿Tus métodos? –preguntó Madison. Estaba sentada en la alfombra al lado de Hannah, con las largas piernas extendidas y la espalda apoyada en un sofá verde musgo modular. Se había quitado el uniforme de Prescott y se había puesto una de las antiguas camisas Oxford de su padre, remangada hasta los codos, y unos pantalones de estar por casa de Aritzia en Essential Cashmere.

Elle exhaló con brusquedad.

–Tengo a un tío para eso.

En realidad, Elle Harrington era ese tío. Es decir, que Elle era completamente capaz de hackear la base de datos de registros del distrito escolar de Nueva York ella sola. Mientras Madison y Bash se las arreglaban gracias a sus contactos y Theo era un atleta de éxito (tercer puesto de remo), Elle se tomaba todo lo relacionado con Prescott muy en serio, incluido el propio centro. Sus conocimientos de matemáticas e informática eran de primera, algo de lo que se había asegurado la señora Harrington a lo largo de años de clases particulares durante las vacaciones y los fines de semana. Elle iría a Harvard y estudiaría negocios o finanzas. Era verdad que su familia contaba con el dinero suficiente para asegurarse de que tanto Elle como su descendencia no necesitaran trabajar nunca, pero un trabajo de alto nivel ofrecía mucho más que dinero; significaba tener poder.

Elle se guardaba toda esa información para sí. En su círculo, ser ambiciosa se consideraba de mal gusto y no era algo que tuviera ninguna intención de compartir con sus amigos. Se volvió hacia Ethan.

–Hazme un favor y consígueme la dirección de casa de los Phipps. Viven en algún sitio del Lower East. –Puso una mueca–. Eso debería reducir nuestra búsqueda.

–Pero ¿cómo…?

–Ethan Allen –dijo Elle, haciendo uso del odiado apodo–. ¿Tengo que hacerlo todo yo?

Madison tenía una expresión pétrea.

–¿Es que no ves que Elle nos necesita? Usa un poquito de imaginación.

Ethan palideció. El pobre chico parecía completamente desconcertado.

–Yo la puedo conseguir. –Todos los ojos se volvieron hacia Hannah. Sacó su teléfono y abrió el contacto de Oliver.

HANNAH

¿Has tenido alguna noticia de Gemma hoy? Sé que sois buenos amigos…

Hannah se sentía un poco rara por engañar a Oliver, pero sí que compadecía a Gemma, cuya vida en Prescott ese otoño había sido la definición misma de desgracia, con Madison y sus seguidores avivando las llamas cada vez que dejaba de estar en el punto de mira. También estaban las constantes publicaciones de The Upper Edge tildándola de puta, algo en lo que toda la academia parecía participar sin ningún reparo, a excepción de unos pocos amigos de Gemma (incluido Oliver) y, en particular, Theo Fitzgerald. Su muestra de contención solo había servido para respaldar la idea que compartían todos sus compañeros de Prescott de que era casi seguro que se había estado acostando con Gemma, también hacía que Hannah se preguntara si era posible que Theo simplemente fuera más bondadoso que los demás alumnos.

Al fin y al cabo, durante sus primeras semanas en Prescott, él se había acercado a ella varias veces para asegurarse de que estaba bien, le había presentado al estudiante que llevaba el periódico del instituto cuando le habló sobre su interés por el periodismo y la había animado a cambiarse a la clase de Biología Avanzada de la señora Briar («Es dura de pelar, pero tiene los mejores contactos en lo que se refiere a las recomendaciones universitarias»). Incluso se

ofreció a quedar con ella para hacer una lluvia de ideas sobre temas para el seminario.

Lo último lo había rechazado, no quería crearse problemas con Elle y Madison. Pero una parte de ella había deseado aceptar. Theo era considerado, innegablemente mono y, por algún motivo que no podía explicar del todo, Hannah no creía que los rumores sobre él fueran ciertos.

Aun así, seguía siendo el ex de Elle y por lo tanto estaba completamente vedado.

Aunque en cuanto a la crucifixión de Gemma Phipps parecía que todo valía. El odio no se limitaba a las redes sociales. En el seminario de último curso, los susurros tenían el volumen suficiente para que las palabras «desesperada» o «guarra» llegaran a oídos de Gemma al otro lado de la mesa. El señor Harris les dirigió miradas de profunda decepción y asco a Madison y Bash, pero lo único que hicieron fue trasladar la conversación al pasillo tras la clase. El día de la velada otoñal de los Harrington, Bruno hizo alarde de entregarle una invitación falsa, insistiendo en que era una ofrenda de paz. Esa noche, publicó un vídeo de Gemma presentándose en la dirección equivocada y sobresaltando a dos vecinos ancianos de Elle. El vídeo corrió como la pólvora.

El verdadero golpe maestro se había producido ese mismo lunes, día que Madison declaró como «El día de Gemma Phipps» en la escuela. Todas las alumnas de Prescott se arremangaron las faldas de forma indecente y añadieron como complementos deportivos llamativas de Balenciaga y varias capas de colgantes con logotipos. Hannah no comprendió la broma, pero Elle le explicó con paciencia que jamás vería a ninguna persona que proviniera de una familia adinerada luciendo logotipos de diseñadores o enseñando mucho las piernas. Era ostentoso y hortera. Como Gemma.

Ese fue el último día que se la vio en Prescott.

La respuesta de Oliver apareció en la pantalla de Hannah.

OLIVER
Sí, está fatal. Le he escrito hace un rato.

HANNAH
¿De verdad ha dejado Prescott?

OLIVER
Confirmado.

HANNAH
Joder. ¿Y adónde va a ir?

OLIVER
A Gramercy Arts. ¿Por qué?

HANNAH
Guay. Ami y yo habríamos ido allí si no hubiéramos conseguido las becas. Espero que esté bien.

Apartó la vista de los mensajes y una mezcla entre un sentimiento de triunfo y remordimientos empezó a apoderarse de ella. Era cierto que había contemplado Gramercy Arts como plan B. Pero se estaba aprovechando de la amistad de Oliver y lo sabía. Se volvió hacia Elle.

–¿Lo has conseguido? –dijo Elle con ojos brillantes.

–No he conseguido su dirección, pero… –Hizo una pausa para dar efecto y apartó la voz mental que le decía que debería comprobar qué tal estaba Gemma en vez de cotillear con las personas que la habían ahuyentado. Pero… el deseo de demostrar su valía era demasiado abrumador. Si les contaba lo que había descubierto gracias a Oliver, se aseguraría el puesto en su círculo. Y, en el fondo, la verdad era que lo necesitaba. Echaba de menos a Grace, Jillian, Cade y al resto de sus amigos. Madison y Elle no podrían sustituirlos, pero le habían hecho un hueco en su grupo. Quería mantenerlo, y

además había visto lo que podía ocurrir si caía en desgracia en el instituto.

Inspiró hondo y se decidió.

–Gemma va a terminar el curso en Gramercy Arts High School.

–¡Ja! –Ethan levantó el brazo en señal de júbilo y golpeó sin querer el plato de la fruta, haciendo que las semillas de granada salieran volando.

Madison se rio despreocupada.

–Déjalo. Inez pasará la aspiradora luego.

–Ding-dong, la zorra ha muerto –dijo Bruno con impavidez.

Elle se dejó caer de espaldas contra el sofá modular y su cabeza aterrizó sobre una pila de discos de vinilo: Talking Heads, Joni Mitchell, The Mountain Goats.

–Lo hemos conseguido –rugió.

Madison se levantó de un salto.

–Esto hay que celebrarlo. ¡Inez!

La empleada doméstica de los DuPont apareció en el umbral de la puerta al momento. Era una mujer de treinta y pocos años, con el cabello recogido en un moño práctico. Llevaba una década con la familia y dominaba el portugués, su idioma nativo, y el inglés; además de los gustos de Madison y los caprichos de sus amigos. Inez sabía quién se acababa de volver vegano, quién fingía no comer gluten durante esa semana y quién necesitaba cenar algo más que un puñado de almendras si quería aprobar el examen de física del día siguiente.

–Dígame, señorita Madison.

–Estamos de celebración. ¿Podrías traer dos botellas del Krug Grande Cuvée de la bodega?

La bodega de los DuPont era un anexo climatizado situado debajo de su apartamento, que contenía una selecta colección de licores obtenidos durante sus viajes, así como una variedad de botellas de lujo de repuesto.

Inez frunció los labios.

–Es jueves. Mañana tienen clase.

–Inez.

–A sus padres no les parecería bien.

Madison puso los ojos en blanco.

–En cuanto a mi padre, ojos que no ven, corazón que no siente. Y tú sabes mejor que nadie que, si mi madre estuviera aquí, nos serviría las copas ella misma. Pero, en cualquier caso, como bien has señalado, es jueves. Papá aún seguirá en la oficina varias horas más y mamá está en otro interminable almuerzo benéfico. ¿O tiene tenis esta tarde?

–Es el almuerzo de la Filarmónica –apuntó Inez de manera inexpresiva.

–Genial. Entonces, ¿piensas ir a por las botellas o tengo que hacerlo yo?

Inez se dio la vuelta en silencio y abandonó el ala de Madison.

Hannah se mordió el labio. «Qué momento más incómodo».

–Ahora, hablemos del fin de semana. –Madison hizo a un lado una montaña de copias arrugadas del *New Yorker* para unirse a Elle en el sofá.

–He pensado que podríamos ir a Southampton –declaró Ethan–. La casa de mi familia es apta para todas las estaciones. Puedo hacer de anfitrión.

Madison abrió y cerró la boca, se le cortó la respiración.

–Eso… es precisamente lo que estaba pensando –dijo tras un momento–. Una pequeña escapada de fin de semana para distraer a Elle.

–Aj, no puedo. –Elle se incorporó hasta sentarse–. Mi tía Amelia inaugura una galería mañana por la noche. La asistencia es obligatoria.

Madison se encogió de hombros.

–Pues nos vamos el sábado por la mañana. No hay problema.

Elle respondió con una leve sonrisa.

–Miraré mi agenda.

El sábado era el primer día de un curso de negocios de seis semanas en Stern en el que se había inscrito Elle, pero mantenía sus actividades extracurriculares en secreto.

Justo en ese momento reapareció Inez en el umbral de la puerta de Madison con las dos botellas de champán dentro de un cubo helado de plata y una bandeja de copas desiguales.

–Ay, es perfecto. –En un abrir y cerrar de ojos, Madison se levantó del sofá y cubrió a la empleada doméstica de besos mientras ella reía y colocaba con maestría los tentempiés en la mesa auxiliar. Esa era la Madison de los primeros días de Hannah en Prescott, amable y generosa a la hora de mostrar afecto. Por un momento, Hannah se vio reflejada en los ojos de Inez.

–Ven a beber con nosotros. –Madison cogió un vaso alto que se encontraba junto a la jarra intacta de té frío que Inez les había servido junto a los aperitivos.

–No puedo. –Inez dejó de reírse y se puso derecha, su rostro volvió a adoptar las arrugas de preocupación.

–Porfa –suplicó Madison. Seleccionó la primera botella de champán y la descorchó–. A Elle le vendría bien un poco de diversión y a ti también, la verdad. –Llenó el vaso con generosidad y se lo entregó a Inez, que lo aceptó con reticencia. Luego se dispuso a llenar las copas.

–Por Elle –dijo Bruno, y todos entrechocaron las copas.

Mientras Hannah bebía el espumoso (el mejor que había probado en su limitada experiencia con el champán francés) sus ojos se encontraron con los de Madison y luego con los de Inez. La empleada no era ninguna necia. Madison la había manipulado para que les sirviera alcohol sin sus padres presentes y la había hecho cómplice, e Inez había cumplido con su parte.

Igual que había hecho Hannah momentos antes cuando se había apresurado a sonsacarle a Oliver la información sobre el nuevo instituto de Gemma.

Permaneció sentada en silencio un rato mientras daba sorbitos al champán (solo media copa; tenía que estar en casa en una hora) y se preguntó si seguía siendo un peón cuando sabía exactamente lo que estaba haciendo. Madison y Elle eran egocéntricas y a veces crueles, pero era innegable que resultaban fascinantes. Ahora que se había adentrado en su mundo, deseaba sumergirse por completo, a pesar de la vocecilla que le decía que aún estaba a tiempo de salir.

El chasquido de la puerta sobresaltó a Hannah y la sacó de su ensimismamiento. Inez se había marchado y Madison les estaba rellenando las copas.

–Esta semana no me ha mirado ni una sola vez durante el Seminario. –Elle resopló contra la copa de champán. El alcohol le había provocado un cambio de humor, pero no para mejor–. Ni en Cálculo. Se ha estado escabullendo como un perro con el rabo entre las piernas, está demasiado avergonzado como para mirarme a los ojos. Es patético.

–El típico comportamiento de culpabilidad –dijo Bruno, y se sentó en el sofá–. Rompió contigo porque no era capaz de soportar la vergüenza. Ahora Gemma se ha ido y Theo está en la caseta del perro, como se merece. Va a ser el otoño de Elle.

Madison se puso rígida, un movimiento casi imperceptible junto a Hannah, pero ella se percató. Ethan también.

–Por Madison y Elle. –Alzó su copa–. Las mujeres más fieras de Prescott. Por muchos años de reinado.

Se produjo una pausa, luego Hannah levantó también la copa, seguida de Ethan, Madison y Elle.

–Por The Upper Edge –añadió Elle–. Si no fuera por esa cuenta aún seguiría compartiendo hombre con la zorra de Park Ave sin saberlo. –Se encogió de hombros.

–Por cierto, ¿quién lleva The Upper Edge? –preguntó Hannah y dejó la copa de champán a su lado en el suelo–. Ami está convencida de que es un alumno de último curso de Prescott.

–No es la única que tiene esa teoría –resopló Ethan–. La cuenta se creó en noviembre de 2013, dos meses después del comienzo del curso.

–Del año en que Elle y yo estábamos en primero –aclaró Madison–. Nuestro querido Ethan aún seguía en secundaria y Bruno estaba luchando contra el Clan Alvarado en Argentina.

Bruno puso una sonrisa burlona y se colocó un mechón de rizos negros tras la oreja.

–Sea quien sea quien la lleve siempre ha estado obsesionado con nosotros –dijo Elle–. Quizá sea alguien de clase, pero no tiene por qué. Yo creo que es alguien de Dalton.

Hannah entrecerró los ojos.

–¿De Dalton por qué?

–Dalton es el principal rival de Prescott –dijo Ethan–. Tanto a nivel académico como en deportes y prestigio.

–Exacto –respondió Elle–. Es el segundo mejor instituto mixto en el Upper East.

–No tiene ningún sentido –contrarrestó Madison–. The Upper Edge lo sabe todo sobre nosotros. ¿Cómo accedería a esa información alguien de Dalton?

–Tiene todo el sentido. –Elle se terminó el champán y apoyó la copa sobre la mesa para aportar más énfasis–. Seguramente la persona que lleva The Upper Edge creó la cuenta mientras estaba en primero en Dalton. Llamémosla Jane. Jane tenía un hermano mayor en Prescott, al que llamaremos Harold.

–¿Harold? –se mofó Bruno.

Elle sonrió.

–Sí, ¿por qué no? Digamos que Jane estaba celosa porque no consiguió entrar en Prescott como su hermano mayor. Pero siempre estaba atenta. Creó The Upper Edge para airear los trapos sucios de Prescott. Luego la gente empezó a enviarle chivatazos y así es como Jane obtiene todos los cotilleos. Harold se graduó, pero no importó. Los mensajes directos de Jane siempre estaban llenos.

–Una teoría interesante –afirmó Madison–. Pero sigo pensando que The Upper Edge es uno de los nuestros. La navaja de Ockham.

–¿La qué de Ockham? –preguntó Ethan.

Madison puso los ojos en blanco.

–Búscalo, genio.

–¿Te lo vas a beber? –preguntó Bruno, con la mirada puesta en la copa de champán semillena de Hannah, que la empujó hacia él.

Solo había dado unos pocos sorbos, pero ya estaba un poco mareada. Daba igual quién llevara The Upper Edge, tanto si era alguien de Prescott como si era de Dalton, Brearley o Spence, una cosa estaba clara: esa persona tenía el poder de romper corazones y frustrar los sueños de los alumnos de asistir a un instituto privado. Quizá había sido a propósito o tal vez había sido un daño colateral, en cualquier caso, The Upper Edge había atropellado a Gemma Phipps como un camión.

Si Hannah pensaba seguir codeándose con la realeza de Prescott, el hecho de que fuera becaria, y por lo tanto ordinaria, no iba a ser suficiente para mantenerla apartada de la cuenta de Instagram. Tendría que andarse con muchísimo cuidado.

8

Viernes 12 de junio de 2026
22:13 h

Mientras Oliver permanecía tras las puertas cerradas de la Habitación Caraway, Hannah dio una vuelta despacio por la primera planta del club, escudriñándola. La mayoría de los invitados estaban en el salón, o bien junto a la barra o sentados alrededor de las mesas o junto a la chimenea. Había unos pocos en la biblioteca y en el comedor. Se detuvo para echar un vistazo hacia el pasillo donde Madison se había desplomado. Habían acordonado la zona y un cartel dirigía a los invitados hacia otros baños que estaban junto al comedor.

Había dos agentes uniformados frente a las puertas cerradas del club: uno en la entrada delantera y el otro en la puerta que conducía al patio. Había una tercera agente situada en la base de las escaleras y un cuarto patrullaba el club mientras respondía preguntas y trataba de apaciguar a los invitados ansiosos. Mientras caminaba, Hannah puso la oreja. Los invitados se habían dividido en dos grupos. Primero estaban los que se reunían entre sí, aterrorizados ante la idea de que la persona que había matado a uno de los suyos pudiera atacar de nuevo mientras el Club Lenox permanecía cerrado. Frederick Tillinghast, promoción de 1964, con quien Hannah había mantenido una conversación educada unas horas antes, ahora se encontraba tras la barra y cogía el único teléfono presente con tanta fuerza que tenía los nudillos blancos. Al parecer había conseguido que el comisario se pusiera al teléfono y le exigía a gritos la pronta puesta en libertad de todos. Hannah oyó las palabras «asesino suelto» y «amenaza contra la seguridad pública»,

pero no parecía que la conversación fuera a parar a ninguna parte a juzgar por el rubor que ascendía por el cuello de Frederick y llegaba hasta sus mejillas.

Luego estaban aquellos que habían llegado a la conclusión, algo menos aterradora, de que el asesino pretendía matar a Madison DuPont y a nadie más. Los que conformaban ese segundo grupo se paseaban por el club, cada vez más hambrientos e irritados, deseosos de que los inspectores finalizaran los interrogatorios y los dejaran irse a casa. Ansiaban con impaciencia que los inspectores arrestaran a alguien.

Siempre que Hannah se volvía hacia alguien, todos apartaban la mirada. La opinión pública se había vuelto totalmente en su contra y quienquiera que fuera el asesino debía de estar bien tranquilo. Pasado un rato, le empezaron a doler los pies a causa de los zapatos de tacón que ahora se arrepentía de haberse puesto y regresó hasta la biblioteca, el lugar más silencioso del club, para pensar. Estaba a punto de tomar asiento en la misma esquina donde había hablado con Oliver hacía treinta minutos cuando se percató de que una de las tres estanterías que ocupaban toda la altura de la habitación sobresalía, mientras que las otras quedaban a ras de la pared. Era la estantería que compartía pared con el salón y estaba más alejada de las vidrieras policromadas.

Le picó la curiosidad y caminó hasta ella para inspeccionarla de cerca. En efecto, la estantería no estaba bien alineada y al examinarla con atención vio que el libro que se encontraba justo en la mitad sobresalía y parecía hecho de latón. Hannah agarró el lomo y tiró de él, y el lateral de la estantería se abrió para dejar al descubierto un pequeño hueco empotrado. En el interior había una pequeña mesa de madera sobre la que descansaba una lámpara que emitía una luz tenue y amarillenta sobre un diván de terciopelo, una pila de libros difíciles de encontrar, una botella de *bourbon* y un solo vaso de cristal. Parecía un rincón de lectura oculto y, por suerte, estaba vacío.

Hannah se deslizó al interior, cerró la puerta y se acomodó en el diván. Frente a ella, una ventanita redonda daba al salón. Qué ingenioso. Mientras toqueteaba la lámpara para ajustar la

luminosidad, su mente viajó de vuelta al crimen. Aunque no tenía ninguna garantía de ello, los detalles que habían encontrado en la escena podrían servir para exonerarla, o al menos para extender las sospechas sobre un grupo más amplio de asistentes. Se realizaría un análisis forense y habría informes toxicológicos. Se imaginaba que la persona que había envenenado a Madison había tenido el cuidado suficiente de llevar guantes, pero seguro que el laboratorio forense sería capaz de identificar la clase de veneno que habían usado para matarla. Quizá así podían acotar el momento en el que había tenido lugar el crimen; podrían haberle echado un veneno de acción lenta en la bebida cuando se la sirvieron en la barra, antes de que comenzaran los discursos de bienvenida. En ese momento no había estado cerca de Madison en absoluto.

No obstante, si se había utilizado un veneno de acción rápida mientras Madison había dejado su bebida en el vestíbulo de los aseos y había entrado en un cubículo, Hannah seguiría siendo el foco de atención. Al fin y al cabo, Madison había anunciado su intención de ir al baño de mujeres mientras hablaba con ella. Y seguramente era la única vez que había soltado su copa de Martini.

En cualquier caso, los resultados podrían tardar días o incluso semanas. Y lo más probable era que tampoco le sirvieran de mucho.

Hannah abrió su bolso de mano y sacó un cuaderno y un bolígrafo. Más de setenta invitados habían acudido a la gala, la mayoría antiguos alumnos, pero también unos pocos profesores y responsables del centro. Además, también estaban los pocos miembros del personal del club. Aunque era posible que cualquiera hubiera matado a Madison DuPont, los sospechosos más probables eran los más cercanos a la víctima, y no hacía falta ser un criminalista experimentado para darse cuenta.

Apartó varios libros para dejar espacio en la mesa para su cuaderno. Luego se inclinó hacia delante en el diván y miró a través de la ventanita en dirección al salón. Por supuesto, también era posible que el asesino hubiera iniciado una relación cercana con Madison después de que se graduaran. En cuyo caso, podría ser cualquiera de los presentes, una posibilidad desesperanzadora. Pero el asesino de Madison había decidido dar un mensaje y había

escogido una gala de la Academia Prescott como escenario; una gala regentada por Madison. La ocasión sugería que el móvil del asesino estaba relacionado con Prescott y que probablemente se remontaba a su época en el instituto. «La reina de Prescott ha muerto». Lo cual quería decir que se trataba, casi con toda seguridad, de alguien a quien Hannah conocía del instituto.

Hannah, que se sentía más llena de confianza que hacía unos minutos, abrió el cuaderno por una página nueva (sus anotaciones previas sobre la decoración del salón ahora seguramente le parecerían risibles, pues tenían como fin formar parte de un artículo que era probable que ya jamás escribiera, no de la investigación de un asesinato) y comenzó una lista.

Elle Harrington la encabezaba. Al fin y al cabo, era la última persona a la que se había visto hablando con Madison y no le habría resultado difícil seguir a su vieja amiga (y rival) hasta el baño de mujeres. Había montado una buena escena al tirarse entre lágrimas sobre el cadáver de Madison mientras los paramédicos lo arrastraban en la camilla. ¿Había mostrado sus verdaderos sentimientos o solo estaba actuando? Y luego estaba Edward. Se había apresurado a defender a Elle mientras guiaba a Hannah hacia la sala de interrogatorios. ¿Por qué?

Debajo del nombre de Elle, Hannah escribió «Gemma Phipps». Pocos alumnos de Prescott se habían abstenido de atormentar a Gemma tras la aparición pública de las fotos durante su último curso, pero, sin duda, Madison había sido la principal instigadora. Gemma ni siquiera había llegado a graduarse en Prescott. ¿Por qué otro motivo habría acudido allí esa noche, a una recaudación de fondos para el instituto del que se tuvo que marchar a causa de los abusos sufridos, si no era para vengarse de Madison DuPont?

Gemma había pasado desapercibida desde su llegada, quizá ocultaba algo. Hannah volvió a echar un vistazo al salón a través de la ventanilla. Localizó a Gemma a solas frente a la barra, bebiendo champán de una copa alargada. El champán era una bebida para celebrar. Qué interesante.

A Hannah su instinto le decía que la asesina era una de las dos: Elle o Gemma. La primera idea siempre es la más acertada. Dibujó

una estrella junto a los dos nombres en la lista. Pero su formación como periodista la instaba a seguir. A fin de cuentas, Madison tenía una relación complicada con casi todas las personas de su entorno. (Y estaba siendo generosa al referirse a las relaciones como «complicadas»).

Lo siguiente que hizo fue apuntar los nombres de todas las personas del entorno cercano de Madison. Sus amigos; pero también los que habían sido a menudo sus peones. Debajo, añadió a Edward Beaumont, que había estado un curso por encima de ellos y había hecho varias visitas desde Yale cuando estaban en último curso. Era adyacente al círculo cercano.

Revisó la lista y se sintió bastante segura de que el nombre del asesino se encontraba en esa hoja. Pero aún no había terminado. Madison había tenido una relación «complicada» con varios invitados más y, aunque no sospechaba demasiado de Oliver Morgan, al cual conocía mejor que a casi todos los demás presentes, ni de Alex o Ami, sería una negligencia pasarlos por alto.

El siguiente al que añadió fue Henry Alcott Winslow. Sí, se había marchado durante los discursos, pero Hannah no pensaba descartar al marido. Si se había usado un veneno de acción lenta, ascendería hasta el primer puesto de su lista. Sabía muy poco sobre su relación, pero, si habían estado teniendo problemas, una gala de Prescott podría ofrecer la tapadera perfecta para un cónyuge desesperado. No tenía ningún vínculo personal con la academia, así que ¿quién sospecharía de él?

Finalmente, anotó los nombres de varios profesores de Prescott y de la directora. A fin de cuentas, Madison había sido una malísima estudiante (inteligente, apática y con demasiados privilegios) y solía eludir de manera sistemática a las figuras de autoridad, que se veían impotentes ante el reinado de terror de la joven DuPont. Le resultaba difícil imaginarse al señor Harris o la señora Caldwell tomando represalias con una dosis letal de veneno, pero era importante que fuera concienzuda.

Hannah le puso la tapa a su bolígrafo y revisó la lista de nombres. En un momento u otro, Madison les había hecho la vida imposible a

todos y cada uno de ellos. Pero ¿quién entre todos albergaba el odio suficiente para desear su muerte y llevarla a cabo?

Sus ojos regresaron a la parte superior de la lista, luego se levantó del diván, salió del rincón de lectura y apareció en la biblioteca. Alex DuPont y Tyler Marsden levantaron la vista desde los butacones donde se habían acomodado, sobresaltados y no muy felices de verla aparecer.

–¿Qué hay ahí atrás? –le preguntó Tyler a Alex. Pero él no respondió, cogió a su amigo del brazo y tiró de él para alejarlo de Hannah. Excelente. O bien la temían o consideraban que no era merecedora de su tiempo. Supuso que, en ambos casos, era preferible a una confrontación, pero su pronta retirada le recordó que conseguir que sus excompañeros hablaran con ella esa noche iba a ser una tarea complicada.

Hannah se dirigió de nuevo hacia el salón, desde donde podía ver el club al completo. Elle estaba sentada frente a la barra con Theo y Bash, saboreando un Old Fashioned. Todos se encontraban entre los principales sospechosos, pero hablar con los tres a la vez no serviría de nada. Tendría que esperar el momento oportuno hasta poder tenerlos a solas.

Mientras tanto, Gemma parecía tener tiempo de sobra. Había abandonado la barra y ahora estaba sentada en una mesa desocupada del comedor, donde aún no se había servido la cena, con la mirada fija en algo que se veía a través de la única ventana que tenía la cortina corrida. Hannah volvió a guardarse el cuaderno en el bolso y atravesó el salón y luego el arco para llegar hasta el comedor, mientras ignoraba las miradas de varios invitados que fingían estar escandalizados al pasar a su lado. Tuvo que contenerse para no resoplar y fingir que metía la mano en el bolso en busca de un arma. Aunque tentador, no sería muy inteligente.

–¿Te importa si te hago compañía? –Estaba parada frente a la mesa de Gemma con las manos apoyadas en el respaldo de una silla vacía. Una de las velas flotantes de los cuencos de cristal de Murano se había apagado y le sorprendió durante unos instantes que los empleados no la hubieran reemplazado, incluso a pesar de las circunstancias.

Su antigua compañera de clase levantó la vista y, por primera vez esa noche, sus ojos se encontraron con los de Hannah. Una expresión atravesó su rostro: aprensión o curiosidad.

–No la he matado –dijo Hannah–. Si es lo que estás pensando.

–Pues no –respondió Gemma.

–Vale, bien. –Hannah se tomó su respuesta como una señal para apartar la silla de la mesa y sentarse. Gemma estaba más delgada que en el instituto; se le veían la clavícula y los huesos de la parte superior de la caja torácica, y parecía que tenía los pómulos más estrechos. Con su sutil vestido negro, la chaqueta hecha a medida y su larga melena recogida con una pinza de perlas naturales a la altura de la nuca, encajaba a la perfección con el resto de las mujeres de la alta sociedad del Upper East Side. O, más bien, habría encajado a la perfección si todos tuvieran peor memoria y sus antiguos compañeros fueran menos crueles.

–Cuánto tiempo –dijo Hannah con valentía–. ¿Sigues viviendo en Los Ángeles?

Gemma asintió.

–Ya llevo diez años. Me gusta la ciudad.

Hannah sonrió. Le parecía extraño que alguien se refiriera a otro sitio que no fuera Nueva York como «la ciudad».

–¿Sigues en contacto con Oliver?

Una sombra atravesó el rostro de Gemma y luego esbozó una leve sonrisa.

–A veces por internet. Cuando me marché a la Universidad del Sur de California me resultó más fácil dejar atrás todo lo relacionado con Prescott, incluso a los pocos amigos que me quedaban.

–Pero hoy estás aquí –dijo con amabilidad–. ¿Por qué?

–Para asesinar a Madison DuPont, por supuesto. –A Gemma le brillaron los ojos.

Hannah se estremeció por acto reflejo y la boca de Gemma se abrió en una sonora carcajada.

–¿Eso es lo que crees?

Hannah se encogió de hombros.

–Todos están seguros de que la he matado yo. Así que da igual lo que opine.

Gemma apoyó los delgados brazos sobre la mesa y entrelazó los dedos. Llevaba las uñas pintadas de rosa fucsia y estaban decoradas con motivos de Malibú, la única indicación de que aún conservaba algo de su antiguo estilo llamativo.

–Pues, si quieres mi opinión, yo creo que ha sido el marido. Es jodidamente sospechoso que se fuera durante los discursos; seguro que volvió a entrar a hurtadillas y se escondió en el baño de mujeres. –Gemma suspiró–. Pero se irá de rositas. Los putos ricos como él siempre lo hacen. Es una mierda, pero tampoco voy a derramar ninguna lágrima en el funeral de Madison.

–Una teoría interesante. –Hannah golpeteó la tela de su bolso de mano con los dedos, ansiaba sacar el cuaderno y el bolígrafo. Pero tendría que esperar. Así que se contentó con toquetear el ribete rojo oscuro de la servilleta que tenía delante.

Gemma se echó hacia atrás.

–Tu artículo me pareció interesante, pero podrías haber ido más lejos. Nueva York lleva desde Bloomberg sin tener un alcalde republicano, pero, por el motivo que sea, la ciudad ama a Winslow. Es joven, guapo y siempre aparece en la sección de sociedad de los periódicos. Pero su programa político no encaja con los demócratas. Necesitaba alguna ventaja, algo que unificara ambos bandos.

–¿Y crees que lo ha conseguido al asesinar a su mujer?

–Es posible. Ahora que es un trágico viudo, su popularidad se disparará.

A Hannah se le erizó el vello de la nuca. ¿De verdad podría Henry Alcott Winslow haber matado a su esposa por su beneficio político? ¿O Gemma tan solo estaba intentando distraerla con su teoría?

–Mi artículo no estaba dirigido a Winslow, pero me has dado mucho que pensar –dijo despacio–. De todas formas, aún no me has respondido. ¿Qué haces aquí?

–Ay, los periodistas. Sois como un perro con un hueso. –Gemma suspiró–. Mira, han pasado diez años. Madison y su pandilla me trataban como a una mierda, pero el centro no tenía la culpa, al menos no en su totalidad. ¿Sabías que la señora Caldwell intentó que borraran la cuenta de The Upper Edge? Por desgracia, Instagram aún era el salvaje oeste allá por 2016 y los intentos por

parte de Prescott de cancelar la cuenta fracasaron, pero ella me apoyó. Incluso me ofreció terminar el último curso de manera virtual, antes de que fuera algo normal. Pero decidí marcharme. Quería empezar de cero.

Hannah apretó los labios. Gemma estaba ocultando algo.

–Si querías apoyar el nuevo complejo de deportes acuáticos, podrías haberte limitado a escribir un cheque. No tenías que volar hasta Nueva York para acudir a la gala.

Gemma se encogió de hombros.

–Es cierto. Pero, como he dicho, hace diez años que no veía a ninguna de estas personas. Me imagino que estoy aquí por el mismo motivo que tú. Curiosidad humana.

–He venido porque me lo han encargado en el trabajo. Pero, vale, admito que entrar aquí esta noche ha sido como quitarme una espina.

–Bueno. –Gemma se puso en pie arrastrando hacia atrás su silla–. Ahí lo tienes. Ahora, si me disculpas, me vuelvo a la barra. Algo me dice que nos queda un buen rato aquí y necesito otra copa.

Hannah asintió.

–Me alegro de haberte visto.

Mientras Gemma abandonaba el comedor, algo reconcomía a Hannah. Sí que pensaba que la relación de Gemma con Prescott era más complicada de lo que ella había asumido en un principio y que había acudido en parte para echar un vistazo a sus antiguos compañeros de clase, pero no creía que eso fuera todo.

Gemma había atravesado el país para acudir esa noche por algo más que una curiosidad desenfrenada. Le había vendido muy bien su teoría sobre Henry Alcott Winslow, pero Hannah sospechaba que lo había hecho para distraerla. Cuando tenían diecisiete años, Madison había sido cruel con Gemma de una forma que no se curaba con facilidad con el paso del tiempo. Quizá Gemma había superado las viejas heridas o quizá se habían estado pudriendo durante la última década, volviéndose más profundas y feas con cada año que pasaba.

21 de noviembre de 2016

Instagram

Imagen: Un alumno de último curso de la Academia Prescott situado delante de la fuente y ataviado con una túnica azul marino y un birrete. Rezuma la clase de seguridad suprema de las personas ricas, atractivas y de pocas convicciones morales. Sostiene un cartel que dice «Lux et Veritas» el eslogan de la Universidad de Yale.

TheUpperEdge: ¡Háganse la luz y la verdad! O, al menos, un poco de desenfreno a la antigua usanza. Sé de muy buena tinta que uno de los mujeriegos más conocidos del Upper East Side vuelve a casa por Acción de Gracias. Cerrad bien las piernas, señoritas de Prescott.

9

25 de noviembre de 2016

Hannah se sentía desnuda sin su teléfono, el cual le habían pedido (o más bien exigido) que dejara en una gran bolsa de terciopelo al entrar al Club Lenox, pero quizá una velada sin ninguna interrupción por parte de The Upper Edge era justo lo que necesitaba. Lo que necesitaban todos. Tomó asiento en una silla de respaldo alto en el comedor, donde habían juntado dos mesas para dar cabida a Bash y a sus invitados. Era viernes, el día después de Acción de Gracias, y, aunque había comenzado las vacaciones con la intención de alejarse de todo lo relacionado con Prescott durante cinco días libres de drama, cuando la invitación de Bash para el club privado de su familia iluminó su móvil la noche anterior, se vio incapaz de rechazarla. Al fin y al cabo, ¿en qué otro momento la invitarían a una fiesta en un local tan exclusivo que ni siquiera tenía página web?

Así que allí estaba, se sentía bien vestida para la ocasión (Madison le había prestado un vestido de tubo de The Row, que había extraído del fondo de su vestidor un tanto arrugado), pero, por lo demás, fuera de lugar. Dejando a un lado el grupo de Bash, la clientela era mucho mayor y Hannah sospechaba que Ami y ella eran las únicas personas presentes que no descendían de un largo linaje de neoyorquinos.

Volvió a centrar la atención en el grupo de su mesa. Entre los invitados se incluían los sospechosos habituales: Madison y Elle, Ethan y Bruno, Beatrice y Theo, que estaba sentado en

el extremo opuesto a Elle, por supuesto. A la derecha de Hannah estaba la ratonil Alice St Clair del seminario de último curso; a su izquierda, su hermana Ami. Junto a ella estaba el hermano menor de Madison, Alex, y su amigo de *lacrosse* Tyler Marsden, el bromista de tercero. Bash y su hermano mayor, Edward, estaban sentados frente a Hannah y Ami.

Los hermanos Beaumont solo se llevaban un año y unos meses. Aunque técnicamente no eran lo que se conocía como «gemelos irlandeses»[3] (aunque una persona del Upper East Side no usaría un término tan vulgar) sí que en Prescott se les solía considerar un conjunto a juego, hasta la graduación de Edward el año anterior. Ahora, la posición de Edward como estudiante de primer curso en Yale de pronto lo hacía parecer mucho mayor que Sebastian y, si uno se creía los rumores, diez veces más libertino.

El menú situado frente a Hannah, con las iniciales «CL» impresas en cartulina, presumía de una cena post Acción de Gracias que incluía *carpaccio* de remolacha, lubina sobre puerros asados, puré de hinojo al azafrán y una tarta Tatin de pera. Todo era de temporada: pero no había ni calabazas ni guisos ni aves por ninguna parte.

Ya habían servido el segundo plato. Un camarero de voz queda, ataviado con una chaqueta de botonadura sencilla con una pequeña piña de bronce sujeta a la solapa, impartía las instrucciones para que vertieran sobre el plato *beurre blanc* desde un cuenco en movimientos circulares.

Ami se acercó a la oreja de Hannah.

–¿Qué es el *beurre blanc*?

Le echó un vistazo al cuenco blanco.

–¿Una especie de salsa hecha de cachemira, perlas y las lágrimas de antiguos barones?

Ami soltó una risilla, luego cogió el cuenco y lo olfateó.

–¿Te parece graciosa nuestra comida? –Edward colocó los codos sobre la mesa y se inclinó hacia delante. Tenía el cabello negro como Bash, pero lo llevaba más largo que su

hermano. Era esbelto, pero sin ser musculoso, y varios centímetros más alto que Bash. Lo más llamativo era su nariz, que formaba una pronunciada pendiente hasta su también pronunciado mentón.

Hannah se puso tensa y Bash le dio un codazo a su hermano.

–Eddie, pórtate bien. Permite que te presente como es debido a las recién llegadas a Prescott, Hannah y Ami Miller. Estas adorables señoritas se han unido a nosotros este otoño desde las salvajes tierras de Pittsburgh, Pensilvania.

Edward estiró el brazo por encima de la mesa y Hannah tomó su mano entre las suyas con cierta reticencia. Durante los últimos meses se había acostumbrado al comportamiento empalagoso de Bash; en ciertas ocasiones incluso había vislumbrado un buen corazón tras la fachada de libertino. Pero el mayor de los Beaumont exudaba un aire distante y, cuando la piel seca de la palma de Edward tocó la suya, se preguntó por un momento si le corría sangre alguna por las venas.

Apartó la mano deprisa y cogió el cuenco de *beurre blanc* para volver a centrarse en la comida.

–Parece delicioso.

Edward se encogió de hombros.

–Lo está. El Club Lenox no se conformaría con menos.

–Significa mantequilla blanca, por cierto –dijo Bash–. Os gustará.

Hannah vertió la salsa y probó un bocado. Sí que era sabrosa y estaba muy buena.

–En Pittsburgh, el día después de Acción de Gracias solíamos comer sobras. Ami es especialista en preparar sándwiches de pavo con salsa de arándanos.

–Cállate –siseó Ami y la fulminó con la mirada.

–¿Qué? –preguntó Hannah–. Usa una capa de relleno en vez de pan. Está buenísimo.

–Mi hermana está delirando –dijo Ami–. Me preocupa, la verdad. ¿Has vuelto a visitar al Doctor Lee?

–Madre mía… –musitó Hannah.

Edward arrugó la nariz.

–Suena muy… del medio oeste.

Ami enterró la cara entre las manos.

–Pittsburgh no está… –empezó a decir Hannah, pero Edward no la estaba escuchando. Echó hacia atrás la silla y se dirigió hacia la barra, de donde regresó al momento con una botella abierta de Pinot Noir y cuatro copas.

–Sedoso con unas leves notas a arándanos. –Llenó las cuatro copas con generosidad y Ami se quedó ojiplática.

–Ni de broma –vocalizó Hannah en dirección a su hermana. Ami entrecerró los ojos y aceptó la copa.

–Los únicos arándanos que merecen la pena durante esta época –afirmó Edward–. *À votre santé*. –Alzo la copa y Bash siguió el ejemplo de su hermano.

–*À votre santé* –repitió Ami con un acento francés impecable. Miró a Hannah a los ojos y le dio un buen sorbo.

–Ames… –le advirtió Hannah.

Con una carcajada, Edward se bebió la mitad de la copa de un trago, en un gesto que poco encajaba con los buenos modales del Club Lenox. Era evidente que al mayor de los Beaumont no le importaba el protocolo cuando le impedía pasarlo bien.

Hannah se acercó a la oreja de Ami.

–Si vuelves a casa apestando a alcohol, sabes que papá y Yoko no te dejarán volver a salir…

Antes de que Hannah pudiera terminar, una larga sombra se cernió sobre los manteles de lino planchados y una voz grave resonó, acallando la conversación en la mesa de Prescott.

–Edward. Sebastian. –Richard Beaumont había aparecido tras sus hijos y había colocado una mano firme en los respaldos de las sillas de ambos chicos. Segundos después, los dos se pusieron en pie. Richard era de la altura de Edward y tenía el cabello ralo, de un gris acerado. El parecido familiar entre los tres Beaumont resultaba evidente, pero solo Bash

era fornido y musculoso, seguro que, en parte, para compensar su corta estatura.

Richard cogió la botella vacía de Pinot Noir de la mesa. Su gruesa alianza de oro tintineó contra el cuello de la botella. Hannah alternó la vista entre las copas que estaban frente a Ami y a ella, y se preparó para la reprimenda.

–¿De veras, Sebastian? ¿Un tinto con la lubina?

Bash abrió y cerró la boca. Resultaba obvio que esperaba a que su hermano interviniera y se responsabilizara de la elección del vino, pero Edward permaneció en silencio.

–Había olvidado que el chef Bernard había cambiado el pato por pescado –dijo Bash tras un momento–. Lo siento, padre.

Richard suspiró profundamente y a Hannah le entró un escalofrío. A su lado, Ami tomó una cucharadita del puré de hinojo al azafrán.

–Edward, acércate a la barra y corrige el error de tu hermano. El Château Simone Palette Blanc de 2014. –Se volvió hacia Hannah y Ami y rodeó la mesa para situarse a su lado–. Qué grosero por mi parte. Soy Richard Beaumont. Espero que estéis disfrutando de vuestra primera visita al Club Lenox.

Ami esbozó una amplia sonrisa.

–Mucho, señor.

–Bien. Me imagino que ya sabéis que el club es un establecimiento solo para miembros, pero siempre estamos encantados de recibir invitados de la familia.

–Muchas gracias por contar con nosotras esta noche –dijo Hannah.

Richard retiró las ofensivas copas de vino tinto que tenían Hannah y Ami frente a ellas sin mediar palabra. Pocos minutos después, Bash regresó acompañado de un *sommelier* que sostenía una bandeja con copas nuevas y una botella de un vino blanco afrutado y floral.

Hannah estuvo a punto de aclarar el tema del vino, pero Edward le lanzó una mirada pétrea y Richard pasó a prestar

atención al *sommelier* y le pidió tres botellas más para la mesa.

–Todos los demás están bebiendo –susurró Ami–. El señor Beaumont acaba de pedir vino para todo el grupo.

–El señor Beaumont no es nuestro padre –respondió Hannah también en un susurró.

Ami le hizo una mueca y Hannah se la devolvió. Había hecho todo lo posible por advertir a su hermana, pero tampoco podía atarle las manos a la espalda. Necesitaba que le diera el aire.

–Disculpadme. –Cogió su vaso de agua y le dio un sorbo, luego se lo llevó consigo mientras buscaba el baño de mujeres.

Había una fila de tres personas frente a la puerta de los servicios del comedor y un camarero le señaló en silencio otros baños situados al final de un corto pasillo, detrás del salón. En la puerta del servicio de mujeres había un camafeo con el rostro de una mujer de perfil. Hannah la abrió de un empujón. Se adentró en un pequeño vestíbulo, una sala de inspiración victoriana forrada de un empapelado color crema con un complejo diseño de flores y enredaderas. Un olor a cedro y té blanco se coló por sus fosas nasales. Sobre un tocador antiguo había una bandeja de porcelana con muestras de perfume y botecitos de lociones con olor a rosa y lavanda. Hannah dejó su vaso de agua sobre uno de los muchos posavasos de cerámica junto a una jarra de cristal con agua de pepino y tomó asiento en un sillón de respaldo alto tapizado en seda color rosa pálido y verde hoja.

Metió la mano en el bolso en busca de su teléfono y entonces recordó la norma del club que prohibía los dispositivos electrónicos. «Mierda». El club privado era muy guay y todo eso, pero lo cambiaría sin pensárselo dos veces por un pijama de franela y las primeras comedias románticas navideñas de la temporada. Seguro que Grace estaba en casa de Jillian en ese momento exacto. Envueltas en dos mantas

gigantescas en el sofá del salón de la tele y comiendo las sobras del pastel de calabaza.

La sobrecogió una oleada de nostalgia y tiró del dobladillo del vestido prestado. Más tarde, cuando estuviera en casa, las llamaría por FaceTime. Había recopilado una anécdota de oro sobre Prescott que estaba deseando compartir con ellas: se rumoreaba que Elizabeth Romero se había comprado un segundo billete de primera clase en el vuelo de vuelta a casa desde París el domingo para llevar su bolso Hermès Kelly 25 en *étoupe*, que había adquirido en una jornada de compras por Faubourg Saint-Honoré. Según Alice, el bolso había costado poco menos de un cuarto de millón de dólares. Y el segundo billete le había hecho gastarse otros diez mil más.

Grace y Jillian se morirían cuando se lo contara. Se le escapó una amplia sonrisa solo de pensarlo. Luego inspiró hondo y se puso en pie. Se sentía mejor. Era momento de volver a salir.

Cuando Hannah regresó al comedor, estuvo a punto de darse la vuelta. En el tiempo que había estado ausente, Edward había pasado de estar achispado a completamente borracho. Se encontraba junto a un cuadro del valle del río Hudson, que formaba parte de una serie de paisajes estadounidenses de principios del siglo XIX que debían otorgar al comedor una sensación de tradición y amplitud: en contraste con las cortinas opacas que cubrían las ventanas al otro extremo de la sala. Se había acercado demasiado a Madison, que se encontraba frente a él con los brazos cruzados sobre el pecho y una expresión de desagrado en el rostro.

–Siempre has querido –murmuró Edward, con el rostro a pocos centímetros del suyo–. La sala De Vries está libre. –Levantó la mano y de su dedo corazón colgaba una llave de latón.

Madison puso cara de asco y retrocedió un paso.

–Ya sabes que yo no me enrollo con niños, Edward. Y si hay algo peor que un estudiante de instituto es un novato

universitario borracho y desaliñado.

–Que te jodan –siseó Edward. Se le había caído la careta; ahí estaba el verdadero Edward, dueño de sí y cruel–. En mi época en Prescott tuve todos los coños que quise. No necesito a otra zorra de colegio privado.

En Madison había encontrado a la horma de su zapato. Ella ni siquiera se inmutó.

El postre ya estaba sobre la mesa, pero Hannah había perdido el apetito. Y parecía que lo mismo le había ocurrido a la mayoría de los invitados de Bash. En los dos extremos opuestos de la mesa, Theo y Elle les clavaban los tenedores a sus tartas Tatin de pera. Alice contemplaba la escena que tenía lugar entre Edward y Madison con la boca abierta de júbilo y un trozo de pastel que colgaba olvidado de sus dedos. Incluso Tyler, que se había pasado la mayor parte de la cena haciendo bromas y construyendo una torre inclinada de pan con las hogazas de Parker House, había apartado su silla de la mesa y se estaba dando un paseo con Alex en dirección a la biblioteca.

Hannah se encontró con la mirada de su hermana.

–Vámonos –vocalizó.

Por un momento, Ami parecía estar anclada a su asiento. Siguió con la mirada la espalda de Alex mientras se alejaba y luego la posó en la copa de vino medio llena frente a ella. Hannah se puso tensa. Pero entonces Ami empujó la silla hacia atrás y Hannah emitió un suspiro.

Ya habían salido del guardarropa y se estaban encaminando hacia la puerta cuando una voz suave llegó a oídos de Hannah.

–¿Os marcháis?

Se volvió y se encontró con Theo Fitzgerald en el salón, que sostenía un vaso helado de Coca-Cola en la mano.

–Sí. –Le echó un vistazo a su mesa, donde ahora se encontraba Edward enfurruñado y bebiéndose otra copa de vino blanco. Madison estaba frente a la barra y fingía admirar la corbata de seda italiana anudada al cuello de un atractivo

miembro del club de veintitantos años. El antiguo reloj blanco y negro sobre la barra marcó las ocho y media, pero parecía que fuera medianoche–. Creo que la noche se ha terminado.

Se subió la cremallera del abrigo y se guardó el teléfono recién recuperado en el bolsillo.

–Hola, Theo. –Ami le ofreció una leve sonrisa y se volvió hacia Hannah–. ¿Vienes?

–Dame un minuto, porfi.

Ami gruñó y luego se encaminó hacia la puerta.

–Te veo fuera.

Cuando estuvieron a solas, Theo dejó la Coca-Cola sobre una mesita con tapa de mármol y se metió las manos en los bolsillos del pantalón.

–Sé que a veces somos un poco intensos. Pero me alegra que hayas venido.

A Hannah se le cortó la respiración. Por acto reflejo, echó un vistazo por encima del hombro de Theo hacia su mesa. Elle le devolvió la mirada con el ceño fruncido y luego apartó la vista de manera intencionada.

Theo se giró y siguió la mirada de Hannah.

–Ah –dijo–. Mira, en cuanto a eso, yo nunca mentí a Elle. Y nunca le puse los cuernos. El de las fotos con Gemma no era yo, lo juro por Dios.

–Ya –respondió Hannah deprisa. Era la primera vez que hablaban abiertamente sobre el tema de Gemma. Y conversar sobre el escándalo le hacía sentir que estaba traicionando su amistad con Elle. Y a Gemma también.

Aun así, deseaba creer a Theo. Aunque tampoco importaba mucho. Era el exnovio de Elle, una fruta prohibida.

–Llevábamos distanciándonos todo el verano –continuó Theo–. Ella se lo ha pasado casi entero viajando con su familia. Y mis padres han pasado gran parte del verano al norte del estado. ¿Sabes que vamos a abrir un nuevo restaurante en Hudson?

Hannah asintió. Alice lo había mencionado más de una vez.

–El caso es que pensaba que cuando volviéramos al insti las cosas se arreglarían. Pero entonces salieron las fotos y empezaron los rumores…

–Si de verdad no eres tú el de las fotos, ¿por qué no te ha creído Elle? –preguntó Hannah. Nunca había sido una persona muy sutil, pero, al fin y al cabo, el que había sacado el tema de Elle había sido Theo.

Su amigo frunció el ceño y enterró las manos aún más en los bolsillos. Hannah se mordió el interior de la mejilla. Quizá se había pasado un poco.

Pero entonces él soltó un suspiro.

–Buena pregunta. Creo que hacía tiempo que Elle se estaba replanteando nuestra relación. Quizá le haya resultado más fácil tacharme de villano.

–Pero eres tú quien ha cortado con ella.

–Sí. Cuando quedó claro que no iba a superar los rumores. No tenía mucho sentido, ¿no?

Hannah asintió. Las palabras «te creo» permanecían atascadas en su garganta.

–Hannah. –Ami asomó la cabeza a través de la puerta del club. El mayordomo la contempló un tanto divertido–. Hace un frío que pela.

–Perdona –le dijo a Theo–. Tengo que irme.

Él sonrió.

–Claro. Te veo el lunes en el insti, ¿no?

–Vamos. –Ami tiró de la manga del abrigo de Hannah y ella le ofreció una leve sonrisa a Theo. A su pesar, el corazón le dio un brinco.

---

[3] Del inglés «*Irish twins*», término despectivo que se originó en el siglo XIX para burlarse de los inmigrantes irlandeses con el que se denomina a los hermanos nacidos de la misma madre con una diferencia de doce meses o menos entre uno y otro. *(N. de la T.)*

10

25 de noviembre de 2016

Solo eran las diez menos cuarto cuando el taxi aparcó frente al *loft* de los Miller en el Soho. Habían vuelto a casa mucho antes de lo planeado, pero la presencia de Edward en el club les había amargado la noche. Hannah le había dado a su hermana un chicle en el taxi y, mientras subían las escaleras, volvió a comprobar el aliento de Ami a pesar de las protestas de que solo le había dado unos sorbos al vino y estaba completamente sobria.

–Siento mucho ser tan cuidadosa contigo –dijo Hannah con la voz impregnada de sarcasmo–. ¿Crees que papá y Yoko te dejarán asistir a otra fiesta de Prescott si se enteran de que has estado bebiendo? Solo tienes quince años.

–Lo que tú digas. A los padres de los demás no parece importarles…

–¿Y crees que a papá le va a valer con eso?

Ami hizo un mohín y Hannah le devolvió la mueca, luego ambas se quedaron en silencio al aproximarse a la tercera planta.

Su padre y Yoko estaban en el salón (una estancia larga y estrecha con una pared de ladrillo visto que daba a la calle y con unas altas ventanas con vistas a West Broadway), acurrucados en el sofá modular de color azul marino que se habían traído desde Pittsburgh, con un cuenco de *pretzels* entre los dos. El sofá era demasiado grande para el salón, tanto que resultaba cómico, pero nadie quería reemplazarlo. Algo que parecía el documental de un robo de obras de arte se reproducía en la pantalla plana.

–Hola, chicas. –Yoko pausó el documental y les ofreció una cálida sonrisa–. ¿Os queréis sentar con nosotros?

–No, gracias. –Ami se quitó el abrigo y lo tiró sobre el asiento que tenía más cerca–. Voy a escuchar música a mi cuarto.

–¡Cuelga el abrigo, por favor! –la llamó su padre, pero ella ya se había escabullido por el otro lado del sofá y había desaparecido por el pasillo.

Hannah suspiró y luego recogió el abrigo de Ami.

–Yo me encargo.

–¿Qué tal ha ido la cena? –preguntó su padre.

–Bien. Un poco intensa. –Abrió el pequeño armario del pasillo y extrajo con dificultad una percha del riel–. Voy a intentar hablar con Grace en un ratito. Ayer no vi su llamada.

Hannah guardó el abrigo de su hermana y luego revisó las notificaciones de su teléfono. Dos mensajes nuevos de Oliver.

Los examinó mientras se mordía el labio.

–Aún puedo salir hasta medianoche, ¿verdad?

Su padre le echó una ojeada al reloj.

–Sí. Supongo que aún es pronto.

Hannah cerró el armario sin haberse quitado el abrigo.

–Gracias. Oliver acaba de escribir. Está en casa de Gemma.

Su padre y Yoko intercambiaron una mirada. Habían oído una versión abreviada del escándalo durante las últimas semanas y, aunque, desde luego, no les parecía bien que una adolescente se hiciera una sesión de fotos en ropa interior, sí que se habían compadecido de ella y se habían quedado horrorizados al enterarse de que había abandonado el instituto a causa del *bullying*.

–Está en el Lower East Side –añadió Hannah al percibir sus dudas–. Puedo ir caminando.

–Envíanos la dirección, por favor –le pidió Yoko–. Imagino que los padres de Gemma estarán allí, ¿no?

–Vale. Y sí, claro que están.

Yoko asintió y su padre suspiró.

–Te quiero en casa a medianoche –cedió.

–¡Gracias! –Hannah se lanzó a darles sendos besos en las mejillas, luego salió corriendo por la puerta y bajó las escaleras a toda prisa. Ami se enfadaría por que hubiera vuelto a salir sin ella, pero quizá debería haber estado un poco más agradecida de que Hannah la

hubiera mantenido alejada de los problemas. Y, aparte, Ami no estaba invitada.

Los Phipps vivían en una antigua fábrica textil reconvertida en *boutique*, un complejo de tres locales en Orchard Street en el Lower East Side, a quince minutos a pie de la casa de los Miller en el Soho si se andaba deprisa. En las semanas que sucedieron al exilio de Gemma de Prescott, Hannah había acompañado a Oliver y Gemma en varias ocasiones tras las clases para tomar *bubble tea* o jugar a videojuegos en el apartamento de Oliver, pero esa sería su primera vez como invitada en casa de los Phipps. Presionó el tercer botón en el brillante panel plateado del vestíbulo.

–Hannah Miller –dijo hacia la brillante lente negra de la cámara.

El silencioso ascensor la llevó deprisa hasta la tercera planta, donde se abrió para dejar paso a una sala de estar: un espacio diáfano con suelos de hormigón en tonos azules y ventanas de suelo a techo equipadas con unas opacas persianas inteligentes. La estancia estaba iluminada por una serie de cornisas de LED a lo largo de las altas paredes.

–¡Estamos aquí! –La voz de Oliver provenía desde la sala contigua y la siguió hasta la cocina. Oliver y Gemma estaban sentados frente a una isla en cascada bajo una lámpara enorme y multicolor que arrojaba sombras primero rosas, luego verdes y por último azules sobre la cuarcita blanca. Entre los dos había cuatro tarrinas abiertas de Ben & Jerry's.

–Hola. –Hannah se quitó el abrigo y se subió a un taburete vacío. El asiento estaba caliente bajo la fina tela de su vestido–. ¿Son climatizados?

–Sip. –Gemma sonrió y le pasó una cuchara–. Los ha diseñado mi madre. El mando de la temperatura está en el lado izquierdo si quieres ajustarla.

–¿Tu madre diseña sillas?

–No exactamente. Mis padres se dedican al sector tecnológico de las casas inteligentes; son emprendedores. Los taburetes son un negocio extra.

–Hala. –Enterró la cuchara en la tarrina de Americone Dream.

–Gemma ayudó a su madre a diseñar los taburetes –añadió Oliver–. Ya verás, en unos años será la jefa de Phipps Co.

Gemma hizo un gesto para restarle importancia. Sus largas uñas con esmalte color zafiro reflejaron la luz.

–Pero ya vale de hablar sobre Mark y Katerina, que seguramente –miró la hora en su *smart watch*– ya están visitando su tercer club de la noche en Berlín. Cuéntanoslo todo sobre el Club Lenox.

–Espera, ¿te han dejado sola durante Acción de Gracias?

Cuanto menos supieran su padre y Yoko, mejor.

Gemma puso los ojos en blanco.

–No estoy sola de verdad. Persea viene todas las mañanas para dejarme la comida y comprobar que sigo viva.

–¿Persea? –preguntó Hannah.

–Es nuestra empleada doméstica y cocinera –dijo Gemma–. Tiene veinticuatro años, es muy tranquila.

–Y no te olvides de que a veces hace de DJ en las fiestas en casa de Katerina –añadió Oliver–. La madre de Gemma está supermetida en la EDM.

–Ya veo. –Hannah estaba perpleja. En ese mismo momento los padres de Gemma estaban de fiesta por Berlín y Gemma estaba sola en casa, con la supervisión ocasional de una empleada del hogar de veinticuatro años que también era DJ. La vida de Gemma le resultaba casi tan ajena como la de Madison.

–Sí, Persea es la mejor –dijo Gemma–. Gracias a ella no perdí la cabeza durante el Escándalo de las fotos.

–¿Así es como lo llamamos ahora? –preguntó Oliver.

–He pasado de la fase del llanto a la de la risa. –Una sonrisa burlona se extendió por el rostro de Gemma.

–En cuanto a eso –Hannah se dio un golpecito con la cuchara en los labios mientras se decidía–, Theo estaba esta noche en el club. Parecía que de verdad quería que creyera en su inocencia.

Gemma enterró la cuchara en la tarrina que tenía delante y se llevó la cuchara a los labios.

–No le guardo ningún rencor a Theo Fitzgerald –dijo mientras tomaba una cucharada de Phish Food.

–¿En serio? –Hannah levantó las cejas. Hasta esa noche, Gemma había evitado a toda costa el tema de las fotos cada vez que quedaban y no podía culparla por ello. Pero le parecía importante saber si podía fiarse de Theo. Y, además, había sido Gemma la que había sacado a colación el Escándalo de las fotos.

–Sí. La verdad es que lo mejor que pudo hacer por mí fue mantenerse al margen de toda la movida. Si hubiera montado un numerito para declarar su inocencia frente a todo Prescott, las cosas se habrían complicado aún más. La gente habría empezado a husmear y a hacer preguntas sobre con quién había estado si no se trataba de Theo.

–Entonces, ¿no era Theo? –preguntó Hannah sin rodeos.

Gemma puso los ojos en blanco.

–Claro que no era Theo. Hasta donde yo sé, estaba enamorado de Elle hasta que el escándalo destruyó toda mi vida y terminó con su relación. Theo fue un daño colateral.

Hannah estaba deseando hacerle la siguiente pregunta lógica. Si no se trataba de Theo, ¿para quién había posado Gemma? Pero si quisiera que ella y Oliver lo supieran, seguro que a esas alturas ya se lo habría contado, y había algo en los ojos de Gemma que le decía que se contuviera.

–Hablando de Theo –dijo Oliver, interrumpiendo los pensamientos de Hannah–. Háblanos del Club Lenox, porfa. ¿Cuál era la contraseña de esta noche? ¿Estaba presente Grace Olyphant?

Gemma se rio.

–Estoy bastante segura de que Grace Olyphant vive en Los Ángeles con sus padres.

–Sí, pero es una Vanderbilt. Todos en la familia son miembros del club desde hace décadas.

Hannah lamió su cuchara.

–No había ningún famoso, al menos yo no vi ninguno. Y tampoco había una contraseña, pero la puerta no tiene ninguna indicación y está prohibido el uso de dispositivos. Y ojito: si no formas parte del club, un miembro tiene que firmar un papel respondiendo por ti.

–¿Respondiendo por ti? –chilló Gemma–. ¿Y qué pasa si, por ejemplo, rompes una lámpara de diez mil dólares?

Hannah se encogió de hombros.

–Imagino que en ese caso podrían retirarle la membresía a esa persona.

Oliver se llevó el reverso de la mano a la frente e inclinó la cabeza hacia el techo.

–*Quelle tragédie. Quelle horreur!*

–Bueno, ¿y qué ha pasado? –preguntó Gemma, con ojos brillantes–. ¿Han echado a alguien?

–No, pero… –La voz de Hannah se apagó. Como siempre, se sentía atrapada entre dos mundos, enfrentando a un grupo de amigos con el otro. Dudó. O bien tenía que escoger de una vez por todas, o tenía que acostumbrarse a jugar para ambos equipos.

–¿Pero…? –la instó Oliver.

–Pero Edward Beaumont estaba allí. El hermano de Bash, ¿lo conocéis?

–Puaj –dijo Oliver–. Demasiado bien.

–¿Qué quieres decir? –preguntó Hannah.

–Cuando Edward estaba en Prescott –dijo Oliver– siempre me miraba por encima de esa nariz larga y puntiaguda que tiene. Era peor que Bash, y ya es decir.

–Me lo puedo imaginar –respondió Hannah–. Esta noche ha sido insoportable. Se ha emborrachado. Iba totalmente pedo… y le ha tirado los tejos a Madison de forma muy, pero que muy torpe.

Gemma clavó su cuchara en el helado y se cruzó de brazos.

–Qué pasada. Cuéntamelo todo. –Oliver se inclinó hacia delante. Las luces LED cambiaron de color y transformaron el cabello rubio y rizado de Oliver (así como la cuarcita de debajo) en un tono rosa Barbie.

–Ha dado muchísima grima. Ha intentado llevársela a una de las habitaciones de la parte superior del club y ella lo ha dejado en ridículo, y no veáis cómo.

Oliver sonrió.

–Seguro que él se lo ha tomado con calma.

–Pues no tanto. Ha dicho algo sobre que él ya tuvo coños de sobra en Prescott. Ha sido asqueroso. Hace que Bash a su lado parezca un santo.

Gemma se deslizó de su taburete sin decir nada y atravesó la cocina hasta la vinoteca de doble zona con temperatura bajo cero, integrada en un mueble de roble negro. Un momento después, regresó con una botella de champán rosa.

Dejó caer de golpe la elegante botella blanco mate sobre la isla y luego sacó tres copas tulipa de uno de los armarios de la cocina.

–La noche es joven. ¡A beber, zorras!

Esas fueron las primeras palabras que Gemma Phipps pronunció desde que Hannah mencionó el nombre de Edward Beaumont.

11

Viernes 12 de junio de 2026
23:02 h

Hannah seguía sentada en el comedor, dándole vueltas a su conversación con Gemma, cuando un plato de porcelana con un ribete plateado apareció frente a ella.

–Lechuga *little gem* y berros aderezados con una vinagreta de *chardonnay* y limón Meyer –murmuró el camarero. Llevaba una chaqueta de botonadura sencilla con un pequeño lirio de bronce sujeto a la solapa–. Ya estaban emplatados y el señor Beaumont nos ha pedido que los saquemos.

Hannah lo miró inexpresiva. El señor Beaumont ya llevaba dos años muerto, había tenido un extraño accidente con un helicóptero en el Lago de Como. En el tiempo transcurrido desde su muerte, Edward había dejado el cargo de director financiero de Beaumont Capital para operar con acciones en una gigantesca empresa del centro de la ciudad, y Bash, que se había mantenido alejado del negocio familiar, había asumido un puesto al frente.

–¡Pero estaban sin aliñar! –añadió el camarero al malinterpretar su mirada–. La cocina acaba de aliñarlas ahora mismo, antes de servirlas. –Se le habían sonrosado las mejillas. Luego, al percatarse de la vela apagada, la cogió con rapidez del cuenco de cristal del centro de la mesa, extrajo una nueva de su bolsillo y la encendió.

Hannah bajó la vista a su plato.

–Por supuesto. Tiene muy buena pinta.

Cayó en la cuenta de que el camarero se refería a Edward o quizá a Bash. «El señor Beaumont». Solo había visto al padre una vez, durante la cena de después de Acción de Gracias a la que había

acudido hacía una década en ese mismo club. Le había parecido un hombre frío e insensible, no muy diferente de su hijo mayor, que claramente era su favorito. Se preguntó qué habría provocado que Edward abandonara el negocio familiar tan deprisa tras la muerte de su padre y qué había motivado a Bash a hacerse cargo, cuando con anterioridad Richard lo había dejado al margen. Debió de ser un problema; sin duda, podría haber optado por vender y recolectar una gran fortuna para pirarse a Bellagio o Cap d'Antibes, lo cual parecía algo más típico de Bash. Estar al cargo de una corporación multimillonaria era un trabajo arduo.

A medida que el camarero continuó con la ronda, más invitados se adentraron en el comedor. Algunos buscaban las tarjetas que indicaban sus asientos, pero, en general, todos ignoraron el plano de distribución de los asientos elaborado de forma minuciosa.

–¿Está ocupado?

Hannah levantó la vista de su ensalada intacta y se encontró con Theo Fitzgerald frente a ella, exhibiendo una sonrisa casi demasiado blanca. Se le formó una leve capa de sudor en la nuca. Tras él, más allá del arco, vio a Oliver descendiendo las escaleras desde el segundo piso y tomando asiento frente a la barra junto a Gemma.

Hannah hizo lo posible por ignorar la leve agitación en su estómago. Cuando habló, lo hizo con monotonía.

–Todo tuyo. Aunque no creo que a Elle y Bash les parezca bien que cenes con una asesina.

Theo sacó una silla y se sentó.

–Sé que no lo has hecho.

Ella clavó el antiguo tenedor de plata en una hoja de lechuga. Con un chirrido intencionado, la arrastró a través de la *mousse* de queso de cabra que cubría el borde del plato.

–¿Por qué estás tan seguro?

Theo se encogió y luego tomó su tenedor.

–La han asesinado en una gala de Prescott a la que han acudido más de setenta exalumnos y empleados del centro. Quienquiera que haya matado a Madison tenía un ajuste de cuentas pendiente con ella desde el instituto y quería que todos los presentes lo supieran. Madison y tú tuvisteis vuestros momentos, sobre todo con ese tema

después de la graduación… –Su voz se apagó y, por un momento, tanto él como Hannah se perdieron en aquel recuerdo no demasiado idílico.

Theo se aclaró la garganta.

–Pero eso fue hace una década y, a menos que no tenga buen criterio a la hora de inferir el carácter de la gente, creo que a ti nunca te importó ascender en la jerarquía de Prescott.

–La verdad es que no –afirmó–. Pero al asesino sí. O, al menos, sí que quería tirar a Madison desde el escalón más alto.

Theo volvió a encogerse.

–Perdona. He sido una desconsiderada. Madison era tu amiga y…

–No pasa nada –la interrumpió él–. Bueno, sí que pasa, claro. A lo que me refiero es que no hemos mantenido una relación muy cercana durante los últimos años.

Hannah asintió. Theo parecía verdaderamente arrepentido. Quería eliminarlo de su lista de sospechosos, pero había muchas cosas sobre él que no llegó a saber durante el instituto y, aunque siempre parecía ser honesto, lo cierto era que se le dio muy bien mentir en lo referente a todo el tema con Elle. Era un inconveniente que aún le siguiera pareciendo guapísimo y, al menos en apariencia, amable, pero no podía permitir que sus sentimientos se interpusieran en la investigación.

Justo en ese momento apareció un *sommelier* en su mesa. Era un tanto surrealista que todos continuaran actuando como si fuera una cena corriente. Pero eran las once pasadas y, con asesinato o sin él, la gente estaba hambrienta y sedienta.

–¿Desean una bebida? Con la ensalada les sugiero…

–Un Lenox Martini –dijo Theo.

El *sommelier* frunció el ceño y se volvió hacia Hannah. Ella bajó la vista a la delicada ensalada. Ya se había tomado dos copas y debería ceñirse al agua si quería mantener la cabeza despejada, pero, a la mierda, quería otra copa.

–Tomaré lo mismo.

El *sommelier* se dio la vuelta para marcharse y Theo señaló con su tenedor más allá del arco, donde una agente uniformada que se encontraba junto a la escalera hablaba con Edward Beaumont y

señalaba hacia arriba. Edward tenía la espalda muy recta y el rostro contraído en una mueca.

Theo soltó una risa casi imperceptible.

–Me imagino que Edward pensaba que a él no le tocaría acudir al interrogatorio con la poli.

–Claro que no. –Los ojos de Hannah se deslizaron hasta la pared del comedor frente a las ventanas, donde colgaba el paisaje al óleo del valle del Hudson en primavera, y recordó la vez que conoció al mayor de los hermanos en esa misma sala. Desde luego, si podía decir algo de Edward era que había mostrado su verdadera cara desde el principio.

Vio que se libraba de la agente y empezaba a subir las escaleras.

Edward Beaumont se hundió con pesadez en la silla frente a los inspectores Raina Wellesley y Randall Crews.

–¿De verdad es necesario? Madison era una vieja amiga a la que apreciaba mucho.

–Señor Beaumont. –El inspector Crews entrelazó los dedos–. Como sabrá, es nuestra responsabilidad tomar declaración a todas las personas cercanas a la víctima.

–De acuerdo. –Edward señaló la grabadora que se hallaba en la mesa–. Adelante.

La inspectora Wellesley se inclinó hacia delante.

–¿Le parece extraño que Hannah Miller haya acudido a la gala de esta noche?

Los labios de Edward se extendieron hasta formar una delgada sonrisa.

–Es una antigua alumna. Recibió una invitación.

–¿Y suele la señorita Miller acudir a los eventos de antiguos alumnos de Prescott?

–Nunca la había visto en uno. Ahora que lo pienso, la entrada le habrá costado el sueldo de un mes. O quizá más. La verdad es que no tengo ni idea de lo que ganan hoy en día los periodistas de segunda. Tampoco es que tenga amigos en Prescott, sobre todo después de que saliera el artículo. Así que sí diría que es raro que haya venido. A menos que…

–¿Sí? –lo instó a seguir Crews.

–No es la primera vez que Hannah visita el club. Ya había estado como invitada de Bash. Seguro que sabía que no tenemos cámaras y que no permitimos el uso de dispositivos electrónicos. Quien haya matado a Madison se ha aprovechado de la política de privacidad del club y es bien sabido por todos que Hannah la odiaba. Uno más uno, dos.

–Gracias, señor Beaumont –respondió el inspector Crews con la voz entrecortada–. Ahora ¿qué puede decirnos sobre su propia relación con Madison DuPont?

Edward apretó los labios.

–Como he dicho, era una vieja amiga de la familia. Los Beaumont y los DuPont llevamos varias generaciones moviéndonos en los mismos círculos. Crecimos acudiendo a los mismos eventos y ambos estudiamos en Prescott, por supuesto. Pero Madison iba un año por detrás de mí en el instituto, estaba en clase de Bash. Nunca llegamos a ser amigos cercanos.

La inspectora Wellesley puso cara de perplejidad.

–¿En qué quedamos? ¿Era una vieja amiga a la que le tenía aprecio o no eran tan cercanos?

Edward soltó un suspiro de exasperación.

–Una cosa no quita a la otra. Madison DuPont y yo crecimos juntos, pero, a nivel personal, solo éramos conocidos.

–Ya veo. Entonces, ¿describiría su relación como estrictamente platónica?

–Completamente –se apresuró a responder–. Madison era demasiado joven para mí. Y a esa edad, un año marca la diferencia.

–¿Y de adultos? –intervino el inspector Crews–. ¿Siguieron siendo simples… conocidos?

Edward se encogió de hombros.

–Supongo que podría decirse que sí. Somos vecinos en el Upper East. O lo éramos. De vez en cuando veía a Madison por la ciudad en eventos benéficos y cosas así, pero eso es todo. Desde que se casó con Henry el verano pasado, ha estado muy involucrada en su carrera política. Incluso antes. Aunque los Beaumont somos conservadores a nivel fiscal, nuestras ideas políticas no lo son, así

que digamos que no nos gusta la dirección que ha tomado el partido en los últimos años.

–¿El Partido Republicano? –aclaró Wellesley–. ¿El partido de Henry Alcott Winslow?

–Sí. Supongo que se podría decir que en los últimos tiempos me he distanciado un poco de Madison. Por motivos políticos. No es nada personal, pero, cuando llevas una compañía como Beaumont Capital, la imagen importa.

El inspector Crews se mostró confuso y consultó su cuadernillo.

–Pero usted ya no trabaja para Beaumont Capital. Por lo que tengo anotado, dejó el cargo poco después de la muerte de su padre, ¿no es cierto?

Edward resopló con frustración. Su mirada se posó anhelante en la botella de *whisky* que había sobre el carrito del bar.

–Sí, así es. Ahora me dedico a las acciones. Pero Sebastian ha asumido el mando de la compañía. Mantener el nombre de la familia sigue siendo primordial.

Seis meses antes

Edward Beaumont se bajó del coche negro camuflado y salió a la acera de Smith Street, en Carroll Gardens. Era una esquina atestada en un barrio atestado de Brooklyn, pero mucho menos concurrida a las dos y cuarto de la madrugada. Habría preferido un lugar de encuentro aún más apartado (Flatbush o Sunnyside), pero tendría que conformarse con ese. Allí era poco probable que lo viera alguna persona de importancia.

Y nadie podía saber que aquella reunión tendría lugar.

Miró deprisa por encima de ambos hombros antes de dar tres pasos hacia la fachada desgastada de ladrillo. La pintura negra descascarillada caía sobre el suelo de hormigón. Llamó dos veces a la pesada puerta, protegida por un toldo metálico verde. Le llegó una voz ronca desde el interior.

–¿Nombre?

–Edward Beaumont. Vengo a reunirme con Madison DuPont.

Durante un momento se produjo el silencio. Luego se oyó el penetrante sonido de un timbre y el seco chasquido del pestillo de la

puerta.

En el interior, el dulce almizcle del humo de los puros ascendió por sus fosas nasales. Bajo el olor predominante, advirtió el delicioso aroma a café de buena calidad.

La sala principal del club social estaba poco iluminada y los ojos de Edward tardaron unos segundos en adaptarse. En las mesas de cartas dispuestas alrededor de la amplia estancia rectangular, había hombres canosos, llevaban pantalones de vestir y camisas de manga corta abotonadas, absortos en partidas de brisca y póquer. Las sillas de vinilo agrietado chirriaban suavemente bajo sus pies. Varios levantaron la vista para examinar el maletín de Edward y su traje planchado.

En la barra del bar con encimera de formica descansaban una vieja máquina de café, una jarra humeante de café negro y una bandeja con tazas marrones y astilladas. Por encima de la barra, una antigua televisión anclada a la pared mostraba en *mute* un partido de fútbol clásico, el AC Milan versus el SSC Napoli. Junto a ella había un enorme crucifijo y una bandera de Italia desgastada con una esquina suelta que golpeteaba la pared.

Edward atravesó la sala principal, las suelas de sus zapatos de vestir traquetearon suavemente contra el deteriorado suelo de linóleo, y se dirigió hacia una puerta al fondo, oculta por el humo de los puros y con una pequeña placa de bronce que indicaba «Privado». Giró el picaporte sin llamar y se adentró en la habitación.

La sala privada emitía una luz potente y molesta proveniente de una lámpara de techo demasiado brillante. Edward parpadeó. Igual que en la sala principal, en las ventanas que daban a la calle estaban echadas unas cortinas transparentes color café. En una de las paredes había una hilera de salchichas colgadas para que se secaran. Contra la pared adyacente había una fila de taquillas grises y llenas de arañazos, en las que habían pegado una colección de tarjetas de condolencias laminadas. En la esquina, había un pequeño altar dedicado a San Pablo de la Cruz. Madison DuPont estaba sentada en una desgastada silla de cuero junto al altar y vestía de manera informal con unos pitillos negros y un jersey de manga corta ajustado. Llevaba el cabello rojo suelto por los hombros.

Edward fue hasta ella con paso ligero. No había ningún otro lugar donde poder sentarse en aquella pequeña sala y ella no se levantó. Qué típico.

–¿Circolo de San Pablo? –preguntó–. ¿Cómo has conseguido acceso a este sitio?

Madison inclinó la cabeza hacia el altar. En el centro había una imagen enmarcada de San Pablo de la Cruz y una vela de santo titilaba a su lado.

–¿Sabías que fue un místico? Podía levitar y una vez incluso resucitó a un niño.

Edward puso los ojos en blanco.

–¿Desde cuándo eres religiosa?

Madison cruzó y descruzó las piernas.

–Henry es italiano por parte de madre. Lo criaron en el catolicismo.

Edward se enderezó ante la mención del marido de Madison. Habían empezado a surgir rumores de las aspiraciones políticas de Winslow. Se decía que quizá se presentaba como candidato a la alcaldía.

–Entonces, ¿Henry es miembro? –Le resultaba difícil imaginarse al cortés Henry Alcott Winslow del Upper East Side codeándose con caballeros italianos muy perfumados con chaquetas deportivas desgastadas y zapatos de suela blanda mientras tomaban chupitos de café expreso. Pero Edward ya se había acostumbrado a esperar lo inesperado en todo lo que tenía que ver con el rey y la reina de Nueva York.

Madison se encogió de hombros de manera evasiva.

–Su abuelo y su bisabuelo lo eran. Él pasa por aquí de vez en cuando. Le importan mucho las tradiciones. –Se llevó la mano al pecho y tocó, con dos dedos de uñas rojas, una minúscula cruz de oro que colgaba de una cadena fina también de oro–. Y, antes de que lo preguntes, no, las mujeres no tienen permitido acceder al club, y, sí, los amigos de Henry a veces hacen excepciones.

Junto a Madison, en el lado opuesto al altar, se extendía una delgada mesa de madera que recorría la pared. Edward colocó el maletín encima y se detuvo con los dedos en el cierre. A él también

lo habían criado para que disfrutara de una vida de excepciones frecuentes y privilegios, algo que su padre le había enseñado a valorar a cualquier precio.

Extrajo una carpeta de papel Manila del maletín y la deslizó por la mesa hasta Madison.

–Una nueva oportunidad –sentenció–. Deberíamos volver a hablar pronto.

Luego giró sobre los talones y cruzó la sala hasta la puerta sin esperar a que Madison abriera el sobre y viera lo que contenía. Pocos segundos después, ya se encontraba fuera del club y caminaba de manera enérgica por la acera, hasta el tramo donde lo esperaba su sedán.

15 de diciembre de 2016

Instagram

Imagen: Un precioso paisaje invernal en Montauk, Nueva York. Sobre un alto acantilado con vistas al Atlántico se sitúa una finca privada construida en madera de cedro gris con molduras blancas. Los empinados gabletes están recubiertos de una capa de nieve blanda y hermosa.

TheUpperEdge: Ya no queda nada para las vacaciones de Navidad, pero este año el evento de la temporada no tendrá lugar en la Quinta Avenida. Estas Navidades las campanas de boda repicarán en Bellport House en Montauk Point para Caleb DuPont, el galante primo de nuestra querida Madison, y la niña dorada de la sociedad británica, Mary Fairfax.

Como es natural, la lista de invitados es íntima, solo incluirá a la flor y nata de ambos lados del charco. ¿Quién se hará con el ansiado puesto de acompañante de Madison?

@Alice_in_the_City @MsMadz Se ha cancelado el evento que tenía para esa noche, mándame un MD.

@PrescottPeach @Alice_in_the_City Qué ansias la tía.

@Alice_in_the_City @PrescottPeach Vete a la mierda, Paige.

@MsMadz Como si fuera a invitaros a alguna de las dos. *Très* avergonzante.

12

24 de diciembre de 2016

Hannah se quedó sin aliento cuando la elegante limusina negra se detuvo en el camino de entrada de grava, flanqueado a ambos lados por pinos centenarios de los que colgaban unas tenues luces blancas, y apagó el motor frente a Bellport House. Madison había descrito el lugar como un antiguo «lugar de pesca para caballeros» que habían transformado en una finca privada, pero olvidó mencionar la grandiosidad del sitio. La mansión de tres plantas se situaba sobre una península remota esculpida por el viento con el Atlántico a sus espaldas. El aire salado había alisado la superficie del tejado de pizarra negra y por las dos chimeneas de piedra ascendían sendas columnas de humo. Era una casa encantadora y majestuosa al mismo tiempo. Que a Hannah la hubieran incluido en aquella velada exclusiva de los DuPont hizo que se sintiera invadida por una oleada de gratitud y asombro.

Por su parte, Elle estaba en casa carcomida de envidia, pero Hannah alejó rápidamente ese pensamiento. ¿A cuántos lujosos eventos de la familia DuPont habría acudido Elle Harrington a lo largo de los años? Además, cuando Madison invitó a Hannah a ser su acompañante para la boda de su primo, insistió en que los Harrington tenían unas tradiciones de Nochebuena muy arraigadas y que Elle no podría perdérselas. «De todas maneras, Elle no habría podido venir. ¡Y quiero que tú seas mi cita!», dijo Madison.

La expresión en el rostro de Elle esa pasada semana en el instituto decía otra cosa, pero ahora Hannah no podía preocuparse por eso. Era ella quien estaba allí.

El penetrante aire de diciembre sopló desde el océano y tiró de sus largos bucles dorados, soltándolos de la pinza que los sujetaba, cuando el aparcacoches abrió la puerta de la limusina y ella salió hasta el camino de entrada. Eran las tres de la tarde y el sol invernal ya empezaba a ocultarse. La nieve salpicaba los pinos y el tejado de la casita del conserje que se hallaba tras ellos. Se ajustó el abrigo de lana azul marino de Max Mara que le había prestado Madison y abrochó el cinturón. Por un momento, permaneció inmóvil y permitió que el aroma del mar y del humo de la chimenea ascendiera por sus fosas nasales y se posara sobre su ropa. Ya llevaba cuatro meses en Nueva York, pero era su primera visita a Long Island, la primera vez que se hallaba frente al océano.

–Ven. –Madison, que se había colocado a su lado, entrelazó su brazo con el de Hannah y la condujo por el sendero, donde unos farolillos titilaban en la menguante luz de la tarde, hasta que llegaron a la puerta delantera de la mansión donde una placa sencilla de latón indicaba «Bellport House en Montauk Point, fundada en 1887». Había una guirnalda de abeto atada a la entrada con lazos de seda cruda de un tono rojo oscuro, un guiño de buen gusto a la temporada. Se perdería la tradición de los Miller de comer *dumplings* y ver películas malas de Navidad, pero los DuPont se habían comprometido a dejarla en casa a medianoche y esa boda prometía ser una experiencia única en la vida. Sonrió y permitió que la condujeran hasta el interior.

El vestíbulo era acogedor, con una luz tenue y dorada. Aspiró. Olía a naranja y clavo, mezclado con el humo de las chimeneas que ardían a ambos lados de la casa. Se la llevaron a toda prisa hasta un guardarropa, donde un joven empleado cogió su abrigo y le ofreció una taza humeante de sidra dulce y muy especiada. Hannah le dio un pequeño sorbo y se giró en busca de Madison, pero ya estaba recorriendo el pasillo de entrada en dirección a su hermano, que estaba encorvado contra la pared, con los brazos cruzados sobre su esmoquin de corte entallado, con aspecto de estar taciturno y aburrido.

Se preguntó por qué Alex no había invitado a Ami como su acompañante, una pregunta que había provocado que su hermana

se pasara la noche pasada en vela y llorando contra la almohada. Aún sentía cierta reticencia a que Ami se dejara arrastrar por los DuPont y su grupo, pero Alex había sido un buen amigo para Ami durante su primer semestre en Prescott y, hasta ahora, parecía atraer (y generar) mucho menos drama que su hermana.

Madison y Alex se sumieron en una conversación acalorada entre susurros, con las dos cabezas pelirrojas inclinadas hacia el otro, así que Hannah tomó asiento en el banco empotrado de una ventana y extrajo el móvil de su bolso. Sentía el aire frío a su espalda; las ventanas de un solo cristal presentaban ligeras ondulaciones, el cristal era el original de la casa.

Tenía tres mensajes sin leer de Elle Harrington. Hannah tragó saliva.

ELLE

¡Hola, corazón!
Espero que lo estés pasando genial con Madison en Bellport House. Seguro que será una anfitriona muy generosa, teniendo en cuenta que no conoces a nadie más en Montauk.

Hannah echó un vistazo hacia el pasillo. Madison y Alex habían desaparecido. «Bien jugado, Elle». Hannah tuvo la escalofriante sensación de que la estaba observando; o quizá Elle simplemente conocía a su mejor amiga como la palma de su mano.

Dejó el pulgar suspendido sobre el teclado. ¿Qué narices debería decir? ¿«Lo estoy pasando de maravilla, siento que no hayas recibido una invitación» o «Es un lugar mágico, no dispares al mensajero» o «La verdad es que Madison ya me ha abandonado»?

Se conformó con escribir.

HANNAH

¡Es un sitio precioso! ¡Gracias por escribirme!

Hannah puso una mueca de asco por haber añadido las exclamaciones, luego volvió a guardar el móvil en el bolso antes de cometer otro error y comprobar la cuenta de The Upper Edge. La última vez que había echado un vistazo, todo Prescott estaba espantado de que Madison hubiera escogido a Hannah como su invitada entre todas las opciones más sofisticadas y adineradas con las que contaba. Se quedó mirando fijamente, con la esperanza de que no la pillaran, la constante llegada de los invitados que se adentraban en el vestíbulo. El suelo de roble crujía suavemente bajo sus zapatillas de terciopelo y relucientes zapatos de vestir. Solo habían invitado a cien personas a aquella velada exclusiva, cincuenta de parte de cada uno de los novios; un número que no se había visto determinado por el tamaño de la mansión, que, por supuesto, podría haber acogido a un grupo más multitudinario, sino para generar una sensación de exclusividad apropiada para la ocasión.

Los pocos elegidos abarcaban todas las edades, desde los más jóvenes (había divisado varios niños y un bebé que no parecía tener más que unas pocas semanas) hasta los más mayores, pero todos vestían de manera impecable para la boda de etiqueta de la temporada. Cuando se quitaban los abrigos, dejaban a la vista esmóquines de lana, pajaritas, vestidos de seda y broches retro.

Por su parte, Hannah iba ataviada con un vestido por la rodilla de tul gris, combinado con unas bailarinas de satén con perlas; en ambos casos préstamos de los DuPont. Madison vestía de manera más llamativa: un vestido de Miu Miu color verde pino de cola de pez con los hombros descubiertos y el cabello pelirrojo en un semirrecogido. Hannah inspiró y exhaló. Aunque no aparecería en ninguna de las páginas de sociedad de los periódicos del día posterior, iba bien vestida para la ocasión.

Ahora que había recuperado la seguridad en sí misma, se levantó del banco y atravesó el pasillo de entrada hacia el Gran Salón, en busca de Madison y Alex. El salón era amplio, pero lo habían decorado de modo que pareciera íntimo. Del techo abovedado, con las vigas de roble ennegrecidas al descubierto, colgaban hileras de vegetación y lucecillas blancas. Un fuego ardía lentamente en una

espaciosa chimenea de piedra y por todos lados titilaba la luz de las velas.

Durante los siguientes treinta minutos, Hannah conversó con un caballero anciano de refinado acento británico, que se identificó como el tío abuelo de Mary Fairfax. Mientras la entretenía con historias sobre sus viajes a través de Turquía y Grecia, ella buscaba con la mirada a los DuPont entre los invitados que disfrutaban de sus vasos de sidra y vino calientes, sin éxito. ¿Por qué se había molestado Madison en invitarla entonces? Cuando el reloj marcó las cuatro, volvieron a escoltarla hacia el ropero, donde un grupo de empleados aconsejaba a los invitados que se abrigaran para la ceremonia que tendría lugar durante la puesta de sol en el acantilado. Tenía que volver a salir al exterior.

La ceremonia en sí fue preciosa y breve: la pareja se situó bajo un arco de piedra natural con el Atlántico a la espalda. Mary Fairfax era pálida y de cabello oscuro; llevaba una capa de lana color marfil con un ribete de piel de zorro auténtica. Caleb DuPont portaba con discreción el blasón de la familia, enganchado a su esmoquin azul medianoche. Bajo sus pies había una alfombra tejida y a ambos lados del altar habían colocado ramas de pino de un verde intenso en unos jarrones altos. Allí donde se mirara, se veían farolillos y velas en el interior de sus recipientes de vidrio, que parpadeaban con el frío aire de diciembre mientras el sol comenzaba su dramático descenso. Hannah aceptó, agradecida, una gruesa manta de lana y un calentador de manos y permitió que la condujeran hasta un asiento cerca de la parte trasera. Madison y Alex estaban sentados en la segunda fila junto a sus padres. Una fría brisa sopló desde el océano y dio la impresión de que la temperatura había disminuido diez grados. A Hannah le empezaron a castañear los dientes. Mientras el cielo se volvía de color lavanda y luego naranja, un cuarteto cantaba suavemente y Caleb y Mary intercambiaron los votos.

Durante todo ese rato, Hannah no dejó de estar obsesionada con la inquietante sensación de que, igual que antes en el interior, alguien la observaba. Sacó el móvil a escondidas de su bolso,

esperando que nadie se percatara de ello, y se lo colocó entre las rodillas.

ELLE
La ceremonia ya debe de estar empezando. Déjame que lo adivine: te han cubierto de mantas, pero sigue haciendo un frío que pela.

Levantó la cabeza de golpe. «¿Pero qué coño?». Examinó las filas de invitados, pero Elle no se encontraba por ningún lado. Por supuesto que no. Puede que fuera una persona celosa, pero no se podía imaginar que se perdiera la Nochebuena en el Upper East Side para ¿qué? ¿Acechar la boda de los DuPont-Fairfax?

Cuando pasaron al cóctel, Hannah se encontró dentro de la sala de estar, sosteniendo un vaso de agua mineral italiana. Un violonchelista tocaba en la esquina y a través de las altas ventanas se podía ver que el oscuro manto del mar lamía los acantilados por debajo de la finca. Madison no estaba por ninguna parte, pero Alex se había sentado a solas en un sillón clásico y golpeteaba la pantalla de su teléfono con furia.

Hannah se deslizó en el asiento contiguo.

–¿Lo estás pasando bien?

Alex levantó la vista y se metió a toda prisa el móvil en el bolsillo de la chaqueta.

–Hola, Hannah. Y no; esta boda está aún más impregnada del glamur del viejo mundo y el tedio profundo que la última a la que fui, gracias por preguntar.

–¿Dónde está tu acompañante? –preguntó ella.

Justo en ese momento, un camarero con guantes blancos se detuvo frente a ellos con una bandeja de plata repleta de *gougères* de *cheddar* maduro con una capa de bechamel trufada.

Alex sirvió tres sobre un platito de porcelana. Se volvió hacia Hannah.

–Puede que estos bocaditos de queso sean lo mejor de las bodas de los DuPont. No seas educada.

Ella sonrió y lo imitó. El camarero les guiñó un ojo a modo de aprobación y siguió con la ronda.

–Bueno, ¿y bien? –preguntó con la boca llena de un sabor umami y delicioso–. ¿Por qué has venido tú solo?

Alex se encorvó en el sillón.

–Por supuesto que no te lo ha dicho.

Hannah frunció el ceño.

–¿Quién? ¿Decirme qué?

–Se suponía que iba a pedírselo a tu hermana. –Se aclaró la garganta–. En plan cita. Pero mi hermana, la bruja mala de Park Avenue, me lo prohibió.

–¿Te lo prohibió? –Hannah se tragó un grito de frustración. Ami había estado llorando desconsolada cuando invitaron a Hannah y no a ella. ¿A qué narices estaba jugando Madison?

Alex se encogió de hombros.

–Lo que oyes.

Ella inspiró de forma comedida.

–¿Acaso no tenéis padres que puedan, no sé, intervenir?

Alex le lanzó una mirada mordaz. Por supuesto que Madison podía salirse con la suya al establecer las normas que le pareciera en cuanto a su hermano pequeño. Cierto era que los DuPont podrían haber desautorizado a su hija en lo que se refería a la invitada de Alex a la boda, pero ese no era el tema. Madison sabía cómo hacerte la vida imposible si la enfadabas, una lección que seguro que su hermano había aprendido hacía tiempo.

–Entonces, iba a ser una cita, ¿eh? ¿Lo sabe mi hermana?

Alex se sonrojó.

–No. Por favor, no le digas nada.

Ella le regaló una sonrisa amable.

–Palabra de honor.

–El caso es que si me traía a otra persona era como si dejara ganar a mi hermana. Así que aquí estoy, ganando. –Se puso en pie–. Dicho esto, me voy a la barra. ¿Quieres un espumoso? Nadie revisa el carné de identidad.

Ella negó con la cabeza.

–No, gracias.

Cuando Alex se marchó, apareció otro camarero cargado con una bandeja de blinis de salmón ahumado con crema de eneldo. Hannah cogió dos. Compadecía a Alex, que estaba aburrido en el que sería uno de los cientos de eventos familiares parecidos a los que había acudido a lo largo de los años, pero ¿por qué cojones no había querido Madison que se llevara a Ami? De pronto, sintió la necesidad de proteger a su hermana pequeña. Una parte de ella quería romper la promesa que le había hecho a Alex y contarle la verdad a Ami, pero sabía que era malísima idea. Si Madison se enteraba, se lo haría pagar a los dos.

Se zampó los blinis y miró a su alrededor. ¿Dónde estaba Madison? Durante el largo trayecto desde la ciudad hasta Montauk había estado animada y llena de júbilo por las vacaciones, pero en cuanto llegaron fue como si ya no le importara en absoluto que Hannah estuviera allí.

«Ah».

Porque solo la había llevado para enfadar a Elle. La invitación de Hannah para esa noche había sido la última jugada en la partida de ajedrez a la que estaban jugando las dos reinas. Aunque debía admitir que una parte de ella ya lo sabía. Pero, aun así, le dolía aceptarlo.

Se estaba terminando la hora del cóctel y los invitados acudían desde la sala de estar hasta el Gran Comedor para la cena. Se puso en pie para seguirlos. El móvil le vibró dentro del bolso.

ELLE

Déjame adivinar: es la hora de la cena. Huele a… hojaldre y carne asada. Quizá cebollas caramelizadas y un postre de cereza demasiado dulce.

Cuando solo se había adentrado dos pasos en el Gran Comedor se detuvo. Desde la cocina llegaba un aroma a carne asada y hojaldre. Con unas notas afrutadas, pero no olía a cereza, sino a pera.

Miró por encima de su hombro y sobresaltó a una mujer mayor que caminaba tras ella.

–Disculpe –musitó, sintiéndose estúpida.

HANNAH
Casi. Creo que es tarta de pera.

ELLE
Mejor aún. *Bon appetit.*

Se sacudió aquel incómodo hormigueo de la nuca y examinó las largas mesas del banquete en busca de la tarjeta con su nombre, que al final localizó en una mesa cerca de la chimenea. La habían sentado junto a Madison, pero su amiga, la que la había llevado esa noche, seguía sin dar señales. Se detuvo tras su silla, con las manos apoyadas en el respaldo. Frente a ella, la vajilla era toda de plata antigua y porcelana. En medio de la mesa con mantel de lino había un gran candelabro de latón rodeado de un arreglo invernal de piñas, lavanda seca y calas negras. A su alrededor, los cien invitados de los DuPont y los Fairfax tomaban asiento.

La mirada de Hannah se deslizó por la sala hasta un rincón donde se alzaba un imponente abeto. Se extendía casi hasta el techo y las ramas solo estaban adornadas con velas blancas de cera de abeja. Frente a él se hallaba Madison DuPont, acompañada de un chico algo mayor que ella con el cabello espeso y oscuro y un físico curtido por cientos de horas de polo, *squash* y remo. Parecía de edad universitaria y, a juzgar por su parecido con la novia, imaginó que se trataba de un hermano más joven o quizá un primo. Extendió el brazo para colocar un bucle largo y rojo tras la delicada oreja de Madison. Luego ella deslizó la mano hasta la de él y los dos desaparecieron por un pasillo en penumbra, iluminado por candeleros, junto al abeto.

Hannah se quedó ojiplática. Quizá Madison no la había dejado tirada como parte de alguna agotadora jugada ofensiva contra Elle.

A lo mejor Madison tenía novio. De pronto, Alex apareció a su lado con una copa de champán semivacía.

–¿Quién era ese que iba con tu hermana?

Alex se acabó el resto de la bebida de un trago.

–Bradley Fairfax. El hermanastro de Mary. Estudia en Oxford. O Cambridge. En una de las dos.

–¿Y Madison y él están…?

Alex se encogió de hombros.

–A quién le importa. ¿Salimos a fumarnos un porro?

Hannah echó un vistazo al vestíbulo ahora vacío. Madison la había abandonado y Ami no estaba allí. No tenía que dar ejemplo.

–Claro.

13

Sábado 13 de junio de 2026
00:02 h

Hannah se había acabado el segundo Lenox Martini y un tercero apareció frente a ella. Junto a la copa habían colocado un plato caliente de fletán a la plancha. Habían servido el pescado sobre una cama verde de puré de guisantes ingleses y lo habían aderezado con una salsa *beurre blanc* al champán; que seguía siendo una de las favoritas del Club Lenox. Se llevó la copa de Martini a los labios y le dio un sorbo. Sintió alivio. Había jurado que dejaría de beber después de dos copas, pero eso había sido antes de que la noche se alargara hasta la mañana siguiente. Mientras controlara el ritmo y siguiera comiendo, estaría bien.

Para escribir necesitaba un café bien cargado y, de ser posible, un platito de almendras Marcona, calentadas levemente, un gusto que odiaba admitir que había adquirido en casa de los DuPont durante su época en Prescott. Pero, aunque jamás se lo confesaría a su jefe, a veces una copa o dos la ayudaban a orientarse durante la primera etapa de escritura cuando se trataba de una historia complicada. Le servían para considerar puntos de vista que, de lo contrario, habría pasado por alto.

Afrontar la investigación era, en muchos sentidos, similar a documentarse para una historia. La lista de sospechosos era larga y las relaciones eran difíciles de desenmarañar, sobre todo cuando muy pocos de sus excompañeros estaban dispuestos a hablar. Tenía que aprovechar la presencia de Theo en su mesa hasta que cambiara de opinión o alguien los interrumpiera. Le dio otro sorbo a su bebida.

–Qué rapidez.

Hannah se volvió hacia Theo, que disfrutaba de su segundo (o tercer) Martini.

Levantó el tenedor.

–¿Qué decías?

Señaló las escaleras con la cabeza, donde Gemma Phipps, que había subido para hablar con los inspectores después de que terminara el interrogatorio de Edward, bajaba hasta el vestíbulo para adentrarse en la vacía biblioteca mientras servían la cena.

Hannah bajó la vista al lino blanco en busca de su móvil, pero luego recordó la bolsa de terciopelo negro. Así que se limitó a echar un vistazo a través del arco y contemplar el viejo reloj que colgaba sobre la barra. Gemma había estado arriba menos de quince minutos, así que, de momento, su interrogatorio era el más corto de la noche. Se mordió el labio inferior. Gemma tenía motivos de sobra para querer ver muerta a Madison y muy pocos motivos aparte de ese para haber acudido esa noche; pero quizá los inspectores sabían algo que ella desconocía. O quizá Gemma había sido capaz de presentarles una coartada irrefutable.

–Ha tardado muy poco –afirmó ella. Con cuidado, cogió un bocado de fletán y se lo llevó a los labios.

–No sé si sabías que no estaba invitada. Bash lo ha mencionado antes junto a la barra. Se enviaron invitaciones para esta noche a todos los exgraduados de Prescott. Es una lista larga, pero Gemma no estaba incluida.

–Porque no se graduó.

–Exacto. –Theo se terminó de un trago el resto de la copa y miró a su alrededor en busca de un camarero.

A Hannah se le aceleró el pulso.

–¿Y cómo ha entrado?

–Al parecer ha comprado la entrada por internet, como todos los demás. Elle ha dicho no sé qué sobre un enlace privado, pero que la página web no era segura, o algo así. No tengo ni idea de lo que quiere decir eso, pero Elle piensa llamar al instituto cuando termine todo esto.

Hannah tragó saliva. Si Gemma había matado a Madison (si había obtenido el acceso para la gala del centésimo aniversario por un descuido técnico), en Prescott rodarían cabezas.

Lo breve que había sido el interrogatorio con los inspectores la hizo dudar, pero seguía siendo la principal sospechosa a ojos de Hannah. Aunque también lo era, por supuesto, Elle Harrington, la otra persona de su lista de sospechosos junto a cuyo nombre había puesto una estrella.

–Oye, ¿y Elle? –dijo con delicadeza mientras Theo le hacía un gesto a un camarero para que le llevara otro Martini.

Su intento de conversar con ella a principios de la noche había sido desastroso cuando menos, y eso había sido antes de que alguien asesinara a la mejor amiga de Elle y todas las miradas se posaran en Hannah. Si Elle no había querido hablar con ella entonces, desde luego que ahora no iba a prestarle la más mínima atención. Tendría que extraerle todo lo posible a Theo.

–¿Qué? –preguntó él.

Todos los presentes parecían dispuestos a pasar por alto los hechos de manera conveniente, pero, en realidad, Elle había sido la última persona a la que se había visto hablando con Madison; no Hannah. Y Madison le había dicho de forma explícita a su amiga que iba a ir al baño de mujeres. Elle había tenido la oportunidad y, si había acudido al Club Lenox preparada para envenenar a su amiga, también tendría en su posesión los medios ocultos en su bolso de charol. Lo que Hannah tenía que investigar más a fondo era el móvil de Elle.

–Fue a Harvard y se quedó en Boston tras la universidad –dijo–. Solo lleva de vuelta como… dos años en la ciudad, ¿no?

Theo apartó su plato de pescado a medio comer y se centró en la bebida.

–Creo que ya lleva tres –dijo tras una pausa–. Pero sí, estudió mates en Harvard y luego hizo el máster en Sloan.

–¿Del MIT?

Él asintió.

–Elle siempre ha sido la más lista de todos nosotros, de lejos. En Prescott hacía lo posible por no dejar entrever su inteligencia, pero

siempre ha sido brillante y ambiciosa.

Los ojos de Hannah se desviaron hasta el candelabro de oro y vidrio de Murano que tenían encima. Sabía que Elle había estudiado la carrera en Harvard, pero no había tenido en cuenta que luego se había matriculado en una de las mejores escuelas de negocios del mundo. Tenía sentido. Al volver a Nueva York, Elle abrió una consultora financiera, Harrington Strategic Insight, y había cosechado una buena lista de clientes. Para que los multimillonarios te confiaran su dinero, hacía falta mucho más que un apellido de prestigio, y los retos para una mujer joven y negra en la gestión patrimonial privada debían de ser considerables.

Theo se volvió hacia ella con el ceño fruncido. No mostraba ningún indicio evidente de ebriedad, pero se le empezaba a descentrar la mirada.

–No creerás en serio que Elle ha planeado el asesinato de Madison, ¿verdad? O sea, sí que es lo suficientemente inteligente para conseguirlo, pero a pesar de sus diferencias seguían siendo mejores amigas.

Hannah se inclinó hacia delante y redujo el volumen de su voz hasta un susurro.

–Los dos sabemos que su amistad siempre ha sido complicada, en el mejor de los casos. Quien haya matado a Madison ha hecho una declaración llamativa y arriesgada al organizar su asesinato durante un evento multitudinario de Prescott. Madison siempre eclipsaba a Elle en el instituto y le bajaba los humos para seguir en lo más alto. A veces podía ser manipuladora y sumamente cruel, y, si Elle no era su pareja, se convertía en el objetivo de esa crueldad. Nadie deseaba destronar a Madison más que Elle Harrington.

Theo sacudió la cabeza de atrás hacia delante. Su delicado cabello platino le cayó sobre la frente.

–A Elle le vino bien salir de Prescott. Y también irse de Nueva York. No es la misma adolescente obsesionada con el estatus social de antes. Ahora las cosas son diferentes. A Madison ya no le afecta, o al menos, ya no como solía hacerlo.

–Claro que no. –Se echó hacia atrás y se llevó la copa a los labios–. Pero Elle vuelve a estar en Nueva York. En el Nueva York de

Madison DuPont y Henry Alcott Winslow. Antes de que muriera, las raíces de Madison en la ciudad eran más profundas y relucientes que nunca y, si su marido gana las primarias este mes, tiene muchas posibilidades de llegar a ser alcalde. Imagino que todo eso podría reavivar viejos sentimientos de celos.

Theo colocó su mano sobre la de Hannah y ella sintió un hormigueo en la piel. Era una sensación cálida que le nació en la mano y se le extendió por el brazo y el pecho.

–Sé que quieres encontrar al asesino de Madison. Limpiar tu nombre. Pero creo que te equivocas. A Madison y Elle les vino bien la distancia (universidades diferentes, ciudades diferentes, profesiones diferentes). Durante un tiempo, cada una fue por su lado, pero últimamente habían retomado la relación. Ya no eran las mismas chicas mezquinas de antes.

Hannah no estaba convencida. Cuando se sentó a su mesa en un primer momento, Theo insistió en que Madison y él llevaban años sin mantener un trato cercano. Pero parecía que sabía bastante sobre su relación reciente con Elle.

Aún tenía la mano levemente apoyada contra su piel. Contrajo los dedos y los entrelazó con los suyos. Como respuesta, ella posó la mirada en sus ojos. ¿Actuaba Theo movido por los viejos sentimientos que ella siempre había sospechado que vibraban tácitos entre los dos o trataba de que apartara su atención de Elle?

Poco a poco, cerró los dedos en torno a los de él. Podía tener ambas cosas. Quizá Theo era una leve distracción, pero no conseguiría desviarla de su curso. Elle era extremadamente inteligente, incluso más de lo que Hannah pensaba en un principio, y Madison no era la única que podía actuar. Quizá Elle solo había fingido ser amiga de Madison de puertas para afuera desde su llegada a la ciudad. Tal vez solo había estado aguardando el momento, y moviendo fichas en una partida de larga duración…

Había algo que le inquietaba, algo que había mencionado Theo sobre la página web para las entradas de la gala. «Elle ha dicho no sé qué sobre un enlace privado, pero que la página web no era segura». ¿Cómo había sabido Elle que había un problema con la página? Quizá había estado recordando algo que no le parecía tan

importante hasta que Gemma apareció a las puertas del club. Pero existía otra posibilidad. ¿Había tenido Elle acceso a su teléfono esa noche? ¿Y si había vuelto a entrar en la web y se había percatado de los fallos cuando Gemma atravesó la puerta y Bash confirmó que había comprado una entrada?

Y si tenía su móvil…

El asesino de Madison había apagado las luces de alguna forma. O bien había contado con un cómplice que tuviera acceso al sistema eléctrico del club, que seguramente se hallaba en algún lugar del sótano, o quizá había tomado el control de las luces a través de una aplicación. Lo que quería decir, por supuesto, que alguien había metido un teléfono en la gala a escondidas.

Hannah levantó la vista y examinó las luces del techo. A diferencia del resto del Club Lenox, que apenas se había actualizado desde la fundación del club en 1896, las lámparas del techo eran modernas, con luz ajustable e iguales entre sí en las tres salas del piso inferior. Incluso el gran candelabro contaba con bombillas LED regulables. Aunque no parecía muy acorde con el club, sí que era posible que todo el sistema de iluminación se pudiera programar a través de una aplicación. Si Elle había conseguido conservar su móvil de alguna manera, o incluso si había ocultado uno en el club con anterioridad para sacarlo en el momento oportuno, ¿poseería los conocimientos tecnológicos suficientes para haber tomado el control de las luces?

–¿Hannah? –decía Theo en ese momento–. ¿A dónde has ido?

Seguían con las manos entrelazadas sobre la mesa. Hannah sintió que una calidez la recorría; era cosa del vodka, pero también de los viejos sentimientos que de forma inconveniente pero indudable salían a la superficie. En cuanto a Elle, ya no iba a conseguir sonsacarle nada más a Theo, al menos de momento y en una zona tan pública como era el comedor. Además, comprendió con una cálida sacudida, la información no era lo único que deseaba de Theo Fitzgerald esa noche. Sacó la mano de debajo de la de él y le acarició suavemente el antebrazo con las yemas de los dedos. Sus miradas se encontraron.

–Diez minutos –susurró él–. Reúnete conmigo arriba. En la Habitación Cabot.

Hannah se mostró inconforme.

–Pero todo el mundo nos verá subir. Y la agente no se ha movido ni un milímetro. –Señaló a la mujer uniformada que llevaba toda la noche apostada en la base de las escaleras.

–Ah. –Con un leve movimiento de la cabeza, Theo dirigió la atención de Hannah hacia un pasillo poco iluminado tras la mesa de recepción–. Sigue el pasillo que hay detrás del ropero, casi al final. Hay una puerta de bolsillo en la pared, a la izquierda. Encontrarás el tirador a la altura de la cadera.

–¿Una puerta secreta?

–Bueno, secreta para la mayoría de los miembros. Es una escalera de servicio que desemboca en la segunda planta.

Ella sonrió.

–Qué conveniente.

–Conseguiré una llave de la habitación. Nos vemos enseguida.

Theo se levantó con una sonrisa y atravesó el comedor hasta llegar a la barra. Se asomó detrás del mostrador de recepción y abrió la puerta de un armario de madera empotrado. Del interior extrajo una pesada llave de latón que colgaba de un gancho. Sin decir una sola palabra, se guardó la llave en el bolsillo y desapareció por el corredor.

Mientras Hannah esperaba, Ethan Astor bajó por la escalera principal. Su interrogatorio había concluido. Debía de haber pasado justo detrás de Gemma. Hannah apartó la silla de la mesa y el suelo a sus pies se tambaleó, luego se enderezó. «Ups». Quizá estaba un poco más achispada de lo que pensaba. Pero no pasaba nada. Sabía lo que hacía.

Se coló en el pasillo tras la recepción y lo recorrió hasta el final. En un primer momento, la puerta no parecía ser nada más que una leve depresión en la pared y solo se podía percibir el contorno porque desentonaba ligeramente con el empapelado. Trazó el borde con los dedos hasta que encontró el tirador, una pequeña muesca en la puerta. Tiró de él hacia la derecha y la puerta se abrió.

Un rincón de lectura oculto en la biblioteca, una escalera de servicio escondida tras una puerta de bolsillo. ¿Cuántos secretos más albergaba el Club Lenox? ¿Y había usado el asesino uno de esos

espacios ocultos para llevar a cabo el homicidio de Madison o incluso para escapar del edificio antes de que lo cerraran a cal y canto? Su mente fue a parar directamente en Henry Alcott Winslow, pero él se había limitado a salir a través de la puerta principal. Aunque si se hubiera vuelto a colar dentro a hurtadillas…

Ya en el piso de arriba, Hannah caminó despacio por el pasillo que conducía a la Habitación Cabot, la cual supuso que Theo había escogido por su ubicación al otro lado del pasillo, a varias puertas de distancia del dormitorio donde tenían lugar los interrogatorios. Abrió la puerta sin mediar palabra y se adentró en la sala.

Theo echó el pestillo y atrajo a Hannah hacia sí. Ella se quedó sin aliento.

–Siempre supe que podía haber algo entre nosotros –le murmuró al oído–. Si el último año hubiera sido diferente… Si yo hubiera estado menos distraído y hubiera tomado mejores decisiones…

Hannah no respondió. Dio un paso atrás y se bajó la cremallera de su largo vestido negro, que se le deslizó por los hombros y cayó alrededor de sus tobillos. Theo se quedó congelado un instante mientras la contemplaba. Luego su boca se acercó a la de ella y los dos se tiraron sobre la cama.

Mientras se afanaban por quitarle la corbata y el traje a Theo, Hannah rozó la pantalla de la lámpara azul ornamentada que estaba situada sobre la mesilla de noche y se tambaleó.

–Mierda –musitó y recolocó la lámpara antes de que cayera al suelo.

–No pasa nada. –Theo se rio–. Si el Club Lenox tiene algo bueno es que las habitaciones están insonorizadas. Nadie va a oír si se cae una lámpara o… –Se interrumpió, señalándolos a los dos.

Ella desabrochó el último botón de su impecable camisa de etiqueta y él movió los hombros para quitársela. Volvieron a besarse, las manos de Theo se deslizaron por sus pechos, bajaron por su estómago y fueron hacia su espalda. Hannah bloqueó todos los demás pensamientos y se dejó llevar por el momento.

–¿Sabes qué? Siempre me gustaste un poco cuando estuvimos en Prescott. –Estaban tumbados sobre la colcha de la firme cama *queen*

size y Hannah tenía la barbilla apoyada sobre el pecho de Theo.

Él sonrió.

–¿Ah, sí?

Ella asintió.

–Pero eras el ex de Elle. No era posible.

Theo negó con la cabeza.

–Había muchas reglas. O al menos Madison y Elle hacían que lo pareciera. En esos momentos, costaba imaginarse haciendo algo que pudiera hacerlas enfadar.

«¿Y qué había cambiado?». Hannah trazó su pecho liso con las puntas de los dedos de manera ausente. La verdad es que no quería imaginarse a Theo como el asesino de Madison, pero ¿no era posible que la estuviera distrayendo incluso ahora, alejándola con maestría de la verdad…?

–Si alguien pudiera haberse salido con la suya, habrías sido tú.

Le dirigió una mirada de curiosidad a la joven.

–¿Haciendo qué?

–Ay, Dios, no me refiero a eso. –Se irguió enseguida y comenzó a reunir su ropa–. Me refiero a haber roto las reglas. Tienes un buen corazón. Después del Escándalo de las fotos, podrías haberle hecho *bullying* a Gemma como todos los demás.

–¿El Escándalo de las fotos? ¿Así es como lo llamaba la gente?

–Creo que solo Gemma, Oliver y yo.

Theo se puso la camisa y Hannah se apresuró a terminar de vestirse. No encontraba los zapatos; debían de haberse caído bajo la cama. Pero, antes de que pudiera agacharse para buscarlos, Theo tiró de ella hacia la pared más alejada de la estancia, frente a la puerta.

–Ven. Quiero enseñarte algo. –Theo agarró un tirador de bronce en el que ella no había reparado con anterioridad y tiró de lo que parecía ser un trozo de pared hacia ellos.

–¿Pero qué…? –empezó a decir Hannah. ¿Otra puerta secreta?

La pared se abrió y desveló una puerta corredera de cristal tras ella. Theo desbloqueó el pestillo y la deslizó, luego señaló un minúsculo balcón que se extendía sobre la East 73rd Street. Era lo

suficientemente grande para dos macetas y una sola silla de hierro forjado.

–Tú primero.

Hannah salió al balcón, impresionada.

–Solo hay dos en todo el club –comentó Theo, y señaló la pared exterior del final del edificio–. El otro balcón está en la Habitación Caraway, por supuesto.

–¿Y por qué una entrada secreta? –Hannah señaló la puerta por la que habían salido.

–Es un tema de privacidad –afirmó Theo–. Limita la visibilidad de las habitaciones de invitados desde la calle.

Hannah asintió.

–Una escalera de servicio, dos balcones ocultos. ¿Alguna otra sala oculta que deba conocer?

Theo sonrió.

–Hay un rincón de lectura en la biblioteca tras una de las estanterías.

–Lo he encontrado. ¿Algo más?

Theo se encogió de hombros.

–No que yo sepa. Y conozco este sitio bastante bien.

Hannah frunció el ceño, sopesando las posibles implicaciones. El asesino podría haber usado la escalera de servicio para moverse de una planta a otra, pero no estaba segura de con qué propósito. El rincón de lectura contaba con el ventanuco, aunque no era un punto de acceso hacia el exterior u otra sala. Pero ¿podría un balcón escondido haber servido de ruta de escape para el asesino de Madison? Echó un vistazo a su alrededor. No había una escalera de incendios cerca ni ningún saliente de piedra al que agarrarse. No parecía muy probable.

Por debajo del balcón había dos coches patrulla blancos y un sedán negro camuflado aparcados en la zona de carga y descarga. Era pasada la medianoche en una calle tranquila del Upper East Side, pero resultaba evidente que se había corrido la voz sobre la notoria muerte que había tenido lugar allí pocas horas antes. Por supuesto, los viandantes habrían visto que se llevaban el cuerpo de Madison sobre una camilla cuando aún no había anochecido. Quizá

no sabían que la persona bajo la sábana era Madison DuPont, o tal vez ya se habían extendido los rumores. En cualquier caso, que arrastraran a un cadáver desde el exclusivo Club Lenox hasta una ambulancia era algo novedoso.

Casi cuatro horas más tarde, la acera estaba repleta de curiosos que trataban de atisbar un destello tras las puertas cerradas del club. Había dos agentes uniformados más apostados en la puerta principal, que habían bloqueado con un par de caballetes. Una joven vestida para pasar una velada en una discoteca de lujo hablaba con uno de los agentes, un hombre tan joven que debía de haberse unido al cuerpo hacía poco, y flirteaba con él para que la dejara entrar. Él se estaba sonrojando un poco, o quizá solo era un truco del brillo de la luz de la calle, pero no se movió de su sitio junto a la puerta.

–Menudo escándalo para el Upper East –murmuró Hannah.

–Pues sí –respondió Theo sombrío–. Pensaba que el aire fresco sería agradable, pero no había caído en la cuenta de que estaría así la calle. –Se volvió hacia Hannah–. En fin, cuando estábamos dentro, antes de que te interrumpiera, ¿había algo que quisieras contarme sobre Gemma? ¿Sobre el Escándalo de las fotos?

–Ah, sí. –Hannah apoyó la mano sobre el antebrazo de Theo. Le pareció agradable disfrutar de la fresca brisa del exterior a pesar de la muchedumbre de mirones que había abajo. Estar allí con Theo era agradable. Una calidez le inundó el pecho. –Podrías haber atacado a Gemma. Haberte distanciado de todo el lío. Pero no lo hiciste, a pesar de que pagaste un precio a cambio. Siempre fuiste diferente a los demás.

Theo frunció el ceño y apartó el brazo. Hannah se sobresaltó.

–Eres muy amable –dijo de forma inexpresiva–. Pero, a la hora de la verdad, no era mejor que Madison. Y creo que lo sabes.

Hannah le examinó el rostro. Se refería a lo que ocurrió a final de curso, claro. A la conversación que había oído a escondidas entre él y Madison la noche después del baile de graduación.

Al recordar lo que dijeron (y lo furioso que estaba Theo con Madison) las dudas empezaron a empantanar sus pensamientos. Quizá acostarse con Theo había sido un error. Si había matado a

Madison o estaba encubriendo a Elle, podría utilizar los eventos de la última hora contra ella con facilidad: que hubiera admitido que le gustaba en el instituto y haberse acostado con él ahora. Si se malinterpretaba, podía parecer un acto desesperado. No sería difícil tachar a Hannah de parásita, deseosa de formar parte del grupo de Madison, pero manteniéndose siempre un poco al margen. Tampoco resultaría difícil señalarla ahora como una persona deseosa de reclamar lo que jamás había tenido en Prescott.

Desde el punto de vista adecuado, todas sus acciones podrían parecer obra de una mujer triste y amargada: el artículo que atacaba al uno por ciento, haberse acostado con Theo. Haber asesinado a Madison.

De pronto, empezó a tener frío y se volvió hacia la habitación. Theo la siguió hasta el interior, pero había algo ilegible en sus ojos.

–Voy a bajar –susurró ella–. Es mejor que esperes un poco antes de seguirme.

Él asintió y cerró las puertas del balcón a sus espaldas.

–¿Hannah? –La voz llegó hasta ella cuando ya había cruzado la mitad de la estancia. Se giró sobre sus talones. Lo encontró muy cerca de ella, con su aliento cálido acariciándole el cuello. No lo había oído seguirla.

–¿Sí? –Se le aceleró el corazón y retrocedió un paso.

Él extendió el brazo y ella se clavó las uñas en la palma, obligándose a no encogerse de miedo.

Theo la contempló de manera inquisitiva y bajó la vista a los tacones negros que le colgaban de la mano.

–He encontrado tus zapatos.

3 de enero de 2017

Instagram

Imagen uno: Madison DuPont y el atractivo universitario británico Bradley Fairfax mirándose con intensidad a los ojos frente al enorme abeto del Gran Salón de Bellport House en Montauk.

Imagen dos: Theo Fitzgerald con aspecto de estar distraído en el aeropuerto JFK, con un monopatín en una mano y el móvil en la otra. Sonríe hacia su pantalla.

TheUpperEdge: Sin duda, el amor ha estado en el aire durante las vacaciones de Navidad. Según los rumores, Madison tiene un nuevo novio británico y ¿Theo ya ha pasado página tras supuestamente engañar a Elle con Gemma Phipps? Parece un buen chico, pero en realidad es un rompecorazones.

@CarinRutherford Oh. ¡Qué monos! [*emoji* de corazón]

@Margaret_Kens Menudo CARADURA.

@Alice_in_the_City @EllesBells ¿estás bien?

@NicholasVon_K ¿Quién es la chica nueva, @TheodoreFitz?

14

3 de enero de 2017

–¿Entonces, es verdad? –Oliver Morgan se recostó con indiferencia contra la pared revestida con paneles del pasillo de la primera planta de Prescott. Llevaba los pantalones y la chaqueta de traje de rigor, pero una corbata amarillo eléctrico brillaba sobre su camisa Oxford del mismo tono exacto de sus gafas de montura gruesa de Tom Ford. Oliver tenía la suerte de contar con una visión perfecta, pero de vez en cuando se ponía gafas «como accesorio, querida». Apoyó el hombro contra una pequeña placa de latón que conmemoraba a Anders Obolensky, graduado en 1987 y ahora investigador científico en Yale y ganador del Pulitzer.

Hannah frunció el ceño. Estaba claro que Oliver se refería al misterioso ligue parisino de Theo, que había eclipsado la conversación sobre el rollo británico de Madison en The Upper Edge esa mañana, el primer día de clase tras las vacaciones de Navidad. Theo estaba al fondo del pasillo sentado en el suelo de roble con diseño en espinapez, que había sido pulido durante las vacaciones y brillaba como un espejo. Tenía las piernas dobladas a la altura de las rodillas y la espalda apoyada en la pared. Sentado a su lado, rodeándole los hombros con un brazo fornido, se encontraba Bash.

–Puede ser. –Hannah apartó los ojos de Bash y Theo y se encogió de hombros, con la esperanza de que Oliver creyera que no le importaba. Y lo cierto era que ¿por qué debería importarle lo que hiciera Theo Fitzgerald? Sí, él se había sincerado con ella en Acción de Gracias, pero habían pasado varias semanas y era como si la conversación jamás hubiera tenido lugar. Los hechos seguían siendo los mismos: era el ex de Elle y por lo tanto le estaba completamente

vedado, hoy y siempre. Además, todos se marcharían a la universidad en cuestión de unos pocos meses y probablemente jamás volvería a verlo.

Oliver les echó un vistazo a Theo y Bash y se acercó a ella con complicidad.

–Venga. Teddie y tú os estáis haciendo buenos amigos. Cuéntame el chisme.

Quedaban diez minutos para el segundo timbre, cuando todos entrarían a clase del señor Harris para el seminario de último curso. Debían entregar los temas escogidos para los trabajos de primavera a finales de semana, y Hannah había pasado mucho menos tiempo elaborando una lista de ideas durante las vacaciones de lo que había planeado en un principio. Había estado demasiado ocupada con las solicitudes de acceso a la universidad. Cada vez se planteaba más en serio quedarse en la ciudad. Su objetivo de estudiar la carrera de Periodismo no había cambiado, pero además de enviar una solicitud a la UPenn, también había enviado otra al College of Arts and Science de la Universidad de Nueva York. Cuando le contó la noticia a Grace, le presentó la opción de la NYU como plan B, a la que acudiría solo si no conseguía entrar a la universidad de la Ivy League en la que las dos soñaban con estudiar desde primaria. Pero ahora que había enviado las solicitudes y que el semestre de primavera estaba comenzando, Hannah no estaba segura de si la UPenn seguía siendo su sueño. No cuando acababa de encontrar su lugar en Nueva York.

–Tierra llamando a Hannah.

Se giró de golpe hacia Oliver. No había llegado a responder a su pregunta.

–De verdad que no lo sé, te lo juro. Theo no me cuenta esa clase de cosas. Pero… –señaló con sutileza a Madison, que acababa de atravesar las pesadas puertas de roble envuelta en un abrigo de piel retro que llegaba hasta el suelo y que seguro que había heredado de su familia– creo que estamos a punto de descubrirlo.

Madison caminó en línea recta hasta Theo, con el repiqueteo de sus tacones sobre el suelo de roble.

–¿En serio, Teddie? –le soltó. No se esforzó en hablar en voz baja y el silencio se asentó en el pasillo de inmediato. Había alrededor de dos docenas de alumnos de Prescott con toda la atención puesta en la dramática escena.

–Yo también me alegro de verla, señorita DuPont. –Desde su asiento en el suelo, Theo alzó la barbilla para ofrecerle una leve sonrisa.

Madison se cernió sobre él con regocijo.

–¿No le has hecho el daño suficiente a Elle este año? ¿De verdad hacía falta que hurgaras aún más en la herida?

Hannah contuvo un resoplido. Madison no era la más adecuada para hablar después del dolor que le había provocado a Elle durante las vacaciones al excluirla de forma intencionada de la boda de su primo en Montauk. Pero así era Madison: ella podía hacer lo que quisiera, pero esperaba que los que estaban a su alrededor siguieran las reglas.

–No te metas, Mads –sentenció Theo. Hannah jamás lo había oído hablar con tanta brusquedad. Se encogió de forma involuntaria. ¿Albergaba Theo bajo aquella apariencia despreocupada más ira en su interior de lo que ella pensaba?

–Claro que me meto. –Madison se quitó el abrigo y se lo colgó del brazo. Parecía de piel de zorro.

Bash apartó el brazo de los hombros de Theo y se puso de pie.

–Déjalo, Madison. Lo que pasa en París se queda en París. O al menos así sería si alguien no le hubiera mandado el chivatazo a The Upper Edge. Además, ¿acaso ves a Elle aquí en el pasillo montando una escenita? Ya está con Harris, hablando de su trabajo de primavera. Está centrada en el futuro. Tú eres la única que sigue sin pasar página de los eventos del pasado semestre.

Hannah hizo un mohín. Había visto a Elle esa mañana cuando llegó al instituto, estaba en el mismo pasillo en el que se encontraban ahora, charlando con Beatrice y Bash. En cuanto Hannah atravesó la puerta de entrada, Elle giró sobre sus talones con brusquedad para marcharse hacia la sala del seminario. Hannah había intentado ponerse en contacto con ella tras la boda de

Montauk, pero Elle había dejado sus mensajes sin leer. Estaba claro que aún no la había perdonado por aceptar la invitación de Madison.

En ese momento, Theo se levantó también.

–Por favor, Mads. Hagamos una tregua y pasemos página. Es el último semestre del último año.

Madison lo fulminó con la mirada.

–Las treguas son para los amigos de verdad. No para los mentirosos.

Luego rozó a los dos chicos al pasar y atravesó el pasillo a grandes zancadas para recibir a Elle, que acababa de salir del aula del señor Harris.

Oliver contuvo el aliento.

–Bueno, supongo que ya tenemos la respuesta.

A Hannah se le encogió el estómago. Claro que ya sabía que era probable que Theo se hubiera liado con alguien durante las vacaciones, y no era asunto suyo, así que ¿por qué le escocía tanto?

Ami y Alex aparecieron a través de la puerta principal, risueños y sonrojados. Habían pasado el rato junto a la fuente a pesar del frío. Hannah saludó a su hermana con la mano, pero Ami la ignoró, demasiado absorta en su acalorada discusión con Alex.

–Fría como el hielo –bromeó Oliver.

–No pasa nada. Todavía no me ha perdonado por haber ido a la boda sin ella. –«Quizá Ami y Elle deberían crear un club».

–Se le pasará –dijo Oliver–. Probablemente.

Justo en ese momento el señor Harris apareció en el umbral de la puerta de su clase.

–Perdona. –Hannah le tocó el brazo a Oliver y luego atravesó el pasillo hacia el aula del seminario. Pocos minutos más tarde, sonaría el segundo timbre y Madison, Theo y los demás invadirían la sala. Pero, de momento, estaba vacía.

–Hannah Miller –dijo el señor Harris con una amplia sonrisa–. Bienvenida.

–¿Puedo esconderme aquí? –preguntó–. Solo necesito… un minuto.

–Has venido al lugar adecuado. –El profesor se adentró en el aula, dejando la puerta abierta de par en par y señaló la mesa redonda

del seminario–. Hasta que suene el timbre, esta es una zona libre de drama.

Hannah sonrió.

–Menos mal.

El señor Harris respondió con una pequeña carcajada y Hannah se dejó caer en una silla, agradecida. El semestre de primavera acababa de comenzar.

15

6 de enero de 2017

Llegó el final de la semana y con él el Día de los Fundadores de Prescott, un evento que tenía lugar a lo largo de todo un día para conmemorar la apertura del instituto en 1926, hacía casi un siglo.

–Tradicionalmente, el Día de los Fundadores se celebra el primer viernes del semestre de primavera –había informado Ami a Hannah unas treinta veces a medida que se acercaba la fecha–. Es el evento del año.

Resultaba evidente que la mayoría de sus compañeros de clase y profesores compartían esa opinión, porque cuando Hannah entró en la sala Kingsley para el acto de apertura del día, la Asamblea de los Fundadores, el aire vibraba con un júbilo que apenas eran capaces de contener. El alumno de primer año que caminaba a su lado estaba temblando como un cachorro sobreexcitado.

–¿Qué se supone que estamos celebrando? –le preguntó a Oliver en voz baja. Quizá debería haberles prestado más atención a los apasionados soliloquios de Ami sobre el Día de los Fundadores–. ¿Las aspiraciones académicas de un puñado de hombres blancos muertos?

–Más o menos. Imagino que el legado, el dinero. Se supone que el objetivo es adular a la generación actual de alumnos. El espíritu de la escuela, las muestras jerárquicas de pompa social, bla-bla-bla. Más que nada, es una oportunidad de saltarse las clases.

Todo aquello era cierto. Pero estaba claro que el Día de los Fundadores representaba mucho más que eso para la comunidad académica de Prescott. Ese día, la sala Kingsley parecía aún más majestuosa que nunca. Habían corrido las cortinas granates,

permitiendo que los fríos rayos del sol de enero se colaran en la estancia y cayeran sobre un cuarteto estudiantil que tocaba una pieza de Vivaldi mientras Hannah y sus compañeros buscaban asiento. Oliver le señaló una de las filas traseras y Ami los pasó de largo para unirse a un grupo de alumnos de segundo que estaban sentados en primera fila. Estaba atolondrada y reía con nerviosismo, completamente envuelta en la suntuosidad de Prescott.

Poco después, la señora Caldwell se dirigió hasta el podio en la parte frontal del escenario. Llevaba el espeso cabello plateado sujeto por una pinza dorada y en el pecho de su ajustado vestido recto azul marino lucía un pequeño broche de oro con forma de hoja de laurel. Cuando sus zapatos de cuña traquetearon al golpear los escalones del escenario, la sala guardó silencio.

La señora Caldwell se situó frente al podio. En la pared a sus espaldas se proyectaba el blasón de Prescott (un escudo con un halcón sobrevolando una corona de laurel) en los colores de la institución: carmesí y gris oscuro. En una fila ordenada de asientos a la izquierda del escenario se sentaban tres representantes de la familia Prescott (Julian, Xander y Lydia) así como media docena de los donantes más importantes del centro. Hannah casi podía percibir el olor a dinero y lana italiana que desprendían.

–Hoy honramos a Elias Prescott, el fundador que no solo vio nuestra academia como una institución, sino como un ideal –comenzó la señora Caldwell. Más o menos a los treinta segundos de discurso, Hannah había perdido el interés. Liderazgo. Tradición. Curiosidad intelectual. «Qué sopor». Echó un vistazo por la sala. A su lado, Oliver se deslizaba por las publicaciones de Instagram, y en absoluto era el único alumno que miraba su móvil. Pero también había un número sorprendente de estudiantes que prestaban la más minuciosa atención a todas y cada una de las palabras de la señora Caldwell, y Hannah comprendió, quizá por primera vez en todos los meses que llevaba allí, que por las venas de los alumnos corría una profunda y sincera devoción hacia la Academia Prescott.

Sí, las bromas sobre la cultura y las tradiciones de la escuela abundaban (el hecho de que se pudieran distinguir los días de la semana por la rotación de las chaquetas de *tweed* que portaba el

anciano señor Hawley, y la siempre cambiante mitología que rodeaba el supuesto enfrentamiento entre el fundador Elias Prescott y un director rival de Horace Mann), pero cuando se presentaban los premios anuales a la excelencia académica y los servicios a la comunidad, los aplausos eran sinceros. Cuando la distinguida estudiante de último curso Rosalind St John, la número uno de la promoción de 2017, se puso en pie para recitar la Oración de los Fundadores, su oda a los valores de Prescott exudaba veneración y orgullo. Cuando finalizó el discurso, los compañeros de Hannah se levantaron y aplaudieron. Incluso Elle (la segunda de la clase) sonrió y le ofreció un aplauso educado a Rosalind. Cuando el Coro de Honor de Prescott cerró la ceremonia matinal con el himno de la escuela (en un latín indescifrable), incluso Oliver cantó con ellos.

A las abreviadas clases de la mañana las siguió el Almuerzo de los Fundadores, una celebración con un magnífico servicio de *catering* celebrada en el comedor. Luego pasaron a la Feria de los Fundadores en el patio. Se habían apartado las mesas de pícnic para hacer espacio para las casetas que representaban las actividades y clubes estudiantiles, los carritos de vendedores y una caseta de fotografía retro. Era un día fresco y ventoso de enero, pero el cielo estaba despejado y la luz del sol bañaba a los alumnos que paseaban con sus familias, muchas de las cuales se habían unido a la feria. El club de arte vendía bolsas de tela y bandoleras impresas con diseños originales de los estudiantes. La Asociación de Prescott para el Medioambiente regaló botellas de agua metálicas con el logotipo del centro, lo que debió de suponer un gran gasto para el fondo de actividades estudiantiles; y una de las tres compañías *a capella* del instituto interpretó una serie de éxitos musicales entre el carrito de los cafés y una furgoneta donde preparaban crepes. Bajo el arce, Madison y Elle eran el centro de atención, haciéndose selfis y bebiendo sus humeantes capuchinos. Hannah vio a Madison sacándole el dedo corazón a Theo y luego rodeando a Elle con el brazo para tomarse otra foto.

Cuando saludó a las dos chicas con la mano, ninguna le respondió. Estupendo.

Hannah y Ami pasearon entre las lámparas de calor y los puestos de los clubes, felices de contar con una tarde sin clases, pero sintiéndose bastante fuera de lugar. Sus padres estaban trabajando, mientras que los de sus compañeros de instituto (sobre todo las madres) parecían haber acudido en manada. «Qué fácil tomarte la tarde libre cuando tu único "trabajo" es formar parte de varios consejos de administración», le musitó Hannah a su hermana. El día anterior no les pareció importante que sus padres acudieran, pero ahora, de pronto, su ausencia era otro indicativo de sus diferencias con sus compañeros. Otro recordatorio, en un día lleno de ellos, de que seguían siendo las nuevas. Y de que no formaban parte de Prescott. Hannah abrazó a su hermana con ademán protector. «Estoy aquí».

Ami le respondió con una débil sonrisa. Cada vez que en el programa del día se preveía un guiño a la tradición o un gesto ceremonial, observaba que su hermana lo contemplaba con los ojos muy abiertos, mientras que todos los demás alumnos parecían ser partícipes de las bromas con entusiasmo y alegría. Había tenido lugar el acto solemne y teatral de Colocar el Laurel (una corona hecha de verdaderas hojas de laurel y atada con un lazo carmesí) por los miembros de la familia Prescott bajo el busto de bronce de Elias Prescott en el atrio esa mañana. La Firma del Registro, un libro que pertenecía en origen al primer director en 1926, por parte de todos los miembros de la clase de último curso tras el almuerzo. (Hannah descubrió gracias a un apasionado susurro de Alice St Clair que el tomo encuadernado en cuero solo se abría una vez al año durante el Día de los Fundadores y que durante el resto del tiempo permanecía bajo llave en una vitrina del despacho de la señora Caldwell).

Y también estaban las tradiciones estudiantiles no oficiales, pero no por ello menos veneradas: las Cartas escondidas, un juego que consistía en colocar pequeñas notas con consejos y mensajes de ánimo para los alumnos de los primeros años en libros a lo largo de toda la biblioteca y que se rumoreaba que había inventado un grupo de estudiantes de último curso en 1940; el juego de preguntas de Prescott que circulaba durante las clases de la mañana, y las bromas

estudiantiles semitoleradas, una sutil transgresión de las normas en nombre de la tradición que tanto el profesorado como el personal del centro ya esperaba y parecía disfrutar tanto como los estudiantes. (Esa noche se había colgado una circular de aspecto oficial en el tablón de anuncios que declaraba que la adorada pura sangre de la señora Caldwell, María Antonieta, recibiría un título honorífico de parte de Prescott en junio. Esa mañana, un mar de pelotas de ping-pong grises y carmesí –y un solitario patito de goma– habían invadido la fuente. Para la hora de la comida, se podía ver al busto de Elias Prescott llevando una chaqueta de uniforme con una corbata de seda y sosteniendo un vaso de café).

–¿Una crepe? –le preguntó Hannah. Ami se había detenido bajo una lámpara de calor cerca del centro del patio y contemplaba los puestos de comida con el ceño levemente fruncido.

–¿Qué? –Se volvió hacia Hannah algo desconcertada.

–¿Qué si quieres una crepe? Llevas tres minutos mirando ese puesto fijamente.

–Ah, perdona. No tengo hambre.

Hannah la contempló con perplejidad.

–Vale, entonces, vamos con los chicos para jugar al tiro al hoyo. –Al otro lado del patio, Bash y Theo estaban sumidos en lo que parecía una reñida partida con otros chicos de último curso. Theo levantó la vista y saludó a Hannah con la mano. A ella se le sonrojaron las mejillas.

Ami negó con la cabeza.

–Ve tú. Yo voy a volver dentro. Creo que necesito más abrigo.

Hannah asintió. Se había levantado viento y hacía más frío que pocos minutos antes. Ella se había puesto el abrigo de invierno antes de salir, pero igual que más de la mitad de sus compañeros, Ami solo había complementado su uniforme con un accesorio invernal; en el caso de Ami una bufanda que le colgaba inerte del cuello. Las lámparas de calor eran un detalle agradable, pero seguía siendo enero.

Mientras Ami volvía al edificio a toda prisa, Hannah se encaminó hasta donde Theo y Bash estaban lanzando bolsas de judías a uno de los varios tableros que se habían colocado cerca del final del

patio. No era el juego más sofisticado para un jardín, pero también era cierto que el patio no contaba con espacio suficiente para el cróquet. Por suerte para Hannah, porque era una jugadora excelente de tiro al hoyo.

Ya llevaba tres partidas en las que les había dado una paliza a los chicos cuando un olor a humo empezó a surgir entre los puestos.

–¿Qué es eso? –preguntó Hannah.

–Mola. –Bash señaló el otro extremo del patio. Tras los puestos de café y crepes, una columnata de humo rojo y gris se alzaba despacio hacia el cielo.

Theo sacó el móvil y comenzó a grabar. Nick Von Kassel, el principal rival de Hannah en el juego, hizo lo mismo. Era bonito, un momento viral que seguramente quedaría inmortalizado en The Upper Edge, pero los padres y profesores intercambiaban miradas de preocupación. Cruzó una mirada con el señor Harris, que le ofreció una breve sonrisa nerviosa. Estaba claro que aquello no formaba parte de los planes del Día de los Fundadores.

–Qué buena. –Theo volvió a meterse el móvil en el bolsillo–. Es la primera vez que veo esa broma.

Una ráfaga de viento agitó las lonas de los puestos y Hannah asió la cremallera para cerrarse el abrigo. Justo en ese momento, un grito penetrante retumbó en el patio, y luego otro.

–¿Pero qué…? –empezó a preguntar Theo.

Hannah lo cogió de la mano (la piel de Theo estaba caliente a pesar del frío y un hormigueo le subió por la columna) y tiró de él hacia el humo. Cuando llegaron, vieron que el viento había volcado dos de los bidones, lo que provocó que los vapores se extendieran hasta el puesto de arte de al lado. Los alumnos que vendían bolsas de tela y láminas salieron en masa, tosiendo. Una chica que Hannah identificó como estudiante de segundo (Cherry o Sherrie) estaba doblada por la mitad, jadeando.

–¿Dónde está tu inhalador? –preguntó otra chica y tiró del bolso de Herm**è**s de Cherry o Sherrie–. Tiene asma –le dijo a la señora Briar, que se había agachado a su lado. Balbuceaba e intentaba abrir el cierre con dedos temblorosos–. Suele tenerlo en el bolso.

Tras unos segundos de tensión, localizaron el inhalador en un bolsillo interior, Cherry/Sherrie se recuperó y la señora Briar las condujo lejos del humo. Hannah exhaló y sus ojos se posaron en Ami. Su hermana pequeña se encontraba en el espacio que había ocupado antes la compañía *a capella* con los brazos cruzados sobre el pecho y los labios fruncidos. La bufanda aún colgaba inerte de su cuello, y si se había puesto un abrigo, era invisible.

Ami le devolvió la mirada a Hannah y una expresión de pánico atravesó su rostro.

Un momento. ¿Había sido Ami quién…?

–No te chives, por favor –vocalizó Ami y Hannah cayó en la cuenta de que estaba temblando.

«Joder». Así que Ami había sido la responsable tras el espectáculo del humo; un momento viral que había salido mal. Hannah se mordió el interior de la mejilla. Debería haberlo visto venir. Hannah se graduaría en unos pocos meses, pero a Ami aún le quedaban dos años más en Prescott. Estaba desesperada por encajar, por dejar huella. Le había dado la lata durante días con las viejas tradiciones del Día de los Fundadores. La mayoría de esa información la había extraído de sus conversaciones con Alex DuPont. Hannah la había ignorado cuando debería haber hecho justo lo contrario. Quizá debería haberle puesto fin antes de que comenzara. Su hermana debía de haber tardado varios días en planear la broma.

Hannah dio un paso hacia su hermana, pero entonces se volvió a levantar el viento y derribó más bidones. Hannah tenía los ojos irritados a causa de las lágrimas y Theo la cogió de la mano, y volvió a sentir un hormigueo recorriéndole la columna. Llevaban sin tener una conversación en condiciones desde aquella noche en el Club Lenox, pero la chispa que había sentido seguía presente y ardía en su interior. Si las cosas fueran de otra forma… Permitió que tirara de ella hacia las puertas del edificio mientras el patio se sumía en el caos: con algunos alumnos cogiendo jarras del puesto del café y rociando los bidones, otros corriendo, otros grabando, los padres persiguiendo a sus hijos menores y los profesores ordenando a gritos que evacuaran el patio. «De inmediato».

La Feria de los Fundadores había terminado.

Ya en el interior, Hannah se desplomó sobre el suelo de roble con diseño en espinapez del vestíbulo, aún le escocían los ojos y no dejaba de buscar a su hermana con la mirada. Pero Ami no estaba por ninguna parte.

Le vibró el móvil. Grace.

GRACE

Oye, Hannah, me prometiste grabar un directo del Día de los Viejos Ricos y mi móvil lleva horas sin recibir ni un mensaje. Aquí hace un frío que pela y el día está supernublado, ¡necesito unas risas!

Hannah volvió a guardar el móvil en la mochila. No era el primer mensaje de Grace que ignoraba últimamente, pero es que echarse unas risas juntas sobre los cotilleos de Prescott ya no le parecía tan atractivo como al comienzo del curso. Sobre todo cuando el último drama estaba protagonizado por Ami.

–¿Estás bien? –preguntó Theo.

Asintió y se limpió las lágrimas. «Joder, Ami».

–Solo me ha entrado humo en los ojos. –Le ofreció una amplia sonrisa a Theo.

Hannah recostó la cabeza contra la pared, un tanto indispuesta. Guardaría el secreto de su hermana y la protegería lo mejor que pudiera. Pero, tarde o temprano, Ami llevaría las cosas demasiado lejos y Hannah no estaría allí para salvarla.

16

Sábado 13 de junio de 2026
1:08 h

Diez minutos tras su regreso de la Habitación Cabot, Hannah estaba merodeando la barra, a la espera de que se quedara algún asiento libre. Tomarse otra copa sería un error, pero no le vendría mal un vaso de agua fría. En un sillón cerca de la chimenea, Theo hacía todo lo posible por consolar a una sollozante Alice St Clair. En la repisa de la chimenea, el alegre toque de vegetación veraniega parecía fuera de lugar. Theo intercambió una mirada rápida y triste con Hannah, luego volvió a darle otra palmadita en la espalda a Alice.

Hannah reprimió una carcajada. En realidad, no tenía gracia. Madison estaba muerta, todos tenían las emociones a flor de piel, sobre todo a medida que la noche se alargaba y el cansancio se asentaba en los presentes. Pero a Hannah le sorprendería que Madison se hubiera dignado a darle un solo *like* en Instagram a Alice desde su graduación hacía diez años. Sus ataques de llanto (este era el tercero que Hannah recordaba haber visto esa noche) parecían excesivos. Aunque también es cierto que cada persona lidia con el duelo a su manera. Quizá estaba siendo insensible. O quizá Alice estaba actuando de cara a los demás invitados…

Antes de que Hannah pudiera explorar esa línea de pensamiento, Edward atravesó el salón con decisión y fue directo hacia Theo. Fulminó con la mirada a Alice, que seguía sollozando, lo agarró del hombro y le señaló las escaleras. Era el turno de Theo para hablar con los inspectores. A Hannah se le encogió el estómago.

«Mierda».

No cabía duda de que se lo había pasado bien con Theo esa noche. Pero había perdido un tiempo preciado que debería haber empleado en investigar, y acostarse con él había sido, muy probablemente, un error garrafal. Su mirada se posó en la espalda de él mientras ascendía las escaleras. No había descubierto nada más sobre Elle, y si Theo les contaba a los inspectores que estuvo pillada por él durante el último curso, no haría más que reafirmar el caso contra ella. Una extraña observándolos desde fuera, deseosa de obtener la amistad de Madison y al novio de Elle, pero sin conseguir ninguna de las dos cosas.

Que se hubiera acostado con él podía parecer un acto desesperado si se malinterpretaba. Hannah Miller, a sus veintisiete años, todavía tratando de encajar en un lugar que le es ajeno. Todavía tratando de conseguir al chico. Sin superar las heridas que le dejó el instituto. «Y, si se llevaba hasta sus últimas consecuencias, cumpliendo su fantasía de venganza más oscura contra la mujer que antaño le hizo la vida imposible».

Le empezaron a entrar náuseas y justo en ese momento vio a Elle y Beatrice atravesando las puertas de la biblioteca para salir al salón. Se irguió. Elle no estaba sola, pero puede que fuera su mejor oportunidad. Dio dos pasos en su dirección. Luego, por un golpe de suerte, Beatrice señaló el comedor y Elle negó con la cabeza. Beatrice caminó hacia el arco y dejó a su amiga a solas. «Al fin». Hannah aceleró.

–No. –Elle levantó la mano cuando Hannah estaba a menos de un metro de distancia, haciendo que se detuviera de golpe.

–¿Disculpa?

–No me interesa lo que tengas que decirme.

–Elle. Siento lo de Madison. Yo no he tenido nada que…

Elle se cruzó de brazos y la miró con desdén.

–Ahórrate las condolencias. Gracias a tu artículo perdí a dos clientes, no te debo absolutamente nada. Y, a menos que quieras que llame a la agente O'Doyle… –señaló a la agente uniformada que se hallaba a los pies de la escalera–, me vas a dejar en paz.

Tras esas palabras, Elle giró sobre sus talones y siguió a Beatrice hasta el comedor.

«De puta madre».

Ese era precisamente el motivo por el que planeaba quedarse en casa esa noche. Pero ese era otro camino que por desgracia no había tomado. Por culpa de su artículo no estaba consiguiendo información valiosa y ya era más de la una de la mañana. Necesitaba otro enfoque y otra forma de abordarlo.

Cuando regresó a la barra, se había quedado libre un asiento, así que Hannah agradeció poder colocarse sobre el taburete de respaldo alto. Casi al momento, los dos asientos que la flanqueaban se vaciaron. «Qué sutiles». De nuevo, volvió a sentir el deseo de bufar y escupir a sus excompañeros, pero cerró la boca con fuerza. Se limitó a hacerle un gesto al camarero y pronto un vaso alargado lleno de agua con gas apareció frente a ella. No más Martinis por esa noche. Le dio un buen trago y las burbujas le quemaron la garganta.

–Ey.

Levantó la cabeza y se encontró a Oliver a su lado, que estaba tirando del taburete vacío de su derecha para encaramarse al asiento de cuero verde.

–Hola –murmuró ella.

Él se ajustó su montura naranja de Tom Ford sobre el puente de la nariz. Hannah se preguntó si los cristales estarían graduados.

–¿Qué tal vas? –preguntó él.

Ella se encogió de hombros con indiferencia y le dio otro sorbo a su San Pellegrino.

Oliver frunció el ceño.

–Te prometí mi apoyo y sé que todavía no he sido de mucha ayuda. En mi defensa diré que los inspectores me han retenido muchísimo tiempo y luego has desaparecido.

Sin mediar palabra, el camarero colocó dos cuencos de cristal frente a ellos con frutos secos y palomitas con trufa. Oliver se metió una nuez pecana tostada en la boca.

Durante un momento, Hannah se planteó sincerarse sobre dónde había estado. Quería contarle a alguien que se había acostado con Theo, pero la voz de la conciencia, no muy sutil, le dijo que

mantuviera la boca cerrada y que no se lo contara ni siquiera a una persona de confianza como Oliver.

–No te preocupes –respondió ella aprisa para restarle importancia. Luego redujo el volumen–. ¿Te han preguntado por mí los inspectores?

Oliver asintió.

–Me temo que sí. Querían que les hablara de tu relación con Madison, pero, no te preocupes, no les he contado nada.

Así que los inspectores estaban indagando sobre ella. Ya se lo imaginaba, pero seguía sin ser una buena noticia. Razón de más para que despejara la mente y volviera a centrarse en la investigación. Le dio un pequeño apretón en la mano.

–He estado investigando algunas pistas. ¿Has seguido en contacto con Gemma desde la graduación?

Gemma había sido más comunicativa de lo que Hannah esperaba, pero seguía teniendo la sensación de que había mentido. Quizá la respuesta de Oliver le resultara reveladora.

Él negó con la cabeza.

–No mucho. Después de que se mudara a la soleada California perdimos el contacto. A veces comenta mis publicaciones y yo le doy me gusta a las suyas, pero eso es todo. Antes, cuando se ha acercado a mí en la barra, era la primera vez en años que hablábamos.

Hannah masticó una palomita. Aquello coincidía con lo que le había dicho Gemma. Quizá se había equivocado al centrarse tanto en Gemma Phipps. Tal vez sí que había acudido allí esa noche por pura curiosidad…

–Entonces, ¿crees que Gemma es la asesina de Madison? –susurró Oliver.

Hannah suspiró.

–Puede ser. O a lo mejor Elle, pero no me hace ni caso.

–¿Y qué hay de Bash o Theo?

La joven tragó saliva.

–Todavía no he hablado con Bash, al menos desde el comienzo de la velada. Me dijo que se había «reformado» desde nuestra época en Prescott, pero seguro que es mentira. Theo…

–Estabais cenando juntos cuando me fui al interrogatorio.

Le dio un sorbo a su vaso de agua. Tenía que ofrecerle alguna clase de información a Oliver o comenzaría a atar cabos, y divulgar cualquier cosa sobre lo que había ocurrido esa noche entre ellos le parecía demasiado arriesgado.

–Dijo algo como que no es tan bueno como recordaba. ¿Sabes a qué se refiere?

Oliver llamó la atención del camarero y le pidió un Empire Mule.

–En el último año, se puso hecho una furia cuando Madison lo acusó de hurgar más en la herida y hacer daño a Elle durante las vacaciones de Navidad. ¿Te acuerdas?

Hannah cerró los ojos. Podía visualizar el vestíbulo de Prescott, los brillantes suelos en espinapez y a Madison atravesando las puertas con su abrigo de zorro. Le había lanzado unas cuantas pullas a Theo hasta que él respondió.

–Lo recuerdo –afirmó al fin–. Ese año perdió los estribos un par de veces, siempre contra Madison y siempre porque ella había ido a darle donde más dolía.

Oliver le dio un sorbo a su bebida.

–A lo mejor se refería a eso. –Acercó más su taburete–. Sabes que se han peleado hace poco, ¿verdad?

Ella se llevó el vaso a los labios para evitar que le temblaran las manos.

–¿Por qué?

A Oliver se le iluminaron los ojos.

–Es verdad que no sigues a nadie de Prescott en redes sociales, ¿eh?

–Sigo tu cuenta de YouTube. –Le sonrió–. Pero no, en general no. La verdad es que ya me harté de los cotilleos *online* durante el instituto.

Oliver se rio.

–Lo entiendo. Pero te estás perdiendo todo lo bueno. Nuestros excompañeros siguen siendo unos liantes.

Hannah rio a su pesar.

–¿Y qué pasó entre Madison y Theo?

Oliver se crujió los nudillos y volvió a acomodarse en su taburete.

–En resumen, Madison tenía un acuerdo de colaboración con Concord Hospitality en Insta desde hacía tiempo.

Hannah asintió. Después de graduarse en Princeton, Theo se unió a sus padres para dirigir el grupo de restauración de élite de la familia Fitzgerald. Hasta ahí sí que llegaba.

–Theo se ha vuelto bastante altruista en los últimos años –continuó Oliver–. Siempre sube publicaciones sobre las organizaciones a las que apoya o sobre acabar con el hambre en el mundo y tal y cual.

–¡Oliver!

Él puso los ojos en blanco.

–Lo que sea. Sí es una causa importante, lo pillo. Es que se cree moralmente superior. Y es en plan, ¿de verdad le importa?

Hannah se encogió de hombros.

–A lo mejor sí. Bueno, ¿y qué tiene eso que ver con el acuerdo entre Madison y la empresa familiar de los Fitzgerald?

–A eso voy. A principios de año, Theo anunció que iba a abrir su propia fundación, una rama benéfica de Concord. Niños ricos que acaban con el hambre en las zonas urbanas o algo así. –Hizo un gesto desdeñoso con la mano–. Seguro que es estupendo.

–¿Y el acuerdo de Madison con Concord Hospitality tenía como objetivo dar publicidad a la fundación de Theo?

–Muchísima. Pero hace tres semanas, el día después de que saliera la noticia sobre su marido, anunció que el Grupo Sinclair, un rival de toda la vida de Concord Hospitality, se encargaría del *catering* de todos los eventos importantes de la campaña electoral de Winslow.

Hannah meditó sus palabras.

–Entonces, ¿Madison dejó tirado a Concord en favor del Grupo Sinclair?

Oliver asintió.

–Justo. George Sinclair era compañero de clase de Winslow en Regis, así que no sorprende tanto que se hayan deshecho de Theo como si fueran las sobras de la semana. Madison juró en redes sociales que la decisión era puramente de negocios, pero está claro que Theo se lo tomó a pecho. «A ver, chicas, ¿cuántas os habéis

sentido víctimas personales de Regina George?», ¿a que sí? El caso es que subió una publicación en la que decía que la decisión de Madison era egoísta y corta de miras y luego la borró al momento. Pero no antes de que un millón de personas le hicieran una captura. Llevan sin hablarse desde entonces.

Hannah se obligó a tomar otro sorbo de agua. Se había pasado casi la totalidad de las dos últimas horas con Theo Fitzgerald y él no había dicho una sola palabra sobre su enfrentamiento con Madison. «¿Acababa de acostarse con un asesino?».

Apartó el vaso de agua, mareada.

–Gracias, es una información muy útil.

Hannah se giró en el taburete y barrió el club con la mirada. Theo aún no había vuelto. Elle estaba sentada con rigidez junto a Beatrice en el comedor y parecía que las dos deseaban poder estar mirando el móvil en ese momento. Había un pequeño grupo de profesores y responsables de Prescott apiñado en la biblioteca. La señora Caldwell, el señor Harris, la señora Briar y dos mujeres de veintipocos años a las que no reconocía. Seguramente serían profesoras nuevas. No es que estuvieran sonriendo y riendo, pero parecía que le estaban sacando el máximo provecho a aquella velada tan extraña e inquietante, pues se los veía charlando y compartiendo una botella de vino rosado. Con toda probabilidad, deseaban estar lejos de sus exalumnos y de los viejos dramas que habían culminado en un crimen alarmantemente violento.

En el extremo más alejado de la biblioteca se encontraba Ami, con los pies subidos a un sillón y un libro abierto sobre el regazo. Cayó en la cuenta de que apenas había visto a su hermana pequeña desde que le hicieron subir las escaleras para hablar con los inspectores, pero probablemente fuera en gran parte culpa suya. Había estado bastante absorta.

–Perdona –le murmuró a Oliver–. Necesito tomar algunas notas mientras los hechos siguen recientes y creo que debería ir a ver a Ami.

–Claro. –Le sonrió–. Avísame cuando vuelvas a necesitar mi ayuda. –Luego se dio la vuelta y se entretuvo con el cuenco de frutos secos, apartando las nueces pecanas en su servilleta.

Unos instantes después, Hannah le colocó una mano en el hombro a Ami.

–Tengo que enseñarte algo.

Guio a su hermana hasta el rincón de lectura y tiró del lomo del libro de bronce para abrir la puerta.

–Mola, ¿eh? –dijo cuando ambas se habían adentrado en la salita vacía y acomodado en el sillón, con la puerta cerrada a sus espaldas.

–Mucho. –Ami parecía impresionada. Recorrió la pila de libros raros que estaban sobre la mesilla con el dedo.

–¿Aún te alegras de haber volado hasta aquí para esto?

Ami se rio.

–Estoy empezando a arrepentirme. Es bastante… intenso.

–Cuando menos.

Ami se mostró preocupada.

–¿Y tú cómo lo llevas?

–Bien. Yo también empiezo a arrepentirme. Si hubiera sabido que mi jefe me mandaría a aquí, no habría sacado a la luz mi artículo. No dejo de pensar que, si no lo hubiera escrito, hoy nadie me habría prestado la más mínima atención.

–Bueno, tampoco es que supieras que alguien se iba a cargar a Madison DuPont en la gala, ¿no?

–Por Dios, Ames, claro que no.

Su hermana levantó las manos.

–Perdona. Sé que no has sido tú. Obviamente.

–Obviamente. –Hannah apoyó la cabeza contra el respaldo de la silla y se llevó las rodillas al pecho–. No te he visto demasiado esta noche. ¿Dónde has estado?

Ami frunció el ceño.

–Por aquí. Eres tú la que ha desaparecido.

Hannah hizo memoria. No recordaba haber visto a su hermana mientras hablaba con Gemma o Theo. El club estaba lleno de gente, pero tampoco era tan grande. Tenía la incómoda sensación de que su hermana le ocultaba algo.

Decidió probar con otra estrategia.

–¿Hay alguien más de tu clase? ¿Con quién has estado charlando?

–La verdad es que no –respondió enseguida Ami–. Me he tomado una copa con Bruno e Ethan, los que estaban entre tu curso y el mío. ¿Los recuerdas?

–Sí. –Hannah puso una mueca de desagrado durante un segundo, esperaba que su hermana no se hubiera percatado–. ¿Siguen tan unidos?

Bruno Álvarez e Ethan Astor habían roto durante el último mes de clase, en el último curso de Hannah, cuando ellos estaban en tercero. La ruptura había sido un caos (con muchas especulaciones sobre una supuesta infidelidad que a Hannah le recordó al escándalo de Gemma Phipps) y se preguntó si alguno de los dos tendría alguna idea del papel que Hannah había desempeñado en su ruptura. No lo había hecho con maldad; se había visto arrinconada. Lo más probable era que hubieran terminado rompiendo de todas formas. Los amoríos de instituto no suelen durar y los rumores sobre la infidelidad eran ciertos, pero sintió una punzada de culpabilidad al recordar lo que había hecho…

–No mucho –respondió Ami–. Pero no creo que se guarden rencor. Parecía que lo estaban pasando bien poniéndose al día. Por cierto, ahora que lo menciono, ¿es posible que te haya visto cenando a solas con tu querido Teddie? –Agitó sus largas y oscuras pestañas.

Hannah se mantuvo impasible. Aún no habían hecho llamar a Ami para hablar con los inspectores y, aunque su hermana jamás diría nada que pudiera incriminarla a propósito, Hannah sabía que era mejor no arriesgarse. Cuanto menos supiera, mejor.

–Sí. Parece que es el único de nuestros excompañeros que no piensa que fuera capaz de envenenar a Madison. –Bajó el volumen–. Aunque no sé si opino lo mismo sobre él.

Ami se inclinó hacia ella.

–¿Crees que ha sido Theo?

–¿No? ¿A lo mejor? –Apretó los labios, reflexiva–. Oliver me ha contado lo del drama de Instagram entre Madison y Theo. Ahora mismo daría el dedo meñique de mi pie izquierdo a cambio de poder tener el móvil.

Ami se rio.

–Pues menudo sacrificio.

–¡Oye! Los meñiques son muy importantes para el equilibrio. –Suspiró–. Ojalá tuviera alguna información de primera mano que poder llevarles a los inspectores para quitármelos de encima. Pero no voy a acusar a Theo sobre algo que he descubierto de oídas y que no puedo verificar. Además, Gemma y Elle son igual de sospechosas. Bueno, y Bash también.

Ami extendió el brazo y colocó su mano sobre la de Hannah.

–Están hablando con mucha gente. A alguien se le escapará algo. Ya lo verás.

Hannah asintió, aunque no la consolaba mucho. Había cierta parte de su conversación que la inquietaba. Le dio un apretón en la mano a su hermana y se preguntó qué le estaría ocultando.

17 de enero de 2017

Instagram

Imagen: Una mesa exuberante dispuesta en la terraza cubierta de una preciosa propiedad en el valle del Hudson en invierno, sobre la que se exhiben platos muy bien presentados, elaborados con productos locales, variedades tradicionales e ingredientes silvestres recolectados.

TheUpperEdge: El semestre de primavera ya está en marcha y todo Prescott está emocionado por la apertura de Orchard & Vine, el último negocio del Grupo Concord. Para la inauguración del restaurante de productos locales más a la moda de Hudson, los Fitzgerald van a organizar una fiesta espectacular para familiares y amigos este sábado por la noche.

Todas las personas relevantes estarán allí; y todos los demás tendrán que leer sobre el evento en *Page Six*.

17

17-21 de enero de 2017

A las tres semanas de comenzar el semestre de primavera, Hannah se descubrió pasando la mayor parte del tiempo con Oliver y evitando a Madison y a Elle. O, para ser más exactos, ignorando el hecho de que eran ellas quienes la ignoraban. Las dos reinas volvían a gobernar en paz, pero ninguna parecía tener un hueco para Hannah en su calendario social.

Quizá ya se les habían agotado los papeles que poder asignarle en el retorcido juego de las Jerarquías de Instituto al que estuvieran jugando y, ahora que había dejado de serles útil, se habían cansado de la chica de Pittsburgh. La verdad le escocía más de lo que deseaba admitir. Durante meses se había enorgullecido de su habilidad de mantenerse alejada de sus dramas a la vez que disfrutaba de las ventajas de su amistad: la ropa, las fiestas, los áticos, pero también el poder echar un vistazo a los altibajos de las personas privilegiadas que se criaban en el Upper East Side. Puede que ella también las hubiera estado utilizando, confundiendo su incipiente curiosidad periodística con una verdadera amistad. No era su intención, pero ahora que tenía tiempo de sobra para reflexionar sobre el semestre de otoño, le resultaba difícil ver su interés hacia Madison y Elle como algo sincero.

Se decía a sí misma que la distancia entre ellas era lo mejor que podría haberle pasado, mientras seleccionaba noches temáticas de películas con Ami, probaba aperitivos nuevos del súper coreano con Gemma y Oliver y acudía a aperturas de galerías de arte con su padre y Yoko. Ami había estado especialmente sensible últimamente y ella había tratado de prestarle toda la atención posible a su

hermana pequeña. Habían transcurrido casi dos semanas y Ami aún seguía disgustada por la broma fallida el Día de los Fundadores («El objetivo era atribuirme el mérito, pero ya no puedo hacer eso»). Pero respondía con resoplidos a los recordatorios de Hannah de que había tenido muchísima suerte porque nadie había terminado herido de gravedad y no la habían pillado. Hannah cada vez estaba más preocupada pensando en qué sería lo próximo que intentaría su hermana para llamar la atención. Ami ansiaba que la aceptaran y envidiaba a Hannah por su posición en Prescott, por mucho que hubiera decaído, y estaba claro que terminaría liándola.

En cuanto a Hannah, que Madison la hubiera tenido en el punto de mira la mitad del tiempo había hecho que el semestre de otoño pasara volando, pero también le había provocado un aumento diario de la frecuencia cardíaca. Solo quedaban cinco meses para la graduación y después su breve etapa en Prescott quedaría atrás. Todo estaba como debía. No necesitaba más drama.

Casi se creía sus propias mentiras.

Una hora antes del primer timbre del martes, el día que volvían a clase tras el festivo por el Día de Martin Luther King Jr., Hannah atravesó las puertas del despacho de administración de Prescott para ver al señor Harris. Como consejero principal de los de último curso, atendía a los alumnos en la oficina de orientación varias veces a la semana. En el momento en que la puerta que llevaba al área de recepción se cerró a sus espaldas, la mirada de Hannah recayó sobre Elle, que estaba sentada a solas en una de las sillas de respaldo alto azul marino frente al despacho de la señora Caldwell. Aquel día, Elle había añadido como complementos a su uniforme un conjunto de horquillas de carey de Alexandre de Paris, una mochila acolchada de Chanel y unos zapatos de charol Mary Jane Vara de Ferragamo. Las dos chicas cruzaron la mirada un instante a través del alto jarrón de amarilis carmesí que había en el centro de la mesilla y Hannah respiró hondo. Sintió un cosquilleo de indecisión en el estómago, pero antes de poder darle más vueltas, tomó asiento en la silla contigua a la de Elle.

–Debería haber rechazado la invitación a Montauk –dijo sin respirar–. En cuanto llegué quedó claro que Madison solo me había llevado para enfadarte. Debería haber sido más considerada.

Elle entrecerró los ojos. Una sonrisa de perplejidad se asomó a sus labios.

–Esa noche tenía planes en la ciudad que no podía perderme. Cualquiera que planee celebrar su boda en Nochebuena debería saber que algunos de los invitados tendrán problemas para acudir.

Hannah abrió levemente la boca y volvió a cerrarla. ¿Acaso Elle estaba insinuando que la habían invitado a la boda de los DuPont-Fairfax y que había rechazado la invitación?

Elle se rio.

–Ay, cariño. ¿De verdad pensabas que habías sido la primera opción de Madison? ¿No te paraste a pensar por qué no recibiste la invitación hasta la semana de antes?

Hannah permaneció en silencio. Durante el último mes había asumido que el trato gélido que había recibido de parte de Elle se debía al papel involuntario que había interpretado en la jugada ofensiva de Madison durante las vacaciones, y puede que hubiera sido así; pero las dos chicas le habían tendido una trampa.

–Pero ¿y tus mensajes durante la boda? –balbuceó. Los había mandado siempre en el momento exacto. Y rezumaban celos y resentimiento, ¿verdad? Ahora a Hannah le costaba recordar qué decían con exactitud.

Elle ladeó la cabeza de manera inquisitiva.

–Quería asegurarme de que Madison estaba haciendo que lo pasaras en grande en mi ausencia. Pero al parecer no fue así. Sabía que la presencia de Bradley Fairfax la distraería. Esos dos siempre son incapaces de quitarse las manos de encima.

–Señorita Harrington. –La dos levantaron la cabeza hacia el escritorio Chippendale, con sus patas en forma de garras redondeadas, a varios metros a su izquierda, donde una joven recepcionista estaba sentada mirando por encima de la pantalla de su ordenador portátil–. Ya puede pasar a ver a la señora Caldwell.

–Gracias. –Elle se puso en pie y, sin dirigirle otra palabra a Hannah, desapareció en el interior del despacho de la directora. Por

primera vez, Hannah se preguntó por qué estaría allí Elle, a punto de reunirse con la señora Caldwell antes de las clases. Algo le decía que no tenía nada que ver con la disciplina. Conociendo a Elle, seguramente iría a pedir una excepción para añadir otra asignatura avanzada a su horario o a rogar que le cambiaran de profesor de historia.

Antes de que pudiera darles más vueltas a las distintas posibilidades, se abrió la puerta del despacho de orientación y el señor Harris la instó a entrar.

–Hannah –dijo con una cálida sonrisa–. ¿Vamos a planear tu futuro académico esta mañana?

Ella le devolvió la sonrisa y cogió su mochila y abrigo. Parecía que cambiaba todos los días de opinión sobre si acudir a la UPenn o a la NYU, Filadelfia versus Nueva York. El señor Harris se había ofrecido a ayudarla con una lista de pros y contras de las universidades, ya que necesitaba que la aconsejaran. Impulsada por una nueva oleada de determinación para centrarse en la vida después de Prescott, dejó a un lado el caos de preguntas que le habían surgido durante su conversación con Elle y entró en el despacho de orientación.

Llegó la hora del almuerzo. Quedaban diez minutos para que sonara el timbre que señalaría el comienzo de la quinta hora. En un giro inesperado de los acontecimientos, tanto Elle como Madison habían sido amables con Hannah durante toda la mañana; le habían dejado un hueco libre a su lado en la mesa del seminario, la habían saludado con efusividad en el pasillo y habían charlado con ella durante la comida. No tenía claro qué había cambiado, pero quizá Elle llevaba todos esos días esperando una disculpa. Aunque en realidad no se la merecía, puesto que Hannah no había hecho nada mal; pero, por mucho que se hubiera pasado las últimas semanas convenciéndose a sí misma de que no necesitaba su amistad llena de altibajos, debía admitir que había echado de menos su compañía, por voluble que fuera.

–Hannah. –Acababa de entrar en el baño de mujeres de la segunda planta, el cual lucía la etiqueta de «Damas», en vez de la de «Chicas», en una tipografía delicada.

Se dio la vuelta.

–¿Hola?

Un mocasín bien lustrado de John Lobb mantenía la puerta semiabierta. Unos segundos después, Bruno Álvarez abrió la puerta de par en par y metió la cabeza, sonriente.

A Hannah se le escapó una risilla provocada por una mezcla de nervios y curiosidad.

–¿Qué haces aquí?

Él se encogió de hombros.

–No hay nadie más. No pasa nada.

–Vale. –Retrocedió para hacer hueco a Bruno y que pudiera entrar por completo en el baño. La puerta se cerró tras ellos con un golpe–. ¿Qué pasa?

–Una invitación de Theo. –Bruno le ofreció un sobre blanco crudo. Un calígrafo había escrito el nombre de Hannah en la parte delantera–. Y otra para Ami.

Aceptó los dos sobres y se recostó contra el largo conjunto de lavabos de mármol, una construcción a años luz de los lavabos blancos institucionales de su antiguo colegio público en Pittsburgh.

–¿Ahora eres el chico de los recados de Theo?

Bruno se encogió de hombros.

–Theo es el anfitrión de la fiesta, pero Madison ha supervisado la parte de la lista de invitados que corresponde a los alumnos de Prescott. Me ha pedido que entregue las invitaciones.

Qué típico. Había visto a Madison varias veces ese mismo día; pero jamás dejaría pasar la oportunidad de obligar a Ethan o Bruno a cumplir su voluntad.

Bruno permaneció en el baño con una mirada expectante, lo cual sugería que debía abrir la invitación delante de él.

Hannah Irene Miller:

Está cordialmente invitada a acompañar a la familia Fitzgerald en la celebración de la preapertura de Orchard & Vine, la primera iniciativa gastronómica del Grupo Concord al norte del estado.

Sábado, 21 de enero de 2017
a las 18:30 h

Orchard & Vine en el Concord Lodge
Hudson, Nueva York

Canapés de temporada, vinos locales y una primera degustación del menú de invierno.

Rogamos confirmación de asistencia.
Vestimenta: elegancia rural

–¿Este sábado? –preguntó sin necesidad–. ¿Y Ami también está invitada?

–Sí y sí. –Bruno sonrió y se colocó un espeso mechón de cabello negro rizado tras la oreja–. Entonces, ¿te apuntas?

Hannah reprimió una sonrisa (Theo había sido lo bastante amable para incluir a Ami y, por una vez, Madison no había intervenido) y se guardó los sobres en la mochila. No tenía idea de a qué se referían con lo de «elegancia rural» y tenía la sensación de que las habían añadido a la lista de invitados a última hora, pero ¿qué más daba todo eso?

–Tendré que hablar con mis padres –dijo tras una breve pausa.

Bruno asintió.

–Avísame como tarde mañana por la mañana. Theo está organizando los helicópteros.

A las seis y media del sábado, el primer helicóptero aterrizó en la plataforma privada de los Fitzgerald en Concord Lodge, una vivienda vacacional que la familia de Theo había transformado hacía poco en una posada de lujo y un restaurante de productos locales con el tamaño suficiente para atender tanto a sus invitados como a miembros del público. Se suponía que la preapertura era un evento exclusivo que aunaría a ciento cincuenta invitados selectos del ámbito culinario, la comunidad de Hudson y la élite del Upper East Side; lo cual incluía, por supuesto, a Prescott.

Hannah y Ami se apearon del helicóptero de alquiler para bajar al terreno cubierto de nieve. Poco después, un aparcacoches ataviado con un largo abrigo de lana las condujo hasta uno de los Land Rover clásicos que las llevarían hasta la fiesta, atravesando el enorme terreno. A través de la ventana trasera pudieron ver el huerto

flanqueado por árboles cubiertos de una ligera capa de nieve. En la ciudad, la nieve se volvía una aguanieve de tono ceniciento en cuestión de pocas horas. Allí estaba impoluta, por lo que la parcela se asemejaba a los bosques de los cuentos.

El huerto pronto desembocó en una expansión amplia y herbosa que en verano se transformaría en un prado de flores silvestres. Pasaron de largo un cuidado jardín, ahora recubierto de nieve, y luego el Land Rover se detuvo en un pequeño aparcamiento. Justo delante se encontraba el Concord Lodge. Abriría sus puertas a los invitados al mes siguiente; por ahora, el edificio principal con fachada de tejas de cedro, porche envolvente y terraza de piedra climatizada permanecía cerrado mientras el equipo de contratistas y diseñadores de los Fitzgerald añadía los toques finales. El restaurante Orchard & Vine contaba con su propio edificio, que se conectaba con el vestíbulo a través de un camino empedrado cubierto que ofrecía a los huéspedes de la posada completa privacidad durante su estancia, al mismo tiempo que proporcionaba una ruta cómoda y cubierta hasta el restaurante durante los meses de invierno. La inauguración oficial tendría lugar el próximo viernes, varias semanas antes que la posada. Aquella noche solo era para familiares y amigos.

–¡Vamos! –Ami cogió a Hannah del brazo y tiró de ella hacia las puertas de doble hoja. En la parte delantera, unos altos maceteros exhibían un frondoso follaje invernal. El humo de la leña se elevaba desde la chimenea de la cocina. En el extremo opuesto del edificio, una escalera de madera permitía el acceso desde el jardín hasta la terraza cubierta, un espacio diáfano y equipado con calefactores y paravientos de vidrio para combatir el frío de enero.

Hannah se dejó arrastrar por el camino de grava iluminado por farolillos hasta la entrada adornada con enebros y eucaliptos, deseosa de escapar de la temperatura heladora del exterior. Bajo el abrigo llevaba un vestido de punto de cachemira por debajo de la rodilla que esperaba que se ajustara al código de vestimenta, pero llevaba las piernas desnudas, una decisión de la que ahora se arrepentía. Ami llevaba un vestido lencero fino de seda y un cárdigan holgado, un conjunto que había tardado en idear toda una

tarde. Los tacones de sus botas, en el caso de Hannah unos botines de ante y en el de Ami unas botas de montar por la rodilla, resonaban sobre las losas de piedra.

Tras las puertas de doble hoja, un trío de *jazz* tocaba una melodía algo conocida a muy bajo volumen. Los invitados charlaban en torno a las mesas rústicas, decoradas con delicados caminos de lino blanco. Por encima se encontraban los centros de mesa formados por arreglos de flores silvestres disecadas de la zona y grupos de velas de diferentes estilos que habían reunido a propósito. Un empleado acudió junto a Hannah y Ami para llevarse sus abrigos y la primera se sintió aliviada al descubrir que otros invitados llevaban una mezcla de lana, *tweed* y prendas holgadas de algodón. Un estilo «rural» pero diseñado por Burberry y adornado con pendientes de oro y collares de perlas.

Los camareros se fundían con los entremeses que servían. Ami cogió un *crostini* con una cobertura de confit de pato y compota de cereza de una bandeja de roble que pasaba de largo. Lo olisqueó y luego se lo ofreció a Hannah.

–Nop, he cambiado de idea.

Hannah se rio y se lo metió en la boca. Era dulce y salado y le resultó sorprendentemente delicioso, pero conocía los gustos de Ami. Su hermana aún tenía el paladar de una niña pequeña.

–Quizá tengan de esos bocaditos de queso que sirvieron en la boda del primo de Madison. –Recordó el momento en que se sentó con Alex entre la ceremonia y la cena y se pusieron hasta arriba de esas delicias de queso trufado.

–Hala. –Ami señaló una larga mesa que habían dispuesto frente a la cocina abierta. Sobre ella había bandejas de pizarra con embutidos y quesos, así como cuencos de cerámica repletos de frutas invernales. Una comida más del estilo de Ami. En el interior de la cocina, el personal se movía diligentemente; uno de los camareros se ocupaba de un fuego de leña, el origen del humo que habían visto desde el exterior. Otro preparaba finas lonchas de *prosciutto* con una manivela de estilo antiguo; otros dos aliñaban las ensaladas de remolacha amarilla y queso de cabra y limpiaban los bordes de los cuencos.

Mientras Ami se servía del despliegue de entrantes en un pequeño plato de porcelana, Hannah miraba a su alrededor en busca de algún rostro conocido. Habían viajado desde la ciudad con Edward, Bash y uno de los amigos de Theo del equipo de remo, pero los tres chicos habían desaparecido en el momento en que todos salieron del Land Rover. Ahora los ojos de Hannah se iluminaron al ver a Elle, que se encontraba con sus padres y otros dos adultos a los que Hannah no reconocía en la base de una escalera de madera que conducía hasta la terraza. Probablemente se trataría de periodistas gastronómicos de la zona o miembros de la junta de Prescott. Elle le devolvió la mirada con un saludo cortés y Hannah gruñó para sus adentros.

Esa semana en el instituto había reinado la paz entre ellas, incluso había habido un trato amigable. Pero esa noche había gente a la que Elle debía impresionar; y Hannah era una de las personas menos impresionantes del lugar.

Antes de que pudiera rumiar durante más tiempo sobre la voluble amistad de Elle, Ethan le dio un golpecito en el codo y Bruno les hizo un gesto para que lo siguieran hasta las escaleras. Los dos chicos y Ami pasaron de largo a Elle y los adultos para dirigirse hasta la terraza cubierta.

A Hannah le vibró el móvil. Grace.

–Ahora os pillo –le indicó a Ami.

GRACE

Me vas a decir que estoy pirada porque mandamos la solicitud hace como tres semanas, pero escucha: le he mandado un email a la mujer de las residencias, la que conocimos en la visita, ¿te acuerdas? Dice que lo único que tenemos que hacer para pedir ser compañeras de cuarto es solicitarnos la una a la otra en la hoja de inscripción. Si es que entramos las dos, que lo haremos, obvio.

Hannah tragó saliva y volvió a dejar caer el móvil en su bolso. Le debía unos cuantos mensajes a Grace, pero ahora mismo no podía

pensar en la universidad. Se apresuró a subir las escaleras tras su hermana.

Como se podía ver desde abajo, la terraza estaba cubierta por un saliente y altos paravientos de vidrio a cada lado. Los calefactores exteriores brillaban, creando un ambiente acogedor a pesar del frío. Sobre los sofás de dos plazas acolchados había mantas mullidas, y los quinqués relucían sobre las mesas de bistró de mimbre blanco.

Bruno fue derecho hasta la barra y los demás lo siguieron. Cuando todos obtuvieron sus Gin Fizz y Old Fashioned con sirope de arce, tomaron asiento en un par de sofás dobles e Ethan extrajo un tubito de cristal del bolsillo.

–¿Alguien tiene ganas de fiesta?

Hannah levantó las cejas de golpe. Ya estaba acostumbrada a que en esos eventos todo estuviera permitido. Parecía que el alcohol siempre fluía con libertad, algo que jamás admitiría ante sus padres, que con toda probabilidad no lo aprobarían. Pero ¿coca?

–¡Yo! –Ami sonrió.

–Ames –le advirtió con severidad–. Ni de coña.

Su hermana pequeña la fulminó con la mirada.

–Ya me he metido dos veces con Alex. No es para tanto.

Hannah se quedó boquiabierta. Ethan les hizo una seña a Bruno, Hannah y Ami para que lo siguieran hasta una esquina de la terraza resguardada tras un biombo plegable decorado con un delicado motivo floral. Ami se levantó para seguirlo y Hannah la siguió a regañadientes. Tras el biombo había una mesa sobre la que habían apilado vajilla y manteles de sobra. Con los ojos abiertos de par en par y la boca ligeramente entreabierta, observó que Ethan hacía un hueco al final de la mesa y colocaba tres rayas sobre la tapa dura de un libro de fotografía (sobre recolección silvestre, a juzgar por la portada) que había rescatado de entre dos cajas de vasos de *whisky*. Ami se agachó y se presionó unas de las aletas de la nariz.

Hannah contempló estupefacta cómo Ethan y luego Bruno se metían sendas rayas. Cuando el libro llegó hasta ella, miró a su hermana.

«Me cago en todo». Aún quedaban varias horas antes de que regresaran los helicópteros que se los llevarían a casa. Impulsada

por un repentino ataque de curiosidad y por el hecho de que no podía permitir que su hermana la superara, cogió el libro y se inclinó sobre él. Un resplandeciente destello de polvo de estrellas inundó el espacio tras sus ojos y todas las luces de su mente se encendieron. Se enderezó entre risas. Lo que ocurre en Hudson…

Dos copas más tarde, Hannah se lo estaba pasando como nunca. Durante todo el año había sido la chica responsable en las fiestas de Prescott, rechazando todo el alcohol o limitándose a tomar una sola copa. No es que fuera una santa o algo por el estilo, pero en cuanto Yoko y su padre se enteraran de que los menores bebían sin supervisión, declinarían su invitación a todas las fiestas. Pero ahora sus padres estaban a muchos kilómetros de distancia, así que, a tomar por culo, lo estaba pasando bien.

Mientras la mayoría de los adultos se desplazaban al piso inferior, donde ya estaban sirviendo el primer plato, el grupo de Prescott permaneció en la terraza: bebiendo, bailando y metiéndose otra raya. Madison estaba sentada en una mesa cercana con Beatrice Whitmore y picoteaban de un plato de *prosciutto,* tomate reliquia, miniquiches y ostras horneadas. En algún momento, Bash se había unido al grupo de Hannah, Ami, Ethan y Bruno, que ahora ocupaban un sillón de dos plazas y varias sillas bajo una delicada hilera de luces parpadeantes. ¿Cómo podían ser tan preciosas esas luces? Debería hacer una foto y mandársela a Grace.

Hannah revisó su bolso en busca del móvil y abrió la conversación. Tenía dos mensajes más sobre compartir habitación al año siguiente. Le envió un mensaje nuevo.

HANNAH
¡Suena genial!

Hizo una fotografía, pero por algún motivo las luces parpadeantes no tenían el mismo aspecto en la imagen. Perpleja, volvió a meterse el móvil en el bolso. Tarde o temprano tendría que contarle a su

mejor amiga que se estaba planteando en serio acudir a la NYU. Pero no sería esa noche.

Hannah estaba vibrante de energía. En el extremo más alejado de la terraza había unas cuantas personas bailando. Le pareció divertido. Sus ojos se desviaron hacia Theo y Edward, que estaban pasando el rato junto a la barra, bebiendo *whisky*. Theo había sido muy amable de incluir a Ami esa noche. Las cálidas bombillas Edison colgadas de los bordes del techo de la terraza proyectaban un resplandor meloso sobre su cabello rubio platino; le brillaban las gafas. Le costaba mantenerse centrada y permanecer inmóvil. Quizá debería acercarse a él y preguntarle si le apetecía bailar…

Hannah volvió en sí al escuchar el sonido de la risa de Ami. Se dio la vuelta; Ami había estado sentada a su lado en el sofá hacía solo un instante. Pero el sonido procedía de otro lugar. Ahora su hermana estaba al otro lado de la terraza, apoyada sobre la amplia barandilla de madera que la rodeaba. No se había enterado de que se había levantado. Tras ella, uno de los altos paravientos no llegaba a ocultar las imponentes vistas del terreno cubierto de nieve. Junto a Ami, rodeándole los hombros con un brazo, se encontraba Bash.

Hannah se puso tensa y recobró la sobriedad de golpe. A lo largo del año le había ido cogiendo cariño a Sebastian Beaumont poco a poco. Había sido un buen amigo para Theo cuando estalló el escándalo de Gemma, sin enemistarse con Elle o tachar a Madison de mentirosa. Y, aunque seguía siendo un mujeriego incorregible, se había abstenido de hacer los mismos comentarios asquerosos sobre Gemma y las otras chicas de Prescott en The Upper Edge que muchos de sus compañeros realizaban cada día. Es decir, que había cambiado su opinión sobre él desde aquella malísima primera impresión; pero con eso y con todo, Bash no tenía derecho a acurrucarse con su hermana de quince años.

Se puso en pie de un salto, pero se tambaleó con sus botines. Tenían poco tacón, pero Hannah había comido muy poco y bebido demasiado. Se pellizcó el interior de la muñeca. «Recomponte».

–Hannah, querida. –Bash la rodeó con el otro brazo. Como ella era más alta, el brazo se posó en medio de su espalda. Pero se zafó de él al momento.

–Venga, Ames. Vamos a cenar.

Ami le dirigió una sonrisa perezosa y se recostó contra Bash. Todos estaban borrachos, colocados y mal alimentados. «Ha sido culpa mía», pensó Hannah. Antes de acudir esa noche les prometió a sus padres que cuidaría de Ami. Y había hecho todo lo contrario.

–No tengo hambre –respondió Ami entre risas–. Bash va a enseñarme la posada. Hay una ventana sin pestillo en la parte trasera.

–Shh –la instó Bash, colocándole un dedo sobre los labios–. Es nuestro secreto.

–Ni de puta coña –gruñó Hannah.

–Eh, tranquila –dijo Bash–. Solo vamos a hacer una breve visita. Nada raro.

Ella miró intencionadamente la mano de Bash que había descendido desde el hombro de Ami hasta su cintura.

–Apártate de ella.

–Hannah. –Ami se sonrojó–. Me estás avergonzando.

Bash levantó las dos manos y las colocó frente a su pecho sin dejar de sonreír.

–Vale, mamá.

Una oleada de ira recorrió a Hannah. Extendió la mano de golpe para coger a Ami de la muñeca.

–Ahora mismo –sentenció, apartando de un tirón a Ami de Bash. Ami, sobresaltada, siguió a su hermana a trompicones, pero, cuando ya había avanzado unos cuantos pasos, clavó los talones en el suelo. Justo tras ellas se encontraban las escaleras que descendían al terreno.

–Suéltame. –Sacudió el brazo con fuerza, pero Hannah la agarró con más insistencia.

Se inclinó hacia ella.

–Les prometí a papá y a Yoko que te cuidaría esta noche. Ni de broma vas a irte a otro sitio con Bash Beaumont.

Ami volvió a tirar del brazo.

–Como si tú no hubieras estado también de juega.

–Tienes razón, la he cagado. Pero ahora tenemos que ir abajo a comer algo.

–No eres papá –soltó Ami.

–Esta noche sí.

Se dio la vuelta y tiró de Ami hacia la puerta que conducía al interior del edificio. Bash las contempló con cara de diversión. Desde su mesa, Madison y Beatrice observaron la escena mientras degustaban un plato de ostras y miniquiches. Incluso la conversación alrededor de la barra se había acallado. Hannah volvió a tirar de su hermana hacia la puerta, pero Ami retorció el brazo y consiguió liberarse.

–¡Ay! –chilló cuando las uñas de Hannah le arañaron la muñeca. Luego se escuchó un golpe.

Hannah giró justo a tiempo para ver que su hermana se tambaleaba hacia atrás y el tacón de su bota se enganchaba en el borde de las escaleras. Extendió una mano para amortiguar la caída y luego cayó al suelo.

–¡Ami! –Hannah bajó las escaleras a toda prisa para ir a su encuentro. Ami estaba tumbada bocarriba sobre la nieve en la base de las escaleras, con el pelo extendido a su alrededor y aferrándose la muñeca.

–Mierda. –Se agachó hacia ella y le colocó una mano en la mejilla–. ¿Estás bien?

–La muñeca –sollozó Ami. Se le estaba inflamando deprisa.

–¿Te duele algo más? –Ayudó a su hermana a incorporarse.

Ami negó despacio con la cabeza.

–Me va a salir un moratón en el culo. Pero creo que estoy bien.

Justo en ese momento, Bash y Madison llegaron hasta el final de la escalera. Bash asesinó a Hannah con la mirada mientras Madison se cernía sobre las dos chicas. Por encima de ellos, aún en la terraza, Beatrice observaba la escena con el móvil en la mano.

–¿Estás bien? –La voz de Madison era amable. Se arrodilló junto a Ami, ignorando, al parecer, que el bajo de su vaporoso vestido Lela Rose se estaba calando con la nieve. Hannah inspiró hondo. Pensaba que Madison le exigiría a Theo que las echara por montar una escena. Aunque tampoco es que tuvieran ningún sitio al que ir.

–Estoy bien. –Ami sonrió agradecida y permitió que Hannah y Madison la ayudaran a levantarse.

–Bien. –La voz de Madison se había tornado gélida de repente. Hannah se tensó.

Madison se volvió hacia Bash.

–Tú, arriba. Ahora.

Bash la miró con desdén, pero se dio la vuelta.

Cuando las tres chicas estuvieron a solas, Madison se dirigió a Ami con los brazos cruzados sobre el pecho.

–Theo se la ha jugado para invitarte esta noche. Debería haberle dicho que eras demasiado infantil como para traerte a una fiesta como esta.

–Yo… –comenzó a decir Ami, pero Madison la interrumpió.

–Bash Beaumont no es alguien con quien se pueda jugar y, a menos que quieras ser la próxima Gemma Phipps, tienes que mantenerte alejada de los chicos de Prescott. ¿Entendido?

Ami guardó silencio, estupefacta. Quizá Madison pretendía hacerle un favor con sus advertencias, pero sus palabras habían sido afiladas como un cuchillo. Hannah contempló fijamente los ojos marrones de Madison, pero no halló ninguna respuesta. ¿De verdad estaba Madison mirando por el bien de su hermana? ¿O tan solo estaba horrorizada ante la idea de que su amigo se liara con una donnadie como Ami?

Hannah habló tras una breve pausa.

–Vamos a por hielo para su muñeca. Creo que se ha hecho un esguince.

Los ojos de Madison se deslizaron hacia abajo.

–Está bien –respondió con sequedad–. Os veré a las dos en el comedor.

Y, con esas palabras, se despidió de ellas.

18

Sábado 13 de junio de 2026
1:58 h

Diez minutos más tarde, Hannah y Ami seguían escondidas en el rincón de lectura oculto del Club Lenox, hablando. La conversación había pasado de la investigación al trabajo de Ami como asistente de moda (que en ocasiones le resultaba emocionante, pero casi siempre era tedioso) a su viaje a Japón.

El reloj de pie marcó las dos de la mañana y luego guardó silencio. Unos segundos después, se abrió la puerta y unos rayos de luz se colaron en la pequeña estancia. Las dos mujeres se incorporaron, alarmadas.

–Ahí estás. –Edward Beaumont asomó la cabeza en el escondrijo con el ceño fruncido.

–No sabía que me estabas buscando. –Hannah estiró las piernas y se puso en pie.

–Esta vez a la que necesito es a Ami, no a ti. –Señaló a la susodicha con la barbilla–. Los inspectores quieren hablar con ella.

Ami se encogió en su asiento de forma casi imperceptible.

–¿Por qué? –intervino Hannah–. Ami no tuvo nada que ver con todo el drama de Madison.

Edward se encogió de hombros.

–Yo solo soy el mensajero. Además, yo estuve en Yale durante vuestro último año en Prescott y aun así me han sometido al tercer grado.

Ami le dio un apretón a su hermana en la mano.

–No pasa nada. Ahora te veo.

Hannah observó que su hermana salía del rincón de lectura y atravesaba las puertas de la biblioteca con paso decidido. Ami estaría bien. Podía cuidar de sí misma. Era algo que pensaba ya desde el instituto. Sin embargo, la invadió la misma sensación de siempre: que debería haberse esforzado más para proteger a su hermana de alguna manera.

En el interior de la Habitación Caraway, el inspector Randall Crews le explicó a Ami que debía dar su consentimiento para la grabación. Ella no perdió la sonrisa, pero tenía los puños cerrados entre las rodillas. Quería librarse de tener que estar en el punto de mira, pero no había tenido suerte. «Y una puta mierda». Y ahora que estaba allí debía tener muchísimo cuidado.

Había estado a punto de contarle la verdad a su hermana en la biblioteca, pero no podía involucrarla en eso. Sincerarse con Hannah habría supuesto poner la vida de su hermana en riesgo. No había comprendido lo que quería decir aquella nota hasta que fue demasiado tarde. Y ahora era la guardiana de un terrible secreto que debía ocultar un tiempo más. Hannah estaba desesperada por resolver el asesinato de Madison y dejar de ser sospechosa, pero si Ami les contaba a los inspectores todo lo que sabía antes de tener la oportunidad de hablar con el asesino de Madison (un hecho inevitable que llevaba postergando toda la noche) pondría en peligro la vida de su hermana y la suya propia. Era un hombre poderoso y formaba parte de una de las familias más poderosas de Nueva York. Un arresto no garantizaría su seguridad ni por asomo. Había aprendido muchas cosas sobre los poderosos del Upper East Side durante su etapa en Prescott.

La inspectora Raina Wellesley abrió un sobre de papel Manila y extrajo varias fotografías. Las extendió sobre la mesa de caoba que las separaba.

Ami se inclinó para echar un vistazo. Ante ella había una serie de imágenes que parecían apariciones del pasado. En las fotos, volvía a tener quince años e iba ataviada con un vestido liso de seda, del mismo tono azul celeste que había escogido para el atuendo de esa noche. Había complementado la prenda con unas botas de montar

hasta la rodilla y una gruesa rebeca de punto. En las dos primeras imágenes estaba en la terraza con Bash, él le rodeaba los hombros con el brazo y ella tenía la cabeza recostada contra él. En las siguientes cuatro, ella se encontraba en la base de las escaleras, primero tendida en la nieve, con el cabello extendido a su alrededor, luego sentada, agarrándose la muñeca. Hannah estaba agachada a su lado y Madison se cernía sobre las dos, con los brazos cruzados y una mirada fulminante.

Se echó hacia atrás en el asiento con el corazón desbocado. «Mantén la compostura». No le hacía falta preguntar de dónde habían sacado aquellas viejas fotografías. Las habían impreso en *Page Six* el día después de la preapertura del Orchard & Vine y, aunque había transcurrido una década, internet vive para siempre. Más interesante sería preguntarse quién había sacado las fotografías en primer lugar.

La uña esmaltada de rosa de la inspectora Wellesley golpeó la última imagen, en la que se podía percibir con más claridad la mueca de Madison.

–¿Qué pasó aquí?

–Tonterías de adolescentes –respondió Ami con sinceridad–. Como imagino que ya habrán leído al pie de las fotos, las tomaron en una fiesta al norte del estado, en una propiedad de los Fitzgerald. Una serie de malas decisiones resultaron en que me cayera por las escaleras.

Después de que las fotografías circularan *online*, a Ami le habían prohibido acudir a todas las fiestas de Prescott durante lo que quedaba de año. Y, si era honesta, aún le producía un poco de amargura.

–¿Se cayó? –preguntó Crews.

–Me caí –repitió Ami. Por suerte, cuando salieron las fotos, los breves textos no incluyeron su altercado con Hannah. Sebastian Beaumont y Madison DuPont eran los verdaderos focos del cotilleo; a *Page Six* le encantaba destacar cualquier posible escándalo que rodeara a las familias más influyentes del Upper East. Ami y Hannah eran unas donnadie; tan solo había sido la chica misteriosa que se acaramelaba con Bash y que luego se ponía en ridículo. A nadie le

importaba el papel que había tenido Hannah en aquel embrollo, y Ami estaba decidida a que siguiera siendo así. Lo último que necesitaba su hermana era que le prestaran más atención negativa esta noche.

–¿Y aquí? –La inspectora Wellesley golpeteó con la uña las dos primeras fotografías, en las que Ami estaba recostada contra Bash.

–Justo lo que parece –dijo Ami, esforzándose por mantener la voz firme. Había ocurrido hacía mucho tiempo, pero aquellos viejos recuerdos la habían afectado más de lo que esperaba–. Me había pasado de rosca y Bash y yo estábamos hablando.

–¿Nada más?

–No ocurrió nada entre nosotros, si es lo que me está preguntado –afirmó–. Menos de cinco minutos después de que se tomaran esas fotos estaba haciendo ángeles en la nieve en la base de las escaleras.

–¿Y dónde se encontraba Sebastian Beaumont en ese momento? –preguntó el inspector Crews.

Ella se encogió de hombros.

–Creo que bajó a comprobar si estaba bien, pero no lo recuerdo del todo. Me acababa de caer por las escaleras y, como he mencionado, estaba bastante afectada.

–Él no aparece en ninguna de estas fotografías –observó el inspector.

–No –asintió Ami–. Creo que Madison lo mandó de vuelta a la fiesta.

Los dos inspectores intercambiaron una mirada.

–Madison no parece contenta –intervino Wellesley–. ¿Estaba enfadada por lo suyo con Sebastian?

–¿Qué? No. Como ya he dicho, no ocurrió nada con Bash.

«Dios, ¿no podían dejar ya el tema?».

–¿Y después de esa noche? –preguntó el inspector Crews–. Sebastian y usted siguieron en Prescott juntos durante otros cinco meses, hasta que los de último curso se graduaron.

Puso una mueca. Los inspectores estaban haciendo las preguntas incorrectas, pero, si seguían presionándola, era posible que terminaran por acercarse peligrosamente a la verdad.

–Nunca estuvimos juntos –sentenció inexpresiva.

La inspectora Wellesley volvió a señalar las fotografías de Madison.

–Aquí está disgustada por algo. Parece que está enfadada con usted.

Ami cruzó y descruzó las piernas.

–Dijo que era muy infantil. Pensaba que estaba haciendo quedar mal a los Fitzgerald, lo cual supongo que es cierto, puesto que alguien envió las fotografías a una web de cotilleos.

El inspector Crews golpeteó la mesa con un bolígrafo. Tap, tap, tap.

–¿Por qué cree que enviaron las fotos al *Post*? ¿No contaba Prescott con su propia cuenta de cotilleos?

Ami se enderezó al sentir la oportunidad de desviar el foco de su investigación.

–Tendrían que preguntárselo a la persona que sacó las fotografías. Quizá pensó que así tendrían más alcance, ya que las hizo en un evento exclusivo y no en una fiesta cualquiera de Prescott.

Los dos inspectores la contemplaron fijamente en silencio. A Ami se le erizó la piel. «¿Por qué no estaban picando en el cebo?».

–Deberían preguntarle a Beatrice Whitmore –continuó–. Estaba en lo alto de las escaleras con el móvil en la mano.

Sintió una punzada de culpabilidad al instante. «No deberías haber mencionado el nombre de Beatrice». Pero no tenía motivos para pensar que Beatrice hubiera matado a Madison y necesitaba hacer algo para alejar a los inspectores todo lo posible de sí misma y sus dramas sentimentales en el instituto antes de que comenzaran a hacerle las preguntas adecuadas. Aquellas que Ami temía responder.

–Ajá. –El inspector Crews pasó la página de su cuaderno a una en blanco y garabateó algo ilegible.

–¿Puedo irme ya? –preguntó Ami.

El inspector Crews apagó la grabadora.

Una semana antes

La madre de Ami, Yoko Hiroto-Miller, pasaba un mes en Kioto cada verano desde que sus padres regresaron a Japón hacía veinte años.

En esa ocasión, tras acumular los días de vacaciones de dos años, Ami voló hasta allí para reunirse con su madre y sus abuelos.

Llevaba tres semanas en la ciudad cuando recibió la carta. Por correo postal, un método anticuado, pero que casaba con las sensibilidades de muchos de sus excompañeros; y sin aviso previo. La carta la hizo retroceder al pasado, mucho más de lo que creía posible. Seguía en contacto con unos cuantos alumnos de su clase; a diferencia de Hannah, cuya etapa en Prescott había sido tan breve, Ami había pasado la mayor parte de sus años de instituto vagando por sus pasillos. El único año de instituto que realizó en Pittsburgh no era más que un parpadeo; Prescott había consumido su adolescencia. Pero el grupo de Hannah había salido de su vida tras aquel primer año. La mayoría se marchó a la universidad y los de cursos anteriores que permanecieron allí pasaron a un segundo plano sin que Madison ni Elle estuvieran en el lugar para provocar dramas diarios.

No tenía planeado acudir a la gala. En primer lugar, la mayoría de sus amigos cercanos de su propia clase no lo haría. Tenían trabajos en California, Colorado o Washington DC. Su mejor amiga se había asentado en Francia con un ciclista parisino el año anterior. Otra mujer de su grupo estaba realizando labores humanitarias en Oriente Medio. Parecía que, a excepción de Ami, ahora todos tenían vidas demasiado importantes para Prescott. Además, la gala coincidía con su gran viaje a Japón. Y lo más importante de todo, la persona a la que deseaba ver con todas sus fuerzas (y que se había graduado en otra clase, por lo que nunca se encontraban en las reuniones de antiguos alumnos, y con quien había perdido por completo el contacto a pesar de que tenían muchas cosas pendientes) no le había respondido al mensaje de borrachera en el que se había abierto en canal, que mandó una noche a las dos de la mañana esa primavera cuando se enviaron las invitaciones de la gala. Y cuando respondió, unos días más tarde, la contestación fue breve, formal y vaga.

Me alegra que me hayas escrito, Ami.
Aún no tengo claros mis planes, pero te

mantendré informada.

Fue casi incapaz de resistirse a la tentación de acurrucarse en posición fetal debajo de su cubículo en el trabajo. No respondió. Sería muy vergonzoso.

Pero entonces llegó la carta, enviada hasta la mismísima casa de sus abuelos en Kioto. Estaba manuscrita y transmitía todos aquellos viejos sentimientos que nunca habían tenido la oportunidad de explorar como era debido; nada que ver con aquel mensaje de texto tan cortante.

> Por favor, ven a la gala. Si soy sincero, solo voy a asistir por ti. Intentémoslo de nuevo, como deberíamos haber hecho hace diez años. Entiendo por qué me rechazaste entonces, pero tu mensaje esta primavera… No he sido capaz de dejar de pensar en él.
>
> El tema es que ahora ya somos adultos. Madison no tiene derecho a controlar nuestras acciones. No se lo permitiré.

Recibió una invitación a la gala a su nombre junto con la carta, así como los datos de un vuelo de vuelta a Nueva York, que habían pagado por adelantado.

Era una oferta demasiado atractiva como para rechazarla. ¿Pero a qué precio? En lo más hondo de su ser, Ami sabía quién había matado a Madison DuPont. Y llevaba toda la noche evitándolo.

9 de febrero de 2017

Instagram

Imagen: Ethan Astor y Bruno Álvarez envueltos en bufandas de cachemira y abrigos de lana, dándose un beso frente a la fuente de Prescott, adornada con guirnaldas de luces rojas y blancas.

TheUpperEdge: Corazones, chocolate, rosas rojas. El Día de San Valentín es ideal. Si estás enamorado, claro está.

@Alice_in_the_City Sigo sin poder creerme que Theo rompiera con Elle. El Día de San Valentín no tiene sentido sin ellos como pareja [*emoji* de corazón roto]

@CarinRutherford Qué va, T es un capullo. ¿Primero Gemma y ahora una tía de París?

@Alice_in_the_City No creo que lo de París fuera real. ¿Te crees todo lo que lees en esta cuenta o qué?

19

6 al 11 de febrero de 2017

En las semanas que sucedieron a la fiesta en Orchard & Vine, Hannah volvió a andarse con cuidado cada vez que estaba con Madison y Elle. Tras la caída de Ami por las escaleras, Madison se había puesto de parte de Hannah y había reñido a Ami, a pesar de que el incidente había sido en parte culpa suya y no de su hermana. «Joder, y tanto que fue culpa mía». Hannah era la hermana mayor. Se suponía que de las dos ella debía ser la responsable, pero estaba demasiado ocupada pasándoselo en grande como para percatarse de que su hermana se estaba acercando a Bash Beaumont entre todas las personas posibles. Y luego lo había manejado de la peor manera posible, había perdido los papeles y se había llevado a Ami literalmente a rastras para alejarla de él. Es cierto que no pretendía que Ami se cayera. ¡Todo lo contrario! Estaba tratando de tirar de ella hacia el interior. Hacia la comida caliente, el agua fresca y la cordura. Lejos de Bash. Pero lo único que consiguió fue empeorar las cosas.

Gracias a Dios, Ami no se hizo mucho daño. Le salieron algunos moratones y tuvo un esguince leve en la muñeca, pero ya se había quitado la escayola. No obstante, su hermana la había tratado con frialdad desde la fiesta y la culpaba por la decisión de sus padres de castigarla sin poder acudir a ningún evento de Prescott durante lo que quedaba de año. Hannah se había librado de la ira de sus padres, quizá de manera injusta, pero pretendía pasar desapercibida. Una vez más juró que no volvería a involucrarse en ningún drama de Prescott; ¡ni uno más!

Sin embargo, no consiguió escabullirse. El lunes de la semana antes de San Valentín Bruno volvió a toparse con ella en el baño.

–Tenemos que dejar de encontrarnos así –dijo Hannah de manera inexpresiva mientras se secaba las manos con una toalla de papel que cogió de una pequeña cesta de mimbre que había junto al lavabo.

Bruno se rio.

–Siempre estás aquí antes de la quinta hora. Y… –Puso una mueca–. Esta vez solo traigo una invitación. Pensé que sería mejor hacerlo en secreto por el bien de Ami.

Hannah extendió la mano para recibir el sobre rojo sangre y luego deslizó el dedo por debajo del sello.

Cuántos menos, mejor.

Estás invitada a una fiesta de solteros por San Valentín, organizada por Madison DuPont.
Ven sola, no traigas acompañante. Sin excepciones.

Sábado, 11 de febrero a las 21 h
Casa de los DuPont, en el ala de Madison

–¿Tú vas a ir?

Bruno negó con la cabeza.

–Es solo para solteros. No estoy invitado.

–Ah, lo siento.

Bruno se encogió de hombros.

–No te preocupes. Ethan y yo tenemos planes.

–Y si Madison te hubiera pedido que los cancelaras, no te habría quedado otra opción.

–Tú lo has dicho. –Caminó hacia la puerta–. ¿Tú vas a ir?

Hannah negó con la cabeza.

–No creo. Ami jamás volvería a hablarme.

–Deberías pensártelo –dijo–. Madison tiene muchas ganas de que vayas.

Bruno sostuvo la puerta y los dos salieron del baño. El comedor Pembroke estaba justo enfrente, y a su lado, la sala de los estudiantes. La gente que pasaba podía ver ambas salas a través de

los grandes ventanales con relucientes marcos de roble. Aún quedaban unos minutos para que terminara la hora del almuerzo; el comedor bullía de actividad con los alumnos que se refugiaban allí durante los meses de invierno.

En la sala, Ami estaba recostada en un ancho sofá Chesterfield con una tapicería de cuero verde brillante. La decoración de aquella estancia era un poco más llamativa y moderna que la de las demás salas de Prescott. La mayoría de los muebles eran donaciones recientes de un exalumno que era conocido por organizar exitosas exposiciones de arte experimental en una galería del centro. Entremezclados con los sofás de cuero había Sillones Eames Lounge y pufs de tela en tonos vivos y brillantes. Sobre los suelos de roble de tablones anchos habían colocado alfombras de llamativos motivos geométricos, y la repisa de mármol de la chimenea (una parte del edificio original) estaba decorada con unas abstractas esculturas de ónice. La señora Caldwell había dudado sobre si aceptar la donación y reemplazar los muebles tradicionales, aunque desgastados. Al final, había dado su aprobación, siempre que la renovación se limitara a la sala de los estudiantes.

En el sofá junto a Ami estaba sentada Beatrice Whitmore. Las botas de Ami yacían tiradas en el suelo y tenía los pies, cubiertos por unas medias, apoyados en el regazo de Beatrice. A su derecha, posado sobre un puf azul zafiro y con la espalda recostada contra la pared, se encontraba Bash. Hannah enterró el sobre rojo a más profundidad en su mochila y cerró la cremallera.

–Se han hecho amiguitos –observó Bruno.

Hannah hizo una mueca. Desde la fiesta de inauguración, Ami la había estado evitando en el instituto, ahora pasaba el tiempo con Beatrice y Bash. Aunque entre Bash y Ami no hubiera nada romántico (Ami juraba y perjuraba que así era), Hannah aún percibía algunos indicios: mientras que ella había conseguido, en gran medida, mantenerse al margen del fuego cruzado entre Madison y Elle esas últimas semanas, Ami era el nuevo peón en su interminable partida de ajedrez. En cualquier momento, Elle irrumpiría en la sala de estudiantes para escoltar a Ami hasta la clase de quinta hora. En los días siguientes a la fiesta, había oído a Elle más de una vez

asegurándole a Ami que la humillante reprimenda por parte de Madison en Hudson había sido «inapropiada» y «de mal gusto». Ami debería pasar el tiempo con quien quisiera en Prescott. Madison era mucho ruido y pocas nueces y Ami no debería permitir que la mangonearan.

Era una manipulación evidente para meter a Ami en líos y que así Elle ganara otro punto, pero, a pesar de que Hannah había tratado de iluminar a su hermana, esta había hecho caso omiso. Ami había escogido ignorar la verdad a sabiendas y, por mucho que le doliera, Hannah no podía hacer mucho más para proteger a su hermana pequeña de las represalias que Madison fuera a desatar llegado el momento.

–Demasiado –le respondió a Bruno.

Señaló las puertas de la sala con la barbilla. «¿Vienes?».

En vez de seguirlo, Hannah negó con la cabeza y se volvió en dirección a las escaleras. Todas las moléculas de su cuerpo le gritaban que protegiera a su hermana. Pero la última vez le había salido el tiro por la culata. Lo único que podía hacer era darle a Ami el espacio que ella tanto deseaba.

Con la llegada del sábado por la noche, a Hannah se le asentó una sensación de agitación en el estómago. Había rechazado la invitación de Madison y esperaba que la mentira de que a ella también la habían castigado fuera suficiente. La anfitriona recibió la negativa poniendo los ojos en blanco con mucha exageración (por Dios, qué drama), pero pareció tragarse la excusa. Lo cierto era que Hannah acababa de cumplir los dieciocho (había tenido una celebración de cumpleaños modesta durante las vacaciones) y era sábado por la noche. No tenía intención de quedarse en casa. Pero tampoco pretendía pasar la velada con Madison.

Hannah se puso un abrigo mullido sobre un *crop-top* y una minifalda y mandó una silenciosa plegaria al universo para que nadie de Prescott la viera y delatara. Su destino era el Meatpacking District; su compañía, Oliver. Sus padres habían aceptado con la condición de que fuera directa al único local que habían seleccionado y autorizado previamente, una nueva discoteca de moda para todas

las edades que tenía la reputación de no servir alcohol a los menores; de que les enviara un mensaje a cada hora y llegara a casa antes de la medianoche. Tenía prohibido acudir a un segundo local. Ella aceptó, ignoró la mirada gélida de Ami y salió del apartamento para dirigirse hasta el metro.

Ahora su abrigo colgaba del respaldo de un sofá de cuero negro de poca altura en la sala lateral mientras estaba en medio de la pista de baile con Oliver. Bajo las luces LED del techo brillaban globos metálicos gigantes con forma de corazón en tonos rojos, blancos y rosa fucsia. La discoteca, que antaño había sido un taller de coches escondido en una estrecha calle empedrada, recibía el adecuado nombre de Engranaje. Un parpadeante letrero de neón proyectaba el nombre del local desde una ventana con marco de acero cerca de la entrada, y junto a la barra había un Chevy Impala clásico de 1968 colocado sobre un elevador para rendir homenaje a la anterior vida del edificio.

Todos los demás elementos del local eran nuevos y relucientes. Techos altos, travesaños elegantes y un sistema de sonido de última tecnología sincronizado con la cabina del DJ. Una pantalla de proyección exhibía una serie de imágenes cursis en bucle: corazones de caramelo, las palabras «AMOR» y «BESOS» en garabatos de neón y siluetas de parejas bailando. Era, en resumen, un lugar al que jamás acudiría ninguno de los alumnos de Prescott que provenían de las adineradas familias de la alta sociedad neoyorquina y, por lo tanto, era el sitio ideal para desmelenarse con Oliver.

–¿Dónde está Gemma? –le gritó Hannah en el oído cuando ya llevaban tanto tiempo bailando que le habían empezado a doler las piernas. Su voz retumbó por encima del exitoso tema de Drake que brotaba de los altavoces–. ¡Pensaba que iba a venir!

Oliver puso la misma cara que ella vio una vez poner a su primo de dos años mientras tiraba un cuenco de espinacas al suelo.

–Bueno, ha salido…, solo que no ha venido aquí.

Hannah tiró de la goma del pelo que llevaba en la muñeca y se recogió los rizos sudorosos en una coleta.

–¿Qué quieres decir?

Señaló una sección vacía de la pared y Hannah se giró para seguirlo. Aún había mucho ruido, pero ya no estaban justo debajo de los altavoces.

–Qué más da. Ha hecho amigos en el insti nuevo y tal y cual.

–Ah. –O sea que Oliver estaba celoso. No podía culparlo; él no tenía muchos amigos cercanos en Prescott y la partida de Gemma lo había afectado mucho. Le había confesado más de una vez que se sentía culpable, como que debería haber hecho más por pararles los pies a Madison y los demás. Pero Oliver sabía tanto como cualquiera que no se podía ganar contra Madison DuPont. En cuanto las fotos se filtraron a The Upper Edge, Gemma tenía los días contados.

–A ver, me alegro por ella. Se merece tener amigos mejores. –Se quitó las gafas, unas monturas gruesas a dos tonos y se limpió los ojos, para quitarse las lágrimas, el sudor o ambos. Las gafas eran nuevas, tenía tantas que Hannah había perdido la cuenta.

Su amiga le colocó una mano en el hombro.

–Tú eres un buen amigo. Estoy segura de que no nos ha dejado de lado a propósito. Me alegra que haya encontrado a su gente o lo que sea.

–Sí. –Oliver se enderezó–. Venga, volvamos a la pista.

Hannah y Oliver bailaron durante la siguiente hora sin parar. A The Weeknd, Rihanna, Bruno Mars. Cuando Hannah ya no sentía los pies, fue a por una botella de agua y al baño. Cuando regresó, Oliver estaba conectando los labios con una atractiva chica castaña con un ajustado minivestido rojo. Durante un momento, se apoyó contra la pared algo incómoda, viendo que su amigo bailaba y se liaba con la chica misteriosa. Ahora sí que deseaba que Gemma hubiera ido. Oliver se merecía pasarlo bien, pero Hannah no quería bailar sola.

Un minuto se transformó en diez y Oliver y la chica del vestido rojo seguían sin separarse. Hannah se puso a mirar el móvil y luego se distrajo observando la pantalla de proyección. La sexta vez que aparecieron las palabras «AMOR» y «BESOS», parpadeó con fuerza y le mandó un mensaje a Oliver. Era hora de irse.

Se adentró en la sala lateral en busca de su abrigo. Al salir a la calle, el aire le arañó las mejillas. Le quedaba una hora para el toque de queda y su casa estaba a tan solo veinte minutos de distancia.

Pero les había prometido a su padre y a Yoko que se iría directa a casa. Que no acudiría a otro local. Se metió las manos en los bolsillos en busca de los guantes. Luego arrastró las botas sobre el empedrado y cruzó la calle en dirección al metro. De todas formas, ¿a qué otro sitio podría ir ella sola y siendo menor de veintiuno?

Cuando ya había recorrido la mitad del trayecto, se abrieron las puertas de una discoteca y Bruno e Ethan salieron a la acera, riendo y cogidos de las manos. Bruno llevaba unos pitillos muy apretados y una camiseta de tirantes ceñida; Ethan iba ataviado con una combinación de cuero sintético y rejilla. Los dos chicos llevaban los abrigos colgados del brazo a pesar del frío. Hannah abrió mucho los ojos. Estaba acostumbrada a verlos con los uniformes de Prescott, normalmente haciendo de perritos falderos o de recaderos de Madison. Sentía que estaba captando un breve destello de lo que serían sus vidas después de Prescott. Se les veía felices.

–Un café ahora mismo. –Oyó que decía Ethan. Comenzó a tirar de Bruno.

Hannah dudó, sobrecogida por la repentina necesidad de seguirlos. Era un poco arriesgado (si la veían, quizá la delataran ante Madison), pero sentía curiosidad por lo que hacían los discípulos de la reina cuando no iban tras ella o acataban sus órdenes.

Le echó un vistazo a su móvil. Tenía tiempo. Y acababa de enviarle un mensaje a su padre hacía diez minutos. Si tenía suerte, sus padres no revisarían su ubicación en directo durante la siguiente hora. Cuando la avalancha de coches y taxis pasó de largo, cruzó la calle. Ethan y Bruno iban un bloque por delante y aceleró el paso tras ellos. Poco después, ya estaba lo suficientemente cerca para percibir un fragmento de su conversación.

–… muy cabrona últimamente. Una puta cabrona amargada.

Hannah se quedó boquiabierta. Ethan a veces podía ser cortante, pero jamás había oído nada semejante salir de su boca.

–Y una zorra –añadió Bruno.

Redujo el paso y permaneció a la distancia suficiente para seguir escuchándolos a escondidas. ¿Estarían hablando de ella porque había rechazado la invitación de Madison después de que Bruno le insistió en que acudiera? Se le cerró la garganta.

–Está fuera de control –dijo Ethan–. Incluso para ser Madison.

«Ah». Hannah se relajó. No hablaban de ella. Pero… creía que Bruno e Ethan adoraban a Madison. Estaba claro que no era tan sencillo como eso.

–Es como una puta tratante de esclavos. Estoy harto.

–Bruno. No puedes decir eso. –Ethan le dio un pequeño empujón a su novio.

–Lo que tú digas. Sabes que es verdad. Y este año es incluso peor. Desde que llegaron Hannah y Ami.

La joven trastabilló.

–Ojalá se volvieran a Plattsburgh –sentenció Ethan.

–Pittsburgh.

–Lo que sea. –Ethan alzó las manos–. A ver que ellas no tienen nada de malo, sin ánimo de ofender a las Miller. Pero son como muñequitas para Madison y Elle, y solo ha ido a peor. Las reinas de Prescott siempre están sedientas de sangre y ¿quién aguanta luego a Madison cuando está de mal humor? Nosotros. Estoy harto.

–Tía, me pasa. –Bruno le pasó el brazo a Ethan por el hueco del codo–. Madison está descontrolada. Todo eso de organizar la puta fiesta de solteros «para Elle» cuando en realidad lo que quiere es recordarle a todo el mundo que ya no está con Theo. Es cruel.

Ethan subió y bajó los hombros.

–Es una persona cruel. ¿Pero qué podemos hacer? ¿Montar una rebelión? ¿Rajarle la garganta?

Bruno rio, un sonido áspero y similar a un ladrido.

–Joder, qué macabro.

–En serio. –Ethan ahora no bromeaba–. ¿Tú cómo lo harías?

Bruno redujo el paso y luego se detuvo por completo. Se volvió despacio hacia Ethan, que también se había parado en medio de la acera.

–¿Que cómo mataría a Madison DuPont? –preguntó Bruno.

–No me digas que nunca lo has pensado.

Hannah se metió bajo el toldo verde de una bodega, fuera de la vista. No tenía claro si quería seguir escuchándolos.

–Creo que me decantaría por una palanca o por la culata de una pistola. –Bruno ahora hablaba en voz baja y sonaba contemplativo–.

A veces cuando no deja de hacerme desprecios y de decirme que soy un puto inútil, pienso en lo satisfactorio que sería reventarle esa cabecita que tiene.

20

Sábado 13 de junio de 2026
3:11 h

Los invitados estaban cada vez más inquietos. Aproximadamente la mitad del grupo habían estado demasiado ansiosos como para cenar y el hambre estaba volviéndolos aún más impacientes mientras los inspectores realizaban lo que parecía un sinfín de interrogatorios. Después de que escoltaran a Ami al piso superior, Hannah se había trasladado de la biblioteca al salón principal, donde se permitió descansar un rato sobre el sofá Chesterfield junto a la chimenea, con las piernas cubiertas por uno de los chales de cachemira del club. Hacía unos instantes, la había despertado un vergonzoso intercambio entre Beatrice y Alice, que había comenzado con Alice envolviendo a Beatrice en un abrazo torpe y había terminado con esta última mandándola a paseo. A aquello lo siguió otra explosión de lágrimas y Alice marchándose a toda prisa hacia los servicios.

Ya pasadas las tres de la madrugada, todos los presentes estaban llegando al límite de su paciencia o la habían perdido por completo. Tyler Marsden se había desplomado sobre el sofá que Hannah había desocupado. Las leves llamas de la chimenea volvieron su piel de un tono dorado, más tarde anaranjado, y sus fuertes ronquidos se escuchaban por todo el club. Otros invitados se habían aovillado en sofás y sillones en la biblioteca, o habían dejado caer la cabeza sobre las mesas del salón. Edward y Elle estaban sentados frente a la barra, tomándose unas cinco o seis copas y picoteando de los recién servidos frutos secos y palomitas trufadas.

Hannah se había sentado en el suelo del comedor bajo el cuadro paisajístico de Long Island Sound. Ami había regresado de su interrogatorio hacía pocos minutos y tenía la cabeza apoyada sobre el hombro de Hannah. Debería volver a intentar hablar con Bash o Elle, pero Ami se había quedado dormida y se veía incapaz de despertar a su hermana.

A las tres y cuarto, Bash se puso en pie sobre la barra y dio unas palmadas. Tras varios intentos más, el silencio se asentó entre la multitud.

–Acabo de hablar con los inspectores –comenzó–. Me temo que parece que aún nos queda un rato. Lo que…

Por toda la estancia se elevaron murmullos contrariados. Bash agitó los brazos en un intento poco entusiasta de recuperar el control. Todos estaban agotados, incluso él.

Mientras la multitud refunfuñaba, Hannah se puso derecha. Para ella era algo positivo que aún quedara un rato. Significaba que no poseían las pruebas suficientes para arrestar a nadie. Aún tenía tiempo. Unos segundos después, Edward se encontraba junto a su hermano, aclarándose la garganta a mucho volumen. Poco a poco, los murmullos se fueron desvaneciendo. A su lado, Ami se movió y se frotó los ojos.

–Gracias –prosiguió Bash–. De verdad que lo siento, pero no hay nada que podamos hacer respecto a los tiempos de la investigación. Sí que haremos todo lo posible para que estéis cómodos lo que queda de noche. Dentro de poco nuestro personal recorrerá la planta para repartir pantuflas y mantas. Y ya están preparando un bufé completo de desayuno en la cocina. Mientras tanto, el chef Bernard preparará tablas de queso y embutido en el comedor.

Hannah se quitó los zapatos y se frotó los pies. Le dolían y le había salido una ampolla en el talón derecho. Las pantuflas le vendrían de miedo.

–¿Qué me he perdido? –preguntó Ami.

–No mucho. Bash ha empezado a decir que ha hablado con los inspectores y que seguimos sin poder irnos. Luego la gente se ha enfadado. Y nos van a dar de comer.

Ami frunció los labios hacia un lado, con un gesto que solía ser su expresión pensativa.

–¿Qué pasa? –preguntó Hannah.

–Seguramente nada. Es solo que…, durante toda la noche, Edward ha estado escoltando a la gente hasta la sala del interrogatorio cuando hay cuatro agentes uniformados que deberían encargarse de eso. Y es evidente que Bash acaba de conversar en privado con los polis. Los tratan como si fueran compañeros, no sospechosos.

A Hannah se le contrajo un músculo de la mandíbula.

–Estoy segura de que los Beaumont son más que generosos en sus donaciones a la policía de Nueva York.

Justo en ese momento, tres camareros con guantes blancos entraron en el comedor con las prometidas tablas de embutidos y queso y un plato gigante de fruta fresca. Hannah se levantó.

–Deberías comer algo. Voy a buscar a Bash.

Bash no se encontraba en el comedor ni frente a la barra. Hannah estaba a punto de revisar la biblioteca cuando vio a otra persona con la que tenía que hablar. Ethan Astor estaba sentado a solas en el extremo más alejado de la barra, cerca de la mesa de recepción. Tras él, uno de los agentes uniformados permanecía inmóvil con la espalda apoyada contra la puerta principal del club.

El asiento junto a Ethan estaba vacío. Le echó un último vistazo a la biblioteca (seguía sin haber señales de Bash) y se encaminó hacia la barra. Para ser honesta, había estado evitando a Ethan toda la noche, aún le seguía atormentando el papel que desempeñó en su ruptura con Bruno hacía tantos años. Pero tenía que superarlo. Para empezar, Ethan no sabía la verdad. Y, lo que era más importante, Madison les había ofrecido a sus dos discípulos motivos de sobra para que la odiaran durante la época de Prescott, e Ethan Astor era uno de los sospechosos. Hannah cuadró los hombros. Tenía trabajo.

–No quiero nada –le indicó al camarero cuando se deslizó sobre el taburete de respaldo alto.

Ethan la miró, sobresaltado, y luego se acomodó en su asiento y alzó la copa.

–Cuánto tiempo. –Le dio un sorbo a su *bourbon*. Había ensanchado desde el instituto; sus anchos hombros ahora rellenaban la chaqueta del esmoquin de un apagado verde oliva. No obstante, su melena castaña y ondeada seguía siendo la misma, lo cual le confería un aire juvenil a su rostro. Sus ojos verdes brillaban más que nunca, realzados por los detalles del esmoquin.

–Diez años –asintió Hannah. Normalmente evitaba los eventos de antiguos alumnos y, además, los dos formaban parte de promociones distintas–. ¿Sigues en contacto con todos?

–Con todos no. Supongo que con la mayoría no.

–¿Y con Bruno? –preguntó. Y ahora deseó tener una copa.

Él le dirigió una mirada recelosa.

–A veces.

–Os he visto hablando antes. –Lo intentó de nuevo Hannah–. Me recordó a los viejos tiempos.

Ethan se encogió de hombros.

–Parece que fue hace un siglo.

–Fuiste muy benévolo con él después de los cuernos. Solo teníais dieciséis años; recuerdo que me quedé impresionada.

Ethan le dio otro sorbo a su bebida.

–Ya, bueno. Estaba empeñado en ser el más maduro de los dos. Mantuve la amistad durante el último curso y no tardé mucho en perdonarlo. Después de la graduación solía visitarlo en Columbia cuando estaba en casa. Él vino a verme a Berkeley un par de veces. Pero cuando Will y él formalizaron la relación, dejó de tener tiempo para mí.

–¿Will?

–William Peter Von Essen Tercero. El marido de Bruno. Es banquero, trabaja en una entidad de crédito privada del centro. –Ethan reprimió un bostezo.

–¿Ha venido hoy?

–Nah. Will es un chico de Dalton. Pasa de todo lo relacionado con Prescott.

Hannah asintió. Lo entendía, aunque no llegara a comprenderlo. Dalton y Prescott siempre habían sido rivales. De hecho, en un

momento dado, Elle estuvo convencida de que la cuenta de The Upper Edge la llevaba alguien de Dalton.

–¿Conseguiste seguir en contacto con Elle? –preguntó–. ¿O con Madison?

Ethan suspiró.

–Las cosas cambiaron después de que tu clase se graduara. Seguía habiendo dramas, pero nadie estuvo a la altura de ellas dos. La verdad es que no estuvo mal.

–Pero durante un tiempo mantuvisteis una relación muy estrecha. Sobre todo con Madison.

–Es una forma de decirlo. –La voz de Ethan estaba impregnada de amargura–. Hacía todo lo posible por mantenernos unidos. Tú misma lo viste.

Hannah asintió. Lo había visto a lo largo de todo el año y, para cuando llegó el segundo semestre, tanto Ethan como Bruno habían comenzado a hartarse del comportamiento controlador de Madison. Su mente viajó hasta aquel fin de semana de San Valentín en el que estuvo a punto de cruzarse con ellos por Meatpacking. Habían dicho cosas muy graves sobre Madison. Los dos habían fantaseado con matarla. ¿Había mencionado alguno de los dos el uso de veneno? Se giró sobre el taburete y cogió un par de pantuflas negras que un empleado del Club Lenox sostenía en una cesta de mimbre. Agradecida, tiró sus zapatos al suelo de una patada y se puso las zapatillas. Le quedaban un poco apretadas, pero era una gran mejora.

–Hola. –Se volvió a dar la vuelta. Oliver se encontraba en el asiento a su derecha y se estaba poniendo las pantuflas. Ethan lo saludó con la cabeza.

–Entonces, ¿no seguiste en contacto? –preguntó Hannah–. Con Madison, digo.

Ethan se terminó el *bourbon* de un trago y le hizo una señal al camarero para que le pusiera otro.

–Como he dicho, cuando se fue de Prescott estuvimos mejor. Era un ambiente más tranquilo. No me gusta hablar mal de los muertos, pero, sinceramente, antes de esta noche, llevaba años sin dedicarle un solo pensamiento a Madison.

–Y una mierda. –Oliver apoyó el brazo sobre la barra y se inclinó por encima de Hannah hacia Ethan–. Todos sabemos que no es cierto. Estuviste presente en el gran evento donde se anunció la campaña de Winslow en primavera. Te vi codeándote con nuestra queridísima Madison.

Ethan desestimó sus palabras con un gesto.

–El padre de Henry trabajó con mi tío durante años. No estaba allí por Madison.

–Admítelo –insistió Oliver–. Sigues tan obsesionado con ella como siempre. Incluso más. He visto tu último…

El camarero puso una copa recién servida frente a Ethan y Oliver se calló. Hannah miró el *bourbon* con anhelo, pero pidió un *ginger ale*.

–Menuda gilipollez –contrarrestó Ethan–. Madison y tú jamás fuisteis amigos. Te odiaba. ¿Qué estabas haciendo tú en el evento? A lo mejor eres tú quien sigue obsesionado.

Hannah se encogió sobre su taburete, estaba atrapada en el medio, de manera literal y figurada. Así no era exactamente como planeaba que se desarrollara su conversación con Ethan, pero ahora Oliver estaba en racha.

–Todo lo contrario. Acudí porque me contrataron como camarógrafo para la campaña de Winslow. Madison no tuvo nada que ver.

–¿Trabajas para la campaña de Winslow? –preguntó Hannah sorprendida. La última vez que lo comprobó, los ideales políticos de Oliver no podían estar más alejados de los de Henry Alcott Winslow.

–En realidad no. –Oliver agitó la mano con despreocupación–. Ya estoy bastante entretenido con YouTube. Hice un par de eventos, pero solo fueron favores. Nuestros ideales políticos no concuerdan y además tengo cierto historial con ellos.

Ethan se inclinó hacia delante.

–¿Conoces a los Winslow?

Oliver se encogió de hombros.

–Un poco. Henry es uno de los muchos clientes de alto nivel de Morgan Row, lo es desde hace mucho. Mi madre lo ayudó con la compra de un nuevo apartamento hace unos años y apareció como

invitado en mi canal. Eso fue antes de que Madison y él empezaran a salir, claro. En cualquier caso, grabé un par de eventos de la campaña para Henry y luego le busqué un camarógrafo a jornada completa. Ahora mismo no tengo tiempo para dedicarme a hacer bolos y, desde luego, tampoco necesito la pasta.

Hannah reprimió una sonrisa en su *ginger ale*. Oliver había soltado esa fanfarronada por Ethan, pero aun así le había dado vergüenza ajena.

—Disculpadme. –Apartó el taburete de la barra y se deslizó hasta el suelo–. Ethan, ha sido un placer charlar contigo, pero tengo que ir al servicio. –Dejó los zapatos donde estaban, bajo la barra, y se dirigió hacia los baños que estaban abiertos junto al comedor. Sí que necesitaba ir al baño, pero, sobre todo, se había marchado porque no iba a obtener más información de Ethan Astor con Oliver «ayudándola».

De camino al servicio, Hannah estuvo a punto de chocarse con Bruno Álvarez, que justo en ese momento salía del baño de los hombres, justo enfrente.

–Ay –dijo él, sobresaltado–. Hannah.

–Bruno.

–Me voy a la… –Hizo un gesto impreciso en dirección a la barra.

–De hecho… –Se acercó a él y le tiró de la manga. Bruno llevaba un esmoquin azul marino, aunque se había quitado la chaqueta hacía rato. Llevaba el cuello de la camisa desabotonado y las mangas remangadas casi hasta los codos. Hannah se dio cuenta de que también había cambiado sus zapatos por unas pantuflas del Club Lenox. Seguía llevando el pelo largo (incluso más largo que en el instituto) y tenía el rostro cubierto por una barba de tres días muy bien cuidada. Era más guapo de lo que Hannah recordaba y, al menos, quince centímetros más alto.

Bajó la vista hasta ella, que no consiguió descifrar su mirada.

–¿Podemos hablar un momento? –le preguntó–. Sobre Ethan.

Los ojos de Bruno se desplazaron hasta la barra, donde aún seguía sentado Ethan, bebiendo *bourbon*. Oliver ya no estaba y se preguntó a dónde se habría ido.

–No sé… –Se había inclinado hacia atrás para alejarse de ella de forma casi imperceptible.

–Perdona –dijo, y apartó los dedos de su manga–. Déjame empezar de cero. Me alegro de verte, sé que hace muchísimo tiempo. Aparte, no he matado a Madison. Ahora ¿podemos hablar?

Bruno relajó los hombros y una sonrisa tiró de sus labios.

–Vale. –Le señaló una mesa alargada en la parte trasera del comedor, lejos de las bandejas de comida. De la pared más cercana colgaba una placa que designaba la mesa como la mesa honorífica de Augustus Willem Lenox. Y Hannah se preguntó qué opinaría el tatarabuelo de Bash sobre que se hubiera producido un asesinato en su club.

–Justo me estaba poniendo al día con Ethan –comenzó–. Y ha mencionado que perdisteis el contacto.

–¿Así es como lo ha dicho? –Bruno emitió una carcajada cortante–. Cuando Will y yo nos comprometimos, Ethan dejó de hablarme por completo. Para entonces ya llevábamos siete u ocho años sin ser pareja, pero estaba celoso. Seguíamos siendo amigos, pero no tenía ni idea de que él seguía pensando en mí de esa forma. Los dos habíamos tenido otras relaciones. Y, si te soy sincero, me dio mal rollo.

Se estremeció de forma casi imperceptible.

–¿Estás seguro de que fue por celos? A lo mejor es que no le cae bien Will.

–No. –Bruno negó con la cabeza–. Para entonces ya llevaba años saliendo con Will. Habían pasado tiempo juntos. Todo estaba bien hasta que nos prometimos. Creo que… en el fondo Ethan siempre pensó que volveríamos algún día. ¿Sabes que le echaba la culpa a Madison de nuestra ruptura?

Hannah tragó saliva, tenía la garganta reseca. Le habría encantado tener a mano su *ginger ale*. O el *bourbon* de Ethan.

–No lo sabía. ¿Por qué?

–A finales de tercero, no parábamos de pelearnos. Madison estaba ebria de poder, e Ethan y yo ya estábamos hartos.

–Recuérdame qué es lo que pasó.

Bruno suspiró.

–Yo no era simplemente el puto recadero al que todos veíais. Estuve a punto de catear Física porque pasaba muchísimo tiempo en su casa entreteniéndola cada vez que se enemistaba con Elle. Y excluía a Ethan a propósito, solo para entrometerse en nuestra relación. Y luego estuvo todo lo de The Upper Edge. Nos obligó a ponerle comentarios horribles con nuestras cuentas. Estuvieron a punto de expulsar a Ethan por culpa de una movida relacionada con The Upper Edge, ¿te acuerdas?

Hannah negó con la cabeza. No lo recordaba, pero sí parecía algo que haría Madison.

–En fin, que es imposible pasar de Madison DuPont. Así que teníamos muchas peleas. Y las cosas se pusieron feas.

Hannah asintió.

–Recuerdo que no se os veía muy felices.

–Eso es quedarse corto. Una noche, durante el último curso, nos emborrachamos juntos y entonces Ethan me dijo que pensaba que, si no fuera por Madison, seguiríamos juntos. –Bruno se encogió de hombros–. Puede que sí, pero no es que ella me obligara a ser infiel. Debería haber roto con él antes de que las cosas se fueran de madre, pero… ¿qué puedo decir? Tenía dieciséis años. Por aquel entonces metí la pata muchísimas veces.

Hannah le ofreció una breve sonrisa a Bruno. Si alguna vez había sospechado que ella tenía algo que ver con la ruptura, lo estaba ocultando de maravilla.

–¿Y Madison? –dijo, redirigiendo la conversación–. ¿La ves alguna vez? O sea, ¿la veías?

–No. Estuvimos juntos en Columbia, pero es una universidad grande. Me mantuve alejado de ella durante los tres años que compartimos campus. Tampoco fue difícil. Ella estudió Escritura Creativa, lo cual me pareció muy *random* porque no la recuerdo escribiendo poesía en Prescott ni nada… Pero, en fin, yo estudié Química Ambiental. No nos cruzábamos.

–¿Ethan y ella mantuvieron el contacto?

Bruno sonrió.

–Se podría decir que sí.

–¿Qué quieres decir con eso?

–A ver, conoces Madz DuPont, ¿no?

Hannah se mostró desconcertada.

–No…, ¿qué es?

La sonrisa de Bruno se ensanchó.

–¿No estás en TikTok? Es una cuenta parodia de Madison DuPont y la lleva nuestro amiguito Ethan. En plan como Perez Hilton, pero para la generación Z. Ethan está obsesionado con odiar a Madison. Superobsesionado. Y ella fingió que le ofendía, pero en realidad le molaba.

Le vinieron a la cabeza las palabras de Ethan pocos momentos antes. «Antes de esta noche, llevaba años sin dedicarle un solo pensamiento a Madison». Estaba claro que había sido una mentira descarada.

–¿Y ella sabía que la cuenta era de Ethan?

–Obvio. Es TikTok; su cara está en todos los vídeos. Pero para Madison toda atención es buena.

Frunció el ceño. Recordaba con claridad que Oliver se había quejado de la mala actitud de Madison frente a los seguidores que compartían en sus respectivas cuentas de *influencers*. Algo le decía que a Madison le importaba, y mucho, la clase de atención que recibía *online*.

–Ya… –dijo despacio, pensando.

Volvió a pensar en el comentario de Oliver y en que había visto a Ethan codeándose con Madison en un evento de la campaña de Winslow. ¿Mantenían una amistad de forma pública a pesar de la cuenta? ¿O tenía Ethan algún motivo más perverso para haber acudido?

–Tendré que hacerme TikTok. Si es que alguna vez recuperamos los móviles.

–Mira. –Bruno bajó drásticamente el volumen–. La obsesión de Ethan con Madison es casi enfermiza. Pero, si estás intentando preguntarme si creo que la ha matado, es una locura. Sin Madison no hay cuenta parodia. Está destrozado, créeme.

Tenía sentido. Hasta cierto punto. Pero los acosadores mataban a los objetos de su obsesión constantemente, ¿no? Bueno, quizá no constantemente. No tenía ni idea de cuántas instancias de

asesinatos llevados a cabo por acosadores se producían al año. Pero sí que era algo que ocurría y aunque no hubiera pruebas de que Ethan hubiera estado acosando a Madison, tenía el mismo tipo de obsesión voraz que llevaba a los acosadores al límite. Por algo había mentido a Hannah al respecto. Y el hecho de que se hubiera acercado a Madison durante un evento de Winslow… Ahí había algo extraño.

Se arriesgó a echar un vistazo hacia la barra. Allí, por fin, se encontraba Bash, inmerso en una animada conversación con uno de los camareros.

–Lo entiendo. Y, eh…, buena charla.

–Sí. –Los ojos de Bruno recorrieron el comedor hasta posarse en Ethan, que todavía seguía ubicado junto a la barra–. Y, Hannah…

–Perdona. –Se levantó y se alejó a toda prisa. Seguramente pretendía advertirla de que no le contara nada a Ethan de lo que le había dicho. Pero no era una promesa que pudiera hacerle y, además, necesitaba llegar hasta Bash mientras seguía…

«Mierda». Justo en ese momento Elle se situó a su lado y le colocó una mano sobre el brazo. Le resultaría imposible iniciar una conversación con Bash mientras Elle estuviera presente.

–Hannah. –Ethan la llamó desde el otro extremo de la barra. Echó la vista atrás hacia el comedor y vio que Bruno estaba entretenido con el despliegue de queso y embutidos.

–Te he visto hablando con Bruno –dijo, cuando llegó hasta él–. No sé qué te ha contado, pero me apuesto cincuenta pavos a que ha intentado dejarme como un lunático sediento de sangre.

–La verdad es que no…

Pero Ethan seguía hablando.

–No te puedes creer nada de lo que salga por su boca. ¿Te ha contado lo de Columbia?

Hannah cambió de rumbo.

–¿El qué de Columbia?

–Allí es donde conoció a Will. A través de Madison. Ella los presentó durante su último año de carrera, congeniaron entre ellos y luego apartó a los dos de su vida. –Hizo un rápido movimiento cortante y golpeó la barra con la mano. Ella se estremeció–. ¿Sabes

qué creo yo? Que Madison no esperaba que saliera bien y entonces se puso celosísima.

–Joder.

–Sí. Bruno se quedó destrozado. Sus notas cayeron en picado; estuvieron a punto de echarlo de la carrera. Fue una movida.

A Hannah no dejaba de darle vueltas la cabeza. Solo unos minutos antes, Bruno había afirmado que Madison y él no habían mantenido ningún contacto mientras estudiaban en Columbia. Pero, según Ethan, ella le había presentado a su marido, y estaba claro que por aquel entonces aún le importaba lo que pensaba Madison; hasta el punto de que casi había puesto en peligro su carrera universitaria.

–Bruno es el que tiene un problema con Madison DuPont –continuó–. Lo echó de su vida y él jamás lo ha superado.

Hannah, que no sabía qué hacer con toda aquella información contradictoria, se alejó dos pasos de la barra.

–Disculpa –musitó y se retiró al salón principal. Era mucha información que asimilar, pero una cosa estaba clara: ni Ethan ni Bruno se habían recuperado del reinado del terror de Madison. Y cualquiera de los dos podría haber volcado todos esos años de rabia acumulada contra ella esa noche.

Necesitaba un poco de aire. Aunque tampoco es que tuviera a dónde ir. Su mirada se dirigió hacia la puerta principal del club (que aún seguía bloqueada por un agente de policía) y luego al pasillo poco iluminado que conducía hasta el ropero y la escalera de servicio. Al parecer, Bash y Elle se dirigían hacia allí en ese momento. Cerca de la mesa de recepción estaba Beatrice Whitmore, observándolos mientras se alejaban.

15 de marzo de 2017

Instagram

Imagen: El exterior de la Academia Prescott. Han puesto la fuente en marcha para dar la bienvenida a la primavera, y en las cuidadas jardineras que hay al pie de la escalinata florecen coloridas rosas de Cuaresma y pequeños y delicados azafranes.

TheUpperEdge: Hay algo en el ambiente del Upper East Side, y no me refiero ni al polen ni al almizcle del viejo perfume de la abuela. Alianzas cambiantes, ojos errantes, el primer atisbo de la graduación en el horizonte. Se está cociendo algo, pero ¿qué? A veces la única forma de echar un vistazo tras la cuidada fachada de Prescott es existir en los márgenes.

Justo como hago yo. Estad atentos a la cuenta, chicos y chicas.

@Oliver_hates_olives Ojito con los Idus de marzo, ¿o no?

@Ethan_ASTOR @Oliver_hates_olives jajaja menudo pringao.

21

15 de marzo de 2017

Hannah le lanzó una mirada compasiva al señor Harris mientras abandonaba el aula para salir al pasillo. El ponente había ido adquiriendo aspecto de agotamiento en torno al final de la clase, y no podía culparlo. Aquella mañana, Madison había estado en plena forma: primero había flirteado con el profesor abiertamente, provocando que el pobre hombre se ruborizara bajo el cuello de la camisa; luego había encendido el teléfono y se había puesto a enviar mensajes, desafiando sin reparo las políticas de Prescott contra el uso de dispositivos móviles. Un comportamiento repugnante, pero flirtear con los profesores e incumplir las normas con descaro era lo normal para Madison; y todos temían demasiado a los DuPont como para hacer algo al respecto, sobre todo los profesores más jóvenes.

Ya en el pasillo, Hannah sacó el móvil de su mochila y entró en Instagram por costumbre de forma inconsciente. La publicación de esa mañana era bastante inocua para tratarse de The Upper Edge. Sin embargo, los comentarios no lo eran tanto. Una primera crítica cruel de Ethan Astor se había transformado en un completo festival del odio contra Oliver Morgan con Ethan a la cabeza. Levantó la vista en busca de su amigo, pero había sido el primero en abandonar el aula y ya había desaparecido por el pasillo.

«Que les jodan a todos». Apagó el móvil y volvió a meterlo a la fuerza en la mochila. Su resolución del semestre de otoño de mantenerse alejada del Instagram se había venido abajo rápidamente, pero sabía de sobra que no debía comentar las publicaciones de la cuenta de cotilleos más célebre de Prescott. Oliver, por otra parte, no podía evitarlo y siempre siempre terminaba

de la misma manera. Se dio la vuelta en busca de Ethan, pero luego recordó que solo estaba en tercero y que, por lo tanto, no se encontraría entre la maraña de alumnos de último curso que daban vueltas por la primera planta tras el seminario. Inspiró hondo para calmarse y se recordó que Oliver era una persona independiente. Llevaba años soportando a sus compañeros de clase y parecía que a una parte de él le gustaba enfrentarse a ellos *online*; una vez le dijo que donde más vivo se sentía era en internet. Quizá algún día llegaría a ser una personalidad de éxito en redes sociales, cuando hubiera dejado atrás Prescott y a sus *haters*.

–¿Todo bien? –Hannah sintió el roce de unos dedos contra la manga de su chaqueta.

Se volvió y descubrió a Beatrice Whitmore a su lado, frunciendo levemente la comisura de sus labios rojo cereza. Hoy, sus definidos rizos negros le enmarcaban el rostro en un leve halo. Al parecer, Hannah llevaba al menos un minuto detenida e inmóvil en medio del pasillo.

–Sí. Es solo que…, sí. Estoy bien. –Le ofreció una sonrisa a Beatrice. Ya llevaban seis meses siendo compañeras de clase, formando parte del mismo seminario y acudiendo a las mismas fiestas, pero Hannah cayó en la cuenta de que tal vez aquella era la primera conversación privada que tenían. Beatrice era una chica callada, superestilosa y que se llevaba bien con Elle, Madison y todos los demás, pero siempre conseguía sobreponerse al drama de la semana. ¿Cómo conseguía hacerlo exactamente?

–Vale –respondió Beatrice y se dio la vuelta con intención de marcharse.

–Bueno –dijo Hannah–, ¿te importa que hablemos un momento sobre Bash?

En realidad, quería hablar sobre Ami, pero a lo mejor ahuyentaría a Beatrice si se lo decía.

Después de la preapertura de Orchard & Vine, Ami y Bash habían seguido intimando; lo cual a Hannah le inquietaba de todas las formas posibles. Lo peor de todo era que Ami le había retirado la palabra y Hannah no podía culparla del todo por ello. Su hermana seguía castigada sin poder acudir a nada que se asemejara a una

fiesta de Prescott, mientras que Hannah, con dieciocho años y cursando el último semestre del último curso siendo la «hermana responsable» a ojos de sus padres, disfrutaba de bastante libertad.

–Ah. –La expresión de preocupación de Beatrice se acrecentó–. Voy a subir a clase de Francés. ¿Podemos hablar de camino?

–Genial, yo también –mintió Hannah. El aula de su próxima clase estaba a la vuelta de la esquina, pero si llegaba tarde un día tampoco cambiaría la imagen que el señor Briar tenía de ella.

Era posible que aquella conversación fuera la mejor oportunidad de Hannah de descubrir algo sobre su hermana. Y Beatrice conocía a Bash mejor que nadie en Prescott.

–Sois amigos desde siempre, ¿no? –comenzó Hannah.

–¿Bash y yo? Sí, desde que llevábamos pañales y chupete. El padre de Bash contrató al despacho de mi padre para que representara a Beaumont Capital en una demanda frívola e improcedente cuando éramos bebés. Mi padre se convirtió en el abogado de los Beaumont y nuestras familias llevan unidas desde entonces.

–Entonces, lo conoces muy bien, ¿no? Si hubiera algo entre él y Ami, ¿lo sabrías?

–¿Algo en plan romántico? –Beatrice se rio. Ya estaban saliendo de la escalera para llegar al segundo piso–. No, cari, nada por el estilo. Bash se enrolla con montones de tías de Prescott, es un asco, estamos todos de acuerdo. Pero Ami solo tiene como dieciséis años, ¿no? No es un asaltacunas.

–Vale –dijo Hannah despacio, un poco más tranquila–. En realidad tiene quince. Cumple años en verano.

–Sí, no tienes nada de lo que preocuparte. Es un tío con corazón, aunque no le gustaría que lo fuera contando por ahí. Además, está madurando. Seguramente porque habrá encontrado a alguien que se preocupa de verdad por él.

–¿Pero no es Ami?

Beatrice la miró fijamente.

–Que no, tía.

–Ah. –Hannah se sintió estúpida al caer en la cuenta–. ¿Bash y tú estáis juntos?

Beatrice suspiró y sacudió la cabeza.

–Vas al mismo instituto que nosotros, ¿no? ¿Es que no prestas atención?

Hannah tragó saliva, desconcertada. Estaba claro que había pasado por alto algo importante.

Ya estaban frente al aula de Francés Avanzado de Beatrice y estaba a punto de sonar el timbre.

–Pañales y chupete, ¿recuerdas? Jamás saldría con él. Además, no me gustan los chicos.

–Ah, no lo…, o sea, sí, claro que no. –Ahora sí que se sentía estúpida. Si hubiera dedicado tan solo cinco minutos para conocer a Beatrice anteriormente, ya lo sabría.

Beatrice dio un paso hacia el aula y Hannah le bloqueó la entrada.

–Espera. Eh…, lo siento, tienes razón. No estaba prestando atención. ¿Estás saliendo con alguien?

–No es de tu incumbencia. –Beatrice arqueó las cejas.

–Perdona, es verdad. –A Hannah le ardían las mejillas. ¿Podría estar yendo peor la conversación?

–En fin. Me has preguntado por Bash y no es que sea un secreto precisamente. Está enamorado de Elle. Obvio.

Hannah abrió mucho los ojos. Por supuesto que Bash estaba enamorado de Elle. ¿Cómo no se había dado cuenta antes? Pero Elle aún seguía pillada por Theo y los chicos eran mejores amigos.

El arranque de empatía que había sentido por Sebastian Beaumont había tenido una vida muy breve. Que Elle no correspondiera sus sentimientos no cambiaba el hecho de que era un mujeriego incorregible que no se merecía su empatía; indiferentemente de lo que hubiera dicho Beatrice sobre que había madurado. Además, la conversación tampoco le había resultado demasiado esclarecedora en cuanto a qué había sido de su hermana esas últimas semanas.

Sonó el segundo timbre y le dirigió a Beatrice una mirada suplicante. Seguro que sabía más sobre Ami de lo que había compartido con ella.

Beatrice se ajustó la tira de su bolsa de tela retro sobre el hombro y rodeó a Hannah para entrar en el aula.

–Mira, quizá sí que deberías estar preocupada por Ami, pero no me corresponde a mí airear sus secretos y no tiene nada que ver con Bash. Si de verdad quieres saber qué le pasa, tienes que hablar con ella tú misma.

En ese momento, *madame* Girard se asomó al pasillo y le dirigió una mirada penetrante a Hannah. Luego cerró la puerta, dejándola a solas en el pasillo con la cabeza dándole vueltas.

¿Cuál era el secreto que no le correspondía a Beatrice contar?

Esa noche, durante la cena, Ami se mostró impasible. Picoteó la comida (su padre había preparado boloñesa, que normalmente gustaba a todos) y respondió con monosílabos a la incesante serie de preguntas de Yoko. Llevaban así varias semanas, cada vez que los Miller se sentaban a comer juntos, el ambiente era tenso y desagradable. Y eran una familia que solía reunirse para la cena: su padre y Yoko siempre se complicaban la vida para asegurarse de que cenaban juntos al menos cuatro veces a la semana, sin importar lo ocupados que estuvieran. Su padre era un gran cocinero y los postres de Yoko a menudo inundaban la cocina con los deliciosos aromas del cacao, las cerezas y el *yuzu*. Durante su infancia, la cena familiar casi siempre había sido la mejor parte del día para todos; incluso para Ami. Su hermana estaba demasiado absorta en el drama de tener quince años (y acudir a Prescott) como para admitirlo, pero desde que se habían mudado a Nueva York, de hecho, sobre todo desde entonces, a Ami le encantaba charlar de forma distendida alrededor de la mesa y la naturalidad que solían conllevar las cenas de los Miller.

Tras la debacle de Orchard & Vine, las cosas no tardaron en cambiar. Hannah incluso le había sugerido amablemente a su padre que quizá podría plantearse levantar un poco la mano con Ami por el bien de todos, pero él había recibido su petición con el ceño fruncido y un recordatorio de que en Pittsburgh «no conocíais a nadie que se metiera coca. Solo os permitimos acudir a la fiesta porque había padres presentes. Está claro que cometimos un error». Hannah dejó de insistir antes de que la castigara a ella también.

Se metió un trozo de pan de ajo en la boca y observó que su madrastra intentaba sonsacarle una sonrisa a la que antaño fue su vivaz quinceañera con una anécdota enternecedora sobre uno de sus clientes. Fue una misión fallida y que pronto se fundió en un silencio. Yoko le dio un sorbo a su Pinot Noir. Ami hizo un mohín.

–Papá –dijo Hannah, desesperada por intentar cambiar de tema–, entonces, ¿sabías que Joel Wachs había ido a la NYU?

Wachs era también natural de Pensilvania y llevaba ocupando el cargo de presidente de la Fundación Andy Warhol para las Artes Visuales en Nueva York desde principios de la década de los dos mil. Su padre, que era el director de desarrollo para un pequeño museo de Bellas Artes del centro, lo había invitado hacía poco a una cena con el objetivo de captar nuevos donantes y había salido muy impresionado. Era cierto que la carrera que había cursado Wachs en la NYU era Derecho, y que también había hecho un máster, pero con algo de suerte su padre no insistiría en los detalles.

–Ah, ¿sí? –Su padre sonrió receloso. Él era partidario de la UPenn desde hacía tiempo y, aunque Yoko y él insistían en que apoyarían la decisión de Hannah fuera cual fuese, su padre no se había esforzado por ocultar su preferencia por la universidad que había escogido en un principio: una de la Ivy League y a la que se podía ir en coche desde Nueva York, pero alejada de las distracciones de la ciudad. Por algún motivo, a ojos de su padre, Filadelfia era una ciudad más tranquila, una afirmación que Hannah dudaba que tuviera mucho peso.

Era mediados de marzo. Dentro de nada recibiría las cartas de admisión de las universidades y lo cierto era que Hannah aún seguía dividida entre ambas. La lista de pros y contras que la había ayudado a componer el señor Harris a principios de semestre colgaba sobre su escritorio y las dos columnas estaban igualadas. UPenn había sido su sueño durante mucho tiempo, pero apenas había llegado a asentarse en Nueva York. Quizá, si solo la aceptaban en uno de los dos sitios, serían los dioses de las admisiones quienes tomarían la decisión por ella. Pero sus solicitudes eran consistentes. Tenía probabilidades de entrar en ambos sitios.

–¿Y qué pasa con Grace? –fue la primera frase completa que dijo Ami en toda la cena.

A Hannah se le encogió el corazón, pero forzó una sonrisa.

–El Acela es muy rápido, se puede ir de Filadelfia a Nueva York en una hora y veinte.

Ami resopló.

–Buena suerte vendiéndoselo a tu mejor amiga. ¿No se suponía que ibais a ser compañeras de cuarto?

Hannah le dio otro mordisco al pan de ajo, aunque había perdido el apetito. Aún tenía los dos últimos mensajes de Grace sin leer. Ami tenía razón: Grace no sería nada compasiva con ella si se cargaba su plan para la universidad. Así que en vez de contarle la verdad (que NYU era mucho más que un plan B) llevaba semanas evitando a su mejor amiga. No era típico de ella; Hannah era honesta, a veces demasiado. Pero últimamente había sido incapaz de encontrar las palabras. No estaba orgullosa de sí misma, pero a medida que progresaba el año, cada vez le resultaba más difícil explicarle su nueva vida a Grace. Era más fácil dejar de intentarlo.

Apartó la silla de la mesa, la cena se le asentó como una roca en la base del estómago.

–¿Puedo retirarme?

22

Sábado 13 de junio de 2026
4:12 h

Desde su sitio con vistas privilegiadas en medio del salón, Hannah observó que Bash y Elle desaparecían juntos por el pasillo poco iluminado tras la mesa de recepción. O bien se dirigían hacia el ropero o, lo que era más probable, a la puerta de bolsillo que ocultaba la escalera de servicio. Hannah aún seguía dándole vueltas a que Ethan y Bruno hubieran tratado de restarle importancia a su relación con Madison después de Prescott y a lo dispuestos que habían estado los dos a dejar al otro con el culo al aire. Pero ahora la inundó una nueva oleada de preguntas. ¿A dónde irían Elle y Bash? ¿A hablar con los inspectores? En ese caso, ¿por qué no tomaban la escalera principal hacia la segunda planta? A menos, claro, que su destino fuera una habitación vacía…

Antes de que Hannah se pudiera decidir sobre seguirlos o no, se percató de que Edward Beaumont se encaminaba con decisión hacia Beatrice, que seguía cerca de la recepción, tomándose una copa de vino tinto. Hannah se acercó a ellos con toda la discreción posible.

Esa noche, Beatrice vestía un despampanante vestido rojo de Valentino y ahora llevaba su antigua melena rizada muy corta. Era un peinado elegante y en conjunto tenía un aspecto sofisticado. No llevaba maquillaje; su piel de color ébano estaba limpia y, aunque era de esperar que llevara los labios pintados de rojo, los llevaba al natural. En el instituto su estilo era impecable pero sutil. Y, al igual que en Prescott, había conseguido pasar desapercibida para Hannah durante gran parte de la noche; hasta ahora.

–Te toca –dijo Edward y señaló las escaleras.

–¿De verdad es necesario? –preguntó Beatrice.

–Me temo que sí. Están en la Habitación Caraway. Me imagino que podrás encontrarla sin problema.

Beatrice no respondió. Se levantó el largo vestido que llegaba hasta el suelo y dejó a la vista unos zapatos de tacón Louboutin en color *nude*, cuyas suelas rojas conjuntaban a la perfección con su vestido, y se volvió hacia las escaleras.

Hannah la observó al marcharse y sus pensamientos se alternaron entre Bash, Elle y Beatrice. En cuanto estuviera lo bastante segura de que nadie la estaba vigilando, pensaba volver hasta la escalera de servicio y subir al piso de arriba tras ellos.

En el interior de la Habitación Caraway, Beatrice se acomodó en la silla frente a los dos inspectores. El inspector Crews le explicó que debía dar su consentimiento para la grabación y luego deslizó su teléfono hasta el centro de la mesa.

–¿Lo reconoce?

Beatrice le echó un vistazo a la imagen que aparecía en pantalla. Era una captura de pantalla de Instagram de hacía diez años. En la fotografía, docenas de alumnos de último curso de Prescott, ataviados con togas azul marino de graduación, arrojaban sus birretes al aire. Era la última publicación de The Upper Edge, antes de que la cuenta cerrara para siempre en junio de 2017.

–Por supuesto –respondió–. Todos los que fuimos a Prescott entre 2013 y 2017 conocemos esa cuenta.

Los inspectores intercambiaron una mirada de entendimiento. Por lo que Bash le había dicho en privado hacía cosa de una hora, los inspectores habían adquirido una cantidad de información impresionante sobre las dinámicas sociales de Prescott durante el curso de la noche. ¿Era posible que no estuvieran al tanto de The Upper Edge?

–¿Tiene los datos de acceso? –preguntó la inspectora Wellesley.

Beatrice arqueó las cejas.

–¿Los datos de acceso para The Upper Edge? No.

¿Pensaban que era ella quien llevaba la cuenta? Madre mía.

El inspector Crews cogió su teléfono y abrió Instagram.

–Hay capturas de pantalla *online*. Unas cuantas, la verdad. Pero nos gustaría poder revisar más contenido. –Le entregó su móvil a Beatrice.

Ella lo dejó sobre la mesa de inmediato.

–No tengo claro qué quieren que haga. La cuenta lleva años muerta; quien quiera que la llevara la desactivó hace mucho. Esa captura que me ha enseñado antes fue la última publicación, la graduación de la promoción de 2017. Después de eso The Upper Edge dejó de publicar.

–¿Pero existe un archivo? –preguntó el inspector Crews.

Ella negó con la cabeza.

–Si existe, no es público. The Upper Edge borró todas las publicaciones antiguas; no tengo más acceso a ellas que ustedes.

¿Por qué le preguntaban a ella, de entre todas las personas, por The Upper Edge? Había tenido cuidado de no poner ningún comentario nunca y solo había aparecido en dos publicaciones durante los cuatro años de la prolífica actividad de la cuenta. En segundo, Theo y ella habían organizado un desfile de moda benéfico y los habían fotografiado mientras daban la bienvenida. En otra ocasión, había salido otra publicación con ella en una fiesta de Prescott junto a Elle y Bash. Ambas publicaciones eran pequeños cotilleos sin importancia y ninguna se centraba en ella. Además, tampoco tenían nada que ver con Madison DuPont.

–Aunque no contemos con todo el archivo, es evidente por lo que hemos visto que sus amigos eran casi siempre el foco de los rumores que compartía The Upper Edge –afirmó la inspectora Wellesley–. Sin embargo, usted no aparece en ninguna de las fotografías. Su nombre de usuario de Instagram, @Bea_UT, no aparece nunca en los comentarios. Lo cual no ocurre con todas las demás personas del círculo de Madison DuPont.

Beatrice se mostró perpleja. Así que había llamado la atención de los inspectores precisamente porque había pasado desapercibida. Genial.

Se encogió de hombros con indiferencia.

–Solo han visto unas pocas capturas, ¿no? The Upper Edge publicó a diario, a veces dos veces al día, durante cuatro años. Eso

son más de mil publicaciones con miles de comentarios. A lo mejor la gente de internet no vio contenido que incluyera a Beatrice Whitmore y que mereciera la pena inmortalizar.

–Entonces, por lo que dice, ¿sí que apareció en The Upper Edge? –preguntó el inspector Crews–. Si contáramos con todo el archivo, ¿veríamos publicaciones sobre usted y encontraríamos sus comentarios?

Beatrice tragó saliva. ¿Qué sabían exactamente? Otra persona debía de haber señalado su falta de apariciones en The Upper Edge… ¿Alguien que sospechaba que había tenido algo que ver con el asesinato de Madison?

Suspiró. No tenía sentido mentir al respecto. Podían preguntar a varios de los invitados de la noche y todos comentarían su notable ausencia de los cotilleos de Prescott.

–Solo unas pocas –admitió–. Verán, puede que se hayan percatado de que casi todas las personas a las que han interrogado esta noche son blancas. Cuando eres una estudiante racializada en la Academia Prescott, tienes dos opciones para sobrevivir. Puedes llegar a lo más alto con uñas y dientes como Elle Harrington. Asciendes hasta tu trono y no miras abajo, sin importar lo que puedan decir de ti. O puedes permanecer en los márgenes. Ajena a los dramas. Y alejada de los focos.

–¿Y esa era usted? –preguntó la inspectora Wellesley–. ¿Se mantuvo alejada de los focos?

–Algo así –asintió Beatrice. ¿Qué explicación le debía a aquella policía de piel pálida y cabello rubio? Nada de eso tenía nada que ver con el asesinato de Madison; lo único por lo que tenían derecho a interrogarla. Comenzó a arrastrar la silla–. Si ya hemos terminado…

–Aún no –intervino el inspector Crews–. Siéntese, por favor.

Con reticencia, Beatrice volvió a recostarse en la silla con los brazos cruzados a la altura del pecho.

–Está claro que la persona que llevaba The Upper Edge estaba muy interesada en la vida de Madison DuPont. Incluso obsesionada. Sí, solo tenemos acceso a un número limitado de publicaciones, pero Madison y su grupo de amigos son el tema principal de un número

desproporcionado. Nadie de su círculo pasó desapercibido a The Upper Edge; excepto usted, al parecer.

–¿Y? –preguntó Beatrice–. Como ya he dicho, me mantenía al margen de los conflictos. Nunca le ofrecí nada a The Upper Edge sobre lo que poder cotillear.

–¿O a lo mejor es que llevaba la cuenta? –preguntó sin rodeos la inspectora Wellesley.

Beatrice se rio.

–Por supuesto que no.

–Entonces, ¿quién la llevaba?

–No lo sé. Nunca se descubrió.

–Seguro que sospecha de alguien –dijo Crews.

Era absurdo. ¿De verdad pensaban que la persona que llevaba una cuenta de cotilleos hacía una década era la misma que había matado a Madison DuPont? Era cierto que el creador de The Upper Edge estaba obsesionado con Madison. Que envidiaba su belleza y su poder, quizá hasta el punto de llegar a odiarla un poco. Pero eso describía a todos los alumnos de Prescott.

–No tengo ni idea –dijo al fin–. Podría haber sido literalmente cualquiera.

La persona que llevaba The Upper Edge. Y también la que había asesinado a Madison.

–¿Y qué hay de Hannah Miller? –preguntó Wellesley.

Beatrice frunció el ceño.

–La cuenta empezó a subir contenido en 2013, durante nuestro primer año. Hannah no entró en Prescott hasta 2016, así que es poco probable.

–A menos que conociera a alguien en la escuela, quizá. Alguien que le enviara la información.

Sacudió la cabeza de atrás hacia delante despacio. Era muy posible que Hannah hubiera matado a Madison. Pero asignarle el papel de la mente maestra tras The Upper Edge era una absoluta idiotez, ¿no?

–Otra cosa. –El inspector Crews cogió el móvil de la mesa y abrió otra captura de pantalla. En este caso era una publicación clásica: la última en la sesión de fotos de la pobre Gemma Phipps. Se podía ver

el reflejo del misterioso chico de Prescott de fondo, tomando la fotografía.

–Los comentarios dejan claro que Madison y sus allegados avivaron la polémica repetidas veces cuando se difundieron estas fotos. Sabemos que la mujer es Gemma Phipps. ¿Este quién es? –Señaló la imagen de la figura masculina, cuya identidad seguía siendo igual de misteriosa a día de hoy que hacía una década.

–Les puedo decir quién no es: Theo Fitzgerald. Estaba enamorado de Elle y lo que le ocurrió fue una campaña de desprestigio. Madison lo pasó en grande aterrorizando a Gemma y a Theo le pilló el fuego cruzado.

Había sido mucho más complicado que eso, por supuesto. Al final, había sido una de las pocas personas a las que les contaron la verdad; lo cual le supuso una gran frustración. Pero los inspectores no tenían por qué saber todos los detalles de su pasado.

–Si no se trata de Theo, ¿quién es? –insistió el inspector Crews.

–Me están haciendo un montón de preguntas para las que no tengo respuesta. Pero si tuviera ganas de apostar, diría que la persona de esa imagen seguramente está aquí esta noche.

La inspectora Wellesley se inclinó hacia delante.

–¿Y eso por qué?

Ella se encogió de hombros.

–Solo es una corazonada. Con eso de que Bash y Madison eran coanfitriones de la gala, han acudido muchas personas de la promoción del 2017.

Los inspectores compartieron una mirada silenciosa. La inspectora Wellesley asintió, de forma casi imperceptible, y el inspector Crews abrió una última imagen en su teléfono. Bash, reclinado contra la pared del pasillo de la primera planta, tal y como Beatrice le había visto hacer miles de veces durante sus años en Prescott.

–¿Alguna vez llevó gafas Sebastian Beaumont? Ya fuera para corregir la vista o por una cuestión estilística.

–¿Bash? No. –Beatrice sintió que el pasado le daba alcance y le asestaba un puñetazo en el pecho. Cuando salieron las fotos de Gemma, hubo un sinfín de especulaciones sobre las gafas que se podían apreciar a duras penas en la figura masculina. Junto con la

chaqueta y los gemelos de Prescott, era una de las «pistas» principales que unían al chico de la foto con Theo. Pero todo había sido una patraña.

–¿Está segura? –preguntó Wellesley.

–Completamente. Bash se acostaba con mucha gente, pero nunca se acostó con Gemma. Lo habría sabido. Si tienen preguntas sobre Gemma Phipps, se están fijando en el Beaumont equivocado.

Un año antes

Beatrice se sentó, como había hecho tantas otras veces en los últimos meses, en uno de los dos sillones mullidos colocados junto a una mesita baja con tapa de mármol en la oficina ejecutiva de Bash en Beaumont Capital. El imperio de bienes raíces, ubicado en un edificio restaurado de antes de la guerra con amplias vistas a Central Park, era parte de los nuevos dominios de Bash. Durante años, lo habían excluido de la compañía, el padre de los Beaumont nunca le ofreció una explicación satisfactoria sobre por qué había dejado de lado a su hijo menor mientras había permitido que Edward ascendiera velozmente al nivel más alto. Luego Richard había muerto de forma repentina y chocante el año anterior en un accidente de helicóptero durante sus vacaciones en el Lago de Como. Bash había llorado su pérdida y luego había adoptado su puesto con entusiasmo.

Beatrice le dio un mordisco a un rollito de primavera templado (habían pedido comida tailandesa hacía una hora y los envases semillenos seguían sobre la mesita) y contempló que se acentuaban las arrugas de la frente de su amigo. En los meses que siguieron a la muerte de Richard Beaumont, al parecer en cuanto Bash se había puesto al mando de la compañía (sin llegar siquiera a asentarse), Edward dimitió de su cargo de director financiero, dejando que Bash tuviera que arreglárselas por sí solo mientras él asumía un nuevo puesto en Wall Street. Mantener el volumen de actividad de la empresa multimillonaria sin su padre y sin Edward había sido todo un reto cuando menos. Mientras su amigo se esforzaba por aprender a manejarse en la industria, un obstáculo completamente evitable si

Richard lo hubiera metido antes en la empresa, se avecinaba un problema aún mayor.

Las finanzas eran un lío indescifrable, con transferencias programadas que entraban y salían de cuentas que, por lo que sabía Bash, nunca habían declarado al IRS. No faltaba dinero, pero estaba claro que tras aquellas transacciones no declaradas se ocultaba algo nefario. Algo que podría desplomarse sobre Bash en cualquier momento y él se vería incapaz de protegerse a sí mismo o a Beaumont Capital si no sabía qué coño estaba pasando. Y, para su irritación, Edward, el exdirector financiero, mantenía los labios sellados.

Beatrice había escuchado las crecientes preocupaciones de Bash (y las diatribas que las seguían) de forma repetida durante las últimas semanas, y conocía de sobra cómo funcionaba su mente. Pero hacía tiempo que su padre había dejado de ejercer como abogado de Beaumont Capital, su despacho llevaba casi una década centrado en otros asuntos y ella no tenía ningún interés personal en los negocios de Bash. Y gracias a Dios, porque eran un puto desastre.

Pero, a pesar de todos sus defectos, Bash seguía siendo su mejor amigo. Y ella era su principal apoyo emocional. Beatrice echó un vistazo al enorme escritorio ejecutivo de nogal situado frente a las ventanas, a las estanterías que estaban detrás y que llegaban hasta el techo, y a la zona de descanso en la que se encontraba en ese momento. Por las noches tenía un aspecto diferente, cuando ya se habían marchado los demás empleados y Bash alternaba una mirada de preocupación entre la pantalla de su portátil y un cuaderno que tenía abierto sobre la mesa y contra el que golpeteaba de forma repetitiva una pluma Montblanc. Hacía horas que se había quitado la chaqueta y llevaba las mangas remangadas hasta los codos. Sobre el escritorio había montones de carpetas, sobres de Manila y una caja fuerte ignífuga, cuya llave Bash aún no había localizado.

Soltó un suspiro de frustración y se apartó de la mesa con un empujón; la pesada silla de escritorio golpeó las estanterías y tiró una fotografía enmarcada de los Beaumont, que se habían hecho años antes durante un viaje en yate, al suelo.

–¿Podrías hacer algo útil? La llave de la caja fuerte debe de estar en algún lugar de la oficina. O, si eso falla, tráeme un taladro.

Beatrice se recostó en el asiento y fulminó a Bash con la mirada.

–Siempre te querré, pero ni de coña. Sabes que yo nunca me ensucio las manos.

–¡Joder! –Bash se puso en pie y dio un fuerte golpe con la mano sobre una pila de carpetas, haciendo que los papeles salieran volando.

–Llama a tu hermano –dijo Beatrice por segunda vez esa noche. Edward había estado al cargo de las finanzas de la compañía. Y tenía las respuestas para todas las operaciones encubiertas que se hubieran llevado a cabo en Beaumont Capital–. No puede excluirte para siempre. Llámalo otra vez.

Bash agarró el teléfono de la mesa y marcó el número de Edward con rabia. Su hermano respondió tras tres tonos de espera.

–Tenemos que hablar –gruñó Bash–. En persona.

–Te lo advertí. –Beatrice podía oír la voz de Edward alto y claro. Bash tenía el volumen al tope–. Tú lo has querido. Es lo que siempre has querido.

–Me has dejado en la estacada –lo acusó Bash–. Tenemos que vernos. Cuanto antes.

Beatrice se puso en pie. Ya había oído suficiente. Negación plausible y todo eso. Se escabulló en silencio de la oficina de Bash y salió al vestíbulo de recepción. Se apoyó contra el aparador, sacó su móvil del bolso y abrió los mensajes.

BEATRICE

Nuestro chico está metido en un lío, ¿podemos vernos?

11 de abril de 2017

Instagram

Imagen: Bash Beaumont está sentado a solas en el banco que está bajo el arce del patio de piedra de Prescott, se le ve contrariado.

TheUpperEdge: Ay, las vacaciones de primavera en el Upper East Side. Si parece que las aceras de la zona están vacías es porque la mayoría de los alumnos de Prescott disfrutan de una semana en Mustique o Cap d'Antibes. Pero para algunos de último curso, abril es un toque de atención. Ahora que quedan pocas semanas para la graduación, se acerca la fecha de entrega de los trabajos del seminario, y se rumorea que es posible que uno de los estudiantes más infames del señor Harris tenga que acudir a las clases de verano en vez de partir con el resto de su promoción… Tictac, Sebastian.

@Margaret_Kens Yo puedo darte unas clases, Bash. [*emoji* de teléfono]

@_RuperT$ @Margaret_Kens Menuda desesperada. Además, Bash puede comprar un trabajo de sobresaliente *online*. Nada nuevo.

@Alice_in_the_City @_RuperT$ Ni de broma, ¿recuerdas lo que le pasó a Rachel Covington el año pasado? Harris es demasiado listo para dejarse engañar.

@NicholasVon_K Bash, ponte las pilas, idiota.

@SebastianB Fiesta al anochecer en la terraza del Club Lenox. Atuendo: despampanante. Si tienes que preguntar si estás invitado es que no lo estás.

23

11 de abril de 2017

En teoría, la terraza no estaba abierta para invitados. Richard Beaumont y sus inversores habían considerado renovar el espacio para abrir una azotea ajardinada que estaría disponible de marzo a noviembre con mesas bajas y sillones, una barra al aire libre y quizá una pequeña pista de bochas. Se rumoreaba que por las noches habría cuartetos de cuerda y que se proyectarían películas bajo las estrellas. Pero, para llevar a cabo la renovación, primero habría que adaptar la terraza a la normativa vigente: aplicando un acabado antideslizante a las losas, sustituyendo el murete perimetral por una barandilla de hierro forjado de trece metros de largo con paneles de vidrio templado y cerrando la segunda planta durante varias semanas mientras un equipo de ingenieros se encargara de instalar refuerzos para soportar el elevado número de visitantes en la azotea.

Todo aquello era posible, por supuesto. Para los Beaumont no había nada imposible. Pero lo cierto era que el padre de Bash prefería mantener la terraza como un espacio privado, solo para la familia: con un sofá mullido y unas pocas sillas agrupadas alrededor de un pozo para hacer fuego de piedra. Contaba con un carrito de bar de teca donde Richard guardaba su suministro personal de vinos añejos y *whisky*. Y con un solo armario impermeable que contenía un juego de ajedrez antiguo y una selección de lecturas de ocio: sobre navegación, arquitectura y la historia del Imperio romano.

Bash y Edward tenían acceso libre, pero, debido a la falta de medidas de seguridad, hacía tiempo que les habían prohibido llevarse amigos a la terraza. Y, desde luego, servir alcohol.

Ninguno de los chicos Beaumont eran de los que cumplen las normas. Bash borró su comentario en The Upper Edge una hora después de publicarlo; no podía darles a su padre o a Edward, que estaban recorriendo la Riviera francesa con la última novia de Richard (Sara, que se pronunciaba alargando las a), un motivo para volver pronto a casa. Pero, para la puesta de sol, la azotea ya se había llenado con «sobrantes» de Prescott, aquellos que en ese momento no se encontraban de vacaciones en un lugar con una mezcla perfecta entre sol europeo e importancia cultural. De hecho, se trataba de una porción mayor de alumnos de lo que había dado a entender The Upper Edge, y Bruno estaba apostado en la puerta delantera del club, prohibiendo la entrada a los alumnos de primero y segundo. Bash se había asegurado de que el verdadero personal recibiera generosas propinas para que mantuviera en secreto la velada realizada un martes, por lo demás tranquilo, en el club.

Hannah permanecía cerca de Bruno a la entrada del club, intentando decidir si de verdad quería subir al tejado. Oliver estaba pasando la semana en Berlín, aunque tampoco es que lo hubieran invitado. Theo estaba jugando al golf en el Algarve. Y Ami seguía castigada; además de que era de segundo. Hannah volvió a echarle un vistazo a la puerta principal del club. Por una parte, ya se encontraba allí, vestida con un conjunto formado por un vestido de verano con estampado de cachemira, un corpiño ceñido y unos tacones dorados retro, que esperaba que fuera lo suficiente «despampanante» para una fiesta de primavera en una azotea. Por otra parte, se iba a volver a perder una noche de juegos de los Miller, que sería mucho menos emocionante que una fiesta de Prescott, pero también menos estresante y agotadora. Cuando salía por la puerta, su padre le había dado un beso en la mejilla, pero estaba claro que le decepcionaba que se saltara el tiempo en familia. Y aquel gesto, por supuesto, la había hecho estar aún más decidida a acudir al Club Lenox. Pero ahora… aún estaba a tiempo de darse la vuelta y coger el 6 hacia el centro.

–¿Subes?

A su lado se encontraba Madison, con un vestido midi de seda y estampado floral de Ulla Johnson. Se había envuelto los hombros de

manera informal con una rebeca color marfil, y un fino brazalete de oro le adornaba la muñeca. En vez de llevar sus tacones habituales, había escogido unas sandalias *nude* para la ocasión. Llevaba las uñas de los pies pintadas en tono rosa palo, completando así su paleta de colores primaverales.

–Sí –dijo Hannah; la decisión estaba tomada. Se dirigió hacia las escaleras de la segunda planta del Club Lenox–. Es la primera vez que voy a la azotea. Supongo que no quería subir sola.

–Entonces, tienes suerte de tenerme. –Madison entrelazó su brazo con el de Hannah, su amplia sonrisa irradiaba calidez. A su pesar, Hannah se sintió elegida y especial al momento. Madison podía ser manipuladora y cruel, pero también era encantadora y generosa con su afecto cuando lo deseaba. Y, ahora mismo, Elle estaba de viaje (visitando Marruecos con sus padres), así que Hannah sería la ungida por Madison durante esa noche. En su interior, hizo un gesto desdeñoso. Tras varios meses en Prescott, sabía cómo funcionaba Madison. Podías permitirte caerle en gracia una tarde si no esperabas lo mismo al día siguiente.

Madison la guio por las escaleras y a través del pasillo, más allá de las puertas cerradas de los diez dormitorios del club. Se detuvieron al final. A su izquierda se encontraba la Habitación Caraway, la *suite* en esquina. A su derecha había una sencilla puerta de madera atravesada por un cordón de terciopelo. Sobre el marco había una pequeña placa de latón que rezaba «Prohibido el paso». Madison soltó el cordón y giró el picaporte. La puerta se abrió para dar paso a otra escalera ascendente.

Le hizo un gesto a Hannah para que pasara primero.

–Por aquí se sube al tejado.

Cuando llegó a lo alto de la escalera, Hannah se encontró con unos cuarenta estudiantes de Prescott charlando al aire libre. Había farolillos a lo largo del murete que rodeaba la azotea, y también colgaban guirnaldas de luces de un toldo que se había colocado para dar sombra. En medio de la terraza se encontraba Bash, encorvado sobre el pozo y tratando de activar el gas. Otra cosa que tendrían que reemplazar si alguna vez abrían la terraza a los miembros del club. En la pared más alejada, Beatrice atendía la barra en silencio.

Hannah se adentró dos pasos en la azotea y se arrepintió de inmediato de llevar tacones. El suelo era de adoquines, ya desgastados tras los años de uso y resbaladizos bajo sus pies.

Se sujetó al brazo de Madison para mantener el equilibrio. Ahora comprendía por qué había escogido unas sandalias para la velada.

Madison se rio.

–Este sitio es un peligro.

–Supongo que me perdí la circular en la que avisaban de llevar zapatos planos –musitó Hannah.

Madison echó un vistazo a su alrededor y le brillaron los ojos cuando se posaron en uno de sus seguidores. Llamó a Ethan con un gesto.

–Hazme un favor y tráele unas pantuflas a Hannah. Hay una cesta en la Habitación MacAllister.

–¿En la que…? –empezó a decir Ethan, pero Madison lo interrumpió.

–No molestes a Bash. El pobre está perdiendo la batalla contra ese pozo prehistórico. Brooks o James pueden conseguirte la llave de repuesto de detrás de la recepción.

Ethan se encogió de hombros, le echó un último vistazo a Bash y se encaminó con diligencia hacia la puerta.

Madison fue hasta una silla cerca del carrito de bebidas y miró fijamente a la chica que la ocupaba hasta que esta se levantó y se escabulló a toda prisa al extremo opuesto de la azotea. No había más asientos disponibles, así que Hannah se apoyó en la pared. Estaba en una posición incómoda, un poco más atrás que Madison, pero la susodicha no movió la silla, así que Hannah tenía que estirar el cuello hacia delante para poder hablar con ella.

–Está enfurruñado –dijo Beatrice desde detrás del carrito, señalando a Bash con la barbilla. Había conseguido encender el fuego y ahora les daba la espalda desde el amplio sofá, mientras se bebía un *whisky* solo y contemplaba las llamas.

–¿De verdad va a suspender el seminario? –preguntó Hannah.

–Aún no, pero lo hará si sigue así. Montando fiestas cuando debería estar redactando el trabajo. Harris le hizo muchas anotaciones y lleva sin tocar el borrador desde entonces.

Madison agitó una mano esbelta en el aire.

–La revisión no es hasta el lunes. Hay tiempo de sobra.

Beatrice se rio.

–Quizá para ti. Intenté quitarle la idea. –Señaló el tejado con un gesto–. Pero estaba emperrado en hacerlo.

–¿Y tú no lo estarías? –preguntó Madison–. Richard se ha llevado a Edward a la Riviera y ha dejado aquí a Bash.

–Para que se ponga con los trabajos –respondió Beatrice–. Para que llegue a graduarse, ¿no?

Madison sacudió la cabeza y el cabello pelirrojo le cayó por los hombros.

–Ya sabes que con Richard nunca es así de sencillo. Y, ahora que lo menciono… –Se inclinó hacia delante para echar un vistazo a la selección de bebidas–. Me tomaré una copa del Sancerre rosé.

Beatrice seleccionó una copa de la parte inferior del carro y se la sirvió.

–¿Hannah?

–No, gracias. –Sus padres la esperarían despiertos y, además, se sentía un poco inestable en aquel tejado.

Mientras Beatrice y Madison continuaban con su análisis sobre la posición precaria de Bash en el instituto, Hannah sacó el móvil de su bolso. Tenía otros tres mensajes de Grace, todos sobre el cuestionario de la residencia que debían completar juntas. Las habían aceptado a las dos en la UPenn, tal y como esperaban, pero, mientras que Grace había aceptado la plaza de inmediato y había pagado el depósito, Hannah seguía igual de indecisa que hacía unas semanas. Porque también la habían aceptado en la NYU.

Justo en ese momento, reapareció Ethan con un par de pantuflas de spa de lujo en la mano. Tenían las iniciales «CL» bordadas en la parte superior con hilo dorado.

–Mi señora.

Hannah apagó el móvil. Se quitó los tacones y se las puso, agradecida.

–Mucho mejor. Gracias.

Ethan asintió y se acomodó en la pared a su lado. Alternó la mirada entre Madison, Hannah y Beatrice con complicidad.

–He encontrado una cosa en la habitación de Bash.

–¿La habitación de Bash? –preguntó Hannah. Los Beaumont poseían un enorme ático a varias manzanas al norte, en la East 81st Street; no vivían en el club.

–Cuando Richard está de viaje, a Bash le gusta quedarse en la Habitación MacAllister –explicó Beatrice–. El chef Bernard le da de comer, mejor eso que andar dando vueltas por todo el ático él solo.

–Claro –respondió Hannah, aunque una semana a solas en un fabuloso ático del Upper East Side no le parecía un mal plan.

–Al caso –intervino Madison–. No nos dejes con la intriga, Ethan. ¿Qué has encontrado?

Se inclinó hacia delante y redujo el volumen.

–Hay un retrato al óleo en un atril junto a la cama. He echado un vistazo bajo la sábana. Es un desnudo… de Elle.

Madison se puso tensa y Hannah contempló a Beatrice, midiendo su reacción. Aún tenía presente la conversación que habían mantenido hacía pocas semanas: «Me has preguntado por Bash y no es que sea un secreto precisamente. Está enamorado de Elle. Obvio».

El rostro de Beatrice no dejaba entrever nada. Un par de alumnos de tercero se detuvieron junto al carrito y ella se giró para servirles dos copas de vino blanco. Cuando se marcharon, Beatrice se encogió de hombros con indiferencia.

–Durante las vacaciones de Navidad, Elle y yo posamos para un reconocido pintor de óleos, Verna Reese. Es amigo de mi madre.

–Vale… –dijo Ethan, esperando con poca paciencia a que continuara con la historia.

–Vale ¿qué? Sé que a ti no te interesa la figura femenina, pero los desnudos de Verna son preciosos. Tengo el mío en mi cuarto. Imagino que Elle le regaló en suyo a Bash.

Madison se puso en pie y la silla derrapó sobre los adoquines.

–Disculpad.

Hannah y los demás vieron que se dirigía de forma enérgica hasta el pozo y luego se dejaba caer sobre el sofá, junto a Bash. Ethan se levantó y ocupó el asiento de Madison, dejando a Hannah sola de nuevo en la pared.

Aunque se inclinó hacia delante, no consiguió oír lo que decían. Para poder escucharlos a escondidas de manera eficaz, algo por lo que obviamente no le importaba rebajarse, debía acercarse más.

–¿Qué haces? –siseó Beatrice al ver que Hannah se levantaba y cruzaba la terraza.

Hannah la ignoró, caminó, con las zapatillas resonando silenciosas contra el adoquinado, hasta el sofá donde estaban sentados Bash y Madison. Estaba colocado frente al fuego, así que ella se agachó detrás sin que la vieran.

–El retrato no significa nada –le decía Madison, en un leve siseo–. Se está mofando de ti.

–No es así. –La voz de Bash sonaba pesada a causa del *whisky*. La noche aún era joven, pero estaba claro que no era su primera copa–. Lo que tenemos Elle y yo…

–No tiene ningún significado –lo interrumpió Madison–. Dentro de unos pocos meses Elle estará en Harvard. Ella llegará lejos mientras que tú, querido, tendrás que volver a Prescott en otoño.

–Eso es mentira –rebatió Bash–. Has estado pasando mucho tiempo en The Upper Edge.

Hannah se sentó con cuidado sobre los adoquines con la espalda apoyada en el sofá. Desde el carrito de bebidas, Beatrice entrecerró los ojos e Ethan se inclinó tanto hacia delante, tratando de escucharlos con desesperación, que parecía que estaba a punto de caerse de la silla.

–Yo no obtengo la información de una insulsa cuenta de cotilleos. Sé por el propio Harris que tu primer borrador ha sido la basura menos trabajada y poco original que haya visto en toda la historia de Prescott.

Hannah frunció el ceño. ¿De verdad hablaba el señor Harris sobre los trabajos de los demás alumnos con Madison? Era una experta en conseguir lo que quería, tanto dentro como fuera de Prescott, pero seguía sin parecerle probable. Y, si Hannah se paraba a pensar en ello, las palabras de Madison no eran nada más que una versión de lo que Beatrice les había contado momentos antes. Una versión más cruel, por supuesto, pero así era Madison. Cuando estaban hablando

con Beatrice, Madison había defendido a Bash, pero allí estaba ahora, haciéndolo pedazos.

–Olvídate de Elle –decía Madison–. Ella tiene los ojos puestos en alguien muy por encima de ti.

Hannah sopesó las palabras de Madison. Quizá la respuesta era sencilla. Bajo todos los ataques y juegos de poder, Madison estaba enamorada de su mejor amiga. Cuando creyó que Theo la estaba engañando, la animó a cortar con él. Ahora que presentía que podía haber algo romántico entre Bash y Elle, estaba intentando impedir una unión que no aprobaba, antes de que pudiera comenzar si quiera.

–Lo tengo todo bajo control –contestó Bash en tono arisco–. Con Harris y con Elle.

–Puede que con Harris sí –bromeó Madison–. Supongo que todo el mundo tiene un precio. Pero no te engañes a ti mismo; Elle es una reina y jamás tocará los productos que ya ha degustado la mitad de Prescott. No eres su tipo.

Bash se levantó de pronto y el sofá golpeó a Hannah en la cabeza. Se llevó una mano a la boca para ahogar un grito de sorpresa mientras Bash se alejaba de Madison y del fuego. Luego, se levantó en silencio y se alisó el vestido, con la esperanza de haberles pasado desapercibida.

No tendría que haberse preocupado. Justo en ese momento, todos los ojos estaban puestos en el lateral de la terraza que daba a la calle, donde Tyler Marsden se había encaramado al estrecho borde del muro, con los brazos extendidos, y lo recorría como si fuera un equilibrista. Hannah volvió a llevarse la mano a la boca. Estaban a dos pisos de altura sobre la East 73rd Street; debajo de ellos no había nada más que hormigón.

Había asumido que Bash se había marchado de repente de su conversación privada con Madison porque se sentía enfadado y atacado, pero, aunque eso fuera cierto, ahora comprendía el verdadero motivo de que se hubiera ido tan rápido.

–¡Bájate de ahí ahora mismo, Tyler!

Tyler miró a Bash, sobresaltado.

–No pasa nada. Solo nos estamos divirtiendo.

Bash habló en voz baja y con total seriedad.

–He dicho que te bajes de una puta vez.

Tyler se encogió de hombros y bajó de un salto del murete.

–Vale, relájate. Soy atleta. Tengo un equilibrio excelente.

–Qué le jodan a tu equilibrio –siseó Bash–. No tenemos seguro para el uso de la terraza por parte de los invitados. Si te caes de cabeza, soy yo quien se juega el pescuezo. Y, ahora, pírate.

–¿Qué? –Tyler parecía desconcertado.

–¡Todos! –gritó Bash, y su rostro se puso rojo bajo la luz de los farolillos–. ¡Fuera de mi puto tejado, ahora mismo!

Durante unos segundos, todos permanecieron en silencio e inmóviles. Las palabras de Bash suspendidas en el aire.

Hannah contuvo el aliento. Luego, casi al unísono, todos los invitados de la fiesta se levantaron y avanzaron a toda prisa hacia la puerta.

24

Sábado 13 de junio de 2026
4:14 h

Cuando Beatrice desapareció por el pasillo de la segunda planta, Edward volvió a merodear por el primer piso del club, asumiendo su función como chico de los recados de la policía de Nueva York, con demasiada solemnidad si se tenía en cuenta que también era sospechoso en el caso, pensó Hannah. Echó un vistazo a su alrededor, aguardando el momento de escabullirse escaleras arriba tras Beatrice, Elle y Bash. Ami había encontrado una manta de felpa y estaba dormitando en un sillón de la biblioteca. Alex andaba de un lado para otro del salón. En una de las mesas del comedor, se había organizado una partida de *gin rummy*. A lo largo de todo el club, los invitados dormitaban o bebían.

En cuanto Hannah estuvo lo bastante segura de que no había nadie mirándola, se coló tras la recepción y se adentró en el pasillo poco iluminado. Primero comprobó el ropero, que estaba vacío, y regresó hasta la puerta de bolsillo. Esta vez sus dedos encontraron el pequeño tirador con facilidad y la puerta se deslizó de manera silenciosa sobre el riel.

El corredor de la segunda planta estaba vacío, iluminado por unos apliques de un cálido color amarillo, cuya intensidad habían atenuado. O bien estaban interrogando a Beatrice, Elle y Bash como grupo, lo cual infringía lo poco que sabía sobre los procedimientos policiales, o solo Beatrice había entrado en la Habitación Caraway, mientras que Bash y Elle se habían escabullido juntos. ¿Para hacer qué? Cuando eran adolescentes, los sentimientos de Bash hacia Elle no eran recíprocos. Pero habían pasado los años. Quizá ahora habían

encontrado el amor y habían subido para sacar provecho de alguna de las habitaciones vacías, tal y como habían hecho Theo y ella un rato antes. Se avergonzó al recordarlo, cómo se había permitido aquella distracción cuando había tanto en juego. Qué estúpida.

Pero existía otra posibilidad. Quizá Bash y Elle tenían intención de hablar sobre el asesinato de su amiga, lejos de los ojos y oídos de los invitados y de la policía. Y, si se trataba de lo segundo, necesitaba oír lo que estuvieran diciendo.

Primero, se dirigió hasta el final del pasillo y presionó la oreja contra la puerta de la *suite* en esquina. Nada. La insonorización era sorprendentemente buena para un edificio tan antiguo. Se arrodilló despacio y se apartó el cabello de la cara. A través de la rendija del umbral de la puerta podía distinguir a duras penas el sonido de tres voces amortiguadas: los dos inspectores y Beatrice. Incluso en el umbral, la insonorización era excelente y no llegaba a distinguir una sola palabra de lo que decían. Permaneció a la escucha unos segundos más hasta que se aseguró de que Bash y Elle no estaban también dentro, y luego se irguió.

Al final del pasillo había una puerta sencilla de madera con un cordón de terciopelo atravesado. A la altura de los ojos había una pequeña placa de latón: «Prohibido el paso». Había pasado una década desde la fiesta fallida de Bash en la azotea durante las vacaciones de primavera, pero Hannah aún podía visualizar con claridad a Tyler Marsden haciendo equilibro sobre el murete, con una sonrisa de autosuficiencia en el rostro. «Puto idiota». El tejado seguía siendo la zona más privada del club. Era posible que Bash y Elle estuvieran ahí en ese momento. Levantó la mano hasta el cordón, pero justo entonces percibió por el rabillo del ojo la luz que se filtraba bajo la puerta de otro dormitorio. Claro. Durante el último curso, la Habitación MacAllister había sido el refugio preferido de Bash. Ahora se apostaría mil dólares a que Bash y Elle estaban ahí escondidos los dos juntos.

Hannah hizo una pausa y sopesó lo siguiente que haría. Al escuchar desde el umbral de la puerta de la sala de interrogatorios apenas había sido capaz de identificar las voces del interior, y mucho menos de discernir lo que decían. Necesitaba otra forma de escuchar

a Elle y Bash a escondidas. A toda prisa, regresó hasta la puerta de bolsillo, la abrió y bajó a la primera planta.

Sobre la pared, tras la mesa de recepción, estaba instalado el armario de madera que contenía las llaves de los dormitorios. Antes, cuando Theo lo había abierto para robar la llave del gancho, nadie había pestañeado siquiera. No era un Beaumont, pero era el mejor amigo de Bash. Un habitual del Club Lenox y prácticamente de la familia. Hannah, por otra parte, era una completa extraña. Ni de coña conseguiría birlar una llave sin despertar las sospechas de Edward o los policías.

Examinó el club con reticencia hasta que divisó a Theo en el comedor. Había retirado la cortina y contemplaba fijamente la acera nocturna. Caminó hasta él y le colocó una mano en el codo.

–Necesito un favor.

Tres minutos más tarde, Hannah y Theo volvían a estar en la escalera de servicio, de camino a la segunda planta.

–Me has estado evitando –murmuró Theo–. Desde que hemos…

–No es eso. –Aunque, por supuesto, en parte lo era. Theo la miró suplicante.

–Lo siento, ¿vale? He estado un poco ocupada intentando encontrar al asesino de Madison.

–En cuanto a eso –habían llegado a lo alto de la escalera, pero Theo se detuvo con la mano en la puerta–, cuando he estado con Wellesley y Crews haciendo mi declaración, me han hecho algunas preguntas. Sobre ti.

Hannah suspiró.

–Parece un tema recurrente.

–Querían que les hablara de tu formación en ciencias. Crews no dejaba de preguntarme con quién estudiaste en Prescott, si diste Química Avanzada y si estudiaste ciencias en la universidad.

–Pero estudié Biología Avanzada, no Química. ¿Qué se creen? ¿Que he estado mezclando venenos en la bañera?

Theo se encogió de hombros.

–Se lo he dicho. Lo de Biología y que seguramente cursarías alguna asignatura obligatoria de ciencias en la NYU, pero que hiciste

la carrera de Periodismo. Él reaccionó como si eso demostrara algo, pero están indagando.

–Por supuesto que están indagando. –Hannah se mordió el labio–. Pero, si no puedo ofrecerles nada real, soy yo la que saldrá de aquí esposada esta noche.

Theo se llevó un dedo a los labios y luego deslizó la puerta para abrirla. Se adentraron en el pasillo vacío. Hannah no tenía conocimiento alguno sobre los venenos, obviamente, ¿pero no había mencionado Bruno haber estudiado Química en Columbia? Los detalles exactos de lo que le había contado se habían perdido entre todas las pullas que se habían estado lanzando Ethan y él, pero quizá era una pista valiosa. Sacó su cuaderno y se detuvo para añadir una interrogación junto a su nombre.

–¿Qué pasa? –susurró Theo.

Se volvió a guardar el cuaderno y el bolígrafo en el bolso. Aunque su intuición le indicaba que confiara en Theo, no podía hacerlo al cien por cien. No hasta que le preguntara sobre lo de Instagram.

–Oliver me ha dicho una cosa hoy –susurró ella–. Sobre el acuerdo de marca de Madison con Concord Hospitality.

–Ah, eso. –Su voz adquirió un tono áspero poco habitual en él. Avanzaron por el pasillo hasta la Habitación MacAllister, donde la luz aún era visible a través de una rendija de la puerta. La pasaron de largo y se dirigieron hacia la habitación contigua. Theo giró la llave en la cerradura y los dos se colaron en silencio en el dormitorio vacío.

La puerta se cerró con un chasquido y Theo echó la llave. Durante un momento, permanecieron a oscuras. A Hannah se le puso el vello de los brazos de punta. Había necesitado a Theo para que la ayudara a acceder al cuarto para poder escuchar a Elle y Bash a escondidas, pero quizá sacar el tema de su pelea pública con Madison mientras entraban en una habitación cerrada con llave (habitación en la que nadie más sabía que estaba) no había sido lo más inteligente por su parte. Empezaba a estar cansada. Y a meter la pata.

–Madison solo miraba por su bien –dijo él tras un instante. Encendió una lámpara y Hannah exhaló. Se le veía irritado, pero no

enfadado–. Sabía que contaba con su alcance en redes para conseguir fondos para la fundación. Pero cuando Henry le pidió un favor a su viejo amigo del instituto, ella zanjó el acuerdo sin pensárselo dos veces. No es que George Sinclair necesitara el negocio.

–Oliver me ha dicho que Madison y tú no os hablabais.

Theo se dejó caer sobre la cama.

–Es verdad, pero jamás la mataría por eso; solo necesitaba un poco de espacio mientras buscaba a un nuevo socio para la marca. Aunque aún no lo he encontrado, por cierto. Pero, como les dije a los inspectores, matar a mi exsocia a sangre fría supondría una muerte inmediata para la fundación y Concord Hospitality. Quien haya matado a Mads esta noche lo había planeado con antelación. Trajo veneno a la fiesta. Accedió al sistema de iluminación. No es que se haya dejado llevar por la rabia en un arrebato. Y planear su asesinato sería la mayor estupidez que podría hacer ahora mismo por mi negocio. ¿Me crees?

Su expresión parecía transparente y su voz, honesta. Hannah se sentó en la cama a su lado. Aún no confiaba del todo en Theo Fitzgerald, pero lo necesitaba.

–Te creo.

Luego, le echó un vistazo a la pared que separaba su cuarto de la Habitación MacAllister.

–Este lugar está sellado como una cabina de sonido. ¿Cómo voy a escuchar lo que dicen?

–«Preservamos la privacidad», ¿no? Lleva siendo el lema del club desde 1896, pero como te prometí, hay una solución alternativa. –Se levantó y caminó hasta la puerta del armario–. Aquí. Hay un conducto de ventilación. Es la única forma de que los escuches a escondidas.

Hannah abrió la puerta y se metió dentro.

–No voy a preguntarte cómo lo sabes.

Theo sonrió.

–Es más inocente de lo que piensas. De niño pasaba mucho tiempo aquí, jugando al escondite y molestando al personal.

Hannah empujó los dos albornoces de felpa con las iniciales «CL» bordadas que colgaban en el interior del armario hasta el final del riel, y luego se agachó y presionó la oreja contra el conducto de ventilación. Se preparó mentalmente por si escuchaba más de lo que esperaba.

Pero fue todo lo contrario. Bash y Elle estaban en medio de una discusión.

–Me lo dijo de buena fe –decía Elle, que era evidente que estaba disgustada–. Sabía que serías demasiado orgulloso como para pedírmelo tú.

–Beatrice no tenía derecho –masculló Bash–. Era decisión mía.

Hannah le echó una ojeada a Theo, que permanecía junto a la puerta del armario. Estaba bastante segura de que no suponía una amenaza para ella, pero no sabía si quería que estuviera allí en esos momentos.

–Deberías irte. Por lo de la negación plausible y eso.

–Ni de coña. –Theo entró en el armario y se agachó junto al conducto de ventilación–. Hazme hueco.

–Es tu mejor amigo –dijo perpleja–. ¿No te…?

–Ni de broma. Si Bash o Elle tienen algo que ver con el asesinato de Madison, necesito saberlo.

Ella se encogió de hombros y presionó la oreja contra la rejilla.

–Pero Madison lo sabía –estaba diciendo Bash–. ¿Cómo?

El suspiro de Elle sonó hueco y resonó a través del conducto.

–Saqué el tema durante una comida, como amiga, en confianza. Le dije lo mismo que te he estado diciendo a ti: la única forma de que Beaumont Capital salga del embrollo que ha dejado tu padre es que cuentes la verdad. Pero Madison actuó como si yo me estuviera comportando como una niña estúpida. Y no como tu asesora financiera, que es lo que soy. Como si no fuéramos todos amigos desde hace años. ¡Como si no me preocupara por tu bienestar personal y profesional! La verdad es que su reacción me pareció insultante y volátil.

Hannah y Theo intercambiaron una mirada. ¿Cuál era el desastre que había dejado Richard Beaumont a su paso?

–Dios –musitó Bash–. ¿Cómo se puede haber jodido todo tanto? Estaba intentando ahorrarte esto, Elle.

–¿Ahorrarme el qué? –dijo Elle con un hilo de voz.

–El desastre de mi padre, el que me has estado ayudando a desenmarañar. Ha sido obra de Henry Alcott Winslow.

–¿Que ha sido qué?

–Metió a mi padre en un plan de inversiones. Con el uso de información privilegiada para beneficiar a los clientes más importantes de Beaumont Capital y al propio Beaumont. Winslow poseía los contactos y Richard, el dinero. Todas las cuentas secretas que abrió mi padre, las que has estado cerrando, estaban vinculadas a Winslow. Y todas eran ilegales.

–Y Madison sabía lo que estaba tramando su marido –se aventuró Elle en voz baja–. Sabía que, si la verdad salía a la luz, destruiría la carrera política de Winslow.

–Exacto. Y cuando le dijiste a Madison que me estabas aconsejando contar la verdad sobre las actividades ilegales que se llevaron a cabo en las cuentas de Beaumont Capital antes de que yo tomara las riendas de la compañía, reaccionó de la única forma que Madison DuPont sabía.

–Insultando mi credibilidad profesional.

–Y chantajeándome a mí. Amenazó con hundir Beaumont Capital si hacía cualquier cosa que ligara las actividades ilícitas de la empresa con Winslow. Insistió en que manifestara de forma pública mi apoyo a su candidatura a la alcaldía como muestra de buena fe. Quería mi respaldo antes de que terminara el mes.

Elle resopló.

–Lo cual es evidente que no ibas a ofrecerles. Winslow es demasiado moderado para tu gusto.

Durante unos segundos que se fueron alargando, a través del conducto solo les llegó el silencio.

–Bash, no ibas a respaldarlo, ¿verdad?

–Ahora ya da igual, ¿no? Madison está muerta. Todas sus amenazas y todo lo que sabía sobre los complots de Winslow con mi padre se irán con ella a la tumba.

Theo contuvo el aliento. Hannah examinó su rostro en la semioscuridad del armario. ¿Pensaba Theo que…?

Elle alzó la voz.

–¿Por qué no me has contado nada de esto?

–Porque, cuanto menos sepas, mejor. Estaba intentado protegerte; proteger tu carrera profesional.

La voz de ella se suavizó.

–Somos más que eso, Sebastian. Siempre lo hemos sido.

–Que te jodan, Elle. Hace años que te cargaste lo que fuera que hubiéramos podido tener.

–Te refieres a Edward.

–Pues claro que me refiero a Edward. Sabías que sentía algo por ti. Cuando Theo y tú rompisteis, me contuve. Él era mi mejor amigo y tú lo estabas pensando mal. Pensaba que después de la graduación lo intentaríamos. Pero escogiste a mi hermano.

Hannah abrió mucho los ojos. ¿Edward y Elle? Miró a Theo de reojo, pero estaba impávido. Claro, él ya lo sabía, seguro que lo sabía desde hacía años.

–Ese primer año en Harvard fue el más duro de mi vida. Edward se puso en contacto conmigo. Estuvo ahí para mí.

–Yo estaba en Cambridge. Hice todo…

–No. Jamás confesaste tus sentimientos –siseó Elle–. Te regalé un retrato. Un desnudo. ¡Y no hiciste nada! ¿Qué querías que pensara?

La pared vibró y Hannah y Theo se apartaron unos centímetros. Algo había golpeado la pared al otro lado.

–Puta Madison –gruñó Bash.

–¿Qué tiene que ver Madison…?

–No importa. Escogiste a Edward y estuvisteis juntos cuatro años. Ya no puede haber nada entre nosotros y tengo que vivir con ello.

–Porque Madison te dijo que te mantuvieras alejado de mí –afirmó Elle inexpresiva–. Y diez años más tarde, seguía al mando.

–No hagas como que no te sacaba de quicio a ti también. Todos la odiábamos a veces.

–¿Y lo de Winslow? –preguntó Elle, volviendo a sacar al tema–. Ibas a darle tu apoyo, ¿verdad?

–No –sentenció Bash–. Juré que esta vez no permitiría que Madison ganara.

Hannah contuvo el aliento. Al otro lado de la pared, la voz de Elle era tenue y tranquilizadora.

–No pasa nada. Todo saldrá bien. Cuando salgamos de aquí me pondré a trabajar. Lo arreglaremos juntos.

Se oyeron tres golpes fuertes en la puerta. Hannah se puso tensa, pero Theo se llevó un dedo a los labios.

–Es la otra puerta –vocalizó.

–¡Bash, abre!

Hannah exhaló. Era Edward.

–Sé que estás ahí escondido.

–Un momento –respondió Bash.

–Me has abandonado ahí abajo, ¿sabes? No puedo ayudar a Crews y Wellesley mientras controlo a la gente. Están perdiendo la paciencia. Los invitados están agotados y hambrientos y el chef Bernard está mimando el solomillo como si fuera un bebé. Me acaba de echar de la cocina y necesitamos que lo sirva ya.

–Dame unos minutos –dijo Bash–. Hablaré con Bernard.

Al sonido de los pasos de Edward retrocediendo por el pasillo lo siguió un silencio en la Habitación MacAllister. Hannah y Theo se miraron a los ojos. Bash se había negado a ceder ante los chantajes de Madison, lo cual solo podía significar dos cosas: o bien estaba planeando poner en riesgo su empresa familiar o había silenciado a Madison para siempre.

18 de abril de 2017

Instagram

Imagen: Hay cuatro alumnos de último curso subidos a una mesa del patio de Prescott con las letras doradas y brillantes de «B-A-I-L-E» prendidas de las chaquetas mientras cantan a un grupo de chicas risueñas.

TheUpperEdge: Con el baile de fin de curso a la vuelta de la esquina, el amor está en el aire. ¿O eso que se huele es la desesperación? ¿Quién conseguirá la pareja de sus sueños para el baile… y quién se quedará en la estacada?

@Alice_in_the_City Estos numeritos están pasadísimos de moda. ¿De verdad los sigue haciendo alguien?

@PrescottPeach @Alice_in_the_City Lo que te pasa es que estás celosa porque nadie te lo ha pedido.

@Alice_in_the_City @PrescottPeach TODAVÍA. [*emoji* del dedo corazón]

@Ty_Mars Me la pela lo que piensen otros. ¡Me ha dicho que síííí!

25

20 al 21 de abril de 2017

En la semana que sigue a la fiesta truncada de Bash en la azotea del Club Lenox, Hannah mantiene la cabeza gacha, rechazando una serie de propuestas rivales por parte de Madison y Elle: entradas para todo tipo de cosas, desde el Festival de Moda de Primavera de Prescott hasta Shawn Mendes en Madison Square. Se había pasado todo el curso indecisa entre una obsesión poco contenida con la élite de la academia y una serie de propósitos incumplidos de mantenerse alejada de sus conflictos. Pero esta vez rechazó las propuestas por otro motivo. No es que se lo hubiera propuesto. Es que, simplemente, le daba igual. El alivio fue inmediato e incontenible. Las reinas rivales le lanzaron varias miradas de perplejidad y a veces de hostilidad, pero hizo caso omiso. Empezaba a hacer calor y las aceras del Upper East Side estaban rebosantes de turistas, *joggers* y niñeras que empujaban carritos de dos mil dólares. Ya se veía la luz al final del túnel de Prescott. Pronto todo aquello dejaría de tener importancia.

Al fin sintió que tenía las ideas claras. Quedaban dos meses para la graduación y tenía la mirada puesta en el futuro. El borrador revisado de su trabajo para el seminario de último curso reposaba sobre la mesa del señor Harris (y según decían los rumores, el de Bash también, aunque la calidad de su trabajo aún estaba por ver). Iba camino de graduarse con sobresaliente en todas las asignaturas. Y lo más importante: la habían admitido en las dos universidades que más le interesaban. Le parecía una decisión muy importante pero también emocionante. ¿Debería matricularse en la prestigiosa Annenberg School for Communication, su sueño desde hacía tiempo,

o quedarse en Nueva York, esa ciudad que apenas había empezado a conocer, y así explorar su interés por la escritura y el periodismo allí mismo, en la NYU?

El día después de la fiesta de Bash, al fin había reunido el valor de escribir a Grace y admitir que aún no se había decidido. Una semana más tarde, su amiga la había dejado en leído.

La primavera florecía y el día de escoger universidad a nivel nacional se aproximaba, así como la noche del baile de graduación. Le resultaba imposible ignorar las peticiones cada vez más elaboradas que realizaban los alumnos dentro y fuera de los muros de la escuela. Hannah no esperaba que nadie la invitara y tampoco quería. Theo seguía vedado, y además acudiría en grupo con Bash, Madison, Beatrice y Elle. Quizá podría unirse a los cinco o tal vez le pediría a Oliver que la acompañara, como amigo. Qué alivio ser consciente de lo poco que importaba.

Pero, a pesar de su apatía hacia el baile, no podía negar que las ostentosas muestras de bravuconería adolescente y anhelo le resultaban muy entretenidas. Tyler Marsden había sellado el trato con su amor platónico de siempre, Samantha Winters, con un bolso de Ferragamo lleno de pétalos de rosa. Con un golpe maestro, Meghan Parrish, de tercer año, había obtenido el sí de parte del estudiante de último curso Blake Lowell con una enorme caja de *macarons* arcoíris de la pastelería Mille-feuille, con la frase «¿Me acompañas al baile?» dibujada con pintura comestible dorada sobre los dulces.

Cuando Hannah y Ami llegaron al aula de esta última el jueves por la mañana (Ami enfatizó que no necesitaba escolta, pero su aula estaba de camino a la de Hannah, así que en algunas ocasiones las hermanas iban hasta allí juntas), a la mayor no le sorprendió encontrarse la sala repleta de globos plateados y carmesí, un guiño a los colores de Prescott. Los alumnos y la señora Sharma, con aire de desconcierto, se hallaban fuera junto a la puerta.

Tyler dio un paso al frente y extendió una vara de madera con punta afilada.

–Deberías ponerte a estallarlos antes de que tu cita se asfixie.

Ami se quedó ojiplática.

–¿Yo?

Tyler señaló un lazo atado en el extremo aplanado de la vara y Hannah se inclinó sobre el hombro de su hermana para leer el mensaje. «Ami Miller, ¿me acompañas al baile de graduación?».

–Pero si solo está en segundo –dijo una de las compañeras de clase de Ami.

–Patricia va a asistir –replicó otra chica–. Solo necesitas que te invite alguien de los últimos cursos.

–Adelante –la instó la señora Sharma–. Tienes cuatro minutos antes de que suene el timbre y muchos globos por estallar.

Ami aceptó la vara con el rostro radiante de alegría y atravesó la puerta. Hannah se quedó fuera y observó a su hermana mientras pinchaba los globos. La inquietud chapoteó en su estómago. Creyó a Beatrice cuando le dijo que a Bash nunca le había gustado Ami, pero tampoco descartaría que Sebastian Beaumont fuera capaz de usar a su hermana para dar celos a Elle. Se suponía que Bash acudiría en grupo a la graduación, pero ¿de verdad quería pasar la noche con Elle como amigos? Sobre todo después de que Madison le reprendiera en la azotea durante las vacaciones. Visualizó a Ami rechazándolo de manera educada y luego a Elle consolando a un Bash «con el corazón roto».

–Tú. –La señora Sharma se volvió hacia Tyler con una bolsa de basura en la mano–. Alex y tú habéis montado todo esto. Así que ahora ponte a limpiar.

«Alex». Hannah dejó escapar un sonoro suspiro.

Tyler se mostró disconforme, pero aceptó la bolsa. Mientras seguía a Ami hasta el aula y recogía los globos pinchados del suelo, Hannah se permitió relajarse. Por supuesto que aquello no era obra de Bash Beaumont. No estaba segura de qué numerito montaría él para pedirle a alguien que lo acompañara al baile, pero seguro que contaría con algo más extraordinario que una sala llena de globos.

Durante el tiempo que llevaban en Prescott, Alex le había dado la impresión de ser un chico notablemente humilde para provenir de un entorno tan privilegiado, a diferencia de su hermana. Los pensamientos de Hannah viajaron hasta la boda en Montauk, cuando compartió aquellas ensalzadas bolitas de queso con Alex en

la salita. «Se suponía que iba a pedírselo a tu hermana. En plan cita. Pero mi hermana, la bruja mala de Park Avenue, me lo prohibió».

Eso había ocurrido hacía casi cuatro meses. Ahora Alex por fin estaba dando el paso. Hannah sonrió. Bien por él y por Ami.

Pero el sentimiento de calidez no le duró mucho. Hannah se volvió y se topó con Madison, con el cabello retorcido en un moño cuidadamente descuidado, enfurecida.

–Los DuPont no montan numeritos para pedirle a alguien que los acompañe al baile. –Echaba chispas por sus ojos marrones–. Se lo advertí a Alex.

A Hannah se le aceleró el pulso. Ami ya casi había llegado al final de la sala y no quedaban más que unos cuantos globos. Ya se veía a Alex, encaramado en el alféizar de la ventana con un cartel que decía: «AMI MILLER, REINA DEL BAILE» en unas enormes letras cuadradas. Sonreía de oreja a oreja. Toda la clase de Ami había sacado los móviles para grabar el momento.

–¿A quién le importa? –Hannah no pudo contenerse. Sí, no podía negar que las proposiciones al baile eran una cursilada, pero ¿y qué más daba si Alex quería pedirle a Ami que fuera al baile con él de la manera más cursi posible?–. Deja que tengan su momento de comedia romántica.

Había dicho algo inadecuado, aunque quizá tampoco podría haber dicho nada más acertado. Madison entró en el aula y apartó de un empujón a Tyler y su bolsa de basura. El sonido de sus tacones traqueteando contra el suelo de roble con diseño en espinapez hizo que Alex y Ami volvieran la cabeza hacia ella.

–Esto –dijo Madison, señalándolos a los dos–. No va a pasar.

A Hannah se le subió el corazón a la garganta. Reparó demasiado tarde en que todo aquello no tenía que ver en absoluto con Alex y Ami. O, al menos, no del todo. Era verdad que Madison había frustrado el anterior intento de Alex de pedir salir a Ami, en un gesto que seguramente tenía más que ver con ejercer autoridad sobre su hermano pequeño que con aprobar o no su gusto en cuanto a chicas. Pero eso no era todo. Madison había percibido el cambio de actitud de Hannah desde las últimas vacaciones y la había visto

alejarse del Espectáculo de Madison y Elle. Y sería Ami quien pagaría su falta de lealtad.

«Me cago en todo».

La expresión de Ami era de puro horror. Hannah observó impotente que Madison se situaba junto a su hermana y le rodeaba los hombros con su brazo delgado. Se dirigió a Alex.

–Por si lo has olvidado, los padres de Ami son muy estrictos. Después de que se cayera por las escaleras al norte del estado, no podrá acudir al baile de este año.

A Ami se le llenaron los ojos de lágrimas. Hannah no podía seguir viendo aquello. Entró en el aula y tiró de Ami para apartarla de Madison. Casi esperaba que su hermana la mandara a paseo, pero Ami se volvió hacia ella con las mejillas húmedas y enterró la cara en su camisa.

–Déjalos en paz –le dijo Hannah a Madison–. Sabes que esto no tiene que ver con ellos.

Madison la ignoró y se volvió hacia su hermano.

–Y tú. Esto está por debajo de ti. Globos de fiesta de cumpleaños infantil y un cartel pintado con… ¿eso es un rotulador?

–Que te den –musitó Alex. Tenía las mejillas al rojo vivo, a juego con el pelo. El cartel escrito con tanto mimo aleteó hasta el suelo.

Ami levantó la vista de la camisa de Hannah y alternó la mirada entre Alex y la puerta, donde una docena de sus compañeros seguían grabando, claramente disfrutando de la inesperada joya que había sido aquella invitación al baile y que había resultado en una humillación.

–Ay, Dios –sollozó. Enterró la cara en las manos y huyó de la sala.

Mientras las pisadas de Ami retumbaban por el pasillo, sonó el timbre. La clase daba comienzo.

La señora Sharma entró en el aula formando una delgada línea con los labios. Era una mujer menuda y voluptuosa con fama de ser generosa y cálida con sus alumnos, pero, a diferencia de otros de los profesores de Prescott, no temía a Madison DuPont.

–Esa boca –le soltó a Alex con severidad. Luego, se giró hacia Madison–. Ya que has decidido unirte a nosotros en el aula,

ayudarás a tu hermano a limpiar. Y así podréis retomar cualquier asunto pendiente después de que terminen las clases. ¿Entendido?

Madison, en un gesto poco habitual en ella, asintió. Alex y ella se encorvaron para ayudar a Tyler a recoger los globos restantes.

Hannah fulminó una última vez con la mirada a Madison y se marchó. Necesitaba encontrar a Ami.

El vídeo se hizo viral, por supuesto. Comenzó en The Upper Edge y luego viajó hasta YouTube. Para el jueves, un corte editado con la canción *Dancing on My Own* de Robyn circulaba por todas las redes sociales. El clip alternaba entre el rostro surcado por las lágrimas de Ami, la cara enrojecida de Alex y la expresión de desdén de Madison. Terminaba con Ami saliendo a la carrera del aula tratando, sin éxito, de taparse la cara llena de lágrimas, y luego con un plano largo de Alex de rodillas recogiendo los globos pinchados. El título del vídeo rezaba: «¡Y dijo "bua, bua, bua" durante todo el camino a casa!».

Si no hubiera sido por el vídeo y por Madison, era probable que le hubieran levantado el castigo a Ami por esa noche. Al fin y al cabo, el baile de graduación era un evento escolar supervisado, no una fiesta en un ático o una gala de sociedad con una supervisión parental cuestionable.

–Yo tampoco voy a ir –le prometió Hannah el viernes por la noche, acurrucada en la cama de Ami. Se sentía fatal. Peor que fatal. Eso era lo que conseguías si despreciabas a Madison.

–Tienes que ir. Es tu baile de graduación de último curso –sollozó Ami.

–¿Y pasarme toda la noche viendo cómo Madison hace infelices a los demás? No, gracias.

Ami se incorporó y se llevó una almohada al pecho.

–¿De verdad harías eso por mí? ¿Te perderías el baile?

–De verdad –afirmó Hannah. La culpa la recorrió por dentro. Había decidido ocultarle a su hermana que había sido la causante del comportamiento de Madison, puesto que, ya de por sí, las dos hermanas apenas estaban en buenos términos tras el incidente al norte del estado. Ami había tardado tres meses en perdonar a su

hermana, y esta vez las acciones de Hannah (como rechazar algunas invitaciones por parte de Madison) no iban dirigidas contra Ami en absoluto. No deberían haber tenido nada que ver con ella, pero Madison había ido a por la yugular, como siempre.

En realidad, saltarse el baile de Prescott no era un sacrificio tan grande. Si siguieran en Pittsburgh, cerraría el curso escolar con una gran fiesta con todos sus amigos en la sala de reuniones de un hotel de tres estrellas en el centro, seguida por una fiesta de pijamas en casa de Jillian. Sintió una punzada en el pecho. Grace seguía enfadada con ella y, aunque había hecho todo lo posible por mantener el contacto con sus amigos de Pittsburgh, hacía semanas que no contestaba al chat grupal. Hacer malabares con las dinámicas sociales de Prescott le había resultado abrumador y, honestamente, había permitido que sus prioridades cambiaran en el instante en que Madison la invitó a unirse a ella junto a la fuente aquella primera mañana.

Apartó esos pensamientos y se volvió hacia su hermana.

–El baile de graduación de Prescott va a ser otra velada aburrida en un sitio histórico con todas ondeando las perlas de sus madres en plan «Ay, esta antigualla» y bebiendo un *whisky* asqueroso de primera de sus petacas de contrabando antes de subirse a una flota de coches privados con destino al ático de alguno de ellos.

Una pequeña sonrisa tiró de las comisuras de los labios de Ami.

–Suena fatal –dijo en voz baja.

Hannah le dio un codazo tranquilizador.

–Sí. Te prometo que será pésimo y tendrás dos oportunidades más de verlo por ti misma cuando Madison DuPont dejé Prescott para aterrorizar una nueva institución de enseñanza superior.

La sonrisa de Ami se ensanchó.

–¿Podemos preparar unos nachos con ese *cheddar* fuerte que trajo mamá de Murray's?

Hannah se bajó de la cama de su hermana y le ofreció las dos manos.

–Por supuesto.

26

Sábado 13 de junio de 2026
4:56 h

Durante un buen rato, después de que la puerta de la Habitación MacAllister se cerrara con un chasquido, Hannah y Theo permanecieron inmóviles en el suelo del armario sin atreverse a decir una sola palabra. Cuando esperaron lo suficiente para asegurarse de que Bash y Elle se habían marchado, Hannah se aclaró la garganta con suavidad. La tenía reseca, quizá a causa del polvo, a pesar de que la estancia parecía impoluta. A lo mejor era por el intenso olor de la colonia de Theo.

–Prácticamente ha confesado –dijo ella con poco más que un susurro, aunque era imposible que alguien los oyera–. «Juré que esta vez no permitiría que Madison ganara». No iba a permitir que le chantajeara.

–Pero solo significa eso. –Theo se enderezó y salió del armario. Ladeó la cabeza a ambos lados y se crujió el cuello, luego cruzó hasta el escritorio de madera de caoba, una versión más pequeña del que estaban usando los inspectores en la *suite* en esquina. Sobre la mesa colgaba un retrato al óleo de un tal Henrick Douglas II, quien seguramente daba nombre al cuarto–. Bash no iba a apoyar a Winslow. No quiere decir que haya matado a Mads.

Hannah lo siguió hasta el cuarto, estiró los brazos y retorció la espalda con cuidado. Dios, qué vieja se sentía.

–¿Crees que Bash pretendía dejar que Madison destruyera su empresa?

Theo negó con la cabeza y se dejó caer sobre la silla de cuero del escritorio.

–La amenaza de Madison no tenía fundamento y Bash lo sabía. No podía tirar abajo Beaumont Capital sin ensuciar el nombre de su marido.

Hannah caviló al respecto.

–Es posible. Pero a Madison no se le escapaba una.

–Sí, vale. Digamos que encontró la manera de mantener a Winslow al margen. Una vez que hubiera mancillado la reputación de Beaumont, ¿por qué tendría Bash que permanecer callado sobre el uso de información privilegiada por parte de Winslow?

–Cierto… –respondió ella despacio–. Habría actuado en su contra.

–Exacto. No tenía ninguna ventaja real. Y Bash no tenía motivos para matarla.

Hannah se mordió el interior de la mejilla. Le resultaba difícil encontrar una laguna en el razonamiento de Theo, pero era el mejor amigo de Bash. Por supuesto que jamás pensaría lo peor de él e intentaría desviar las sospechas, a pesar de que Bash tenía motivos de sobra para odiar a Madison a muerte.

Y también estaba el asunto de Elle.

–Y si todo eso es cierto, entonces, ¿a qué se refería ella cuando ha dicho «Cuando salgamos de aquí me pondré a trabajar. Lo arreglaremos juntos»?

Theo se levantó y se encaminó hacia la puerta, estaba claro que deseaba dar por terminada la conversación.

–Me imagino que se refería a las cuentas secretas. A sanear Beaumont Capital.

–Es probable. –A menos que Elle hubiera llegado a otra conclusión. A menos que… ella también sospechara que Bash había cometido el asesinato.

Hannah necesitaba hablar con Elle más que nunca. Solo tenía que encontrar la manera de iniciar una conversación.

Theo colocó la mano sobre el picaporte.

–Cuando salgamos de aquí…

–¿Sí?

–Me gustaría volver a verte. ¿Cenamos en el centro? Tú escoges el sitio.

A su pesar, una sonrisa tiró de las comisuras de sus labios. Aunque no se le había pasado por alto que Theo estaba cambiando de tema. ¿De verdad tenía tantas ganas de dar por zanjada su conversación sobre Bash y Elle? ¿Era porque todos eran amigos o porque Theo no quería que siguiera indagando?

–¿Hannah? –preguntó cuando ella no respondió.

No tenía claro que quisiera volver a verlo después de aquello. En cuanto el asesinato de Madison se hubiera resuelto y ella hubiera conseguido limpiar su nombre, cerrarle la puerta en la cara a Prescott sonaba demasiado bien. Aun así, a pesar del paso del tiempo, le resultaba imposible negar que le había agradado que Theodore Fitzgerald se fijara en ella. Quizá había hecho algo más que agradarle.

Hannah levantó la vista hacia él y mantuvo el rostro impasible.

–Me lo pensaré. Pero primero superemos esta noche, ¿vale?

–Trato hecho. –Theo sonrió.

Lo que fuera que le hubiera dicho Bash al chef Bernard para acelerar el proceso había funcionado. En el comedor, el personal de la cocina había dispuesto un bufé impresionante. Eran poco más de las cinco de la mañana, y Hannah no estaba acostumbraba a desayunar tan temprano, pero también era cierto que tampoco estaba acostumbrada a quedarse despierta toda la noche intentando resolver un asesinato. Lo primero que le llegó fue el olor: a cruasanes con mantequilla, *scones*, dos tipos de quiche, salmón escalfado con salsa holandesa al eneldo, solomillo de ternera y café recién molido. A medida que se acercaba, una mesa de alimentos fríos con salmón ahumado, espárragos y una ensalada de tomate, melocotón y *burrata* apareció ante ella, así como una selección de postres compuesta por tartaletas de fruta y *macarons* de colores pastel. Habían puesto manteles de lino limpios sobre las mesas. En la zona del bar, los camareros servían vasos de zumos recién exprimidos y dos tipos de champán. Porque, evidentemente, lo que todos necesitaban era más alcohol.

Aún no había salido el sol, pero el estado de ánimo general cambió con la llegada del desayuno. Todos estaban faltos de sueño y

hambrientos, pero las conversaciones comenzaron a ser más animadas e intercaladas con risas a medida que todos tomaban parte en el desayuno. Hannah echó un vistazo en busca de Elle y la encontró sentada con una porción de quiche Lorraine y una taza humeante de café solo. Joder, ese café olía de maravilla. Bash y Beatrice ocupaban las sillas a ambos lados.

Hannah se dirigió hacia el final de la fila del bufé. Conseguir estar a solas con Elle no iba a ser tarea fácil. Cuando la fila avanzó, vio a Theo en la mesa de trinchado con el plato repleto de bollos de *gruyère* y cebollino, y una tortilla de hierbas y salmón. Un camarero con guantes blancos apartó uno de los bollos para hacer sitio a una reluciente loncha de solomillo.

A Hannah le rugió el estómago. La fila avanzaba despacio y los cruasanes con almendras la estaban llamando. Le echó una ojeada al comienzo de la fila, donde Ami estaba cogiendo una servilleta y un plato. Que le dieran al protocolo, todos los presentes ya creían que era una asesina. Quizá debería saltarse la cola y unirse a su hermana.

Pero otra persona tuvo la misma idea. Hannah contempló que Alex DuPont se acercaba hasta Ami y le daba un golpecito en el hombro. Otra persona con la que a Hannah le encantaría hablar. Habían pasado diez años, pero Alex tenía más o menos el mismo aspecto que en el instituto. El pelo rojizo despeinado a propósito, muchas pecas y una complexión alta y esbelta. Esa noche llevaba un esmoquin gris oscuro Black Label de Ralph Lauren, complementado con los gemelos de Prescott. Ami se dio la vuelta y Hannah observó que el rostro de su hermana cambiaba y la curiosidad se transformaba en sorpresa o… ¿en miedo?

«¿Pero qué cojones…?». A Hannah volvió a rugirle el estómago, pero lo ignoró, se salió de la fila y se escondió tras el bufé para luego meterse debajo de la mesa, oculta gracias al mantel de lino blanco. De acuerdo, sí, estaba escuchando a escondidas otra vez. Y se sentía peor por hacerlo con su hermana que con Elle y Bash, pero en realidad no se trataba de Ami, ¿no? Sonsacarle información directamente a Alex iba a ser casi imposible. Acababa de perder a su hermana y acribillarlo a preguntas no la llevaría a ninguna parte.

Además, si Ami necesitaba que alguien la salvara de la conversación, ella estaría justo allí. Así que sus acciones estaban justificadas.

Se oyó el tintineo del plato de Ami cuando volvió a colocarlo en la pila.

–Adelante. –Oyó que decía su hermana al siguiente de la fila.

–Llevo toda la noche intentando verte a solas. –La voz de Alex tenía una nota lastimera–. Pensaba que…

–Lo sé –respondió Ami deprisa–. Lo siento.

–¿Me estás evitando?

Hasta donde ella sabía, Ami llevaba años sin hablar con el hermano pequeño de Madison. Después de que esta saboteara su baile de graduación, Alex había pasado a un segundo plano en la vida de su hermana. Habían compartido otro año más en Prescott tras la graduación de Hannah y Madison, pero Ami no habló mucho de Alex durante ese tiempo. Ese año conoció a sus «amigos para siempre»: una chica llamada Honor que ahora vivía en París con su prometido ciclista, una estudiante internacional llamada Cherry y varios más. Como ocurría con otras tantas amistades y casi amoríos de instituto, la relación de Ami y Alex se había ido desinflando. Hannah se había sentido aliviada en secreto. Aún se sentía en parte responsable por lo que había ocurrido entonces, a pesar de que lo hizo sin ninguna mala intención. Quizá Ami y Alex no estaban destinados a estar juntos. Le alegró mucho ver que, durante el penúltimo año de instituto, su hermana se integraba en un grupo de amigos en el que no había demasiados problemas.

Hasta donde sabía, Ami y Alex no se habían peleado, su relación se había ido apagando poco a poco. Pero la expresión en el rostro de su hermana unos segundos antes no había sido de felicidad o incluso de indiferencia al reencontrarse con un viejo amigo. ¿Por qué no había mencionado Ami nada sobre Alex cuando habían estado hablando en la biblioteca hacía un par de horas? O bien le estaba ocultando algo o se había producido algún cambio en el transcurso de esas dos horas. Ami era una persona hecha y derecha, pero no dejaba de ser su hermana pequeña. Tenía claro que se encargaría de descubrir lo que fuera que estuviera ocurriendo ahora entre ellos.

La pregunta de Alex se quedó en el aire, sin recibir respuesta.

Por un momento, Ami se revolvió incómoda y Hannah contuvo la respiración, preocupada de que fueran a alejarse de la mesa. Con cuidado, levantó un pliegue del lino para echar un vistazo. Su visión se veía obstruida en gran parte por las piernas de los invitados que hacían cola para el bufé, pero podía atisbar algún destello de Alex y Ami, que estaban justo a su derecha. Ami cambió de postura y se rascó el gemelo a través de su vestido azul claro.

–La verdad es que no sabía qué decir después de que tu hermana… Lo siento mucho, Alex.

–Claro. Gracias.

–¿Estás bien?

–Yo… –Alex hizo una pausa–. No lo sé. Creo que estoy en *shock*. Pensaba que tendríamos mucho más tiempo para arreglar las cosas entre nosotros. Y ahora se ha ido para siempre.

–Sí, es… Lo siento. Otra vez.

Alex se encogió de hombros.

–No es culpa tuya. Pero ¿podemos hablar por fin?

–No lo sé. –Ami sonaba completamente abatida–. Quizá dentro de unos pocos días cuando las cosas se hayan calmado…

Él emitió un leve sonido de exasperación.

–Estoy cansado de esperar.

Ami se aclaró la garganta y se puso firme.

–De acuerdo, vale.

–Gracias. –Le puso la mano sobre el hombro y ella se encogió. A Hannah se le tensó todo el cuerpo bajo la mesa.

–¿Qué ocurre? –preguntó él.

–Es solo que… me compraste tú la entrada a la gala. Y también el billete de vuelta desde Japón. ¿Pero qué querías decir en realidad con tu carta? «Madison no tiene derecho a controlar nuestras acciones. No se lo permitiré».

–¡Pues justo eso! –dijo con un tono más agudo–. Ahora somos adultos y ella ya no manda sobre mí. Mandaba. Lo que sea. Se ha jodido todo muchísimo.

–Entonces, ¿tú no has…?

–¿Qué? ¿Matado a mi hermana para que dejara de entrometerse?

–No lo sé…, o sea, ¿sí?

–¡Joder, claro que no! Por Dios, Ami, ¿por qué pensarías eso?

–Pues alguien la ha matado. Y tu carta…

–Solo era una carta. Madison y yo nunca tuvimos una relación cercana, ya lo sabes. Pero durante los últimos años, cada uno ha ido por su cuenta. No es que fuera genial, pero nos funcionaba.

–Vale –respondió Ami y le ofreció una pequeña sonrisa–. Te creo.

Hannah emitió un suspiro largo y lento, y dejó que el mantel volviera a caer sobre la mesa. A su hermana le había bastado con la aseveración de Alex, pero ¿también le bastaba a ella? Era un chico al que siempre se le habían dado bien los grandes gestos, algo que a Madison le enorgullecía poder frustrar. La acompañante a la boda de Montauk. La propuesta para el baile. Ahora, una entrada a la gala y un vuelo de regreso desde Japón. La relación de Hannah con él se limitaba a unas pocas conversaciones durante su último año, pero le había quedado claro gracias a esas escasas interacciones que Madison llevaba toda la vida disfrutando de ejercer un gran control sobre su hermano menor. Había arruinado sus posibilidades con Ami a propósito durante el instituto. ¿Acaso planeaba hacer lo mismo esa noche?

Quizá Alex le había dicho la verdad a Ami. Pero él mismo había admitido que algunas cosas se habían quedado sin resolver entre su hermana y él. Reconectar con Ami durante las últimas semanas debía de haber sacado a la luz todos aquellos antiguos sentimientos tan feos. Todo lo que se habían perdido en Prescott. Años de resentimiento que se habían ido acumulando. «Madison no tiene derecho a controlar nuestras acciones. No se lo permitiré».

Por supuesto que si había matado a su hermana no iba a confesarlo en medio del comedor del Club Lenox. Ami había sido muy avispada al mantener aquella conversación en un lugar público, por su propia seguridad, pero eso también significaba que no debía fiarse de una sola palabra que hubiera salido de boca de Alex DuPont. Y Hannah tampoco.

26 de abril de 2017

Instagram

Imagen: Madison DuPont y Elle Harrington paseándose por la entrada de Prescott con los brazos entrelazados.

TheUpperEdge: Ahora que el día de escoger universidad a nivel nacional está a la vuelta de la esquina, los alumnos con mejores notas de Prescott se enfrentan al viejo dilema de siempre: ¿Harvard o Yale? Mientras que otros juegan al pinto pinto entre Stanford, Duke y la Universidad Carnegie Mellon. Hannah Miller acudirá a la UPenn, ¿o era a la NYU? Elle Harrington a Harvard, por supuesto. Según los rumores, Madison DuPont ha conseguido una codiciada plaza en Columbia, a pesar de tener un expediente académico bastante mediocre. (¿Hay algo que no se pueda comprar el dinero?) Y Theo Fitzgerald estudiará en Princeton, como hizo su padre antes que él. ¿Pero qué hay de Bash Beaumont? Su admisión en Cambridge podría esfumarse si nuestro querido chico no se pone las pilas para graduarse a tiempo…

27

27 de abril de 2017

El señor Harris estaba sentado en la mesa del seminario con sus alumnos. Se le podía distinguir como profesor sobre todo por su atuendo compuesto por una chaqueta deportiva de lino, pantalones azul marino y corbata de punto. Había estudiado en Bard, una pequeña universidad de humanidades situada en el valle del Hudson, en Nueva York, y trataba al alumnado con el mismo respecto y espíritu de igualdad intelectual que le habían inculcado sus profesores de la universidad. Al fin y al cabo, ya casi eran adultos, como les había dejado bien claro a Hannah y sus compañeros al comenzar el curso. El objetivo del seminario de último curso de Prescott era prepararlos para la vida académica tras el instituto. Para la vida tras el instituto.

Se volvió hacia Oliver, que estaba sentado al lado de Hannah en la mesa redonda.

–¿Y tú?

–Dartmouth –respondió Oliver–. Formalicé mi admisión anoche.

–Enhorabuena. –El señor Harris pasó a centrarse en Hannah–. ¿Sigues decidiéndote?

Hannah llevaba varias semanas vacilando entre las dos opciones. A pesar de su prolongado periodo de indecisión, su padre se había sorprendido cuando no aceptó la plaza en UPenn en cuanto recibió la carta de admisión. Pero la apoyó mientras ella revisaba la lista de pros y contras por centésima vez y se tomaba las últimas semanas para sopesar todos los puntos de vista. Algo que haría un buen periodista.

Anoche había tomado al fin la decisión tras una larguísima llamada telefónica con Oliver. Incluso había hecho de tripas corazón y le había enviado un mensaje a Grace en el que le prometía una videollamada extensa para ese fin de semana. Pero aquella sería la primera vez que lo diría en voz alta.

–Me quedo aquí. En el College of Arts and Science de la Universidad de Nueva York.

Oliver sonrió y levantó los pulgares. Desde el otro lado de la mesa, Theo le ofreció una cálida sonrisa. Él acudiría a Princeton, por supuesto, la *alma mater* de su padre, dos de sus tías y su abuelo. Parecía satisfecho con sus planes, pero Hannah se preguntó si los padres de Theo lo habrían apoyado de la misma manera si hubiera escogido Brown o, Dios no lo quiera, una de las universidades de California. Para la élite de Prescott, todas las puertas estaban abiertas de par en par, excepto cuando mantener la tradición era la única opción posible.

–¿Beatrice? –preguntó el señor Harris a continuación, dando la vuelta a toda la mesa. Se había estado decidiendo entre dos universidades históricamente negras de alto nivel. Y, al igual que Hannah, había dejado la decisión para el final.

–Hoy me inclino más hacia Howard. Me gusta la idea de una universidad solo de mujeres, pero no sé si me veo capaz de ir a Atlanta. –Hizo un gesto exagerado con la mano, como si se estuviera abanicando, y Bash resopló–. Hace demasiado calor.

–Vas a odiar DC –dijo Madison. Estaba sentada justo al lado del señor Harris y, hasta ese preciso momento, había estado completamente enfrascada en su móvil, el cual apenas ocultaba bajo la mesa. El señor Harris o bien no se había percatado o, lo que era más probable, hacía tiempo que había dejado de intentar enfrentarse a Madison DuPont–. Quédate en la ciudad conmigo.

Beatrice suspiró.

–Sabes que no voy a ir a Columbia. Envié la solicitud para hacer feliz a mi padre, pero siempre he estado entre Howard y Spelman.

Con una mano, Madison se retorció el cabello para formar un moño y luego lo atravesó con un lápiz con violencia.

–Vale. Déjame aquí sola.

–Mads –intervino Elle con tono de advertencia–. Déjalo estar.

–Tú me abandonas para irte a Boston –contestó Madison, a la que claramente no le preocupaba que la conversación de la clase se tornara en una discusión privada–. Y, lo siento, pero hay como dos millones de personas negras en Nueva York y solo diez mil estudiantes en Howard. Y, además, Columbia es, de lejos, la mejor universidad de las tres.

A su lado, el señor Harris se puso tenso.

–Madison, suficiente. Y guárdate el móvil en el bolso, ahora mismo.

Qué interesante. Quizá sí que le quedaban unas pocas fuerzas para pelear con Madison DuPont. Aunque si iba a escoger sus batallas, se había decidido por la más fácil.

Madison lo fulminó con la mirada, pero dejó caer el móvil en el interior de la bolsa de cuero que descansaba a sus pies.

–Gracias por tu aportación –dijo Beatrice, sin emoción alguna en la voz. Como siempre, había dejado que fueran otras personas las que se enfrentaran a Madison mientras ella se mantenía al margen, a pesar de que era, sin duda, el centro de la conversación. Lo cierto es que era una cualidad impresionante.

–Como sabemos todos –afirmó el señor Harris impasible–. Madison estudiará Escritura Creativa en Columbia este otoño. –Se aclaró la garganta–. Alice se va a matricular en Sarah Lawrence, y Parker ha aceptado una plaza en Johns Hopkins. Lo cual nos lleva a Sebastian.

Las doce cabezas se volvieron hacia Bash. Estaba tan inclinado hacia atrás en la silla que parecía a punto de caerse y tenía las manos entrelazadas detrás de la cabeza.

–Bueno, señor Harris, diría que mi destino está en sus manos. O bien muestra su conformidad con que mi trabajo ha mejorado considerablemente estas últimas semanas o bien le dice a Cambridge que revoque mi admisión. ¿Cuál de las dos será?

El señor Harris entrecerró los ojos.

–No es tan sencillo. Tienes suspensa Química Avanzada y «dejar de vapear» no cumple con los requisitos de Educación Física del estado de Nueva York.

Las dos patas delanteras de la silla de Bash aterrizaron el suelo con un golpe sordo.

–El señor Lee dice que, si hago acto de presencia en las clases de Educación Física durante lo que queda de semestre, me aprobará. Y le alegrará saber que he subido mi nota de Química a un casi aprobado. La última vez que lo he comprobado aún quedaban seis semanas para la graduación. Aún hay tiempo de sobra para darle la vuelta a la situación.

–Eso espero –respondió el señor Harris–. Los trabajos finales del seminario se entregan dentro de dos semanas y no se concederán prórrogas. Pasaremos el resto del semestre leyendo *La carretera*, de Cormac McCarthy, en grupo y tendréis que hacer un pódcast analizando el texto.

Hannah aguzó el oído. Un pódcast sería una buena experiencia de cara a su carrera universitaria en la NYU. Se sentía muy aliviada de haberse decidido al fin.

–¿Un pódcast? –preguntó Madison con escepticismo–. Esto es una clase de literatura.

–Centrada en la escritura –replicó el señor Harris–. La redacción y producción del pódcast requerirá que colaboréis, seáis autónomos y mostréis rigor académico. Aptitudes necesarias durante vuestras siguientes etapas. –Giró ligeramente la silla para mirar a Madison–. Aptitudes que serán imperativas para tu futuro éxito en Columbia.

Seguía siendo un misterio cómo Madison DuPont había conseguido engatusar a alguien para entrar en una de las mejores universidades del país (y la única a la que deseaba asistir, puesto que dejar Nueva York nunca había sido una opción). No debía seguir ninguna tradición académica; Alastair DuPont se había graduado en Yale y Charlene se había criado como una belleza sureña y se había licenciado en Vanderbilt. Pero, cuando eres una DuPont, la riqueza y las influencias pesan más que el mejor ensayo académico. Hannah estaba siguiendo con exactitud el camino que deseaba; el éxito relativo de Madison no debería haberle molestado. Pero le resultaba difícil de aceptar cuando ella se había dejado la piel para asegurarse el futuro que anhelaba mientras que el deslucido expediente

académico de Madison parecía carecer de importancia respecto al comienzo del resto de su vida.

Madison apoyó la mano sobre la del señor Harris.

–Gracias por explicárnoslo, Paul –dijo con dulzura–. Creo que es adorable lo mucho que te preocupas por tus alumnos. Nadie se esfuerza tanto como tú, asegurándote de que para la graduación ya seamos chicos y chicas maduros. A punto de llegar a la edad adulta y preparados para dar el salto.

El señor Harris apartó su mano de debajo de la de Madison como si le quemara.

Por toda la mesa, las miradas se alternaron entre Madison y el señor Harris. No era la primera vez que le hablaba de aquella manera, con una combinación entre el flirteo y el vacile que era muy típica de ella. Pero, esta vez, había ido más allá. Lo había tocado y le había llamado por su nombre de pila.

Todo aquello hacía que a Hannah le hirviera la sangre. ¿A qué estaba jugando Madison?

–Se levanta la sesión –dijo el señor Harris entre dientes, a pesar de que aún quedaban diecisiete minutos para el final de la hora.

Hannah recogió sus cuadernos en la mochila y sintió una punzada de lástima por su profesor. El señor Harris no parecía mucho mayor que los alumnos, pero ya tenía casi treinta años, con un Máster en Escritura Creativa de un lugar importante que ahora no conseguía recordar. Un hombre adulto ridiculizado frente a toda la clase y ¿qué podía hacer al respecto? Madison se salía con la suya a la hora de dirigirse a absolutamente todas las personas de su órbita como le placía, incluyendo a los profesores y personal del centro. Hannah la había visto ignorar por completo a la señora Caldwell en los pasillos y una vez le enderezó la corbata al señor Roman a la vista de todos en la sala de estudiantes. El profesor de Matemáticas se había puesto rojo como un tomate.

Nadie se atrevía a tomar medidas disciplinarias contra Madison. Los DuPont se encontraban entre el cinco por ciento de donantes con mayores contribuciones y, lo que es más, tenían una gran influencia sobre la reputación de la escuela. En cuanto Prescott perdiera su apoyo, Alastair y Charlene no tendrían ningún reparo en

aconsejar a la alta sociedad neoyorquina que matriculara a sus hijos e hijas en Dalton.

Así pues, Madison disfrutaba de total libertad para actuar a su antojo, un hecho que se había vuelto más evidente a medida que el año progresaba. Manipulando al señor Harris con cumplidos negativos (o como sea que se quiera caracterizar la muestra de esa mañana) no era el peor de sus pecados ni de lejos. Pero al haber sido testigo de cómo él apartaba la mano y levantaba la sesión, Hannah comprendió de golpe y porrazo el enorme poder de Madison. No le tenía miedo a nada; y eso era muy peligroso.

La mayoría de sus compañeros ya estaba en el pasillo, deseando librarse de aquella situación incómoda y aprovechar los quince minutos extra de libertad antes de que sonara el timbre de la segunda hora. Madison había sido la primera en salir por la puerta, quitándose el lápiz que le recogía el cabello para que sus ondas pelirrojas le cayeran por la espalda. El señor Harris se había desplazado hasta la mesa de los profesores bajo la ventana, la cual usaban con poca frecuencia, y contemplaba atentamente algo en la pantalla de su ordenador. Cuando Hannah se encontró sola en la mesa, sintió la necesidad de decir algo, de denunciar el comportamiento de Madison, pero quizá así solo conseguía avergonzarlo aún más. Cerró la cremallera de su mochila y se colocó las asas sobre los hombros.

El señor Harris fue el primero en hablar. No apartó los ojos de la pantalla, pero debió de percibir que Hannah se había quedado allí unos minutos más.

–No puedo dejar de pensar que la he fallado. Se graduará en Prescott sin saber nada sobre las consecuencias. –Al fin cerró el portátil y se quitó las gafas, que colocó encima del ordenador–. Pero la vida no siempre será así de fácil para ella, Hannah. Columbia será una llamada de atención. Y, aunque navegue por sus años de carrera universitaria como lo ha hecho durante el instituto, se dará de bruces con la realidad de la edad adulta. En algún momento, ser una DuPont dejará de ser suficiente. Alguien le plantará cara. Alguien se negará a concederle poder a Madison y al fin aprenderá.

Había algo un tanto ominoso en las palabras del señor Harris, pero sobre todo la entristecieron. «¿Aprender qué?», quiso preguntar. «¿Aprenderá lo que es perder?». Por mucho que quisiera, no era capaz de creerle. ¿De verdad le plantaría alguien cara a Madison DuPont? ¿De verdad le arrebataría alguien su poder? Le parecía pueril creer que podría ser verdad. Solo había que ver a los Fitzgerald, los Beaumont, los Harrington y los padres de Madison. ¿Por qué deberían salirle las cosas de otra manera a Madison, que era inteligente y cruel y sabía con exactitud cómo usar a las personas de su entorno para conseguir todo lo que deseaba?

–Seguro que sí –respondió Hannah con voz queda, solo para que el señor Harris se sintiera mejor–. Algún día.

Luego salió del aula. Pobre señor Harris. Debía de estar matándolo por dentro dejar que Madison lo pisoteara, viviendo con la esperanza de que algún día la joven DuPont se llevaría su merecido.

28

Sábado 13 de junio de 2026
5:24 h

En cuanto Alex y Ami se asentaron en una mesa en el comedor, Hannah salió con discreción de su escondrijo bajo el bufé. Ahora la cola avanzaba deprisa; había estado escuchando a escondidas más tiempo del que pensaba. Bien, porque si iba a ser capaz de diseccionar todo lo que acababa de decir Alex, necesitaba tener el estómago lleno. Cogió un plato y se sirvió un cruasán de almendras, un *bagel*, una buena porción de queso crema y dos lonchas brillantes de salmón ahumado. Les echó una ojeada a las cebollas rojas y las apilo encima de lo demás. «A tomar por culo».

Se encontraba a medio camino de la mesa de Ami y ya le estaban surgiendo preguntas para Alex, cuando una figura solitaria llamó su atención. En una mesa para dos situada en una esquina, había un hombre vestido con un esmoquin de color marrón oscuro encorvado sobre una taza de café y un cruasán de chocolate. Había dejado la chaqueta sobre el respaldo de la silla y se había aflojado la corbata. Igual que Hannah, él también llevaba pantuflas del Club Lenox.

Paul Harris. Ya le había llamado la atención con anterioridad esa noche cuando se puso a repartir botellas de Acqua Panna y a comprobar cómo se encontraba Alice St Clair justo después del asesinato de Madison. Luego había vuelto a divisarlo en la biblioteca, charlando con algunos de sus compañeros de trabajo. Pero esta era la primera vez que le prestaba atención de verdad.

A estas alturas ya tendría treinta y siete o treinta y ocho años, seguía siendo joven, pero los diez años que habían transcurrido desde la graduación de Hannah no parecían haberle sentado

demasiado bien. Había aumentado de volumen a la altura del vientre y el rostro, y había permitido que la siempre bien cuidada barba de tres días que solía llevar se convirtiera en una barba tupida y definida. La llevaba bien recortada, pero, al combinarla con el aumento de peso, le hacía parecer bastante mayor, como si ya hubiera cumplido más de cuarenta.

Hannah se dio la vuelta y se dirigió hacia su mesa. Alex podía esperar; quizá no tendría mejor oportunidad que esa de pillar a su antiguo tutor del seminario a solas. Le costaba imaginarse al señor Harris (o, de hecho, a cualquier otro profesor de Prescott) envenenando a una antigua alumna a sangre fría, pero no podía descartarlo. Madison lo había desautorizado y humillado muchas veces en Prescott y él tenía tantos motivos para estar resentido con ella como todos los demás invitados.

–¿Te importa si te acompaño? –Sin esperar una respuesta, Hannah colocó su plato sobre la mesa.

El señor Harris (le costaba pensar en él como Paul, a pesar de que ya eran los dos adultos) levantó la vista de su café. A esa distancia, Hannah pudo apreciar que tenía bolsas bajo los ojos y las mejillas sonrosadas. Quizá acababa de volver de unas vacaciones en la playa, o tal vez se había quemado con el sol. Pero Hannah supuso que se debía a algo más permanente. Le echó un vistazo a la mano que rodeaba la taza de café; no llevaba anillo. Así que el señor Harris seguía soltero y las señales parecían indicar una posible adicción al alcohol.

Lo cierto era que, mientras estudiaba en Prescott, no se había parado mucho a pensar en cómo era la vida de sus profesores fuera del instituto ni a imaginar cómo sería su futuro. Al igual que la mayoría de los adolescentes, estaba demasiado centrada en el suyo propio. Pero el señor Harris era joven y atractivo. En las clases proyectaba carisma y autoridad, aunque ocasionalmente Madison hiciera tambalear esa última, y sabía que era escritor: uno de los pocos detalles que recordaba sobre la vida privada de cualquiera de sus profesores. Si a la Hannah de diecisiete años le hubieran pedido que se imaginara al señor Harris diez años más tarde, seguramente habría dicho que para entonces ya sería un novelista superventas y

que probablemente estaría casado con la directora de una organización sin ánimo de lucro o comisaria de una galería, que estaría impartiendo clases a jóvenes escritores prometedores en Sarah Lawrence o Bard, tras haber dejado atrás Prescott y sus dramas.

Nada de aquello parecía haberse cumplido. ¿Había juzgado mal al señor Harris o algo se había interpuesto en su camino y le había impedido disfrutar de un futuro mejor?

Levantó la vista hacia ella. Había cambiado las gafas por lentillas, lo cual solo servía para resaltar más las bolsas bajo sus ojos y las mejillas sonrosadas.

–Hannah –dijo al fin. Señaló la silla vacía–. Por favor.

Ella se sentó y sus ojos se detuvieron en el cruasán intacto.

–Menuda noche. Espero que no te importe que coma.

–Come, por favor. –Señaló el plato de ella con la cabeza–. Yo no tengo mucho apetito, pero tú no te cortes.

Levantó la mitad del *bagel* y le dio un buen bocado. Mantuvo el contacto visual con el señor Harris mientras masticaba. No estaba segura de por dónde empezar, pero, si permanecía allí sentada el tiempo suficiente, él le resolvería el problema. A la gente no le gusta el silencio. Siempre intenta llenarlo.

–¿Es la primera vez que nos vemos desde la graduación? –preguntó él.

Ahí estaba. Hannah tragó saliva y luego se limpió la boca con una servilleta de tela.

«La graduación». Madison había tonteado con él abiertamente frente a sus padres y se había hecho selfis con él mientras se inclinaba para besarle la mejilla y hablaba de hacer planes con él en otoño, ya que, al acudir a Columbia, estarían en la misma ciudad. Hannah se había quedado pasmada al ver que a Alastair y Charlene DuPont no les preocupaba en absoluto el comportamiento de su hija, como si fuera totalmente normal que una chica de dieciocho años le diera besos a su joven profesor en la mejilla y lo invitara a cenar en una «taberna monísima que conozco».

Lo que dijo Hannah en voz alta fue:

–Eso creo. La verdad es que no suelo acudir a los eventos de antiguos alumnos de Prescott. Y hoy no debería haber roto esa tradición.

El señor Harris soltó una carcajada y, por primera vez esa noche, Hannah advirtió un destello del hombre que conoció antaño. Madison lo había desmoralizado más de una vez, pero, cuando no era el blanco de su comportamiento descontrolado, se entregaba con pasión a la enseñanza, rebosante de energía juvenil.

–Todo se ve más claro en retrospectiva –afirmó él–, como dijo el humorista Richard Armour en 1949.

–Anda, no lo sabía.

–Ajá. A mí también me habría gustado quedarme en casa esta noche.

De manera inconsciente la mirada de Hannah se deslizó a través del comedor y el salón principal hasta el pasillo donde habían encontrado a Madison. Allí, menos de nueve horas antes, alguien había llevado a cabo un plan premeditado para acabar con su vida.

Cuando se volvió hacia el señor Harris, los ojos del profesor estaban fijos en otro lugar: en la escalera que conducía a la segunda planta. Una agente uniformada seguía apostada en la base de las escaleras y Edward, que seguía con su tarea de acompañar y recoger a los invitados de sus interminables interrogatorios, rondaba por allí cerca. Por lo demás, la escalera estaba vacía. Cuando el señor Harris percibió la mirada de Hannah clavada en él, se revolvió en el asiento y se llevó la taza a los labios. Se le veía incómodo, con la cabeza en otra parte.

Tenía que ponerle los pies en el suelo antes de que se le acabara el tiempo a solas con el profesor. Podía andarse con tacto o ir al grano, con la esperanza de sonsacarle la verdad al pillarlo por sorpresa. Hannah se inclinó hacia delante. Siempre había preferido la opción B.

–¿Seguiste manteniendo relación con Madison tras la graduación?

Su taza aterrizó en la mesa con un golpe sordo y tosió contra una servilleta.

–Perdona –dijo tras un instante–. Se me ha ido por mal camino.

Hannah lo miró a los ojos sin dejar de observarlo mientras él recuperaba el aliento.

–¿Qué me habías preguntado? –dijo tras una pausa.

–Madison y tú –repitió–. En la graduación quedó bastante claro que quería seguir en contacto. ¿Seguisteis teniendo relación?

El señor Harris dio un largo suspiro.

–No tuve relación alguna después de Prescott. Madison no comprendía los límites y, por desgracia, apenas contaba con orientación parental. Lo creas o no, sentía mucha lástima por ella. Era una chica con problemas, pero no era del todo culpa suya.

Una buena respuesta. Compasiva, típica de un profesor. Hannah le dio otro pequeño mordisco a su *bagel*. Se les acercó un camarero y ella le indicó que le llevara una taza de café. Quizá estaba equivocaba con el señor Harris, pero aún no estaba dispuesta a darse por vencida. Cuando el camarero se marchó, lo intentó de nuevo.

–Es muy generoso por tu parte, sobre todo teniendo en cuenta que era bien sabido que Madison te complicó mucho la vida durante su último curso.

El señor Harris arrancó una esquina del cruasán, pero la soltó sobre el plato. Sus ojos volvieron a vagar por el club.

–Lo hizo lo mejor que pudo. Pero, si hubiera llegado a sentir resentimiento hacia todos los alumnos privilegiados y con actitudes de superioridad que acudían a mis clases, no habría aguantado ni dos años en Prescott. Lo creas o no, hubo otras Madison DuPont antes y después que ella. Con el paso de los años he ido aprendiendo a marcar mejor mis límites. Es algo que se adquiere con la experiencia.

Hannah asintió. Le había dado otra respuesta sumamente razonable. O bien el señor Harris no tenía nada que ocultar o era muy buen actor. Se había mostrado incómodo cuando ella mencionó la palabra «relación», pero, desde luego, no sonaba como un hombre consumido por el rencor acumulado durante más de una década que hubiera planeado el asesinato de una antigua alumna y luego lo hubiera llevado a cabo en un evento público.

–¿Qué hay de ti? –preguntó él antes de que pudiera volver a formular una pregunta–. ¿Mantuviste una relación con Madison después de Prescott?

Hannah sacudió la cabeza y reprimió una sonrisa. Muy inteligente por su parte darle la vuelta a la tortilla. Asumiendo que era inocente, seguramente el señor Harris sospechaba de ella tanto como todos los demás.

–Nada de nada. Para cuando llegó la graduación, Madison ya no quería saber nada de mí. Y fue lo mejor que pudo pasar. –Llegó su café, le añadió unos sobrecitos de azúcar y luego le dio un buen sorbo.

–Tú también te quedaste en la ciudad, ¿no? –dijo él–. En la NYU, si no recuerdo mal.

Hannah asintió, y le entró la necesidad repentina de llamar a Grace. Su amiga había tardado dos años completos en perdonarla por abandonar sus planes. Luego Grace fue a verla un verano a la ciudad cuando ambas tenían diecinueve años y consiguieron retomar la amistad poco a poco. Ahora hablaban cuando podían, sobre todo a horas intempestivas entre los largos turnos de Grace como residente en el Hospital infantil de Pittsburgh.

–Periodismo –dijo Hannah–. Promoción del 2021.

El señor Harris sonrió.

–Cierto. Una escritora.

–Estabas trabajando en una novela –apuntó ella deprisa, antes de que pudiera preguntarle por el artículo. Necesitaba volver a poner el foco en él. Todavía tenía que averiguar una cosa.

El rostro del profesor se ensombreció.

–Sí, eso. Sigue en proceso. Un buen libro conlleva tiempo.

Hannah le dio otro sorbo al café y se centró en el cruasán. Muchos escritores de ficción literaria tardaban una década o más en escribir un libro, eso era cierto. Pero la expresión que había atravesado su rostro…

En ese momento le vino una idea a la cabeza. ¿Era posible que…?

–Antes de Prescott hiciste un posgrado, ¿no?

Él asintió.

–En cuanto terminé la carrera. No me cansaba de estudiar.

–Me he estado planteando matricularme en un Máster de Escritura. ¿Dónde lo hiciste tú?

–Columbia. Máster de Escritura, promoción de 2013.

Hannah se llevó la taza a los labios lentamente.

–He oído que es muy bueno. Le echaré un ojo.

Lo cierto era que sí que se había planteado estudiar un máster en algún momento. Y había investigado lo suficiente por su cuenta para saber que la Facultad de Escritura Creativa ofrecía cursos tanto de grado como de posgrado. Y en 2016 el señor Harris acababa de graduarse en Columbia; y Madison había solicitado el acceso a una universidad para la cual no estaba cualificada a nivel académico. Pero había conseguido entrar de alguna forma.

Quizá no le había estado haciendo las preguntas adecuadas; aunque tampoco esperaba que el señor Harris confesara si se las hacía. La cuestión no era si Madison y él habían mantenido una relación después de la graduación, sino más bien si Madison y él habían tenido una relación mientras ella era alumna en Prescott. Inspiró hondo. ¿Era posible que los flirteos y burlas de Madison en realidad ocultaran algo real? ¿Había sido él incapaz de inculcarle disciplina porque se estaban acostando?

Madison nunca tenía novios formales. Había dejado muy claro que solo le interesaban los hombres mayores. Y siempre había sido un misterio cómo había conseguido entrar en un programa de Escritura Creativa de élite en Columbia, donde el señor Harris conocería a todos los miembros de la facultad. Se le aceleró el pulso. No es que fuera exactamente el móvil para un asesinato, pero quizá significaba algo. Necesitaba…

–He leído algunos de tus artículos –dijo él–. Te irá bien con máster o sin él. –Luego se levantó de forma abrupta y dirigió la mirada al otro lado de la habitación–. Disculpa.

–Esto… –empezó a decir Hannah, pero ya le estaba dando la espalda. El profesor se dirigió a toda prisa hacia los servicios y desapareció.

«Mierda». Estaba bastante segura de que había dado con algo. Ojalá hubiera podido hacer que siguiera hablando…, pero el señor Harris odiaba a Madison. Bueno, quizá «odiar» era una palabra

demasiado fuerte, pero no cabía duda de que lo había avergonzado y le había provocado frustración en más de una ocasión. Ella misma había sido testigo. ¿Era posible que todo hubiera sido una farsa para ocultar el hecho de que se acostaba con ella? ¿O todo había sido tal y como parecía hacía diez años y aquellas ideas descabelladas habían sido fruto de su imaginación? De pronto su brillante teoría perdió parte del lustre.

Se bebió de un trago el resto del café. «Céntrate, Hannah». La verdad estaba ahí, solo que fuera de su alcance. Si había ocurrido algo entre Madison y el señor Harris durante el instituto, la persona con más posibilidades de saberlo era Elle. Hannah examinó la sala despacio. ¿Dónde estás, Elle Harrington? Ah, sentada en la barra, al fin sola.

Se puso en pie. Esta vez no se rendiría. Elle Harrington iba a tener que bajar los humos y hablar con ella.

25 de mayo de 2017

Instagram

Imagen: Madison DuPont bajándose del asiento trasero de un elegante coche privado en el exterior de la casa de su familia en Carnegie Hill, cargada con dos enormes arreglos florales.

TheUpperEdge: La señorita DuPont dijo que se encargaría de comprar las flores, o eso parece. Solo quedan veinticuatro horas hasta el baile de graduación, pero todos sabemos que lo interesante ocurre después del cierre.

Los alumnos de los últimos cursos lo celebrarán en casa de Madison DuPont: al fin y al cabo, nuestra chica cuenta con su propia ala en el edificio. Con habitaciones de sobra para que la cosecha de estudiantes de último curso y futuros graduados puedan tomarse unos momentos para saborear las mieles…, pero, cuidado, que algunas abejas tienen aguijón.

29

25 al 27 de mayo de 2017

La tarde del jueves antes del baile de graduación, Hannah estaba sentada en el pequeño escritorio de su cuarto, mirando las páginas de la web de la NYU por tercera, cuarta u octagésimo quinta vez. Sobre la pared que estaba encima de la mesa, donde antes colgaba su lista de pros y contras de las universidades, ahora estaba expuesto un enorme calendario de pared en el que iba tachando los días que quedaban hasta la graduación. Junto al calendario había una foto enmarcada de Hannah de niña con su padre y su madrastra en la bodega donde celebraron el banquete de boda, otra más pequeña de Hannah visitando a su madre en Big Sur el verano anterior, un *collage* de imágenes de Hannah con sus amigas de Pittsburgh y un póster firmado de un concierto de Hozier. Desde su ventana, a tres pisos de altura, se veía un atasco en Spring Street. Una persona, a la que luego se sumaron varias, aporreaba el claxon. Se levantó, cerró la ventana y echó el pestillo.

Le vibró el móvil. Tenía la esperanza de que fuera Grace, que al fin estaba dispuesta a perdonarla, así que abrió los mensajes a toda prisa.

OLIVER
¿Seguro que no puedo convencerte para que vengas mañana?

Volvió a sentarse. Comprobó cómo se sentía. Efectivamente, no sentía ningún remordimiento por saltarse el baile de graduación, una

velada lujosa y de etiqueta que se celebraría en el Metropolitan Club, justo al lado de Central Park. De hecho, si pudiera acelerar el paso del tiempo para llegar a la graduación, lo haría. Con su futuro brillante frente a sus ojos, estaba más que preparada para salir de Prescott y dejar a todos sus compañeros en el pasado.

HANNAH
Gracias, pero está decidido. ¡Te veo el lunes en el seminario!

Ciertamente, no era la única alumna de último curso que se quedaría por la zona. Varios de sus compañeros también cursarían su primer año de carrera en la NYU. Pero era una universidad grande, con un campus abierto situado justo en pleno Village, así que no le preocupaba tener que evitar a las personas que no quería ver. Quedaban solo unas pocas semanas para el verano, y entonces comenzaría el resto de su vida.

Alguien llamó a su puerta. Antes de que pudiera responder, Yoko asomó la cabeza.

Hannah levantó la vista de su portátil para sonreír a su madrastra.

–Hola.

–Hola a ti también. Tu padre y yo vamos a empezar lo nuevo de Ken Burns. ¿Te vienes?

Hannah negó con la cabeza.

–No, gracias.

–Va sobre los nazis.

–Yoko, me lo estás vendiendo fatal.

La mujer se rio.

–Vale, venga. He ido a Trader Joe’s esta tarde. Hay aperitivos en la despensa.

Hannah sonrió.

–Por eso sí que merece la pena levantarse de la silla.

Dejó el portátil abierto, se quitó el uniforme y se puso una camiseta de Florence + The Machine y unos bóxer a cuadros. Luego,

comenzó a atravesar el pasillo en dirección a la cocina. Con un poco de suerte, Yoko habría comprado las palomitas que le gustaban.

Solo había avanzado cosa de metro y medio cuando la puerta de la habitación de su hermana se abrió de golpe y Ami se asomó. Ella también se había quitado el uniforme y se había puesto un camisón rosa pálido que le llegaba hasta los tobillos y un cárdigan gris largo demasiado abrigado para una noche de finales de mayo.

–Hannah –siseó.

–¿Vas a ver la peli con papá y Yoko?

Su hermana sacudió la cabeza.

–Nop. Tengo que contarte una cosa.

Hannah echó un vistazo al otro lado del pasillo.

–¿Traigo algo de comer?

Ami asintió.

Cinco minutos más tarde, las hermanas estaban sentadas en medio de la cama de Ami, con un despliegue de aperitivos dulces y salados dispuestos en cuencos de cerámica entre las dos.

Ami se inclinó hacia ella.

–Se supone que no puedo contárselo a nadie.

Hannah frunció el ceño.

–Pero, sea lo que sea, ¿me lo vas a contar?

Ami asintió con la cabeza, moviendo la barbilla animadamente de arriba abajo.

–Alex solo me lo contó porque aún se siente como una mierda por lo de la propuesta. Pensó, no sé, que a lo mejor cambio de opinión y voy con él mañana por la noche. Pero solo porque se gradúe no quiere decir que me vaya a librar de ella. Todavía iré a Prescott el año que viene. Y solo está a treinta minutos en taxi desde Columbia. Menos si no hay tráfico. A lo mejor Alex está preparado para mandarlo todo a tomar por culo, y lo entiendo, lleva toda la vida lidiando con esta mierda, pero a mí aún me quedan dos años más de instituto. Es como toda una vida. Y no puedo hacerlo, no si tengo a Madison vigilándome de cerca.

–Vale. –Hannah le puso una mano en la rodilla con cariño–. Te estoy escuchando. Odio que tengas que perderte una noche divertida por culpa de Madison, pero tienes razón. Solo os haría la

vida imposible a Alex y a ti, y seguramente no pararía después del baile.

Ami reprimió un sollozo y se metió un trozo de galleta de chocolate de la marca Way More Chocolate Chips en la boca.

En cuanto tragó, Hannah continuó.

–Pero… ¿qué es lo que se supone que no deberías decirme?

Ami cogió su botella de agua con los ojos vidriosos.

–Estoy en ello. Madison mantiene una relación en secreto. Alex dice que ya llevan varios meses, quizá todo el año, pero lo descubrió después de las vacaciones de invierno. Ella no sabe que él lo sabe, y yo, desde luego, no debería saberlo, pero ¿sabes qué? No me importa. Sienta de maravilla tener algo en su contra por fin.

Hannah masticó un puñado de palomitas.

–Pero ¿con quién?

Ami se encogió de hombros.

–Con alguien de Prescott.

–¿Estás segura? En la boda de Montauk se estuvo enrollando con ese tío británico mayor. Barkley Fairfax o algo así.

Ami se rio.

–Es Bradley Fairfax. Y no, no es él. Alex dice que no cabe duda de que es alguien de Prescott, pero no sabe quién.

Hannah se recostó contra los cojines de Ami.

–Vale. Es una info interesante. Pero… ¿por qué me lo cuentas?

–Pues porque… –Ami sonrió de oreja a oreja–. Porque mañana vas a ir a la fiesta en casa de Madison después del baile… y vas a descubrir de quién se trata.

Hannah se irguió de golpe.

–No.

Ami la agarró de las dos manos.

–Porfa. Necesito saber con quién sale Madison.

Hannah apartó las manos.

–Lo primero de todo es que no voy a ir a la fiesta. Ni al baile ni a la fiesta de después. Lo segundo, ¿qué planeas hacer exactamente con esta información si descubres con quién está liada Madison?

Ami entrecerró los ojos.

–Lo usaré como baza a mi favor. Madison lleva meses manteniéndolo en secreto. Le avergüenza, o algo peor. Aún queda un mes para que terminen las clases y, como ya he dicho, Madison se queda en Nueva York. Necesito un seguro y tú me lo vas a conseguir.

Ami se inclinó hacia delante y volvió a coger a su hermana de las manos. Las palomitas se volcaron sobre las sábanas.

–Porfiiiiiii.

Hannah se zafó y comenzó a recoger las palomitas para meterlas de nuevo en un cuenco.

–Ni de coña. No pienso ir a esa fiesta.

Poco después de la medianoche del viernes, el Metropolitan Club había cerrado sus puertas y el ala de cuatro dormitorios de Madison en casa de los DuPont estaba rebosante de alumnos de tercer y cuarto curso de Prescott.

Entre los que se incluía Hannah Miller. Se había puesto un vestido negro de satén y unas deportivas doradas con unos gruesos cordones del mismo color. Se sentía de lo más aliviada al comprobar que encajaba con el resto de los asistentes al baile, que para la fiesta habían añadido toques más informales a sus vestidos de gala; como bailarinas en tonos joya y jerséis cómodos.

La fiesta se había expandido casi de inmediato fuera de las estancias de Madison y se extendía más allá del pasillo y por el resto del amplio ático de los DuPont. En el salón, la voz de Selena Gomez brotaba de los altavoces. Algunos asistentes bailaban con sus trajes formales y deportivas de Golden Goose; otros conversaban a susurros en los sofás. Alice St Clair sollozaba sobre el hombro de Elle lamentando lo mucho que cambiaría todo y Elle le dio un toquecito, no demasiado tranquilizador, en la cabeza.

En el balcón, Alex y Tyler vapeaban con el equipo de *lacrosse* mientras, en el interior, Inez se movía a toda prisa entre la cocina y el ala de Madison para ofrecer a los invitados aperitivos y agua con gas. Alastair y Charlene DuPont se habían asentado en el comedor, donde participaban en una acalorada partida de póker con Bash, Theo y Beatrice. Solo estaba prohibido el paso a la habitación principal y el ala de Alex.

Hannah y Oliver se habían quedado en el pasillo que conectaba el salón con las estancias de Madison. Estaba lo suficientemente apartado del ruido de la fiesta como para poder mantener una conversación en condiciones, pero sin perder de vista lo que ocurría en el salón y en la cocina.

–La verdad es que no sé qué estoy haciendo aquí. –Hannah suspiró. Tan solo llevaba unos quince minutos dentro, pero le parecía que la probabilidad de descubrir al amante secreto de Madison era ínfima. Había aceptado acudir por el bien de Ami, ¡a regañadientes! ¡A pesar de lo que le dictaba su sentido común! Pero, ahora que estaba allí, no tenía del todo claro cómo se suponía que iba a conseguir realizar su misión. Ni que fuera detective. De hecho, todavía ni siquiera era periodista. Y lo que fuera que hubiese concebido Ami (a Madison arrastrando a su amado hasta el armario de los abrigos para mantener un encuentro clandestino) no parecía que fuese a ocurrir. Durante los últimos quince minutos, Madison había estado a plena vista en el salón, primero bailando con Elle y luego con Ethan y Bruno cuando Elle se desplomó en el sofá. Era el alma de la fiesta (y el centro de todas las miradas) con el segundo conjunto de la noche: pantalones de traje hechos a medida y un *crop-top* de Celine con unas pocas lentejuelas colocadas con gusto en el escote. El precioso cabello pelirrojo le caía en cascada por la espalda.

Si Alex tenía razón y su hermana mantenía una relación en secreto, era demasiado lista como para mostrar sus cartas en su propia casa. Hasta donde Hannah sabía, la otra persona ni siquiera estaba allí.

–Pues me alegro de que hayas venido –dijo Oliver–. A pesar de que es una fiesta a la que supuestamente estamos todos invitados, no me siento del todo bienvenido. Me alegra tener a una amiga a mi lado. –Oliver vestía una camisa de cuello abierto en color berenjena oscuro y unos pantalones a medida. A diferencia de las zapatillas Common Projects o B23 de Dior, que ahora llevaban muchos de sus compañeros de clase, él se había dejado puestos sus zapatos lustrados.

Hannah sonrió con picardía. No le había contado a Oliver el verdadero motivo por el que había acudido esa noche, así que había dejado que creyera que había hecho todo el viaje hasta el Upper East Side por él.

–Me siento extraño sin Gemma aquí –dijo tras un momento–. Me gustaría que…

Ella le colocó una mano en el codo.

–¿Quedamos los tres para tomar un *bubble tea*? ¿Qué tal el martes después de clase?

Oliver asintió.

–Le mandaré un mensaje.

Durante la hora siguiente, Hannah estuvo pendiente de Madison, siguiendo sus movimientos con disimulo por todo el ático. Cuando la pelirroja se cansó de bailar, salió al balcón y luego hizo una visita a la cocina para coger una copa de champán. En una ocasión se adentró en un baño, pero nadie la siguió y salió en menos de dos minutos, con las manos aún húmedas de habérselas lavado.

Parecía que iba a resultarle imposible, pero las ganas de conseguir aquel as en la manga que Ami tanto anhelaba ardían en su interior. Madison había ensombrecido en gran medida la segunda mitad del curso de su hermana, comenzando con cuando la excluyó de la boda de Montauk en diciembre y siguiendo con los eventos acontecidos en la fiesta de Orchard & Vine. Se había pasado toda la primavera en una especie de arresto domiciliario, que culminó con la desastrosa proposición para el baile del mes pasado. Hannah esperaba que Ami se equivocara, que en cuanto Madison pusiera un pie en el campus de Columbia, se olvidaría de todo lo relacionado con el instituto. Que dejaría a Ami, y ya de paso a Hannah, tranquila de una vez.

Pero no podía afirmar que los miedos de Ami carecieran de fundamento. En Columbia, Madison seguiría siendo un pez gordo, pero sería un estanque mucho más grande, lleno de tiburones ballena y manta rayas de todo el mundo. Elle ya no sería la única rival de Madison en su competición por llegar a lo más alto de la jerarquía social. No le costaba imaginarse a Madison con un pie en Prescott, para así seguir blandiendo su poder en un lugar donde

tenía garantizado que produciría resultados inmediatos y gratificantes.

Bajo la atenta mirada de Hannah, Madison pasó de un cuarto a otro, rellenó copas de champán y cambió la lista de reproducción de vez en cuando. Interpretaba el papel de la anfitriona consumada mientras Inez y sus padres pasaban a un segundo plano y hacían caso omiso de las botellas de refrescos artesanales y agua con gas que seguían llenas y de las reservas de champán que se iban agotando.

Hannah seguía sus movimientos desde la distancia. Primero bailó con Oliver en el salón, luego charló de manera absorta con Beatrice y más tarde con Alex, que apareció desde el balcón para rellenarse un plato con minihamburguesas de Wagyu, brochetas *caprese* y patatas fritas con trufa, para luego meterse en su cuarto.

Al fin, cuando ya eran casi las tres de la madrugada y a Hannah le pesaban los brazos y las piernas como si los tuviera rellenos de plomo y le escocían los ojos del agotamiento, se rindió.

Agradecida, se dejó caer sobre el sofá modular del vestíbulo de Madison y se cubrió todo el cuerpo con una manta de chenilla. Para entonces, la habitación de Madison estaba vacía; todos se encontraban en la cocina devorando las recién preparadas patatas fritas *gourmet*; bailando en el salón alguna canción de Ed Sheeran, Bruno Mars o Lorde; o pasando unos minutos a solas con su cita para el baile en el enorme y amueblado balcón de los DuPont. Hannah se enterró aún más bajo la manta, se la echó sobre la cabeza y aspiró el suave aroma a lana. Tras unos minutos (en ese momento sonaba Peter Bjorn and John por los altavoces), empezó a quedarse dormida.

–Aquí. Ahora.

Hannah se puso tensa bajo la manta. Reconoció al instante la voz de Madison, que cada vez estaba más cerca.

–Tú eres la que ha roto el pacto. No sé por qué te cabreas conmigo.

La segunda voz era la de Theo. Hannah dejó de respirar.

–Baja la voz –siseó Madison. Ahora estaban en el vestíbulo, a pocos metros de ella. El pomo de la puerta del dormitorio contiguo

de Madison giró y Hannah pudo ver a través de las suaves puntadas de tela que Madison apretaba la mano de Theo con más fuerza. Luego, tiró de él hacia el interior y cerró la puerta. A Hannah se le escapó un enorme suspiro de alivio. Estaban demasiado absortos en su pelea como para percatarse de su presencia.

El sofá modular estaba situado contra la pared que separaba la habitación de Madison del vestíbulo. Hannah rodó y presionó la oreja contra la pared, con la esperanza de que aquel edificio de antes de la guerra no estuviera bien insonorizado. Quizá aquella era su mejor oportunidad de descubrir con quién estaba saliendo Madison. Sobre todo si se trataba de… Theo.

–No me he cabreado –aseguró Madison–. Es un tema serio.

El profundo suspiro de Theo se escuchó desde el otro lado de la pared.

–Solo es serio porque tú has querido que lo sea. Básicamente me obligaste a romper con Elle.

Hannah se quedó sin aire. «¿Qué?».

Theo seguía hablando.

–Ahora estamos a punto de graduarnos e iremos cada uno por nuestra cuenta, y la echo de menos, ¿vale? Todo esto ha sido un error.

Madison resopló.

–«Obligarte» es una palabra muy fuerte. Lo siento, pero Elle tiene que brillar y tú la estabas reprimiendo. Se estaba planteando ir contigo a Princeton, ¿lo sabías?

–Ella nunca…

Pero Madison no le dejó terminar.

–Y también te estaba haciendo un favor a ti. Elle nunca te ha querido, Theo. Está demasiado centrada en sí misma como para ser una buena novia. Solo estaba enamorada de la idea de estar contigo.

–Aun así –aceptó Theo–, debería haber sido asunto mío. Y debería haber tomado yo la decisión.

–Lo que tú digas –dijo Madison con engreimiento–. Estaba cuidando de ti. Te mereces algo mejor.

Un leve suspiro. De Theo.

–Entonces, ¿por qué hacer este pacto? Romper con Elle y no salir con nadie durante el último curso. Tú y yo, solteros juntos. Si de verdad crees que me merezco algo mejor, ¿no crees que debería estar buscando a otra persona?

¿Madison y Theo habían hecho el pacto de estar solteros? A lo mejor Alex y Ami lo habían malinterpretado todo.

–No, ni de broma. Ya tendrás todos los años de universidad para eso. Como ya hablamos entonces, se suponía que este año debías centrarte en el futuro. Pero no rompiste con ella, ¿verdad? Y yo tuve que acelerar el proceso.

–Es una forma de decirlo.

–Qué más da. Gemma se merecía todo lo que le pasó y tú necesitabas un pequeño empujón.

–¿Así llamas a difundir el rumor de que era yo el que aparecía en las fotos con Gemma? ¿«Un pequeño empujón»?

Hannah se quedó ojiplática. Que Madison era quien más se había metido con Gemma después de que salieran las fotos no era un secreto. Pero la revelación de que Madison había lanzado los rumores sobre Theo sí que la dejó en *shock*.

Aunque no debería. Era típico de Madison. Manipular a sus amigos para salirse con la suya. Y por algún motivo (no se creía sus excusas altruistas) quería que Elle y Theo rompieran. Así que se había asegurado de que así fuera.

–Hice lo que era necesario –sentenció ella–. Elle se sintió dolida y tú rompiste con ella. No teníamos por qué haberlo hecho de la manera más difícil, pero fue decisión tuya.

–Estás loca. Pero loca de verdad.

–En fin, no soy yo la que ha roto el pacto. Empezaste a quedar con Colette…

–Claudette.

–Lo que sea. Empezaste a quedar con Claudette durante las vacaciones de invierno y sé que no llegasteis a romper.

Por lo que parecía, era Theo quien tenía una relación secreta, no Madison. A Hannah le estaban empezando a dar calambres en las piernas. Las estiró y volvió a presionar la oreja contra la pared.

–Y tú estás saliendo con Bradley Fairfax. Dos relaciones a distancia. Estamos empatados.

–Anda ya. Bradley solo fue un poquito de diversión durante las vacaciones. Ni estamos juntos ni lo hemos estado en ningún momento. Lo tuyo con la señorita francesa es muy diferente.

–Déjalo, Madison. Llevas toda la primavera saliendo con alguien, no intentes negarlo. La semana pasada en el patio te oí hablar por teléfono. A lo mejor no es Bradley, pero sales con alguien.

Hannah contuvo el aliento. Ahí estaba.

La voz de Madison se volvió chillona.

–Lo que creas haber oído no tiene nada que ver con Bradley Fairfax. Y no es asunto tuyo.

Theo emitió una carcajada corta y seca.

–Eres una hipócrita, Mads. Nunca has actuado en base a lo que es mejor para mí o para Elle. Di lo que quieras, pero nuestra relación te sacaba de quicio. A Elle le aportaba capital social, lo suficiente para que rivalizara contigo, y tú no podías soportarlo.

Ajá: ahí lo tenía.

Pero Theo aún no había terminado.

–He permitido que me manipularas y que crearas una brecha entre nosotros, y la culpa es mía. Pero ni se te ocurra decir que nos separaste por nuestro propio bien. Y ni me hagas hablar de la pobre Gemma Phipps.

–¡Que le jodan a Gemma Phipps! –vociferó Madison–. Y que te jodan a ti también.

Durante unos segundos, se produjo un silencio al otro lado de la pared. Hannah tenía el corazón desbocado.

–Eres una cría –dijo al fin Theo–. Debería haber hecho esto hace meses, pero mejor tarde que nunca. El pacto se ha terminado, y nuestra amistad también.

Madison emitió una risa cruel.

–Buen intento, Theo, pero no puedes hacerme daño. Ahora que casi ha terminado el curso iba a revelar la verdadera identidad del amante de Gemma a The Upper Edge, pero ya no creo que lo haga. Tú nombre seguirá para siempre ligado al de Gemma, como debe

ser. El escándalo no se terminará con la graduación. Me aseguraré de que te persigue hasta la universidad, de que…

La puerta se abrió de golpe sin previo aviso y chocó contra la pared. Hannah volvió a tensarse bajo la manta.

–Cállate –dijo Theo–. ¿Sabes quién es el que sale en las fotos con Gemma?

–Pues claro que lo sé. Pero ahora ya no pienso contarlo.

–Tienes que decirme quién era –contestó Theo, con una nota suplicante–. Por el bien de Elle.

Madison no respondió. A Hannah la sangre le palpitaba con tanta fuerza en los oídos que casi resultaba ensordecedor. Permaneció completamente inmóvil y conteniendo el aliento.

–Pero ¿qué coño…? –La voz de Madison era gélida, igual que el frío que sintió Hannah cuando le quitó de un tirón la manta de chenilla y la tiró al suelo. Se llevó las rodillas al pecho de forma inconsciente. Sus zapatillas doradas debían de haber sobresalido al final de la manta. «Mierda».

Levantó la vista titubeante. Madison y Theo se cernían sobre ella. Él tenía la boca entreabierta en una expresión de sorpresa. Madison echaba fuego por los ojos.

–Pedazo de zorra cotilla.

30

Sábado 13 de junio de 2026
5:58 h

–Tenemos que hablar.

Elle Harrington respondió a la afirmación de Hannah con una mirada inexpresiva. Luego, totalmente impasible, se llevó la taza a los labios y se terminó el café de un trago.

Hannah apoyó los codos en la barra junto a Elle y se inclinó hacia delante.

–Siento que perdieras clientes por culpa de mi artículo. No era mi intención. Pero, en vista del asesinato de Madison, ¿te importaría si lo dejamos de lado?

Elle dibujó un círculo con la yema del dedo alrededor del borde de su taza de café. No es que estuviera mandando a Hannah a la mierda, pero tampoco estaba siendo amable precisamente.

Hannah tomó aire para tranquilizarse y se acercó más a ella. Esperaba que su estrategia funcionara.

–Sé lo de Madison y el señor Harris durante el último curso.

Elle la miró con perplejidad y luego emitió un largo suspiro.

–De acuerdo. Tenemos que hablar, pero no aquí. –Se puso en pie y, sin pararse a ver si Hannah la seguía, atravesó el arco y se adentró en el comedor sumida en una nube de gasa.

Durante un instante, Hannah se quedó atrás pasmada. Cinco horas antes, Elle la había despachado como a un par de Louboutins de imitación. Pero ahora algo había cambiado de manera milagrosa. Se apartó de la barra y se apresuró a seguirla mientras se alejaba.

Elle pasó de largo las mesas del bufé y se adentró en el corto pasillo de los baños. Pero en vez de abrir el baño de mujeres, giró el

picaporte de cristal de la puerta que estaba al final del corredor, con una señal que indicaba «Personal». El picaporte no opuso resistencia y Elle entró en la sala y encendió la luz. Luego le hizo un gesto a Hannah para que la siguiera.

Hannah parpadeó. Estaban en el interior de un gran armario de servicio lleno de manteles, servilletas de tela y cajones con cubertería. Elle cerró la puerta a sus espaldas con un firme chasquido.

–Imagino que, entonces, no crees que yo sea la asesina –dijo Hannah. El armario era grande, pero no dejaba de ser un espacio reducido. Asumía que Elle se sentía a salvo encerrada allí con ella.

Elle sonrió.

–Sé con toda certeza que no has matado a Madison, que es el único motivo por el que estamos hablando ahora mismo.

–Vale. –Hannah se cruzó de brazos–. ¿Y qué ha cambiado?

Elle se recogió el vestido y se deslizó hasta el suelo mientras apoyaba la espalda contra un armario. La gasa metalizada se abrió en abanico a su alrededor.

–Al principio sí que pensaba que habías sido tú. Acababas de hablar con nosotras dos y además estaba lo de ese artículo sedicioso… Pero eso fue antes de que hablara con los inspectores.

Hannah la imitó y tomó asiento en el suelo, reprimiendo las ganas de responder a la crítica sobre su artículo.

–¿Descubriste algo gracias a los inspectores?

Elle asintió.

–Ya llegaremos a eso.

Hannah hizo un mohín, poco satisfecha con que fuera Elle quien llevara las riendas de la conversación, pero ¿qué otra opción tenía? Necesitaba información y Elle no iba a permitir que la manejara.

–Solo he venido esta noche por Bash –dijo Elle–. Después de la graduación, Madison y yo apenas hablamos durante los siguientes seis años, ¿lo sabías?

Hannah negó.

–Ya me había hartado de sus juegos. Estaba feliz en Boston y con Edward. Pero luego volví a Nueva York y fundé Harrington Strategic Insight, y para entonces Madison ya había conocido a Henry. Nos

encontramos en una Met Gala…, creo que fue en mayo de 2023. Dije que quedaría con ella para almorzar juntas y ponernos al día. No tardamos mucho en volver a quedar a menudo. Fue como en los viejos tiempos, pero sin competir constantemente. Madison había madurado…, o eso pensé.

–¿Y después? –preguntó Hannah. No estaba segura de a dónde quería a ir a parar Elle con aquello (ella quería volver al tema del señor Harris), pero su instinto le decía que mantuviera la boca cerrada y la escuchara.

–Y luego Teddie me llamó de la nada. Nos habíamos visto de vez en cuando a lo largo de los años, pero hacía tiempo que no manteníamos una relación estrecha. Me llamó hace dos o tres semanas, el día que Madison retiró su apoyo a Concord Hospitality. Como es comprensible, Teddy estaba que echaba humo.

A Hannah se le aceleró el pulso. ¿Pensaba Elle que Theo había matado a Madison?

–Me dijo que no quería saber nada de Mads y que tenía que confesarme algo. Algo con lo que llevaba cargando una década y que necesitaba que supiera.

Hannah contuvo la respiración. Asintió mientras Elle le detallaba el pacto entre Theo y Madison del último año.

–Madison me hizo creer, nos hizo creer a todos, que el que estaba en esa habitación con Gemma en las fotos era Teddie. Y luego, cuando yo seguía sin romper con él, lo manipuló para que fuera él quien rompiera conmigo.

Cuando terminó de contarlo, tenía los ojos vidriosos. Elle examinó el rostro de Hannah.

–Pero todo eso ya lo sabías, ¿no?

Hannah se encogió.

–Casi todo. Estuvieron discutiendo durante la fiesta postbaile de Madison y los oí sin querer.

–Y no dijiste nada.

Hannah suspiró.

–Lo siento. Te merecías saber la verdad, pero Madison amenazó con hacerle la vida imposible a Ami durante los dos años siguientes y

ya sabes que lo decía en serio. Tuve que mirar por el bien de mi hermana.

Elle le ofreció una sonrisa tensa.

–Lo entiendo. Probablemente yo tampoco lo habría contado en tu situación.

Hannah le devolvió la sonrisa, pero la mirada en los ojos de Elle se endureció y aquel momento de complicidad terminó.

–En fin, que yo estaba muy enfadada con Madison. Durante todos estos años había dejado que pensara que Gemma Phipps era la responsable de destruir mi futuro planeado a la perfección con Teddie. Se suponía que seríamos el rey y la reina de Nueva York; no Madison y Henry. Pero no fue culpa de Gemma. Salir con un Fitzgerald me hacía estar por encima de ella y Madison no podía soportarlo.

–Esa noche en la fiesta Theo dijo más o menos lo mismo.

–Teddie es un chico listo. –Su voz estaba cargada de amargura.

A Hannah se le formó un nudo en el estómago. Elle había llegado al Club Lenox esa noche enfurecida con Madison, igual que Theo. Él había sido muy convincente cuando habían hablado antes, pero no podía descartar la posibilidad de que los dos hubieran planeado juntos el asesinato. Se movió para acurrucarse, metiendo las piernas debajo del cuerpo. Quizá permitir que la llevara a aquel armario no había sido muy inteligente por su parte.

Inspiró hondo para calmarse. El móvil de Elle estaba más claro que el agua, pero algo en su interior le decía que confiara en ella de todos modos. Si Elle hubiera asesinado a Madison, no tendría ningún motivo para elegirla a ella para confesarse y, además, Elle seguía siendo Elle. Seguramente había otra razón para que hubiera decidido hablar al fin con ella. «Elle quería algo».

Hannah se enderezó. Se le estaba agotando el tiempo; tenía que tomar el control de la conversación y volver a centrarla en el señor Harris antes de que Elle revelara sus verdaderas intenciones.

–Theo dijo otra cosa esa noche en la fiesta. Acusó a Madison de haber roto el pacto. Dijo que llevaba toda la primavera embarcada en una relación secreta y ella no lo negó. Alex también lo sabía;

estaba seguro de que se trataba de alguien de Prescott, pero no sabía de quién se trataba.

Elle apoyó la cabeza contra la puerta del armario.

–Ah, sí, eso.

Así que lo sabía. Hannah acercó su rostro al de Elle. Si iba a obtener toda la información que necesitaba, tendría que poner todas las cartas sobre la mesa.

–El novio secreto de Madison era el señor Harris, ¿no?

Elle se dobló por la mitad entre carcajadas, lo que hizo que Hannah se tambaleara hacia atrás. Sus manos golpearon el suelo a sus espaldas y consiguió mantener el equilibrio. Elle se estaba riendo con tanta fuerza que le caían lágrimas por el rabillo de los ojos.

«¿Qué coño pasa?». Hannah frunció el ceño. Una relación entre una alumna y un profesor era, cuando menos, inmoral y, en el peor de los casos, traumática. ¿Acaso a Elle le parecía gracioso?

Al fin, Elle recobró la compostura lo suficiente para ponerse derecha de nuevo.

–Lo siento, pero no. –Se limpió las lágrimas de los ojos–. Madison odiaba al señor Harris y era recíproco. Tú estabas allí, los viste en las clases. Es imposible que estuvieran liados a escondidas.

–Habría sido una buena tapadera si querían mantener su aventura en secreto –se aventuró Hannah.

Elle se encogió de hombros.

–Supongo, pero no. Sí que es verdad que Madison salía con alguien durante el último curso, pero te aseguro que no era el señor Harris.

–¿Y quién era, entonces?

Elle formó una línea con los labios.

Hannah insistió.

–Vamos, Elle. Puede que sea importante. Por si se te ha olvidado, alguien ha asesinado a Madison.

–Está bien, pero el romance de instituto de Madison no tiene nada que ver con los acontecimientos de esta noche. Durante la primavera del último curso, Madison estuvo saliendo con Beatrice. Eran una pareja adorable. Yo lo sabía y Bash también. Pero nadie más.

Hannah se quedó ojiplática y su mente viajó a aquella primavera. Le había preguntado a Beatrice si salía con alguien, y estaba le había contestado sin rodeos que no era asunto suyo. ¡Así que era verdad! Se estremeció al recordar aquel episodio de hacía una década.

–¿Y Madison lo mantuvo en secreto porque no quería que se supiera que estaba saliendo con una chica? –preguntó Hannah.

Elle negó con la cabeza.

–Eso pensaba yo por aquel entonces. Pero solo lo mantuvo en secreto porque no podía permitir que Theo descubriera que estaba rompiendo su pacto. No estaba dispuesta a arriesgarse a que Teddie y yo volviéramos.

–Joder…

–Pero Beatrice no lo entendía. Quería hacer pública la relación y Madison no se lo permitía. Estaba muy dolida, así que al final rompió la relación. Un par de semanas antes de la graduación.

Quizá su teoría del señor Harris estaba estancada, pero seguía habiendo algo ahí. Madison sí que había mantenido una relación en secreto, según sus propios términos. ¿Seguía Beatrice enfadada con ella tantos años después?

–Sé lo que estás pensando –dijo Elle, interrumpiendo su hilo de pensamientos–. Pero Beatrice pasó página hace años. Está prometida con Swan Aduba, la cantante, ¿sabes? En fin, que te estás equivocando.

–Entonces, cuéntame la verdad. ¿Qué has descubierto gracias a los inspectores? ¿Sabes quién ha matado a Madison?

Elle estiró las piernas y las cruzó a la altura de los tobillos.

–Lo vi con mis propios ojos, siguiéndola hasta el baño de mujeres.

–¿Quién?

–Llevaba esa chaqueta de traje color esmeralda tan hortera. Las luces estaban apagadas, pero incluso a oscuras se podía ver el brillo de la chaqueta en el pasillo. Llamaba mucho la atención.

Hannah sintió que se quedaba paralizada.

–¿Oliver?

Elle asintió.

–Los inspectores han recibido varias declaraciones esta noche sobre un hombre con un esmoquin verde esmeralda atravesando el

pasillo hacia los servicios justo después de que se fuera la luz. ¿No te han preguntado al respecto?

Hannah sacudió la cabeza.

–Yo he sido la primera en hablar con ellos, ¿recuerdas? Todavía no les habrían dado el chivatazo.

–Sí, bueno. Me hicieron más preguntas sobre Oliver Morgan y sobre ti que sobre mí. Están acotando la investigación; pero no deben de tener las pruebas suficientes para arrestar a nadie. Lo cual supongo que te beneficia.

Hannah negó despacio. No era ninguna revelación que siguiera siendo sospechosa, pero ¿Oliver? Había algo que no encajaba. Vale, era posible que Oliver hubiera ido por el pasillo detrás de Madison, pero para acudir al baño de los hombres. Su presencia en las inmediaciones poco antes del asesinato no era más que circunstancial. Tenía la misma importancia que el hecho de que Hannah hubiera hablado con Madison minutos antes de su muerte.

–¿Y qué motivo tendría Oliver para matarla? –preguntó Hannah–. Sí, le amargó la vida durante los años de Prescott, pero no fue al único. Oliver ha pasado página. Le va genial ahora mismo. No creo que Madison DuPont le importe una mierda.

Elle ladeó la cabeza.

–Oliver y tú habéis seguido siendo amigos, ¿no? ¿De verdad no sabes lo que ocurrió durante la campaña de Henry?

Hannah se encogió de hombros.

–Oliver grabó unos vídeos para él. Eso es todo lo que me contó. La verdad es que pensaba que el tema entre Oliver y Madison era agua pasada.

–Para nada. Madison hizo que lo despidieran.

–¿Lo despidieron? –Eso no era lo que le había dicho antes Oliver. «Grabé un par de eventos de la campaña para Henry y luego le busqué un camarógrafo a jornada completa. Ahora mismo no tengo tiempo para dedicarme a hacer bolos y, desde luego, tampoco necesito la pasta».

–Madison le dijo a Henry que no necesitaba «a un nuevo rico de mierda mancillando su campaña» –continuó Elle–. Típico de ella. Pero eso no fue todo. No puedo entrar en detalles, pero basta decir

que antes de la muerte de Richard Beaumont y de que Bash se pusiera a cargo de la empresa, Richard y Henry estuvieron metidos en un tema ilícito. A Madison le aterraba que el escándalo saliera a la luz y que se revelara el nombre de Winslow. Así que chantajeó a Bash.

La mente de Hannah no dejaba de dar vueltas, tratando de encajar todas las piezas. Elle estaba hablando en términos imprecisos a propósito, pero era capaz de rellenar las partes que le faltaban gracias a la conversación que había escuchado antes a escondidas. «Juré que esta vez no permitiría que Madison ganara».

–Pero Bash no iba a permitirlo –dijo Elle, confirmando el recuerdo de Hannah–. Se negaba a que lo chantajearan. Así que se lo contó todo a Oliver.

Aquello hizo que Hannah se incorporara.

–¿Por qué? Bash y Oliver no eran precisamente colegas.

–No. Pero Oliver contaba con la plataforma *online* para enterrar a Henry si Bash se lo pedía. Era un movimiento calculado de parte de Bash. Una baza contra Madison.

–Vale, te sigo.

–Madison perdió los papeles cuando se enteró, claro –prosiguió Elle–. No iba a permitir que precisamente Oliver Morgan tuviera el más mínimo poder sobre ella. Así que le ordenó a Henry que lo despidiera y luego comenzó una campaña para sabotear su canal de YouTube. Puede que te hayas percatado de que el número de seguidores de su cuenta ha caído en picado durante las últimas semanas.

Hannah sacudió la cabeza. No había reparado en ello, pero también era verdad que le prestaba la menor atención posible a esa clase de cosas. Y Oliver no había dicho ni mu al respecto.

–¿Cuándo te has enterado de todo esto?

–Bash y yo hemos charlado unas cuantas veces esta noche.

Hannah había escuchado una de esas conversaciones a escondidas, pero estaba claro que se había perdido algunos detalles clave. Aun así, seguía sin estar convencida de que todo aquello estuviera relacionado con la muerte violenta de Madison.

–¿Eso es todo? –preguntó–. Sí que me creo que Oliver estuviera enfadado con Madison. Pero ¿como para matarla? ¿En serio?

–¡Sí, exactamente! –A Elle le brillaron los ojos.

Hannah la escudriñó con la mirada.

–Si quieres que compre la teoría de que ha matado a Madison, vas a tener que contarme todo lo que Oliver sabía. Todos los detalles.

Elle hizo una mueca y luego entrelazó los dedos en el regazo.

–Lo digo en serio. Sé que estás intentando proteger a Bash y también creo que él no tenía ni idea de lo que estaban tramando Winslow y su padre. Pero necesito saber toda la historia, Elle.

–Está bien –respondió ella, con una mirada furiosa–. Henry y Richard tenían un acuerdo financiero que los beneficiaba a ambos, aunque era totalmente ilegal. Como director financiero, Edward supervisaba las cuentas. –Movió las piernas y la gasa del vestido crujió a su alrededor–. No sé qué estaba ocurriendo entre bambalinas en Beaumont mientras Edward y yo estuvimos juntos, pero no soy estúpida. Sí que sabía que Edward estaba metido en algo ilegal y que no tenía intención de enderezar su vida. Así que cuando fundé Harrington Strategic Insight, rompí la relación.

–Vale…

–Bueno, el caso es que Bash se puso a cargo de la compañía y Edward la abandonó para unirse a una empresa de Wall Street. Esos dos nunca se han puesto de acuerdo, y Bash lleva desde entonces intentando arreglar los desastres que dejó su hermano. Cuando Edward se asentó en su nuevo puesto, quiso establecer un nuevo acuerdo, pero las ambiciones políticas de Henry complicaron las cosas.

–¿Te refieres a cuando Winslow pasó de ser un multimillonario a ser un multimillonario que se presentaba a la alcaldía?

–Justo. Así que Edward acudió a Madison. Ella me contó que quedaron en un club social italiano en Brooklyn del que es miembro Henry. Edward había ensamblado una nueva cartera de oportunidades para que Madison y Henry la revisaran.

Hannah frunció el ceño, confusa.

–Vas a tener que ser más clara.

Elle puso los ojos en blanco.

–Información privada a la que Edward tenía acceso a través de su trabajo. Oportunidades de usar información privilegiada.

A Hannah le daba vueltas la cabeza.

–¿Y me estás diciendo que Oliver conoce la verdad sobre todo esto: sobre los acuerdos sucios de Henry con Beaumont Capital, y ahora con Edward y su nueva empresa?

–Sí. Bash tiene sus defectos, pero, en cuanto a las finanzas de Beaumont, su trabajo es intachable. Se lo contó todo a Oliver poco después de que Winslow hiciera pública su candidatura.

–Vale, te sigo. Y, como venganza, Madison orquestó el despido de Oliver de la campaña de Winslow y emprendió una cruzada contra su vlog. Entiendo que eso pueda ser móvil suficiente, pero ¿cómo sabe Oliver que Madison es la que manejaba los hilos?

–Porque se lo dije yo –dijo Elle, impasible.

–¿Qué? ¿Por qué?

–Después de que Teddie me confesara el verdadero motivo de nuestra ruptura, me puse furiosa. Es cierto que Madison y yo competíamos de forma amigable mientras estábamos en Prescott, pero al sabotear mi futuro se pasó de la raya. Así que le conté a Oliver la verdad: que Madison había hecho que lo despidieran y que tenía la culpa del descenso de sus seguidores. Pensé que Oliver la pondría a parir en su vlog o que quizá arremetería contra su cuenta de Instagram como venganza. Algún drama insignificante. No pensé que fuera a matarla.

–¿Y estás segura de que a quien has visto frente al servicio de mujeres ha sido a Oliver?

Elle asintió.

–Segurísima. Ese esmoquin verde prácticamente brilla en la oscuridad. Ha asesinado a Madison y es culpa mía. Mira, estaba cabreadísima, pero no quería verla muerta. Por eso te necesito, Hannah.

Ahí estaba. Lo que Elle quería de ella.

Hannah hizo una mueca.

–¿A mí?

–Los inspectores no tienen pruebas suficientes para arrestarlo. Solo la información que les he dado y, según Bash, la declaración de

varios testigos que aseguran haberlo visto en el pasillo. Pero sabes tan bien como yo que te van a acusar a ti del asesinato de Madison si los policías no identifican al verdadero asesino.

Hannah tragó saliva. Sí, era muy consciente.

–¿Y exactamente por qué quieres salvarme el culo?

Elle sonrió con suficiencia.

–No se trata de ti. Madison podía llegar a ser cruel y a sacarme de quicio, pero seguía siendo mi amiga. No se merecía morir. Y, si encierran a la persona equivocada por su asesinato, no se hará justicia.

–Vale –respondió Hannah despacio. Eso sí se lo creía. Pero ¿qué se suponía que debía hacer ella al respecto? Ella no había visto a Oliver en el pasillo. Y todo lo que había descubierto esa noche era información de segunda mano. Cotilleos. Si Oliver de verdad había matado a Madison, ni de broma aceptaría de manera voluntaria pagar por su delito. El problema era que no tenía nada concreto, nada que Elle no les hubiera ofrecido ya a los inspectores.

A menos que… Había algo que le inquietaba. Algo que había enterrado hacía una década.

–De todos los invitados de esta noche, tú eres la que mantiene una relación más cercana con Oliver. –La voz de Elle ahora era suplicante–. Fuisteis amigos en el instituto. Esta noche os he visto juntos varias veces. Así que, por favor, Hannah, necesito que pienses si crees que hay algo que deban saber los inspectores. Cualquier cosa.

31

27 de mayo de 2017

Hannah se incorporó y se quedó sentada sobre el sofá y fulminó con la mirada sus traicioneras zapatillas doradas.

–¿Cuánto tiempo llevas ahí? –preguntó Madison.

–¿Qué? –Hannah se frotó los ojos–. Creo que me he quedado dormida.

–Y una mierda. –Madison cogió a Hannah con fuerza de las manos y la levantó del sofá de un tirón–. ¿Qué has oído?

–Nada –insistió ella. Y apartó las manos.

–Vámonos. –Theo cogió a Madison con cuidado de los hombros y empezó a llevarla hasta la puerta. Pero ella se zafó.

–Está mintiendo –gruñó. Luego, se volvió hacia Hannah, con una mirada centelleante–. Si alguna vez le cuentas a alguien lo que has oído, sabré que has sido tú y cometeré un asesinato. Contra ti. Mientras duermes. ¿Entendido?

–Déjala en paz, Mads –la apremió Theo.

–Gemma. El pacto. Sé que nos estabas escuchando.

Hannah tragó saliva.

–No tengo ni idea de sobre qué estás hablando.

Madison se quedó en silencio unos segundos.

–Bien. Porque si alguna vez se te escapa una sola palabra al respecto, Ami y tú os encontraréis en la peor situación de vuestra vida. ¿Lo pillas? Te sentarás sola en la ceremonia de graduación. Las invitaciones a las fiestas de graduación desaparecerán. Y me encargaré de que tu hermanita sufra durante el tiempo que le queda en Prescott.

Hannah se estremeció, un gesto involuntario e incontrolable, y Madison se rio. A Hannah le daban igual las fiestas de graduación y los asientos de la ceremonia. Pero a Ami… Esa era justo la clase de situación que intentaba evitar al acudir allí esa noche. Pero no había obtenido nada que Ami pudiera usar contra Madison; lo único que había conseguido era meter a su hermana en un buen lío.

–No tienes nada de lo que preocuparte –dijo entre dientes–. Porque, como he dicho, estaba dormida. –Fingió un bostezo exagerado.

–Perfecto. –Madison expuso los dientes en algo parecido a una sonrisa. Luego giró sobre los talones y se encaminó hacia la puerta.

–Lo dice en serio –susurró Theo cuando Madison desapareció por el pasillo.

Hannah sorteó la manta de chenilla que yacía en el suelo y se dirigió hacia la puerta.

–No lo dudo.

Cruzó el pasillo a paso ligero en dirección al salón sin volver a mirar a Theo. Lo único que deseaba era irse a casa, de inmediato, pero tenía que pensar. Tenía la más firme intención de mantener su palabra con Madison DuPont, pero Madison no era una persona razonable. Su silencio no sería suficiente para demostrar su lealtad o asegurar el bienestar de Ami. Tenía que hacerle una ofrenda.

El salón estaba lleno de cuerpos bailando, sudando y manoseándose. Eran las tres y media de la madrugada. Inez estaba medio dormida en un sillón. Alastair y Charle DuPont no estaban por ninguna parte. Hannah se desvió y se dirigió hacia las puertas del balcón. Necesitaba un poco de aire fresco. Y un plan, ya mismo.

En el balcón, la respuesta le cayó del cielo. O, más bien, la respuesta estaba sentada en el regazo de Bruno Álvarez, con las manos enredadas en su espeso cabello negro y metiéndole la lengua hasta el esófago. Los dos chicos estaban en una tumbona al final de la terraza, a la sombra del saliente del tejado. Al principio, Hannah asumió que se trataba de Ethan, pero, al fijarse con más detenimiento, descubrió que el rollo de Bruno era un poco más

ancho y alto que Ethan Astor. Además, Ethan ni loco se pondría una camisa abierta color berenjena.

Le entró un escalofrío al comprender de quién se trataba. Porque sabía con toda exactitud quién había acudido allí esa noche vestido con esa camisa. Se apoyó contra la pared exterior del edificio.

¿Bruno y Oliver?

Ahora que lo pensaba, estaba bastante segura de que había visto a Ethan abandonando la fiesta hacía horas, solo. Quizá habían roto. A lo mejor Bruno estaba libre. En cualquier caso, un lío entre Bruno Álvarez y Oliver Morgan sería todo un caramelito para The Upper Edge. Y eso era lo que necesitaba.

Sacó su móvil. Sería bastante cruel por su parte echar a Oliver a los leones de Instagram, sobre todo si Bruno e Ethan seguían juntos, pero sobreviviría, ¿verdad? Quizá aquel cotilleo incluso mejoraba el caché social de su amigo.

O puede que terminara de hundirlo del todo. «Mierda». En resumidas cuentas: Hannah necesitaba algo que captara la atención de Prescott, un cotilleo jugoso que le demostrara a Madison que no tenía intención de soltar sus secretos. Sobre el pacto con Theo. El hecho de que ella fuera la causante de la ruptura entre Theo y Elle. O que ella había sido quien había iniciado los rumores de que el que aparecía en las infames fotos con Gemma era Theo.

Y un rollo entre Oliver y Br3uno era justo lo que necesitaba.

El balcón se había quedado casi vacío. Había dos chicas de tercero apoyadas en la barandilla con las copas en la mano y contemplando con ojos soñadores el *skyline* de la ciudad. Tyler Marsden estaba dormido en una tumbona cerca de la puerta. Por lo demás, solo quedaban Hannah, Bruno y Oliver. Muy pronto, alguien más saldría y se percataría de que se estaban liando. Y conseguiría la exclusiva.

O bien Bruno y Oliver lo reconsiderarían y se separarían. El momento se pasaría. Era ahora o nunca.

Con el estómago revuelto, Hannah avanzo a hurtadillas junto a la pared hasta que se situó lo suficientemente cerca de los chicos como para poder hacerles una foto sin *flash*. Luego puso el móvil en modo silencio para que no sonara al pulsar el botón. Las fotos iban a salir oscuras; estaban en plena noche. Pero tenía que intentarlo.

Chas, chas, chas, chas.

Hannah hizo cuatro fotos. Las luces del balcón y de la ciudad iluminaban la escena lo justo para que, de cerca, se pudiera identificar a las dos figuras entrelazadas.

El plan iba a funcionar. Necesitaba que así fuera.

Cinco minutos más tarde, Hannah estaba en la acera justo delante del edificio de los DuPont, caminando hacia el metro. Jugueteó con los ajustes de la foto durante un momento y ajustó la exposición para que se pudiera identificar a los dos chicos con más claridad. No estaba mal. Primero, abrió Instagram y cerró sesión. En pocos minutos había creado una cuenta temporal a través de la cual le enviaría las cuatro fotos a The Upper Edge por mensaje directo.

«Noticia de última hora tras el baile de graduación. ¿Bruno tiene chico nuevo?».

Pasó de tener el estómago revuelto a tener un nudo en el estómago. Pero aún no había terminado. Lo siguiente que hizo fue abrir los mensajes y escribir a Madison.

HANNAH

Tu secreto está a salvo conmigo. Mañana todo el mundo en Prescott estará hablando de un nuevo rollo. Me he asegurado de ello.

Con eso bastaría.

Sintiéndose satisfecha (aunque con ganas de vomitar), Hannah descendió por las escaleras hasta el tren número 6 y sacó su MetroCard. Cuando salió en Spring Street, ya le estaban saltando las notificaciones de The Upper Edge. Su plan estaba funcionando. Ahora ya no había vuelta atrás.

Abrió la aplicación con dedos temblorosos.

27 de mayo de 2017

Instagram

Imagen: Bruno Álvarez despatarrado en una tumbona en el balcón de los DuPont. Tumbado encima de él hay un chico alto con una camisa rosa palo, con el rostro oculto a ojos de la cámara. Están besándose y Bruno le agarra el culo al otro chico.

TheUpperEdge: Parece que una de las parejas más monas de Prescott se dirige hacia Villaruptura. ¿Quién es este hombre misterioso? [*emoji* de ojos].

@Alice_in_the_City ¡Qué fuerte! ¿¡Quién es!?

@Ty_Mars tíííooooo, y yo dormido mientras tenían sexo en el balcón LOL

@Ethan_ASTOR Borra la publicación YA.

@CarinRutherford ¿Quién llevaba una camisa rosa palo en la fiesta de Madison? ¿@NicholasVon_K?

@NicholasVon_K @CarinRutherford No soy yo.

@Ethan_ASTOR Lo digo en serio @TheUpperEdge. BÓRRALA.

32

Sábado 13 de junio de 2026
6:51 h

Hannah se encontraba en el pasillo frente a la puerta de la Habitación Caraway, con Edward Beaumont casi cerniéndose sobre ella. El olor a sudor rancio de la mañana había empezado a emanar de debajo de sus axilas, entremezclándose con la lana italiana de alta calidad de su chaqueta y una colonia demasiado almizcleña. Reprimió una arcada cuando él levantó el brazo para llamar a la puerta.

–¡Adelante! –les llegó la voz de la inspectora Wellesley desde el interior de la estancia.

Edward giró el picaporte y Hannah atravesó el umbral. La inspectora estaba junto a la ventana, mirando el exterior. El sol había terminado de salir y la calle estaba bañada por la brillante luz de la mañana, que no parecía adecuada en aquellas circunstancias. El inspector Crews estaba sentado a la mesa y golpeteaba de forma repetitiva un bolígrafo contra un cuaderno que tenía abierto frente a sí. Cerca del extremo de la mesa había apilados dos platos vacíos de comida y dos tazas de café. Edward entró al dormitorio para recogerlos mientras la inspectora Wellesley señalaba la silla vacía en el lado opuesto del escritorio. La silla en la cual Hannah se había sentado para su interrogatorio hacía poco más de diez horas.

Ahora había vuelto por voluntad propia.

–No, gracias –dijo mientras Edward salía al pasillo y cerraba la puerta–. Prefiero estar de pie.

–El señor Beaumont nos ha dicho que tiene algo que contarnos –dijo el inspector Crews. Había dejado de dar golpecitos con el

bolígrafo y la contemplaba con una expresión que ella era incapaz de identificar. Curiosidad, o puede que desconcierto. Pasó de largo el escritorio y se apoyó contra la gran cómoda antigua.

–He oído que varios testigos afirman haber visto a Oliver Morgan en el pasillo junto a los servicios, poco antes de que Madison DuPont se desplomara allí mismo. Lo cierto es que no tengo claro que sea relevante. –Los inspectores intercambiaron una mirada de irritación y ella prosiguió a toda prisa antes de que pudieran interrumpirla–. Es posible que solo estuviera en el lugar equivocado en el momento equivocado. Pero… –Hizo una pequeña pausa–. Hay algo que creo que sí deberían saber sobre Oliver.

Crews apartó la silla y se sentó en el borde del escritorio. Desde su puesto junto a la ventana, Wellesley se cruzó de brazos con una mueca.

Hannah inspiró aire para calmarse. ¿De verdad iba a hacerlo? Era posible que su plan la salvara, pero tampoco habría vuelta atrás.

–Creo que la persona que ha matado a Madison DuPont estaba obsesionada con ella desde el instituto. Y esta noche ha sido la culminación de una década de fascinación y odio.

–Sí, parece probable –asintió el inspector Crews–, continúe.

–Tienen nuestros móviles, ¿verdad? –preguntó Hannah–. Los recogieron todos al comienzo de la velada.

–No podemos devolver ningún dispositivo –dijo Wellesley–. Aún no.

–No les pido que me devuelvan mi teléfono, pero les sugiero que revisen el de Oliver. Es posible que lo haya borrado todo. Quizá no quede nada. Pero lo dudo. La cuenta lleva años muerta, pero creo que encontrarán pruebas de que Oliver llevaba The Upper Edge.

Los inspectores se miraron el uno al otro. Una corriente de energía los recorrió. Era la misma sensación que había experimentado Hannah poco antes, en el armario con Elle. Porque la persona que llevaba la cuenta de The Upper Edge había estado obsesionada con la élite de Prescott; pero también la odiaba. Y, aunque nunca lo supo con toda certeza, Hannah estaba casi segura de que esa persona era Oliver Morgan.

El inspector Crews sacó su móvil y se metió en la semiprivacidad del baño *en suite* mientras Wellesley cogía la gran bolsa de terciopelo que Hannah llevaba sin ver desde que había depositado en ella su teléfono al comienzo de la noche. Podía oír al inspector en el baño solicitando una orden judicial para poder registrar los dispositivos de Oliver, su residencia y a él mismo. «Muy riguroso», pensó ella con una satisfacción sombría.

–¿Sería capaz de identificar el móvil de Oliver Morgan? –preguntó Wellesley.

Hannah asintió.

–Creo que sí.

Mientras los inspectores comenzaban el lento proceso de darles la vuelta a todos los teléfonos sobre la mesa, Hannah comenzó a divagar.

Poco antes de terminar el instituto, durante la noche de la fiesta tras el baile en casa de Madison, le había enviado cuatro fotografías a la infame cuenta de cotilleos. En tres de ellas, el rostro de Oliver aparecía a oscuras, pero resultaba visible. En la cuarta, le daba la espalda a la cámara. Cuando The Upper Edge subió la publicación, solo aparecía la cuarta foto y alguien había alterado la imagen para cambiar el color de la camisa de Oliver de berenjena a rosa pálido.

Oliver no tendría ni idea de quién había enviado las fotos; Hannah había creado una cuenta temporal expresamente con ese propósito. Y, cuando solo se publicó la cuarta fotografía con la frase «¿Quién es este hombre misterioso?», ella nunca llegó a pedirle explicaciones, ni desde la cuenta temporal ni en persona. Por una parte, no estaba del todo segura de que el creador de The Upper Edge fuera Oliver. Las publicaciones siempre se centraban en la élite adinerada de Prescott y las pocas personas a las que acogían entre sus filas, como Bruno. A menos que se produjera un gran escándalo (como por ejemplo las fotos de Gemma), las publicaciones pocas veces se alejaban de los sospechosos habituales. Era posible que quien llevara The Upper Edge hubiera preferido centrarse en que Bruno estaba engañando a Ethan y por lo tanto había decidido crear un pequeño misterio en torno al asunto en vez de poner el foco en un donnadie y nuevo rico como Oliver.

Era posible pero no muy probable.

Era mucho más probable que Oliver (al que nunca habían aceptado Madison y su grupo, que había recibido con ansia cada chisme que Hannah le había podido proporcionar cuando se hicieron amigos en cuarto curso y que, ya de adulto, se había forjado toda una carrera como *influencer* de YouTube) hubiera dado sus primeros pasos en el mundo de internet con The Upper Edge.

En aquel momento, Hannah apartó el pensamiento de su mente en cuanto apareció. Y, cuando la cuenta cerró poco más de un mes tras la publicación de Bruno, le alegró ver que su reinado de terror terminaba y no tuvo problema en sofocar cualquier idea sobre quién la llevaba. Porque aceptar que Oliver era el creador de The Upper Edge suponía aceptar que había sido él quien había publicado las fotos de Gemma: arrojando a su amiga a los leones sin cuidado, para luego mentirle a la cara.

Suponía aceptar que Oliver era alguien a quien le importaba más manipular en silencio a sus enemigos que proteger a Gemma de su ira. No obstante, cuando él se había encontrado en una situación similar, al recibir las fotos de su lío con Bruno por mensaje directo, había escogido protegerse a sí mismo.

Hannah había sopesado todo aquello a medida que se acercaba la graduación. Pero encarar a Oliver significaría admitir que había sido ella quien había hecho las fotos y se las había enviado a The Upper Edge; que le había hecho lo mismo a Oliver que él a Gemma. Y, aunque podía intentar justificarse todo lo que quisiera (había funcionado y al final había conseguido que Madison la dejara en paz y, lo que era más importante, que dejara en paz a Ami), la verdad era la que era. Había antepuesto sus necesidades a las de Oliver y él solo se había salvado porque alguien había decidido escudarlo del escrutinio.

Y Hannah sabía perfectamente que la única persona que se preocupaba por Oliver Morgan en Prescott era Oliver Morgan.

El iPhone en la mano de la inspectora Wellesley sobresaltó a Hannah y la hizo volver a la Habitación Caraway y de vuelta al presente. La funda holográfica con estampado de piel de serpiente,

una colaboración entre Gucci y CASETiFY, era, sin duda alguna, de Oliver.

–Este –afirmó.

–¿Está segura? –preguntó la inspectora.

A Hannah se le encogió el corazón. Si se había equivocado y Oliver no era el creador de The Upper Edge, un intento fallido de señalar a otra persona haría que volviera a estar en lo más alto de la lista de sospechosos. Pero las cartas se estaban apilando en su contra de una forma que resultaba imposible de ignorar. En primer lugar, había varios testigos que indicaban haber visto a Oliver en el pasillo. Luego, la revelación de que Madison estaba detrás de su despido de la campaña de Winslow y que había emprendido una cruzada contra su canal de YouTube. Y quizá lo más condenatorio de todo era el hecho de que había escogido ocultárselo todo a Hannah.

Si tenía razón sobre The Upper Edge, todo se traducía en una década de mentiras y una década de rabia acumulada hacia Madison DuPont.

–Estoy segura.

Crews ya había terminado la conversación telefónica y Wellesley sostenía el móvil de Oliver.

–Lo tenemos.

Él asintió.

–Becca está ahora mismo de camino con las órdenes judiciales.

–Pero sigue siendo circunstancial, ¿no? –preguntó Hannah, incapaz de librarse de aquella inquietud persistente–. Está claro que quien sea que llevara The Upper Edge estaba obsesionado con Madison, Elle, Bash y los demás, pero eso no lo vincula directamente con el asesinato de Madison.

–No. –El inspector Crews la miró a los ojos–. Pero podría ser una información muy útil, señorita Miller. Gracias.

A Hannah le vibró un músculo de la mandíbula. Si Oliver no había matado a Madison, ella acababa de implicar a su amigo en un escándalo de Prescott para salvarse… otra vez.

Se levantó de la silla y cogió su bolso. La inspectora Wellesley había colocado el móvil de Oliver en el borde de la mesa y su

compañero y ella ahora estaban concentrados en la tarea de volver a guardar los demás dispositivos en la bolsa de terciopelo.

–¿Ya puedo marcharme? –preguntó Hannah. Aunque llevaba horas sin beber, empezaba a notar los primeros síntomas de una resaca. Tenía el estómago revuelto, el cuello rígido y dolorido y, lo peor de todo, empezaban a palpitarle las sienes con una cefalea. Probablemente era el resultado tanto de haber entregado a Oliver a los inspectores como del alcohol que había consumido esa noche. Señaló la puerta con un gesto débil–. En ese caso…

Crews levantó la vista y asintió. Ella, agradecida, se dirigió hacia la puerta.

Solo había dado unos pocos pasos cuando al sonido de un golpe seco en el exterior lo siguieron un grito potente y después otro. Por un momento, los inspectores y Hannah se quedaron paralizados. Luego los tres corrieron hasta la ventana.

Desde aquel ángulo, resultaba difícil ver bien la acera que había justo debajo. La vista de Hannah estaba obstruida por un pequeño balcón y sus pensamientos regresaron a su encuentro con Theo horas antes.

–¿Cómo narices vamos a llegar hasta ahí? –musitó el inspector.

–Por aquí –dijo Hannah y sus dedos buscaron a tientas el tirador de latón, idéntico al que Theo había utilizado para acceder a la puerta secreta de la otra habitación. El tirador cedió con facilidad y ella descorrió la puerta corredera de cristal que había detrás. Sin mediar palabra, los inspectores la apartaron y, poco después, los tres estaban apiñados en el estrecho balcón, observando la calle un piso más abajo.

Hannah ahogó un grito. Bajo el reluciente sol de la mañana, la forma de un cadáver sobre la acera resultaba inconfundible.

33

Sábado 13 de junio de 2026
7:23 h

Durante un instante, los tres asimilaron la escena de la calle en un silencio anonadado. Habían abierto de par en par la puerta del Club Lenox y el agente uniformado allí apostado se había unido a sus compañeros en la acera. Los dos movían con dificultad los caballetes que habían posicionado con anterioridad frente a la puerta para crear una barricada parcial alrededor del cuerpo. Otra agente tenía un teléfono pegado a la oreja. Un cuarto se cernía sobre el cadáver, obstruyendo de forma parcial la vista de Hannah. Lo único que alcanzaba a ver era que el cuerpo yacía inmóvil con un brazo torcido en un ángulo extraño. Bajo la cabeza se había empezado a formar un charco de sangre.

Ahora que nadie vigilaba la puerta desde el interior, los invitados habían comenzado a salir en tropel. Sus gritos horrorizados llegaban hasta el balcón y Hannah se tapó la boca con la mano. Los cuatro agentes y el mayordomo combinaban sus esfuerzos para mantener a la gente apartada.

–¿Quién es? –preguntó la inspectora.

La mirada de Hannah regresó hasta el cuerpo. Al fin, el agente uniformado que le había estado bloqueando la vista se apartó a un lado. El hombre que yacía inerte sobre la acera llevaba un esmoquin marrón oscuro y lucía una barba tupida y definida. Solo podía tratarse de…

–Es Paul Harris –balbuceó Hannah–. Nuestro profesor del seminario de último curso.

–Hostia puta. –El inspector Crews golpeó la barandilla del balcón con la mano–. ¿Y cómo ha subido al tejado?

–La puerta está al otro lado del pasillo –declaró Hannah.

–No es posible –dijo la inspectora Wellesley–. La agente O'Doyle tiene órdenes estrictas de no permitir el paso al segundo piso a nadie que no sea un testigo escoltado por Edward Beaumont.

Hannah sacudió la cabeza.

–Hay una escalera oculta, va desde detrás del pasillo tras la recepción hasta el segundo piso. Se supone que es para el personal, pero el señor Harris debe de haberla encontrado. Y desde el pasillo de la segunda planta habrá subido por las escaleras hasta la azotea.

–Joder –maldijo de nuevo Crews. Entró al dormitorio a toda prisa y cogió el móvil de Oliver del borde de la mesa. Wellesley lo siguió y los dos se dirigieron hacia la puerta. En el piso de abajo, los agentes habían recuperado el control y llevaban a la multitud de vuelta al interior por la puerta principal del club.

Hannah sintió que las pantuflas de felpa del club se le quedaban pegadas al suelo del balcón. La palpitación en las sienes ahora se había convertido en un dolor intenso. «El señor Harris estaba muerto». ¿Habría saltado? ¿Lo habrían empujado desde el tejado? Recordó su conversación en el comedor. Él miraba a su alrededor con nerviosismo, echando vistazos fugaces a las escaleras de vez en cuando. ¿Buscaba a alguien o intentaba evitarlo?

–No puedes quedarte aquí. –La voz del inspector era afilada. Hannah se dio la vuelta. Los dos agentes seguían en el pasillo con las miradas fijas en ella.

–Lo siento –musitó, y obligó a sus pies a que caminaran de vuelta hasta el interior de la estancia. Cerró la puerta corredera de cristal y se dirigió hacia el pasillo. Se le retorció el estómago en señal de protesta.

En el piso inferior, el inspector Crews caminó en línea recta hacia la puerta principal y Wellesley comenzó a peinar la multitud. ¿En busca de Oliver quizá? Hannah ignoró la palpitación de las sienes y las náuseas y se abrió paso a empujones por el salón. Habían corrido las cortinas de la ventana frontal y la mitad de los invitados

estaban presionados contra los cristales mirando desde dentro. Se unió a ellos.

Uno de los agentes estaba encorvado junto al cuerpo, tratando de encontrarle el pulso, pero no cabía duda de que el señor Harris había fallecido. Una caída desde el tejado, a dos pisos de altura, sobre el duro hormigón… Hannah no era ninguna experta en medicina, pero si había aterrizado en una mala postura, que era lo que parecía, lo más probable es que hubiera muerto en el momento del impacto.

–¿Qué coño ha pasado? –Theo estaba tras ella y se le veía alterado.

Dio un paso atrás para situarse a su lado y cedió su hueco en la ventana a otro invitado curioso.

–No tengo ni idea. ¿Crees que lo han empujado?

–Imagino que sí. La verdad es que el señor Harris tampoco tenía muy buen aspecto últimamente, pero suicidarte en medio de una investigación por homicidio parece una decisión extraña.

Era cierto que esa noche al señor Harris se le veía agotado y tenso, pero Theo tenía razón. ¿De verdad tenía ideaciones suicidas? Y, en tal caso, ¿por qué escogería el Club Lenox de entre todos los lugares posibles? Hannah echó un vistazo a su alrededor. Vio a Ami apiñada junto a Alex y Tyler. Elle, Beatrice, Bash y Edward se encontraban a la izquierda de la puerta de entrada y hablaban en susurros.

–¿Entonces quién lo ha empujado? –preguntó–. ¿La misma persona que ha asesinado a Madison?

–Imagino que sí. Pero… ¿por qué tendría algo en contra del señor Harris esa misma persona? Parece bastante…

–¿*Random*?

–Sí. –Theo se frotó los ojos con la mano.

Hannah inspiró hondo.

–A menos que el señor Harris descubriera de quién se trataba. Cuando estuvimos hablando antes, hace cosa de una hora, se le veía nervioso. No dejaba de mirar a todos lados. Creo… creo que el señor Harris sabía quién había matado a Madison y el asesino lo atrajo hasta el tejado.

El asesino. Oliver.

–Y luego lo empujó para silenciarlo –terminó Theo.

Había algo que no encajaba.

–La persona que lo ha empujado ha sabido sortear a la agente que estaba en la base de las escaleras. ¿Cuántas personas saben lo de la escalera de servicio?

Theo se mostró desconcertado.

–Pocas. Bash y Edward, por supuesto. Elle, Beatrice, tú y yo.

–O cualquiera que nos haya visto usarla hoy –añadió Hannah–. Mierda. Podría ser cualquiera.

Theo hizo una mueca.

–Supongo que sí. Cualquiera que haya localizado la escalera podría haberle hablado de ella al señor Harris. Y ambos podrían haberse escabullido a la azotea sin ser vistos. Luego… –Theo hizo un pequeño gesto con las manos para representar un empujón.

Hannah palideció.

–¿Llegaron los Beaumont a hacer reforma? ¿O sigue estando el muro ese que solo servía de decoración?

–No han cambiado nada –dijo Theo–. Sigue igual que en los tiempos de Prescott.

Hannah asintió. El día en que Tyler Marsden se había subido al muro para presumir. Si alguien había empujado al señor Harris con la fuerza suficiente…, habría sobrepasado el muro con facilidad. Se le volvió a retorcer el estómago.

Desde el otro extremo del salón, la voz de la inspectora Wellesley se alzó por encima de la multitud, acallando los cuchicheos.

–Oliver Morgan, necesitamos hablar de inmediato con usted sobre los asesinatos de Madison DuPont y Paul Harris.

–¿Qué? –preguntó Oliver con voz tensa–. ¿Soy sospechoso?

–Tenemos algunas preguntas urgentes para usted. Agradecemos su cooperación.

–¿Necesito un abogado? –preguntó Oliver mientras retrocedía dos pasos–. ¿Qué está pasando ahora mismo?

El inspector Crews apareció junto a ellos. Debía de haber vuelto a entrar mientras Hannah hablaba con Theo. El inspector tenía el móvil de Oliver, con la inconfundible carcasa holográfica con estampado de piel de serpiente de la colaboración entre Gucci y

CASETiFY, guardado en una bolsa de plástico para pruebas. Se lo entregó a su compañera y le mostró la orden judicial a Oliver.

–Quédese quieto, por favor –le ordenó.

–Dios mío –oyó Hannah que musitaba Oliver, al mismo tiempo que el inspector Crews comenzaba a cachearlo de manera metódica, comenzando por las hombreras de la chaqueta de su esmoquin verde esmeralda, para luego seguir con los brazos y el torso–. ¿Qué coño está pasando? No estoy armado, por el amor de Dios.

Hannah se abrió paso a empujones, absorta.

–¿Qué es esto? –El inspector detuvo las manos en los costados de Oliver, bajo su chaqueta–. Dentro del bolsillo interior derecho de la chaqueta.

Oliver sacudió la cabeza.

–No tengo ni idea de a qué se refiere. Ni siquiera sabía que el esmoquin tuviera bolsillos interiores.

–Pues sí que los tiene. –La mano enguantada del inspector emergió sosteniendo un mando a distancia negro lo suficientemente pequeño y delgado como para poder sostenerlo fácilmente en la palma de la mano. U ocultarlo–. ¿Reconoce esto?

–¿Qué coño es eso? –Oliver había alzado la voz hasta casi transformarla en un grito.

A Hannah se le detuvo el corazón. Un elegante mando a distancia negro en un club donde no se usaban aparatos electrónicos. Pero había una cosa en el Club Lenox que sí parecía moderna y de la que se había percatado horas antes. El sistema de iluminación.

–¿Edward? –La inspectora Wellesley echó un vistazo por el salón y levantó una mano, haciendo señas para que se acercara.

De alguna manera, el asesino había apagado todas las luces del club a la vez, dejándolos completamente a oscuras, para luego volver a encenderlas cuando Madison se desplomó en el pasillo. Si aquel mando era lo que ella pensaba, no se trataba de algo circunstancial. Era una prueba fehaciente en el interior del bolsillo de Oliver.

Edward se abrió paso a codazos hasta llegar al frente del club. Crews había guardado el mando en una segunda bolsa de plástico. Lo sostuvo frente a Edward para mostrárselo.

–¿Esto le pertenece al club?

Edward asintió.

–Controla las luces. Lo guardamos en la mesa de recepción.

La multitud estalló en gritos ahogados. En algún lugar, a la derecha de Hannah, Alice St Clair se cayó al suelo de la impresión y un empleado corrió a darle un vaso de agua.

–¿Pero qué cojones? –oyó Hannah que decía Tyler Marsden en el extremo opuesto del salón, y se giró hacia la voz en el momento justo para ver a Alex dándole una patada a un lateral de la chimenea. Un manojo de hojas cayó de la repisa de la chimenea al suelo. Ami estaba pálida, con la espalda apoyada contra la pared.

Entonces Elle surgió entre el gentío y caminó hacia Oliver.

–Tú, pedazo de mierda –siseó.

–Señorita Harrington –dijo con brusquedad el inspector Crews, y extendió un brazo–, retroceda, por favor.

Con un movimiento veloz y ensayado, la inspectora Wellesley le sujetó los dos brazos a Oliver tras la espalda y le colocó unas esposas.

–Oliver Barrett Morgan, queda usted detenido por los asesinatos de Madison DuPont y Paul Harris.

–No me lo puedo creer. –Oliver estaba ojiplático y recorría el club con la mirada en un ademán frenético.

–Pues créaselo.

Se retorció bajo el agarre de la inspectora y se le enrojeció el rostro.

–Se le ha ido la cabeza. Es la primera vez que veo ese mando. Alguien me ha tendido una trampa.

Hannah lo miró a los ojos y trató de encontrar la verdad en ellos. Pero lo único que vio fue pánico.

–¡No soy un asesino! –Alternó la vista, violentamente, entre ella y los inspectores–. Piénsenlo. Si hubiera matado a Madison, ¿por qué iba a quedarme toda la noche con esa cosa?

Hannah deseaba creerle, pero… ¿no se quedaban algunos asesinos con sus trofeos? Como una especie de recordatorios… Se pasaban de confiados y terminaban incriminándose ellos solos. O, lo que era aún más probable, en el caos de la noche había olvidado

que aún lo tenía escondido en el bolsillo interior del esmoquin. El mando era pequeño y ligero, no más grande que una linterna de bolsillo y mucho menos pesado. Por desgracia para Oliver, era algo que se podía olvidar con facilidad.

–Tiene derecho a guardar silencio –dijo Wellesley. Sujetó a Oliver con fuerza del codo y empezó a llevarlo hasta la puerta principal–. Cualquier cosa que diga podrá ser utilizada en su contra ante un tribunal. Tiene derecho a un abogado. Si no puede permitirse uno privado…

Mientras la inspectora recitaba los Derechos Miranda, Hannah la siguió, y las náuseas de su estómago se intensificaron. Su mirada se posó en Elle, que ahora estaba bebiéndose un vaso de agua junto a la barra, con Beatrice a su lado. Elle asintió satisfecha en su dirección. Hannah le devolvió el gesto con una fugaz sonrisa. Era todo lo que podía hacer. Había resuelto el caso con la ayuda de Elle, ¿no?

Entonces, ¿por qué tenía tantas ganas de vomitar?

Porque Oliver había sido su amigo o, al menos, eso pensaba. El único que había permanecido a su lado hasta que terminó su curso en Prescott y después. Porque, aunque ahora estaba, sin lugar a dudas y por suerte, fuera de toda sospecha, después de todo habría preferido equivocarse. Habría querido que el asesino hubiera resultado ser otra persona.

Los inspectores ya se encontraban frente a la puerta con Oliver. Él ahora guardaba silencio, quizá más sereno después de que le hubieran indicado sus derechos. Hannah permaneció en el interior del club con la cabeza a mil por hora. Si el señor Harris también lo había descubierto, si sabía que Oliver había matado a Madison, ¿por qué lo habría seguido hasta el tejado? Quizá Oliver le había pasado un mensaje o quizá pensaba que iba a ver a otra persona allí arriba…

O a lo mejor el señor Harris había actuado de manera extraña durante el desayuno, provocando que Hannah sospechara de él erróneamente, porque sabía que Oliver y ella eran amigos. Quizá había sido él quien había propuesto la reunión con Oliver. Como

buen profesor, quizá había pensado enfrentarse a su antiguo alumno en un lugar apartado, lejos de los oídos de los inspectores.

Había muchísimas posibilidades, pero una cosa estaba clara: los resultados habían sido nefastos.

La cefalea de Hannah, que había desaparecido de forma temporal mientras se producía el impactante arresto de Oliver, ahora regresaba con todas sus fuerzas. Si lo hubiera descubierto antes, quizá podría haber advertido al señor Harris. Pero, en vez de eso, ella albergaba sospechas de que se había acostado con Madison (una teoría que Elle había desmentido por completo), mientras Oliver planeaba su segundo asesinato de la noche.

Ahora la puerta delantera estaba abierta y los inspectores se llevaban a Oliver al exterior. A través del umbral, Hannah pudo ver un coche patrulla aparcado en la calle a la espera.

–Vamos –dijo con firmeza el inspector Crews. Empujó a Oliver por la puerta–. Hora de irse.

Oliver permitió que lo llevaran hasta el exterior en silencio. Mientras caminaba, volvió la cabeza y miró a Hannah a los ojos una vez más.

–Ayúdame –vocalizó. Y entonces lo perdió de vista.

Hannah se quedó en el umbral de la puerta, temblorosa. Se había terminado. Había hecho justo lo que se había propuesto: había ayudado a los inspectores a resolver el caso y había conseguido que la absolvieran.

Le entró una nueva oleada de náuseas. Se agarró el estómago y corrió hacia los servicios, pero no estaba segura de si llegaría a tiempo.

Una semana después

Hannah se estaba bebiendo una copa de Sauvignon Blanc mientras se arrepentía de haber pedido la pequeña en vez de la grande y se preguntaba si la habían dejado plantada. Era sábado a las cuatro y veinte de la tarde. Lilac Society, la vinoteca de moda del Lower East Side que había escogido Gemma, estaba hasta los topes a pesar de lo temprano que era. Pero a Gemma no se la veía por ninguna parte.

Hannah había acudido desde una sesión matinal en el Festival de Cine de Tribeca, seguida por una entrevista con el provocador joven director. Esa misma noche lo convertiría en un fragmento para el resumen del fin de semana de Culture Vault. «Entre bambalinas en el Club Lenox» se había publicado a principios de semana y seguía generando más clics que cualquier otro artículo de la web. Tras una breve entrevista telefónica con el chef Bernard, había centrado su escrito en los platos secretos del club, los pasadizos ocultos y las tradiciones duraderas, de forma que a los lectores se les hiciera la boca agua, a pesar de su omisión consciente del doble homicidio. Pero, a juzgar por los comentarios, los lectores devoraban aquel vistazo tras las exclusivas bambalinas del club de todas formas, como si contuviera pruebas valiosas para el caso.

Con los vaqueros oscuros y la blusa azul que se había puesto para la matiné, Hannah no se sentía del todo arreglada para aquel lugar. Pero, si Gemma había cambiado de opinión, ella no tenía ninguna intención de quedarse allí. Y Gemma ya llegaba media hora tarde.

Justo cuando Hannah estaba a punto de terminarse la copa y pagar la cuenta, una rubia bajita vestida con un mono negro ajustado que arrastraba una maleta de la marca Away de color rosa chillón se acercó a su mesa y se sentó en el asiento libre frente a ella.

–Siento llegar tarde. No sé si te dije que es mi última noche en la ciudad. Se me da fatal hacer las cosas antes de tiempo y… –Señaló la maleta–. Me voy directa al aeropuerto y dejé demasiadas cosas para el último minuto. ¿Sabías que LaGuardia ahora es buena zona?

Hannah sonrió.

–Eso había oído. Me alegro de que hayas podido hacer un hueco para tomar algo antes de irte. Debería haberme puesto en contacto antes contigo, pero la verdad es que no estaba segura de si quería hablar con nadie sobre lo ocurrido. Luego leí que habían puesto fecha para la audiencia de Oliver y…

–Y los tres fuimos amigos –respondió Gemma en voz queda–. Hace tiempo.

Hannah asintió. Exacto. Llevaba años sin estar en contacto con Gemma, hasta la gala de aniversario, pero hubo una época en la que

los tres fueron buenos amigos. Necesitaba hacerle las mismas preguntas a Gemma que llevaba haciéndose ella toda la semana: ¿se lo podía haber imaginado? ¿Cómo se podía haber equivocado tanto con uno de sus amigos de toda la vida?

Mientras Gemma escaneaba el código QR impreso en un discreto soporte de madera que había sobre la mesa (todo lo discreto que podía llegar a ser un código QR) y pedía una bebida, Hannah reflexionó sobre lo ocurrido la semana anterior. A Oliver lo habían procesado y estaba en la cárcel, donde permanecería hasta la audiencia preliminar. En ese momento, el juez determinaría si la acusación poseía las pruebas suficientes para llevar el caso a juicio. De ser así, se enfrentaría a dos cargos de asesinato: en primer grado (Madison) y en segundo grado (el señor Harris).

En cuanto al asesinato de Madison, había una abundancia de pruebas contra Oliver, pero el segundo cargo había mantenido a Hannah en vela por las noches. ¿Qué pruebas tenían contra Oliver? Si es que tenían alguna. Sí, podía imaginarse con exactitud lo que podría haber acontecido entre Oliver y el señor Harris en el tejado del Club Lenox, pero no era más que eso: una historia. Durante la última semana no había dejado de darle vueltas a su conversación con el señor Harris. Parecía posible que Oliver lo hubiera hecho subir a la azotea y lo hubiera tirado por el borde, pero, si se paraba a pensarlo, ¿no se encontraba Oliver sentado junto a la barra bebiéndose un té negro cuando ella subió a hablar con los inspectores por segunda vez? Casi podría jurar que había evitado mantener contacto visual con él cuando pasó de largo el salón de camino a las escaleras.

Si Hannah había contribuido, de manera inconsciente, a la falsa acusación de Oliver respecto al segundo asesinato, tenía que averiguarlo; se lo debía. No solo era lo correcto, además su instinto periodístico no le permitiría descansar cuando aún albergaba tantas dudas.

Por ejemplo, era concebible que el señor Harris hubiera saltado. O, aunque resultaba difícil de imaginar que se pudieran haber producido dos asesinatos sin relación entre ellos durante la misma noche en el Club Lenox, no se podía descartar una situación

hipotética en la que el señor Harris hubiera subido al tejado a reunirse con otra persona, alguien que contara con su propia *vendetta*, ajena a Madison DuPont.

Gemma fijó los ojos en la copa vacía de Hannah.

–Parece que te hace falta otra.

–Quizá dentro de un rato. –Hizo girar el tallo de la copa entre los dedos. Tenía que escribir un artículo al llegar a casa y estaba decidida a mantener la cabeza despejada.

–¿Estás segura?

Hannah asintió.

–Me alegra que hayas venido. La verdad es que me siento fatal. Yo soy la causante de que acusaran a Oliver.

Gemma ladeó la cabeza y una leve mueca tiró de las comisuras de sus labios.

–¿Y eso?

–Fui a ver a los inspectores con una pista. –Dudó. Lo siguiente iba a ser delicado de contar, pero Gemma se merecía la verdad, ¿no? –. ¿Sabías que Oliver era el creador de The Upper Edge?

El rostro de Gemma se ensombreció, pero no parecía sorprendida.

–¿En aquella época? Claro que no. No habríamos seguido siendo amigos. –Suspiró–. Pero años más tarde… empecé a sospechar. Oliver fue muy amable conmigo cuando me fui de Prescott. Como si se sintiera culpable. En ese momento no lo veía así y, cuando fui a la universidad, aparté Prescott de mi mente por completo, pero siempre me ha acompañado una duda persistente. Y a medida que su popularidad iba creciendo en YouTube, empecé a estar más segura. Había muchas similitudes con las antiguas publicaciones de Instagram, sobre todo en el tono. Era él de forma muy auténtica. Así que hace unos años me puse en contacto con él desde una cuenta falsa.

–Vaya. –Hannah se encogió interiormente. Ella era la periodista; debería haber unido las piezas hacía tiempo. Debería haber confirmado sus sospechas. Pero, en lugar de eso, se había mantenido alejada de las redes sociales y había decidido no prestar atención.

–Fingí ser una reportera de Pop Daily, le dije que sabía que él había sido el creador de The Upper Edge y que quería entrevistarlo, de manera anónima si así lo prefería, para un perfil de gran importancia. Sabía que sería incapaz de resistirse. Mordió el anzuelo y luego desaparecí. Fue la única confirmación que necesitaba.

–Siento que te traicionara de esa forma –dijo Hannah.

Aunque ella tampoco había sido un ángel.

Gemma se encogió de hombros.

–Es cosa del pasado. Solo necesitaba asegurarme.

Hannah asintió.

–No me puedo creer que nos equivocáramos tanto con Oliver. Entonces y ahora.

Gemma sacudió la cabeza.

–Yo tampoco. No me puedo creer que haya resultado ser un asesino.

Durante un momento, guardaron silencio. Luego Hannah se aclaró la garganta.

–Aunque no puedo dejar de pensar en el asesinato del señor Harris. Cuando desayunamos juntos durante la gala, estaba ansioso. No dejaba de mirar a su alrededor, como si supiera que alguien lo estaba vigilando. Como si fuera a ocurrir algo malo.

–Qué interesante. ¿Y de qué hablasteis Paul y tú?

–Le pregunté por su relación con Madison, de entonces y de ahora. Estaba hablando con todas las personas de su círculo, intentando averiguar quién la había matado. La palabra «relación» le incomodó de manera visible. Durante un instante pensé que había habido algo entre ellos. Que estuvieron liados durante el último curso.

Gemma se puso tensa y Hannah levantó una mano.

–No era eso; me equivocaba. Pero sí que creo que había algo entre Madison y él: algo que no era para nada romántico.

–¿Como qué? –Acababa de llegar la copa de Gemma, un cóctel alargado de color melocotón, y ella le dio un buen trago.

Hannah estuvo a punto de cambiar de tema. Quizá era injusto emboscar a Gemma con el pasado de esa manera. Pero, a medida que habían ido hablando, una nueva teoría había comenzado a

tomar forma y tenía que seguirla hasta el final. Era la última noche de Gemma en Nueva York; llevaba la maleta consigo. Sería la única oportunidad de Hannah antes de que Gemma volara de vuelta a Los Ángeles.

Poco rato antes, Gemma había llamado «Paul» al señor Harris. Y, cuando había mencionado sus sospechas sobre una relación entre el señor Harris y Madison, Gemma se había tensado. Hannah estaba casi segura de que estaba en lo cierto.

Inspiró hondo para calmarse.

–Durante la última semana, he estado repasando mentalmente todo lo que descubrí esa noche. Creo que el que aparecía en las fotos contigo era el señor Harris. Y creo que Madison lo descubrió.

Gemma se levantó y la silla chirrió contra el suelo del local. Una expresión de temor atravesó su rostro.

Hannah se puso de pie al instante.

–Quédate, por favor. –Había sido demasiado brusca, como siempre–. Creo que Madison usó esa información en su contra después de haberte acosado hasta que abandonaste el instituto. Imagino que amenazó con hacer que lo despidieran a menos que él le escribiera una recomendación impecable que le consiguiera una plaza en el programa de Escritura en Columbia, donde él tenía contactos.

Durante unos segundos, las dos mujeres se miraron fijamente. Luego Gemma suspiró y volvió a tomar asiento. Hannah la imitó.

–No estás grabando la conversación, ¿verdad?

–Claro que no. –Hannah sacó el móvil y se lo pasó a Gemma para que lo examinara.

–Está bien, pero esto se queda entre nosotras.

Hannah asintió.

Gemma tomó aire.

–Empezamos a intimar cuando estaba en tercero. Odiaba los almuerzos en el patio, con todas esas zorras y sus normas interminables, así que acudía a menudo a su aula. Él tenía la hora libre. A veces me limitaba a comer y leer, pero normalmente solíamos hablar. Para cuando terminó el curso, éramos amigos.

Amigos de verdad. Me sentía más cercana a Paul que a casi cualquier otra persona de Prescott.

Hannah sonrió, animándola a seguir.

–Durante el verano, las cosas cambiaron. Mis padres estaban fuera, como siempre, y Paul me escribió preguntando si quería comer con él. Era la primera vez que nos veíamos fuera del instituto. Quedamos en un restaurante pequeño y tranquilo en el Upper West. Era un sitio sofisticado y él era muy mono. Casi parecía de nuestra edad cuando vestía de calle en vez de con los trajes que solía llevar en Prescott. –Gemma hizo una pausa para darle un sorbo al cóctel–. Pero era un adulto de verdad, no un adolescente estúpido. Y yo estaba completamente encandilada. El caso es que empezamos a acostarnos. Jamás debería haber ocurrido: yo tenía diecisiete años y él veintisiete, además de que era mi profesor. Debería haber sido él quien lo parara, pero no lo hizo.

Hannah extendió la mano por encima de la mesa y le acarició el antebrazo a Gemma con cuidado.

–No necesitas que te lo diga, pero la culpa era suya al cien por cien.

Gemma asintió y limpió una gota de condensación del borde de la copa.

Hannah se aclaró la garganta.

–Si mi teoría es correcta, Madison consiguió las fotos de alguna manera. Y se las envió a The Upper Edge.

Gemma asintió, confirmando las sospechas de Hannah.

–Había impreso las fotos para asegurarme de que no se difundieran por internet. Menuda ironía, ¿no? Era el primer día del último curso, el primer día que debíamos disimular en el instituto. Él estaba nervioso, pero yo no, para nada. Era una ingenua. En fin, había hecho las copias impresas como pequeño recordatorio de que merecía la pena que siguiéramos a escondidas. De que yo merecía la pena.

Hizo un mohín y se bebió la mitad de la copa de un trago.

–Estaban en el interior de un sobre en mi bolso. Iba a dárselas a Paul durante el descanso entre sus clases. Pero, de alguna forma, se me cayeron y Madison debió de recogerlas. O bien vio que el sobre

asomaba y las robó. Conociendo a Madison, es probable que fuera lo segundo. En cualquier caso, hizo fotos de las imágenes impresas y se las envió por mensaje directo a The Upper Edge. Que resulta que era Oliver.

–Y todo el mundo asumió que el de las fotos era Theo. –«Porque Madison se aseguró de ello».

–Paul y yo estábamos pasando el rato una noche que mis padres estaban fuera. Yo tenía un uniforme de Prescott de chico en casa; mi amigo Raffael se transfirió en segundo y se lo dejó. El caso es que le dije a Paul que podría pasar por un chico de Prescott porque parecía muy joven. Los pantalones de Raffael eran demasiado cortos, pero se puso la chaqueta y los gemelos, y nos reímos un buen rato. Luego empezamos a liarnos y él sacó el móvil. Fue mala suerte que se viera el uniforme reflejado en el espejo en algunas de las fotos y que se pareciera lo suficiente a Theo para que el rumor se afianzara.

Sus labios se torcieron en una mueca de enfado.

–Y luego estuvo esa otra foto, ¿te acuerdas? The Upper Edge manipuló la historia para que pareciera que iba a quedar con Theo en La Concordia, pero en realidad me dirigía a un pequeño cine independiente a la vuelta de la esquina, donde había quedado con Paul. Nadie llegó a hacer encajar esas piezas tampoco. Estoy segura de que, si lo hubieran identificado en las fotos, lo habrían despedido de inmediato.

Hannah asintió despacio. Bajo la mesa, golpeteaba el suelo de madera con nerviosismo. Mientras Gemma hablaba, su teoría iba cristalizando. Necesitaba mantener la conversación a flote.

–Pero, en lugar de eso, Madison usó los rumores como baza para separar a Theo y Elle. ¿Y el señor Harris y tú…?

–Me dejó enseguida, el mismo día que se filtraron las fotos. Estaba acojonado. Se estaba volviendo loco pensando que iba a perder el trabajo. Todo giraba en torno a él, a lo que le pudiera pasar; era como si yo no existiera. Fui una idiota. Seguía pensando que quizá, después de que se pasara todo, volveríamos a estar juntos. Así que mantuve el secreto y no le conté la verdad a nadie.

Hannah movió el pie más deprisa.

–Siento mucho todo lo que te pasó.

Gemma le dio un sorbo a su bebida.

–Gracias.

Los pensamientos de Hannah se agolparon. Sí, Oliver odiaba a Madison DuPont. Y Gemma también. Pero cuando se dejó llevar por las afirmaciones de Elle sobre Oliver, reprimió lo que le dictaba su instinto respecto a Paul Harris. Sí que ocultaba una relación con una alumna, solo que no se trataba de Madison. ¿También habría estado ocultando el móvil para un asesinato?

Se le revolvió el estómago. Estaba claro que durante aquel desayuno había algo que no estaba bien. Él parecía tanto derrotado como inquieto. No quedaba ni la sombra del que antaño fue aquel joven profesor tan magnético. ¿Por qué?

Necesitaba que Gemma siguiera hablando.

–Después de que Madison encontrara las fotos, chantajeó al señor Harris –dijo con cuidado–. Y él te lo contó. Así es como supiste que fue Madison quien las filtró a The Upper Edge.

Gemma asintió.

–Sí, justo. Creo que Madison siguió chantajeándolo –afirmó despacio–. Después de la recomendación de Columbia. De hecho, creo que nunca dejó de hacerlo.

Madison era el motivo de que estuviera tan envejecido para su edad, la razón de que las preguntas inquisitivas de Hannah lo hubieran alterado tanto durante el desayuno. Seguramente también era la causante de que estuviera alcoholizado. Durante diez años, Madison lo había manejado como a un títere. Hasta que él se hartó.

Hannah miró a Gemma a los ojos.

–No fue Oliver quien mató a Madison; fue el señor Harris. –Examinó el rostro de Gemma, que permanecía impasible–. Y tú lo sabías.

La mirada de Gemma se posó en su maleta y luego volvió a Hannah. Estaba tomando una decisión.

Al fin, se inclinó hacia delante.

–Sí, lo sabía.

–Y, si Oliver no mató a Madison, entonces desde luego que no mató al señor Harris. No tenía motivos para hacerlo. Pero tú sí.

Hannah se tensó. Esperaba que Gemma contraatacara verbalmente o que saliera corriendo hacia la puerta.

Para su sorpresa, no hizo ninguna de las dos cosas.

Gemma esbozó una leve sonrisa.

–Querías saber por qué acudí a la gala. Fui para plantarle cara a Paul.

–Hiciste un viaje un muy largo. ¿Cómo podías estar segura de que acudiría?

–La web de las entradas publicó una lista con todas las personas que habían confirmado su asistencia: «¡Mira quién viene a la gala!». Cuando su nombre apareció entre los confirmados, compré mi entrada y reservé un vuelo.

Hannah asintió. Su entrada se la había comprado su jefe. Ella no había llegado a entrar en la web.

–El caso es que –dijo Gemma– no volví a saber nada de Paul cuando abandoné el instituto. Ni una disculpa ni un mensaje breve para saber cómo estaba, nada. Ahora que tenemos la misma edad que él entonces, me resulta imposible ignorar lo jodido que fue todo lo que hizo. Quería que se disculpara, que asumiera que la había cagado. Necesitaba oírselo decir.

–¿Así que le pediste que se reuniera contigo en el tejado? –preguntó Hannah con cuidado.

–No sabía que él había matado a Madison. Ni que ella había seguido chantajeándolo. Pero, cuando subimos, él se puso a la defensiva al momento. Intentó echarme a mí la culpa de haberle arruinado la vida, porque yo había sido una descuidada con las fotos. Como si no pasara nada por follarse a una niña de diecisiete años, como si lo único malo de aquella sesión, y de nuestra relación, fue que las fotos salieran a la luz. Fotos que nadie relacionaba con él, eso sí. Excepto Madison.

Hannah quería saber desesperadamente cómo lo había descubierto Madison, pero ahora eso estaba lejos de ser lo más importante. Se mordió el interior de la mejilla.

–Debía de haber una docena de imágenes en el sobre –dijo Gemma, al percatarse de la confusión de Hannah–. Paul aparecía de

frente en al menos dos de ellas. Madison supo que era él desde el principio, pero solo envió unas pocas a The Upper Edge.

Hannah se recostó en su asiento.

–Porque tenía sus propios objetivos: romper la relación entre Elle y Theo.

–Me imagino que sí. –Gemma recorrió el borde de su copa con el dedo–. En fin, le pedí que se reuniera conmigo en la azotea. Había visto el cartel de «Prohibido el paso» al salir de mi interrogatorio en la Habitación Caraway, así que, obviamente, fui a echar un vistazo. Era un lugar privado y nadie oiría nuestra conversación. Y luego os vi a Theo y a ti desaparecer por el pasillo tras la recepción, así que fui a explorar. Una vez localicé la escalera secreta, le pasé una nota a Paul con instrucciones para poder llegar al tejado sin ser visto.

Hannah hizo una mueca. Había sido su encuentro amoroso con Theo lo que le había proporcionado a Gemma el acceso que necesitaba para conseguir estar a solas con el señor Harris.

–Me aterraba volver a verlo después de tanto tiempo, pero tenía muy mal aspecto. Los ojos hinchados, la tripa cervecera; era evidente que se había vuelto alcohólico. Ya no era el joven profesor atractivo por el que me había colado, y eso me aportó la dosis necesaria de valentía. Pero él arremetió contra mí enseguida. Era difícil saber a quién odiaba más: si a mí o a Madison. Dijo que ella era una psicópata que disfrutaba arruinándole la vida. Que era la causante de que su novela aún no hubiera encontrado una editorial, de que él siguiera soltero y de que aún estuviera trabajando en Prescott, en lugar de ser un autor superventas con un puesto en Vassar o Bard.

A Hannah se le encogió el estómago. Había pensado algo parecido la noche de la gala, pero luego ignoró la idea. Había estado muy cerca de unir todas las piezas, pero había permitido que Elle le comiera la cabeza. «Mierda».

–Se negó a aceptar que él era responsable de su propio destino; primero criticando a Madison y luego achacándolo a mi «falta de cuidado». Omitiendo que él era quien se había acostado con una alumna del instituto y quien había sacado las fotos. Estaba en plan

«pobre de mí, mi vida está arruinada», en vez de «supongo que estoy pagando por mis pecados», ¿sabes?

Hannah tenía el corazón desbocado.

–Menudo capullo ególatra.

–Exacto. Llevábamos cinco minutos hablando, o puede que diez, cuando caí en la cuenta de que había sido él. Había matado a Madison con la esperanza de que todos asumieran que había sido uno de sus antiguos compañeros. En ese momento supe que estaba en peligro.

–¿Pensaste que te iba a matar a ti también?

–Sabía que iba a ser así. Él estaba hablando sobre el último ataque de Madison, sobre cómo había saboteado su relación con un agente literario importante, y lo vi en sus ojos. Él supo que yo lo sabía. Y no iba a permitir que me marchara de allí.

Hannah tenía la boca seca. Se agarró con fuerza al tallo de su copa vacía.

–Entonces ¿lo empujaste?

Gemma sacudió la cabeza.

–Ya llegaré a eso. Primero, intenté convencerlo de que nadie me creería si contaba la verdad. Los inspectores estaban obsesionados con la chaqueta de traje verde esmeralda; todo el mundo hablaba de ello. Sabía que se habían enfocado en Oliver.

Una teoría que Hannah había contribuido a cimentar.

–Pero quien llevaba la chaqueta era el señor Harris –dijo despacio–. Por supuesto. Cuando Oliver vino a verme pocos minutos tras la muerte de Madison, se había quitado la chaqueta. El señor Harris debió de ponérsela antes de seguir a Madison por el pasillo, sabiendo que, si alguien lo veía en la oscuridad, asumirían que habían visto a Oliver.

–Tiene sentido –apuntó Gemma.

–Y el mando en el bolsillo –continuó Hannah–. Lo dejó ahí a propósito a sabiendas de que era tan pequeño que Oliver no se percataría, pero que llevaría a los inspectores a arrestarlo cuando registraran la chaqueta.

Gemma asintió.

–Lo organizó todo. Y tuvo suerte. De no ser por mí, el Club Lenox ni siquiera contaría con un sistema de iluminación inteligente.

Hannah arqueó las cejas.

–En otoño del último año, Edward Beaumont y yo iniciamos una colaboración. Él estaba en Yale y no tenía claro si Beaumont Capital era su futuro. Yo no le importaba una mierda, pero quería formarse en la tecnología de los hogares inteligentes y la compañía de mis padres estaba en auge. Edward solo pensaba en dólares, era lo único que le importaba, y yo pensé que conseguiría que mis padres me prestaran atención por una vez, que podría impresionarlos con mi afán emprendedor. Me prestaron cinco mil pavos y me dieron su aprobación. El caso es que cuando Richard se enteró de nuestro proyecto, avergonzó a Edward para que lo dejara. Y él lo hizo, sin ninguna explicación, así que perdí el dinero. Mis padres se pusieron furiosos.

–¿Dices que todo esto fue en otoño de último curso?

Gemma asintió.

–Todo se desmoronó justo antes de Acción de Gracias.

Por eso Gemma había reaccionado de una manera tan extraña cuando Hannah le dijo que se había encontrado con Edward en la fiesta post Acción de Gracias en el club. No porque tuviera algo con él, al menos no en el sentido romántico; sino porque él se la había jugado. Era un misterio de poca importancia, pero, tras todo ese tiempo, saber la verdad al fin le satisfizo.

–En fin, varios años más tarde, tras la muerte de Richard, Edward contrató a la empresa de mi familia para modernizar algunos aspectos del club.

–¿Culpa residual?

–Seguramente. Pero Phipps Co. solo llegó a cambiar el sistema iluminación antes de que Bash interviniera. Ese cabrón canceló los planes para cualquier otra renovación. E insistió en que hubiera un mando para las luces, claro, nada de aplicaciones. No podía soportar la idea del Club Lenox adentrándose en el siglo XXI.

–Y de ahí que no haya cámaras en el club. Que no se permitan los dispositivos móviles y que las habitaciones no se abran con tarjetas.

–Justo. Nada que pudiera haber facilitado la investigación de los inspectores. Pero ¿sabes qué pasa? Que Paul sabía todo eso. La gala no era el primer evento de Prescott en el club. Seguramente había estado allí decenas de veces a lo largo de los años. Y sabría que la completa falta de tecnología le serviría de escudo.

–Y probablemente también sabía lo de las luces. Y dónde guardaban el mando. El Club Lenox era el escenario ideal para ejecutar su plan de venganza.

Gemma asintió.

–Está claro que investigó. Pero allí en el tejado, cuando vio que yo lo había descubierto todo, se lanzó contra mí. Estaba tan furioso conmigo como lo había estado con Madison y dejó que la rabia le nublara el juicio. Sabía que había hablado de más.

–¿Qué pasó después de que se lanzara contra ti?

–Forcejeamos cerca del borde –susurró Gemma–. Me empujó con fuerza contra la pared, sigo teniendo un moratón enorme en la cadera. Durante un momento, pensé que iba a morir. –Se la veía afligida al recordarlo. Luego una sonrisa se asomó a sus labios–. Por suerte, Paul estaba en muy baja forma.

Cogió la copa y se bebió hasta la última gota de su cóctel.

–Era él o yo, Hannah. Y no iba a permitir que me destrozara la vida por segunda vez.

Hannah se inclinó hacia delante y redujo el volumen.

–Tienes que acudir a la policía. Fue en defensa propia. Estaba intentando matarte.

–Ni de broma. –Gemma se puso en pie y tiró del asa de su maleta rosa.

–El moratón. ¿Aún sigue visible?

–¿Y qué demuestra eso? ¿Qué soy una patosa?

Unas tenues punzadas de pánico brotaron en el pecho de Hannah. Había sido ella quien había señalado a Oliver. Lo habían acusado de no uno, sino dos asesinatos que no había cometido por su culpa. Era responsabilidad suya arreglarlo.

–Entonces no les cuentes lo de la azotea –dijo a toda prisa–. Puedes decirles que hablaste con el señor Harris antes y que confesó el asesinato de Madison.

Gemma sacó el móvil y envió un mensaje breve. Luego, se encaminó hacia la puerta, con Hannah siguiéndola de cerca.

–Lo he sopesado, ¿vale? Pero ¿por qué me lo confesaría a mí sin motivo alguno?

–Se te ocurrirá algo. Iremos juntas. Podemos…

–Hannah. –Gemma ya estaba en la puerta–. Lo he pensado con detenimiento y he sopesado todas las opciones. No encontrarán el ADN de Oliver ni en la copa de Madison ni en el mando. Las pruebas que tienen contra él no se sostendrán. Seguramente acabarán dejándolo libre, si es que el caso llega a ir a juicio. Lo cual es una pena, la verdad, porque, después de lo que me hizo en el último curso, se merece lo que le pase. Si le condenan por el delito de Paul, que así sea.

Gemma atravesó la puerta de entrada del local y salió a la calle. Hannah la siguió. Un sedán negro aparcó junto a la acera y, con un movimiento ágil, Gemma abrió la puerta trasera y dejó caer la maleta en el interior.

–Gracias, Hannah. –Le ofreció una sonrisa ancha mostrando los dientes mientras se metía en el coche y bajaba la ventanilla–. Me ha sentado bien desahogarme.

–Gemma… –Hannah se lanzó contra la puerta, pero era demasiado tarde. Estaba cerrada con llave y la manilla se le escapó de las manos cuando el sedán se incorporó a la carretera a toda velocidad.

Durante las siguientes dos horas, Hannah permaneció sentada en el suave sofá gris del salón de su apartamento en Bushwick e hizo todo lo que se le ocurrió para localizar a Gemma. Un contacto de la revista en la policía comprobó la matrícula del sedán, pero, o bien Hannah se equivocó al memorizar la sucesión de letras y números, o era falsa. Gemma también tenía el móvil apagado, así que era imposible de rastrear.

Gemma había dicho que se dirigía a Los Ángeles a través del aeropuerto de LaGuardia, pero ¿sería verdad? Había tres aeropuertos con salidas desde Nueva York, más el tren y las estaciones de autobuses. Gemma podría haber ido a cualquiera y

desde ahí haberse dirigido al sitio que fuera. De hecho, LaGuardia era, casi con toda seguridad, el único sitio que podía descartar. «¿Sabías que LaGuardia ahora es buena zona?». Se había asegurado de mencionar el aeropuerto y de decir algo que Hannah fuera a recordar: una póliza de seguro, por si Hannah llegaba a descubrir la verdad.

De todos modos, todo eso era irrelevante, ya que ninguna de las principales aerolíneas facilitaba información sobre los pasajeros. Y eso en el caso de que Gemma volara usando su verdadero nombre. Había desaparecido. Chas.

Gemma podía haber mentido respecto a todo. Pero había escogido contarle la verdad a Hannah porque sabía que tenía un coche esperándola a la vuelta de la esquina… Porque su plan siempre había sido desaparecer. Y, con ella, se había llevado la única oportunidad de Hannah de hacer justicia por Oliver.

Quizá Gemma tenía razón, a lo mejor los cargos contra él no se sostenían. Pero ¿y si lo hacían?

Con el corazón desbocado, dejó caer la cabeza contra el respaldo del sofá. Contactaría con los abogados de Oliver, les contaría todo lo que sabía. Pero no era más que una historia. Sin nada que la respaldase, no sería suficiente. «Joder». Si Oliver iba a la cárcel, sería culpa suya. Porque había intentado salvarse a sí misma, sí. Pero también porque había estado empeñada en tener la razón. En ser quien averiguara la identidad del asesino.

En medio de la noche, a Hannah le sonó el móvil y la despertó de un sueño poco profundo e inquieto. Lo rebuscó en su mesilla de noche y abrió la aplicación de mensajes. La notificación era de un número desconocido. Pinchó para abrirla.

Apareció un enlace, la URL de un sitio seguro. Y luego, un segundo mensaje.

GEMMA

Durante todo el tiempo que estuvimos en el tejado, estuve grabando un audio. Esperaba que dijera algo incriminatorio sobre nuestra relación entre profesor y alumna, pero en lugar de eso lo que obtuve fue una

confesión de asesinato. Iba a dejar que Oliver se pudriera, ese traidor se lo merece. Pero te vi tan afectada que supongo que ahora me siento responsable. A fin de cuentas, soy una cobarde, pero sé que tú harás lo correcto. La contraseña es putopaulharris17.

HANNAH
Aún no es tarde.

Escribió a toda prisa, con los dedos tambaleándose sobre las teclas, todavía medio dormida.

HANNAH
Puedes alegar que fue en defensa propia. No tienes que desaparecer.

HANNAH
Gemma, espera.

En la pantalla aparecieron una serie de pequeños signos de exclamación rojos. «No entregado». «No entregado». «No entregado».

Hannah dejó caer el móvil sobre la cama. Asumiendo que la grabación era lo que Gemma decía que era, le había enviado justo lo que necesitaba. Podría arreglar lo que había estropeado y conseguir que retiraran los cargos contra Oliver. Quizá Gemma tenía razón. Era muy posible que, si se hubiera quedado, habría terminado en la cárcel por el asesinato de Paul Harris. Aunque contara con la grabación de audio, le resultaría muy difícil demostrar qué había ocurrido exactamente entre ellos dos en el tejado.

O quizá no había sido en defensa propia. A lo mejor Gemma había visto una oportunidad y la había aprovechado.

Hannah encendió la luz y pulsó el enlace. La voz de Gemma inundó sus oídos, seguida de la del señor Harris. La grabación se oía con claridad; no había demasiado ruido de fondo a esas horas de la

mañana del sábado. La conversación era justo como Gemma la había descrito; era lo que Hannah necesitaba para limpiar el nombre de Oliver. Mientras se reproducía, dejó que se le fueran cerrando los párpados. Se imaginó a su vieja amiga haciendo escala en Reikiavik para volar a Fiyi. O a Bali. O quizá a las Azores.

Una sonrisa tiró de las comisuras de sus labios.

–Adiós –susurró–. Cuídate.

Agradecimientos

¡Menudo viaje más divertido ha sido este libro! *Escándalo en el Upper East Side* no habría sido posible sin la genialidad y la fe de Charlotte Osment, la editora de encargos, crimen, thriller y ficción de Simon & Schuster Reino Unido (un título sumamente chulo, por cierto). Charlotte, gracias por guiarme a nivel editorial y por el inquebrantable entusiasmo que has mostrado por esta exquisita historia de misterio a través del vertiginoso proceso editorial. Ha sido un placer inmenso ponerme en los estilosos zapatos de tacón (ridículamente altos) de Gigi Waldorf para pasear por el Upper East Side.

A los portentos que son Amy Fletcher y Ben Phillips del departamento de Derechos internacionales de S&S Reino Unido, que han trabajado sin descanso para asegurarse de que *Escándalo en el Upper East Side* llegara a los lectores de EE.UU. y que la novela se tradujera a (al menos) seis idiomas extranjeros y se vendiera por todo el mundo. Me habéis dejado impresionada.

Del equipo de S&S Reino Unido, también me gustaría ofrecer mi más sincero agradecimiento a todas las personas que han trabajado en el libro, entre las que se incluyen: Aneesha Angris, Tamsin Shelton, India Minter, Gillian Hamnett, Karin Seifried, Kate Kaur, Hayley McMullan y Gabriella Nemeth.

En EE.UU., estoy encantada de poder trabajar con Lara Jones, Hydia Scott-Riley, y todo el equipo de Emily Bestler Books/Atria para esta novela. ¡Preparaos para otro viaje emocionante!

Como siempre, muchísimas gracias a mi agente Erin Harris por ofrecerme tu experiencia en todo lo relacionado con el proceso editorial, en todos los asuntos de mayor y menor importancia, y a todo el equipo de Folio por su trabajo entre bastidores.

A las maravillosas mentes de Alloy Entertainment, muchas gracias por vuestra confianza, amabilidad y buena voluntad mientras trabajaba con el equipo de S&S Reino Unido para dar vida a esta historia.

A los libreros, bibliotecarios, blogueros, creadores de contenido y reseñadores que han ayudado a que *Escándalo en el Upper East Side* llegue a manos de los lectores: sois los mejores, no sé qué haríamos los autores sin vosotros.

Finalmente, a mi familia y amigos: gracias por vuestro ánimo y vuestro apoyo. Lo es todo para mí. Libro número ocho, ¡allá vamos!

Índice

Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27

Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33

Agradecimientos